

Manuel Dammert Ego Aguirre, coordinador

Perú: la construcción sociocultural del espacio territorial y sus centralidades



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general
Fernando Carrión M.

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Eusebio Leal Spengler
Fernando Carrión Mena
Jaime Erazo Espinosa
Mariano Arana
Margarita Gutman
René Coulomb B.

Coordinador
Manuel Dammert Ego Aguirre

Editora de estilo
Gabriela Chauvin Ochoa

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Impresión
Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-05-6
© OLACCHI
El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas
Tel: (593-2) 246 2739
olacchi@olacchi.org
www.olacchi.org
Primera edición: septiembre de 2009
Quito, Ecuador

Manuel Dammert Ego Aguirre, coordinador

**Perú: la construcción
sociocultural del espacio
territorial y sus centralidades**

Contenido

Presentación	7
Prólogo	
Perú: territorios, lugares y patrimonio.	
Un enfoque multidimensional de las centralidades históricas	9
<i>Manuel Dammert Ego Aguirre</i>	
Centralidades regionales y jerarquías urbanas: sistema de centralidades urbanas en el Perú	47
<i>Luisa Galarza Lucich y Cecilia del Castillo</i>	
Perú: diversidad de zonas urbanas con valor cultural frente al desarrollo urbano actual	79
<i>Juan Julio García Rivas</i>	
Colonizados, globalizados y excluidos en las grandes transformaciones de Lima	107
<i>Roberto Arroyo Hurtado y Antonio Romero Reyes</i>	
La transformación de estructura y significado del centro de Lima. Tres aproximaciones	151
<i>Kathrin Golda-Pongratz</i>	

Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal	189
<i>Wiley Ludeña Urquiza</i>	
Cusco: apogeo del Tawantinsuyo, centralidades patrimoniales y la Red de Parques Arqueológicos	227
<i>Manuel Dammert Ego Aguirre</i>	
El centro histórico de Arequipa: patrimonio y desarrollo	267
<i>Luis Maldonado Valz</i>	

Presentación

Lo urbano, entendido como una forma específica de organización socio-territorial, adquiere en la sociedad contemporánea una especial relevancia en tanto, a inicios del presente siglo, más de la mitad de la población mundial habita en ciudades. Las tendencias en las que actualmente se enmarca el proceso urbano –donde las lógicas de la globalización, condicionadas, entre otros factores, por la consolidación de una nueva fase de acumulación territorial del capital, por realidades mediatizadas a través de sofisticadas tecnologías de la comunicación y por paradigmas culturales de impronta posmoderna estructurados alrededor de la dicotomía global-local– han determinado que su sentido se redefina desde una noción de concentración demográfica y de urbanización, hacia la idea de estructuras socio-espaciales dispersas y fragmentadas.

Esta concepción implica entender que, si bien la dinámica de las ciudades se genera a partir de un conjunto de interrelaciones de carácter endógeno entre los diferentes sistemas que la conforman, no es menos cierto que los flujos informacionales determinan una serie de articulaciones externas que configuran la emergencia de una organización suprafísica sobre la cual se redefinen los procesos sociales, políticos, económicos y culturales donde converge y se reproduce lo urbano.

En esta perspectiva, se vuelve necesario identificar desde el debate académico las distintas entradas teóricas del campo disciplinar de los

estudios de la ciudad, con el objetivo de entender esta suerte de reescalamiento conceptual de la condición urbana, incorporando además una lectura transversal de carácter multidisciplinario que más allá del hecho espacial per se permita dar cuenta de la complejidad de esos procesos. El análisis de la problemática urbana, en otrora enmarcado en el aspecto morfológico-funcional de las ciudades, ha incorporado –tanto teórica como metodológicamente– temáticas relacionadas por ejemplo con la interacción Estado-sociedad en los procesos de democratización y sus consecuencias en el gobierno de la ciudad; con la dialéctica cultural del espacio a través de la comprensión de los imaginarios urbanos; con las implicaciones socio-políticas de la seguridad ciudadana frente a la violencia urbana; con la movilidad sustentable y la gestión del riesgo como respuesta a los impactos ambientales en las estructuras urbanas, con el hábitat popular y la inclusión social; entre otros. La interpelación de estos temas permitirá construir una visión de conjunto del fenómeno urbano.

La colección *Centralidades* nace para aportar profundas descripciones a la literatura urbana, no solo del entorno urbano histórico y reciente sino de la hondura psicológica de quienes lo habitan. Esta colección presenta para el debate las lecturas de reconocidos académicos y académicas provenientes de diversos países de Latinoamérica, quienes reunidos en torno a un país, muestran de varias formas esos “centros” de los que habla cada uno de los doce libros.

Fernando Carrión M.
Presidente de la Organización
Latinoamericana y del Caribe de
Centros Históricos (OLACCHI)

Prólogo

Perú: territorios, lugares y patrimonio. Un enfoque multidimensional de las centralidades históricas

Manuel Dammert Ego Aguirre*

Esta publicación reúne siete estudios que, desde diversas ópticas y distintos objetos específicos, analizan con un enfoque multidimensional los desafíos de las nuevas centralidades históricas en el Perú y sus principales espacios territoriales regionales y urbanos, como Lima, Arequipa y Cusco. Forman parte de un gran debate en curso y aportan diversas sugerencias.

Perú y las sedes de enunciación del saber respecto a las centralidades

Las centralidades históricas se estudian desde una renovada apreciación epistemológica de la relación entre territorios y práctica social. Los *territorios* se pueden definir como los espacios producidos socialmente

* Magíster en Sociología. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM y de la Maestría en Gestión del Patrimonio Cultural INC-Cusco/UNMSM. Consultor en temas de Desarrollo Territorial, Reforma del Estado, Descentralización, Planeamiento y Patrimonio Cultural. Docente invitado en universidades y otras instituciones de educación superior en Perú, Ecuador y Chile. Fue responsable del Equipo Técnico Multidisciplinario en la elaboración de los vigentes Planes Maestros del Santuario Histórico de Machu Picchu y de Caral-Supe. Director del Instituto Territorialidad. Este artículo es una nueva versión de lo publicado en el libro *La red de parques arqueológicos* (capítulos I, II y III), editado por el INC-Cusco en 2007.

en la reproducción de la especie humana. Los *lugares* pueden conceptualizarse como aquellos nodos de centralidades, donde relaciones de fuerza entre objetos socio-técnicos y prácticas sociales disponen el hacer, los recursos y las significaciones de la vida social. Los lugares, uno de los cuales es la ciudad, se pueden apreciar en distinta escala y sus caracteres son heterogéneos y de variada complejidad. Algunos de los lugares se pueden clasificar como *patrimonios*, por ser/tener bienes culturales de carácter icónico y autenticidad para una sociedad determinada y/o la humanidad en general. Esta compleja y conflictiva relación entre territorios y lugares es la sede de enunciaciones de nuestro saber, desde la cual se agitan los debates sobre las centralidades históricas, sean antiguas o nuevas.

En la redefinición del enfoque sobre las centralidades urbanas y la relación con los centros históricos, son fundamentales las reflexiones avanzadas por Fernando Carrión,¹ quien reformula el sentido del centro histórico para arribar a una nueva comprensión de las centralidades en el espacio urbano.

Como señala Krafta (2008) respecto a la centralidad, “el sistema espacial urbano puede ser entendido, preliminarmente, como un conjunto de unidades espaciales discretas vinculadas entre sí por relaciones lo suficientemente fuertes como para transmitir al todo cualquier transformación local”. Recuerda que Lefebvre (1970) se refiere a la centralidad como una propiedad esencial de los sistemas urbanos, pero de la cual la materialidad es, al mismo tiempo, trivial y elusiva, en distintos lugares de conexiones y correspondencias singulares. La jerarquía espacial urbana, con las centralidades, está configurada por los territorios con desigual distribución y por las conexiones selectivas existentes entre los lugares.

Desde esta perspectiva, Carrión formula que el centro histórico, asumido como conjunto monumental, muchas veces “es puesto en memoria bajo la conservación como política central, convirtiéndolo

1 Ver los prólogos de la revista *Centro-h*, 1 y 2 (2008). Ver también la amplia bibliografía del autor sobre el tema.

lo en un componente inmutable y también único de la ciudad”, cuando es, paradójicamente, más bien, el lugar que más cambia. La condición polisémica del concepto de centro histórico lleva a que lo defina como “un espacio público de condición simbólica” que trasciende el tiempo (antiguo-moderno) y el espacio (centro-periferia), produciendo un legado transgeneracional y transterritorial. Señala que “en una ciudad no hay un solo centro histórico sino varios tipos y cantidades de centralidades” cuyos elementos diferenciadores son la centralidad como equidistancia de las relaciones entre funciones centrales y la acumulación del valor de historia. Tomando en cuenta estas dos dimensiones, adelanta una tipología de centralidades urbanas: a) la centralidad fundacional; b) la centralidad funcional de integración espacial múltiple; y c) la centralidad temática, con un rol de conectividad y sentido, y nodo de relación local-local de la ciudad actual.

Desde esta perspectiva, es necesario un enfoque multidisciplinario de las *centralidades históricas*, y es fundamental el estudio de las relaciones entre territorios, lugares y patrimonios, que están en la base de las dinámicas de las centralidades.

El territorio ya no se vive como un espacio ajeno a las sociedades, como un espacio inerte, en el cual solo se realizan actividades humanas. En la economía del mundo (Wallerstein, 1999) y en las sociedades del conocimiento y la información (Castells, 1999), se han revalorado los territorios producidos socialmente en relación recíproca con la naturaleza. Se ha superado el “espacio absoluto” del filósofo y geógrafo Kant, como un fondo vacío en el cual se supone que se realizan las actividades y ocurren los fenómenos. Se asume el espacio, producido socialmente a escala humana, como una relación de fuerzas entre objetos híbridos y procesos de la práctica social, en una nueva relación sociedad-naturaleza.

Al influjo de la revalorización del cuerpo y las transformaciones que han ampliado los sentidos de la especie humana, con una segunda naturaleza “técnica informacional” de la era digital, como señala Milton Santos (2000), con el territorio como un espacio producido a

escala humana, prácticamente no existen áreas ajenas a la intervención humana. El espacio territorial es concebido como un conjunto indisoluble de objetos y de sistemas de acciones. Las centralidades históricas se disputan y estudian en cuanto tales, no como esencias ahistóricas. Este cambio de perspectiva sitúa la enunciación del saber, la sede actual de conocimientos, marcada por su territorialidad.

Para apreciar las centralidades históricas, antiguas y nuevas, hay que considerar que los objetos del espacio contemporáneo se han multiplicado exponencialmente, formando sistemas más complejos, siendo en cada ocasión más artificiales, vinculados con sistemas de acciones igualmente imbuidos de artificialidad. Se han modificado las condiciones espacio-temporales del mismo, en sus dos aspectos interrelacionados: los objetos y las prácticas. Los objetos socio-técnicos cristalizan en sistemas de ingenierías y técnicas; de alcance y vocación universal; cada vez más, portadores de trabajo humano muerto, incorporando intencionalidades como racionalidades propias, y articulados funcionalmente a escala humana, tanto universal como microscópica. Estos objetos socio-técnicos, de vocación y escala global, producen más bienes diminutos y evanescentes que tienen un período muy corto de rotación y consumo. Se generan prácticas sociales en las cuales los sujetos fragmentados viven el frenesí de un presente al mismo tiempo fugaz/eterno. Es la ilusión de un poder microscópico individualizado, en el cual al cercenar lo que portan de futuro han perdido parte de su humanidad, enajenándose a los grandes poderes corporativos que se esconden tras estructuras anónimas y sistémicas. Esta dinámica fragmentada y dispersa, en lo individual y social, por tanto también territorial, está realmente regulada por la incesante búsqueda de plusvalías fugaces que generan, capturan y se agotan en los diversos recursos y lugares del planeta, con un sistema mundo que, al ampliar sus capacidades productivas y acentuar las desigualdades y destrucción de recursos, hace más cortas y más profundas las crisis de sus ciclos y del planeta, hasta que otro mundo posible lo reemplace.

La relación entre territorios y lugares constituye uno de los asuntos necesarios a apreciar al tratar estas sedes de la problemática en estu-

dio. Los sistemas de objetos y acciones contienen intencionalidades para cada uno respectivamente, pero en forma interrelacionada, generadas en su producción y cosificadas en el tiempo. Al respecto, incluir este concepto de intencionalidad en los sistemas y como nexo integrado es una cuestión epistemológica de primer orden. Las intencionalidades no corresponden necesariamente a las racionalidades y éstas no son universales homogéneas sino relaciones de fuerza entre distintos sujetos. La sociedad parte de una desigual distribución de recursos al reproducirse materialmente, ejercer poder, dar sentido y obtener resultados, dimensiones que están en modificación constante en los cambios para ampliar la libertad de la sociedad y de sus integrantes. En la era actual, señala Santos:

Con el advenimiento del espacio racional, éste se transforma en una verdadera máquina, cuya energía es la información y donde son las propias cosas lo que constituyen el esquema de nuestra acción posible [...]. Ese medio técnico-científico está formado por objetos que incluyen saber técnico y son el soporte del saber hegemónico, mientras que los otros espacios se vuelven solamente los espacios del hacer (Santos, 2000: 257).

El renovado estudio de las centralidades se realiza en estas condiciones de enunciación. No existe un único territorio mundial sino que algunos de ellos han impuesto su dominación a los otros, y pretenden imponer su homogeneización espacio-temporal y la fragmentación de la vida social. Se genera la especialización funcional mundial, variable en cada localización y en el tiempo. Los subespacios se superponen en diversos circuitos productivos, en varias fases de los circuitos y en diferentes circuitos de cooperación. Los territorios, estructurados de forma sistémica, están marcados por el influjo de la nueva economía de la velocidad y la incertidumbre, con sus flujos heterogéneos y superpuestos, señala Pierre Veltz (1999), la que marcará las singularidades de sus centralidades, según cómo respondan ante estos desafíos.

En relación con el territorio, se pueden distinguir los lugares como nodos de sentido en la pugna entre las racionalidades que disputan en

ellos. Las ciudades son sus más altas expresiones, en conjunto y en su desigual configuración. Algunos de estos lugares se asumen como centralidades históricas, en una evidente secularización del significado ritual de los antiguos espacios sagrados, ahora sustantivados por la pugna temporal de racionalidades en torno al sentido ordenador de los espacios. La calificación de algunos de estos lugares como patrimonio, por ser/tener bienes culturales que se asumen íconos de identidad y autenticidad de grupos determinados, es una de las formas de clasificación en disputa entre visiones sustancialistas y apreciaciones históricas.

Los lugares asumen sus funciones según la integración sistémica al espacio global y los recursos de los sistemas locales de producción, marcados por las condiciones de producción del espacio-tiempo. Los lugares, por ello, actúan como sujetos sociales y sus centralidades pueden ser analizadas. En cuanto tales, el lugar de enunciación de los debates sobre centralidades está marcado porque, en la actual situación de la globalización, se genera la escisión, una fragmentación del lugar, por la pugna de poder entre intencionalidades y racionalidades, en localidades configuradas heterogéneamente como espacios global-locales. Jameson (1995) señala que el sujeto cultural del capitalismo actual está atravesado por la esquizofrenia, al haberse impuesto la fragmentación, y haber roto la relación entre el presente, el pasado y el futuro. Esta perspectiva puede tomarse en cuenta para las prácticas de los lugares asumidos como sujetos. En los lugares localizados globalmente, glociales, se vive también la ruptura de la cadena significante. En ellos se plantea, de una manera renovada, la espacialidad de la temporalidad, en una cultura cada vez más dominada por el espacio y la lógica espacial, de una temporalidad fragmentada.

Los estudios y debates sobre las centralidades se realizan en estas condiciones de una nueva práctica social del espacio-tiempo. Es la que corresponde al territorio y sus lugares como espacio global localizado. Se produce la convergencia espacio-tiempo, con la instantaneidad del tiempo presente y las diferencias entre distancias sociales y geográficas. En la relación entre los sujetos sociales y los sistemas sociales, se

distancian el espacio y el tiempo, generándose la deslocalización y una nueva relación en la interacción social y con los lugares. Se vive la compresión del espacio-tiempo por la reducción del tiempo de rotación del capital en la vida social y el deslumbramiento del presente. En este espacio local globalizado, pugnan las racionalidades de la práctica social, entre constreñir y depredar los territorios o ampliar los ámbitos autonómicos de la vida social para la libertad, las condiciones de solidaridad, y el ejercicio de la democracia ciudadana.

En la dimensión más estructurada de los territorios, se intensifica el crecimiento del sistema mundo, incluyendo megatendencias de descentralización con más urbanización. Se distancian las dinámicas de los Estado-nación y las de los territorios. Las ciudades crecen como centro de complejidad de la vida social, con más población y flujos más heterogéneos. La modalidad más extendida es *Ciudades región medias y metropolitanas*, que tienen como rasgos comunes una gran extensión, estructura plurinuclear, heterogéneo mercado productivo y de trabajo, amplias instituciones culturales de producciones simbólicas, diversos usos del suelo y gran conectividad en redes de transporte avanzado y de tecnologías de comunicaciones.

Los lugares, como nodos de la interacción, en las ciudades adquieren nuevos rasgos. Los patrones de interacción son cada vez más complejos, de poca interacción cara a cara. Se modifican los procesos de trabajo (subcontratación, informalidad, e-oficina, entre otros). La trama urbana está sostenida en la heterogeneidad de divisiones del trabajo en territorios mosaico, poliédricos, con la extensión de la comunicación multimodal, en un mundo atravesado de incertidumbres de futuro y vacíos de pasado. El crecimiento de la aglomeración poblacional produce alta densidad y diferenciación, pues no existe forma de proporcionar servicios urbanos de nivel sin zonas de alta densidad, en las cuales se expresan las desigualdades. Las áreas urbanas se segmentan según la funcionalidad glocal, renovándose las actividades hegemónicas principalmente, y en pendiente de deterioro las excluidas. La intensidad de los flujos, su heterogeneidad y relocalizaciones otorgan un rol fundamental a la producción de espacios, bienes y lenguajes simbólicos, en

una pugna socioterritorial por los espacios públicos, ante la desappropriación y crisis de significación de una ciudad ajena e insegura para sus contrapuestos habitantes.

Las redes territoriales —su economía de la velocidad, la incertidumbre temporal y la pugna de racionalidades— producen al sujeto social fragmentado, que trata de ser homogeneizado para la reproducción de la hegemonía dominante en la globalización. El *sujeto fragmentado*, atado al presente, pierde capacidad activa para organizar su pasado y proyectar futuro en una experiencia coherente, por lo cual su producción es colección de fragmentos, práctica fortuita de lo heterogéneo, fragmentario y aleatorio, con sentido de escritura esquizofrénica. Jameson retoma esta concepción lacaniana de la esquizofrenia, y señala que ofrece un modelo muy sugerente de análisis al asumirla como ruptura en la cadena significante, al constituir un significado que produce una amalgama de significantes y sin relación entre sí. Cuando somos incapaces de unificar el pasado, presente y futuro de la frase, somos igualmente incapaces de unificar los tiempos de nuestra propia experiencia biográfica, y así se da en la práctica social. Al romperse la cadena del sentido, el esquizofrénico queda reducido a una experiencia puramente material de series de meros presentes carentes de toda relación en el tiempo. Al existir en los lugares intencionalidades múltiples en esta ruptura de cadenas de significantes, los sistemas de objetos y las prácticas sociales, especialmente entre las fuerzas que buscan plusvalías fugaces sistémicas y las que pugnan para “endogenizar” el desarrollo, se genera la tensión para superar la esquizofrenia del lugar y lograr la dialéctica del territorio con la que el sujeto reconstituido produce su historia.

Las nuevas centralidades corresponden a estas nuevas urbes. La disputa social tiene uno de sus ejes de las operaciones de control y gestión de los territorios, ante las nuevas localizaciones globales. La segmentación reformula viejas y nuevas centralidades en espacios global-locales urbanos, con centros y márgenes heterogéneos, en territorios discontinuos.

Los estudios sobre *centralidades históricas* en el Perú que reúne esta publicación expresan, cada uno desde su propia perspectiva, los avances y urgencias de este necesario enfoque multidisciplinario. Veamos las ideas básicas de cada uno, reseñando sus planteamientos, en orden a los temas que se plantean en el reconocimiento de las centralidades históricas, nuevas y antiguas, en el Perú.

*Centralidades regionales y jerarquías urbanas:
sistema de centralidades urbanas en el Perú*

En este estudio, Luisa Galarza Lucich y Cecilia del Castillo presentan los cambios fundamentales en los sistemas urbanos y regionales del territorio peruano, como marco para la identificación de las dinámicas de sus centralidades.

Analizan cómo, en menos de cien años, la población peruana se ha trasladado del espacio rural al espacio urbano. Tres cuartas partes de la población peruana se localizan en conglomerados o centros urbanos. A este proceso lo consideran la base de la configuración de centralidades históricas y funcionales.

Indican que, al acentuarse el proceso de urbanización en el Perú, se acentúa la tendencia a la concentración de población en escasos centros urbanos, en un territorio muy extenso, sin generar sistemas que apoyen el desarrollo de este territorio, propiciando una desigual ocupación de un espacio sumamente extenso, principalmente en la sierra y selva, lo que no permitirá desarrollar actividades económicas que aprovechen el enorme y variado potencial de recursos naturales en estos territorios. Al mismo tiempo, en relación con las ciudades, señalan que viven el desarrollo de nuevos lugares centrales, principalmente con el desarrollo de centros comerciales y de esparcimiento. Es necesario evitar su disposición como “fragmentos aislados” en los centros urbanos principales, sin relación entre las partes y con discontinuidad con el contexto urbano, porque generaría disfuncionalidades de servicio con el consiguiente detrimento del potencial que una centra-

lidad debe ofrecer en el nuevo contexto de consolidación de los centros regionales y macrorregionales.

Las nuevas centralidades, impulsadas desde la década de los años noventa, las caracterizan como resultado de la privatización, desregulación, apertura de las economías nacionales a empresas extranjeras y la creciente participación de actores económicos nacionales en mercados globales. Señalan que esta nueva configuración de territorios estratégicos se articula con el nuevo sistema global, lo que, sin embargo, no contribuye a extender las ventajas de esta relación a un sistema de centralidades internas a favor del desarrollo urbano nacional.

Asumen el sistema urbano como la principal expresión territorial del desarrollo nacional y de sus distintas regiones. Las “nuevas centralidades” las consideran a nivel de conglomerados que configuran “áreas metropolitanas”, en los ámbitos regionales y macrorregionales. El concepto de nuevas centralidades está referido a la naturaleza compleja de las interrelaciones entre funciones de los núcleos urbanos, que requieren ser abordadas en conjunto con respecto al área metropolitana, centro urbano polinuclear o conglomerado, para establecer propuestas integrales que permitan superar la fragmentación de los centros urbanos o conglomerados que se ha mantenido en las estructuras urbanas, especialmente en los centros macrorregionales, hasta la fecha.

Considerando las diferencias espaciales en la distribución de centros urbanos, tanto en los ámbitos macrorregionales como de regiones naturales, establecen una jerarquización de las centralidades según la siguiente categorización: Centro principal macrorregional; Centralidades urbanas y metropolitanas (históricas o recientes); Centralidades urbano-regionales secundarias; Centralidades de servicios locales.

Plantean la necesidad de analizar la evolución de las centralidades metropolitanas hacia el modelo de *urbe global*. Así, en el nuevo ordenamiento urbano nacional y los sistemas macrorregionales, las principales ciudades, medias o intermedias, deberán estar en condiciones de competir con los centros principales o nodos “ordenadores” de las grandes

urbes, desarrollando sus propias estrategias de supervivencia, y con atractivos para la vida humana que no ofrecen las grandes metrópolis.

Plantean que debe considerarse, sin embargo, que la tendencia creciente hacia la democratización de las decisiones sobre planificación territorial, en un escenario de desarrollo de competencias globales, no podrá darse, como en décadas anteriores, como respuesta a los intereses de los grandes centros decisorios, sino optimizando la relación de los centros urbanos con las potencialidades de su territorio.

Diversidad de zonas urbanas con valor cultural frente al desarrollo urbano actual

Juan Julio García Rivas plantea algunos criterios para analizar el valor cultural de zonas urbanas en relación con las centralidades. Señala que, por lo general, el crecimiento urbano ha generado un aislamiento de los centros históricos al interior de la dinámica de la ciudad que lo contiene, causando desencuentros y desigualdades en la gestión del territorio. Critica la no consideración y abandono de la protección de los valores que la diversidad cultural expresa en un sistema simbólico compuesto por diversas expresiones materiales e inmateriales, formando la imagen particular de cada lugar.

Señala que las zonas urbanas de valor cultural, en especial los centros históricos, se encuentran desarticulados de otras partes de la ciudad, perdiendo su carácter de contenedor de lo cotidiano y lo común, con lo que el valor e importancia simbólica del espacio público está desapareciendo. Realiza una mirada histórica de las zonas urbanas de valor cultural.

Para el período inca señala que la idea de territorio y la ocupación del suelo se caracterizan por una concentración de grupos en núcleos de poder administrativo y religioso, mientras la mayoría vivía en la periferia de manera dispersa, privilegiando el uso del suelo para la agricultura que era la base de subsistencia económica por excelencia.

En la Colonia, los conquistadores impusieron reformas y una política cultural que tenía como primer objetivo destruir a la otra cultura que se hallaba en los Andes. Sin embargo, en la práctica, las ciudades materializaron una serie de experimentos, dejando de lado teorías y ordenanzas, con la intención de ser más eficientes en el afán dominador español. Señala tres características al respecto, como expresiones que considera son de la diversidad y la resistencia. Primera: el pensamiento renacentista reinante en España durante la época del inicio de la conquista en América. Este trae la idea de una ciudad jerarquizada, fortificada, amurallada y preparada para la guerra; ejemplos de este pensamiento lo demuestran los grabados ideales de las ciudades de América que eran dibujadas en Europa. Segunda: ordenanzas de Felipe II y las del virrey Toledo. Estas marcan el destino de las ciudades al definir la estrategia de dominio y consolidar un nuevo sistema de manejo y control político, social y religioso. Se crean las *encomiendas*, las *reducciones* y, a la par, se consolidaron las ciudades de españoles, en un lento y extenso proceso de creación y fortalecimiento de nuevas ciudades. Tercera: el pensamiento de la resistencia. Se refiere a que se forman en las ciudades verdaderos mapas simbólicos ocultos, aún no explorados. Comenta que, en la actualidad, muchas fiestas andinas ancestrales recobran vigencia, en donde la utilización del espacio y la interpretación de la ciudad son distintas. Formula la urgencia del estudio del valor simbólico del espacio público, que es fundamental para comprender estos pensamientos subyacentes a un simple trazado urbano. A partir de estas tres características superpuestas, señala que los valores urbanos de las diversas ciudades reduccionistas o encomenderas tienen como base la diversidad y la complejidad endógena de su formación.

En relación con la República, indica la continuidad de las ciudades españolas coloniales que se establecieron como ciudades administradoras del proceso productivo y administrativo republicano; la mayoría de ellas son denominadas capitales de provincia. Observa que en el nuevo sistema geopolítico se manifiesta gran diferencia de oportu-

nidades entre las ciudades de la costa y la sierra. Al margen, el resto de pueblos, en su mayor parte de indios, seguirán siendo lugares exclusivos de producción de mano de obra, es decir que el rol de estos centros poblados no cambia sustancialmente. Sobre la base de este patrón urbano colonial, se incorporan los elementos del urbanismo industrialista, europeo y americano.

Considera que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, cambia el paradigma de desarrollo para la hegemonía del norteamericano. El Perú, con base en este nuevo modelo, realiza mejoras de las ciudades y reformas urbanas. Incluye nuevas ideas con modelos más pragmáticos, nuevos barrios y las grandes avenidas. Pero si bien la mayor tecnificación obliga a una mayor homologación y homogeneización de las actividades, las diferencias y las brechas culturales se abren aún más. Este cambio de paradigma y sus efectos hace necesario afrontar y proteger la particularidad de nuestro patrimonio cultural que se encierra en nuestros pueblos y ciudades, en especial en los centros históricos y zonas de urbanas de valor cultural. Plantea, para ello, un trabajo paralelo de reconstrucción de redes sociales en los centros históricos y zonas urbanas de valor cultural.

Las ciudades o pueblos alejados deben reafirmar su particularidad cultural a la par de su inclusión en la dinámica de producción e intercambio; la planificación deberá dar la posibilidad a estos lugares de conservar sus valores sociales y urbanísticos. La debilidad y fragilidad de las redes sociales frente a la una modernidad “desarticuladora” debe ser tomada en cuenta para cualquier trabajo de gestión urbana. Señala que nuestras ciudades poseen un sinfín de símbolos que, combinados, forman un lenguaje que las hacen particulares, diversas y singulares. Considera que no se puede cambiar este sistema semántico por uno más común que todo el mundo pueda descifrar, pues la ciudad es producto de la diversidad y se debe proteger como tal sin dejar de usar patrones de integración básicos y esenciales.

No solo se debe registrar, proteger y difundir por separado la producción cultural edilicia o urbana (material) de la producción inmaterial; hoy más que nunca se deben cuidar los sistemas más complejos

donde lo material e inmaterial se hallan íntimamente relacionados; se debe entender de una vez por todas que la manifestación cultural es material e inmaterial al mismo tiempo. Esta es, posiblemente, la única estrategia efectiva de conservación de las manifestaciones culturales que nos permitirá promover y manejar el libre desarrollo de la diversidad frente a al mercado “homogeneizador” y frente a la administración pública y normatividad “indiferente”.

Propone planificar nuestras ciudades con base en la diversidad de nuestras zonas urbanas de valor cultural, llámense centros históricos, zonas monumentales, entre otras. Es de suma necesidad replantear las estrategias de organización y planificación territorial, las cuales deben refundarse sobre la base de los valores endógenos diversos que responden a cada lugar y a cada pueblo del Perú, que no por gusto es uno de los más diversos, natural y culturalmente, en todo el mundo. Las gestiones locales del territorio deben dejar el sistema de planificación totalizador y estereotipado que se ha hasta el momento.

*Colonizados, globalizados y excluidos en
las grandes transformaciones de Lima*

Roberto Arroyo Hurtado y Antonio Romero Reyes dan cuenta de los grandes cambios acontecidos en la urbe limeña en el contexto del país y la globalización económica, estudiando los hitos transicionales que parecen más significativos. Ilustran el tema con un estudio en el ámbito específico de Lima norte. Sobre esta base, formulan una exposición crítica del modelo de “gestión municipalista” predominante, planteando nuevas preguntas para la reflexión o indagación.

Parten de una crítica decolonial a las categorías eurocéntricas. Toman distancia, por ejemplo, de proposiciones que dan cuenta de “la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas”, que a su vez conformarían una red que habría desarrollado un centro tardío. Recuerdan que las categorías implicadas en la cosmovisión andina son *chaupi* y *tincuy* (Cerrón y Palomino,

2002),² *medio y encuentro*, respectivamente, las que connotan otro sentido diferente al de centro, en el análisis espacial occidental.

El reto que formulan busca reconstruir el modo en que esa lógica o esas lógicas de globalización, dominación, especialización, privatización y migración urbana se anudan, tendiendo a la polarización entre una élite ciertamente más heterogénea y menos nativa que no reside en Lima, y la mayoría que proviene expulsada del campo serrano principalmente, aunque matizada por situaciones intermedias emergentes. Ponen énfasis en que esa élite y las posiciones que la sostienen siguen siendo subordinadas a espacios menos visibles por la fluidez y volatilidad de los espacios que trae la globalización. Consideran que esas tensiones y sus conflictos, latentes y/o manifiestos, dejan entrever las posibilidades de cambio de la política de gestión urbana en el sentido más amplio, así como para la transformación de la gestión del territorio que reconozca los avances en la constitución de una ciudad desconcentrada que abra la posibilidad de descentralizar los poderes que existen y que avanzan a su privatización cada vez mayor.

Afirman que, con la globalización, las ciudades fueron transformando sus roles así como reconfigurándose. Señalan que la categoría “ciudad global” permite vincular y replantear el concepto clásico de “ciudad”, adscrito a la noción de Estado-nación, con respecto a la economía mundializada. Lima se encaminó hacia una nueva configuración sociocultural y urbana, que identificamos como *policentralidad*. Tan importante como la emergencia de nuestra megaurbe con varios centros, se plasmó la redefinición del centro tradicional y su adecuación a las nuevas dinámicas de la globalización económica.

La globalización impactó sobre la configuración socio-espacial previa de Lima, contribuyendo a la redefinición del carácter, tendencias y procesos, así como las orientaciones de los agentes y actores que en allí se desenvuelven. La potencialidad que encierra la policentralidad como una opción posible para Lima, desde sus propias dinámicas internas y locales, señala que choca con la persistencia y resistencia del cen-

2 Para esta y próximas referencias, remitirse a cada uno de los artículos en el libro.

tralismo, expresado espacialmente en el llamado centro triangular (Romero, 2004: 73). La imagen del “centro triangular” la utilizan solamente para representar espacialmente el centralismo limeño. Mediante ella, se designaba un área socio-espacial que concentra los principales centros de decisión política, industrial y comercial-financiera del país (Gonzales, 1992: 104). Enfatizan que dicha imagen tiene actualmente un limitado poder explicativo para dar cuenta de las dinámicas económicas, sociales y urbanas, concomitantes con la influencia de la globalización desde finales de los años noventa e inicios del siglo XXI, el deterioro y desvalorización del centro histórico, el surgimiento de nuevas centralidades en la ciudad y otros procesos.

Como ejemplo de esta policentralidad presentan a Lima norte. El examen de la distribución de actividades al interior de los distritos, por zonas territoriales, les permite develar un patrón de concentración/aglomeración de actividades económicas, que sigue a la densificación urbana, se repite en todos los espacios emergentes y responde en último término a las dinámicas metropolitanas. Es decir que el mayor dinamismo económico (productivo, comercial y de servicios) tiende a priorizar su localización en los principales ejes viales, que a nivel de Lima norte son la Panamericana Norte y la avenida Túpac Amaru, así como ejes articuladores complementarios como las avenidas Universitaria, Belaúnde, Gerardo Unger y otras. El dinamismo se vuelve gradualmente menos intenso desde dichos ejes hacia el interior de los distritos, donde las actividades muestran una gran dispersión en la medida en que las áreas son más residenciales, acentuándose, al mismo tiempo, el predominio de los negocios tipo bodegas o minimercados, según la zona, excepto, por ejemplo, en aquellos lugares donde se ha instalado un supermercado o que son próximos a éste.

Señalan que el problema con dicho patrón de localización y concentración consiste en que no genera centralidades ni lugares centrales; responde más bien a economías de urbanización de alcance metropolitano, fuertemente asociadas con la existencia de un determinado bien público (en nuestro caso, grandes vías, carreteras o ejes viales de alcance interdistrital). En Lima norte, ninguna de las caracterís-

ticas de la centralidad urbana se presenta de manera clara en distritos individualmente considerados. A nivel de Lima norte, la única centralidad que se ha desarrollado con algunas de las características señaladas se halla localizada en la zona industrial de Infantas, alrededor de la actividad metalmecánica (Gutiérrez y Van Hulsen, 2004).

De su estudio concluyen que *Lima es una megarbe policéntrica y el centro se ha recompuesto*. Se ha perfilado una nueva territorialidad urbana y se ha producido el cambio en el tejido socioeconómico, debilitando, en consecuencia, la centralidad del centro triangular y apuntalando más bien *la policentralidad como el proceso más relevante*. En el nuevo patrón de dinamismo urbano, son las dinámicas del capital las que han pasado a liderar el desarrollo y expansión de la ciudad en la forma de inversiones comerciales, en infraestructura urbana y en servicios, privatizaciones y concesiones, nuevas localizaciones productivas y cadenas de establecimientos.

Al decir “centro” aluden al lugar y al componente clave del sistema. En lo que respecta al lugar, el centro triangular deja de ser tal. El eje del antiguo cordón industrial que penetraba en la provincia del Callao se ha debilitado notoriamente por los cambios en la base económica metropolitana. En el eje donde se asienta la sede del poder político –Gobierno nacional y Municipalidad metropolitana– el centro histórico ha dejado de ser el centro con relación a nuevas centralidades en la ciudad, como el eje San Isidro–Miraflores, que concentra el 45% de las agencias bancarias. La constelación de bancos y comercio de productos de marca en este vértice se ha consolidado donde se encuentran, además, los distritos con mayor desarrollo urbanístico. En San Isidro, más de 100 organizaciones públicas y privadas internacionales tienen sus representaciones. Dinámicas y lógicas diferenciadas comienzan a fragmentar el centro triangular.

En lo respectivo al carácter y componentes clave de las nuevas centralidades, concluyen que lo político, lo económico, lo cultural o lo urbano carecen de la capacidad de generar una función de centralidad que garantice una actuación donde la autonomía y el desarrollo auto-centrado sean sus rasgos predominantes. Las centralidades emergentes

están prefiguradas en los emprendimientos económicos locales que han logrado catalizar un territorio diferenciado y que empieza a tornarse en comunidad imaginada.

La transformación de estructura y significado del centro de Lima. Tres aproximaciones

En su estudio, Kathrin Golda-Pongratz resume y adelanta un importante trabajo de tesis doctoral, formulando la importancia de tres aproximaciones histórico-metodológicas sobre el centro histórico de Lima, relacionando territorios, estructura social y prácticas de sentido.

La primera aproximación busca el encuentro teórico-histórico de la *estructura* urbana y *territorio*. Lo descubre y analiza en los orígenes indígenas de Lima y el rol de sus huellas en la ciudad del presente.

Citando a Alison y Peter Smithson, recuerda que el cuño del territorio es un hecho fundamental que constituye y determina el estilo de una época. Las sucesivas capas de huellas en el territorio dibujan, si se quiere, el carácter objetivo de un lugar, de una ciudad. Plantea como hilo conductor la búsqueda por las huellas prehispánicas, desaparecidas de la conciencia colectiva, para explicar ciertas rupturas en el tejido urbano. Destaca que en la historiografía peruana se hace poca referencia a la preexistencia de un asentamiento humano en el lugar donde entonces los españoles fundaron la ciudad de Lima. Los caminos y redes de agua del territorio de Lima son el fundamento para esta primera aproximación.

Cita al historiador y filósofo Guillermo Lohmann Villena y al arquitecto Juan Günther Doering, quienes hacen una descripción de la historia de asentamiento de la “comarca de Lima”: la llegada de los primeros moradores “hace aproximadamente 140 ó 180 siglos”, la época arcaica, los tiempos de las culturas Chavín y más tarde Maranga, de la cual data un sistema de riego, que tuvo su bocatoma detrás del actual Palacio de Gobierno. Todavía es posible distinguir el lecho de un segundo canal, el Canal de Huatica, en el tejido de la ciudad con-

temporánea. Entre las bocatomas de ambos canales se manejaba el abastecimiento de agua del entero triángulo entre Callao, Lima y el puerto pesquero Chorrillos. “Este pequeño complejo, de organización colectiva, fue el origen del centro de Lima actual” (Günther y Lohmann, 1992: 23-30).

Sigue esta pista territorial epistemológica y traza su diseño básico. Señala que para llegar a la bocATOMA del río Huatica y a los valles vecinos, los Maranga trazaron dos caminos que hoy en día forman los jirones Junín y Ancash, partiendo desde la actual Plaza de Armas hacia el este, dejando sitio al cerro de El Agustino. Entre camino y río levantaron un estanque triangular de agua que posteriormente fue utilizado por los conquistadores y con el tiempo se convirtió en la actual Plaza de Bolívar al lado del Congreso.

El Canal de Surco, el más largo y más perfecto de su género, define hasta hoy el curso de la Vía Expresa desde el centro hacia el sur. También otros caminos trazados por los Wari persisten, como el camino paralelo al río Rímac que, partiendo de Callao, seguía por los jirones Quilca y Miro Quesada hasta llegar a Cinco Esquinas, donde se juntaba con el Jirón Junín y seguía hacia el valle del Rímac (Günther y Lohmann, 1992: 30).

Insiste que “antes de la fundación española de la Ciudad de los Reyes, o Lima, el centro actual era una encrucijada de caminos y el punto de distribución del agua para toda la parte baja del valle, un triángulo conformado por Lima, Callao y el oeste de Miraflores” (Günther y Lohmann, 1992: 38). El Camino del Inca, el eje vial más importante, cruzaba el valle en línea recta de sur a norte, partiendo de Pachacamac, pasando por los arenales de Villa El Salvador, siguiendo por las avenidas Tomás Marsano y Panamá hasta el cruce con Javier Prado, por la Vía Expresa hasta la Plaza Grau. Ahí se pierde debajo de la cuadrícula española y vuelve a aparecer en el otro lado del río, en forma de la Avenida Tupac Amaru, siguiendo la antigua carretera a Ancón hasta Pasamayo, para dirigirse a Chancay y seguir a Quito.

La segunda aproximación se sustenta en una formulación teórica metodológica estructural, en este caso, la verticalidad constructiva y

otros aspectos que señala provienen de la herencia colonial y moderna a fines del siglo XX, como elementos en coexistencia e identidad.

Recuerda que desde su fundación por los españoles, Lima es una ciudad que se orienta hacia más allá de los límites de su territorio y está determinada por influencias exteriores. La historia de Lima es también la historia de un conflicto permanente, que se hace visible en el encuentro de estructuras prehispánicas, coloniales modernas y postindustriales que no llegan a una armonía espacial. La herencia de la modernidad es actualmente la herencia de un gran vacío, dejado después de que las grandes empresas se hayan retirado del centro a partir de los años ochenta, y buscado territorios más representativos, seguros y prósperos dentro de la zona metropolitana. Los edificios modernos, parcialmente abandonados y dejados al olvido, casi no forman parte del discurso de protección monumental.

Precisa que la tendencia a la verticalidad transformó el carácter y la escala del centro más que el lenguaje formal moderno. En la ciudad vertical se perfilan claramente las obras coloniales de uno y dos pisos con su estructura de patio. A pesar de ello, la altura no trasmite la sensación de estrechez, como ocurre en otros centros en los que abundan las construcciones de muchos pisos. La destrucción de la estructura urbana aparece donde no armonizan los usos, donde falta el diálogo entre las estructuras y donde las fracturas y los saltos de escala de la retícula ya no corresponden a la ciudad colonial. Rememora que en contra de la propuesta de J. L. Sert de reunir ministerios y oficinas de la administración en un área marginal del centro, formando así un nuevo espacio urbano con un centro nuevo, se distribuyeron edificios de ministerios de muchos pisos sobre la ciudad antigua. En los años cincuenta, se crearon edificios monumentales en arterias ampliadas en medio del damero de Pizarro, construcciones que representan el poder del Estado, como el Ministerio de Educación (1951) de E. Seoane Ros y el Ministerio de Economía (1953) de G. Payet.

El espíritu de la renovación y de la modernidad llegó al Perú por primera vez con el pragmatismo imperial español, el plano racional de retícula y las estrategias de cristianización de las órdenes cristianas que es-

estructuraban el espacio. El Renacimiento clasicista-español que se extendió desde principios del siglo XVI sobre el territorio incaico, fue el comienzo de un proceso de modernización que en sus inicios tuvo una gran sensibilidad para la tectónica, como por ejemplo en los complejos de haciendas en el altiplano, que se unieron con las estructuras existentes formando nuevos conjuntos económicos y espaciales (Cooper, 1999).

La tercera aproximación hace una interpretación de las relaciones urbanas entre centro y metrópoli, en las reglas espaciales de la Colonia, identificando dependencias recíprocas y adaptaciones del centro histórico y la periferia expansiva en Lima metropolitana.

Formula que la idea de ciudad impuesta por los conquistadores —el tejido racional del damero de Pizarro por un lado y las dimensiones y el rol de una Plaza de Armas por otro— determina el concepto espacial de los peruanos y su idea de lo urbano. La ciudad sin planificación surge a partir de los conceptos del rígido esquema impuesto por la Colonia y justifica y consolida sus primeros reclamos de ciudadanía. En el fondo, este desarrollo ya empezó a seguir su curso en el siglo de la conquista. En 1568, la Corona española dio el orden al virrey en el Perú, Francisco Toledo, de unir a todos los asentamientos indígenas a través de una reducción general, que el virrey cumplió con toda escrupulosidad; así se inició una transformación profunda del esquema urbanizador peruano en la segunda mitad del siglo XVI (Schmieder, 1930).

Plantea que el significado, no solo del cuño directo sino también indirecto, constituido por el damero español como parte de la concepción espacial del Perú urbano y rural es un motivo fundamental del desarrollo espacial. La estructura de la ciudad fundacional está en clara relación con su reproducción atopográfica en la periferia, tanto en Lima como en otras ciudades peruanas. El proceso barrial del siglo XX es una consecuencia de la terca existencia de estructuras coloniales sociales y territoriales en el Perú contemporáneo. Unos desequilibrios sociales y raciales muy marcados, la falta de oportunidades de desarrollo para la población rural y mestiza frente a las élites blancas urbanas han provocado y siguen causando un éxodo hacia la capital. Catástrofes naturales como terremotos, desprendimientos masivos de tierra o

el Fenómeno de El Niño, las consecuencias de la reforma agraria de los años setenta, la violencia del movimiento terrorista Sendero Luminoso y la contraviolencia militar y paramilitar de los años ochenta y noventa han ido mutilando la vida rural hacia un estado de pura sobrevivencia.

Relaciones y rupturas, efectos viceversa entre el centro y la periferia determinan las dinámicas urbanas de Lima. Establece una dependencia mutua entre los asentamientos suburbanos y la ciudad antigua consolidada, que consiste en el movimiento de personas, el intercambio de productos y servicios y en una adaptación física más allá de valores históricos y arquitectónicos. El cambio de escala causado por la verticalización del centro colonial y de los nuevos barrios residenciales de clase media y alta, tal como la expansión de la urbe que rodea a la ciudad consolidada, son procesos continuos ante los cuales la planificación debe reaccionar. Los retos mayores deben ser el control del crecimiento horizontal y vertical, y la conexión y comunicación razonables entre las diferentes formas de ciudad.

Respecto al significado estructural del núcleo de la ciudad dentro del conglomerado metropolitano, destaca, aparte de la flexibilidad que ofrece el tejido colonial del damero de Pizarro, el enorme potencial de desarrollo de espacios no construidos en pleno centro. Los vacíos son, o huellas de la modernización, o huecos que deja el derrumbe de estructuras de adobe coloniales por falta de mantenimiento y cuidado. El rol del centro, respecto a la densificación y a la aportación de modelos alternativos frente a la costosa e insostenible expansión horizontal, no ha sido considerado suficientemente hasta ahora, ni tampoco se han investigado las posibilidades y los peligros de los predios y edificios que se encuentran vacíos en él: un total de 1,5 millones de metros cuadrados de espacio no construido en el núcleo histórico se enfrenta a la alfombra de ciudad periférica poco densa y sostenible en constante expansión. En metrópolis como Lima, donde la expansión horizontal contrasta con una densidad media baja y donde los espacios libres son raros, es indispensable considerar la densificación y analizar al territorio urbano y sus respectivas capacidades.

Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal

Wiley Ludeña reflexiona sobre las problemáticas de sedes de su enunciación. Considera que no hay centro y centralidad sin interpretación política, económica, social, cultural o simbólica, lo que le otorga al problema una dimensión compleja. Entre centro real y discurso sobre la centralidad existen una multiplicidad de lecturas y enfoques. No es lo mismo referirse al centro y la centralidad desde las fronteras de la periferia, como tampoco lo es convertir en reflexión el tema del centro desde las entrañas de su territorio. Y tampoco nunca será igual “retoricar” el centro desde los intereses de los que precisan urgentemente un hito de referencia, casi en los mismos términos de Valdelomar y de los que detentan otros poderes, que referirse desde un contexto que no precisa de formas centralizadas de autorepresentación.

Sostiene que el centro y la idea de centro es una forma de construcción histórica, práctica e ideológica, que se origina y se produce como expresión de las demandas de reproducción social, económica, política y cultural de determinados sectores en su experiencia de producir ciudad. Por ello, el valor o desvalor de los centros para el conjunto de la población y la ciudad, su evolución, apogeo u ocaso, así como su ampliación física o transformación funcional son consecuencia, en última instancia, de la lógica de reproducción de estas demandas y los condicionamientos cuantitativos referidos a la población y la extensión superficial de la ciudad.

Señala que la historia de Lima es un buen ejemplo para reconocer la naturaleza compleja y dinámica de la constitución histórica de una centralidad autosuficiente y confrontada consigo misma y con sus espacios de alternancia. Es un buen ejemplo para observar, también, las relaciones de correspondencia entre centro y sociedad (y ciudad) institucionalizada, entre centro y dinámica autoritaria y/o democrática en la construcción social de la ciudad. Enfatiza, en un sentido, la historia del Perú republicano y, por consiguiente la historia de Lima, ha sido y es la historia de un discurso recurrente sobre un centro siempre esquivo. Es la historia permanente de un discurso interesado por

inventar un “centro” que ordene y pueda dar sentido a las aspiraciones de legitimación social y política de los diversos sectores sociales del país. Por eso, hacer república ha sido en el Perú y Lima sinónimo de buscar y construir, de manera precaria, un centro en la exacta dimensión de una tradición autoritaria (civil y militar), siempre insegura en virtud de su origen y legitimidad.

Afirma que en sociedades y ciudades desinstitucionalizadas, desprovistas de identidades constituidas, de redes sociales organizadas y de una sociedad civil fortalecida, la búsqueda y retórica del centro (o de muchos centros) ha supuesto la afirmación de un territorio dispuesto bajo el control de un orden dominante. Concluye que el centro, antes que un punto de llegada es un punto de salida para legitimar la expansión del poder económico y social de turno. Esta es la historia de la sociedad y de la ciudad peruana o latinoamericana.

El autor presenta sus acercamientos en una evaluación de la historia de Lima: señala la ciudad como continuidad espacial prehispánica y colonial. En un amplio territorio, la red urbana llegó a poseer en una fase tardía un “centro” de mayor significación en el que se encontraban ubicados la residencia de Taulichusco, el cacique de la cultura Lima, una huaca para la casta sacerdotal y las ofrendas colectivas, así como el punto de control de aguas para regar parte del valle. Era un centro político, religioso y de control productivo. Una de sus tesis básicas es que la ciudad colonial se erigió en este mismo centro. Se superpuso rigurosamente sobre la trama preexistente con los signos de la misma violencia cultural de casos similares, como el Cusco o Cajamarca. El centro de Taulichusco sería el centro de Pizarro. La parcela ocupada por la huaca nativa sería reemplazada por la catedral católica. La antigua cancha sería reciclada por la plaza ortogonal hispánica. Puede así afirmar que el poder y la racionalidad eurocéntrica del yo conquistador erigidos sobre la preexistencia conquistada. Los principios de un orden ideal renacentista impuestos sobre un orden nativo mitopoético y topológico.

Luego el autor establece tres momentos en la historia urbana de Lima. Es ilustrativo un resumen de las mismas.

Primer momento. El centro “centro-ciudad”. Este centro corresponde a la estructura de la Lima colonial pero que consigue extenderse hasta las primeras décadas del período republicano, concretamente hasta el momento de la demolición de la muralla en 1872. Durante este período, como había sucedido con la Lima colonial, lo que hoy se conoce como el centro de la ciudad constituía la ciudad misma. En este contexto, la idea de un previsible “centro-centro” estaba identificada con el área de la Plaza Mayor que concentraba las instituciones del poder fáctico: el gobierno, la iglesia y el poder económico. El proceso de los primeros ensanches, la urbanización del suburbio y el éxodo hacia los balnearios del sur iniciado tras la demolición de la muralla, terminaría por relativizar la idea de centro-ciudad para establecer nuevas fronteras entre las nociones de centro y ciudad. A finales del siglo XIX, el centro de Lima había dejado ya de ser la ciudad para convertirse solo en un espacio con determinados atributos respecto a una ciudad que poseía ya otras fronteras y funciones.

Segundo momento. El centro *Center Business District*. Este es un centro que empieza a formarse a inicios del siglo XX como producto del programa urbanístico de la llamada “república aristocrática”. Su vigencia se extiende hasta comienzos de la década de los años setenta, cuando el centro dejó de contar con la base económica y las instituciones financiero-comerciales que mantenían las funciones del principal centro financiero y comercial de Lima. Durante este período, es posible advertir la existencia de cuatro fases relativamente diferenciadas por la progresiva reducción de su estructura multifuncional y el grado de legitimidad respecto al conjunto de la población limeña.

El nuevo centro prefigurado por el Plan Piloto debía ser un centro coherente con una ciudad de 1.650.000 habitantes como población límite. La propuesta del Plan Sector Central debía corregir aquello que constituía sus principales problemas: el hacinamiento de las viviendas, la ausencia de espacios libres y la congestión de usos, tránsito y personas. La propuesta contempla, entre otras medidas, la continuación del ensanche de vías perimétricas (avenida Bolivia, avenida Abancay y el Male-

cón del Rímac), el reordenamiento del tránsito en la trama de vías centrales y la creación de gigantescas bolsas de estacionamiento a menos de 200 metros de cualquier zona del centro, así como la formulación de un Reglamento de Conservación del patrimonio de “verdadero interés arquitectónico”. El Plan prescribe la completa prohibición del llamado “estilo colonial” en los edificios, debido a que con ello “se realiza una obra anacrónica creando un ambiente de incertidumbre”.

Tercer momento. El centro tras el *centro histórico*. Es un período no concluido aún. Se inició a mediados de los años noventa. Los rasgos principales de esta fase son una ciudad que así como aspira a expandirse de manera horizontal y difusa, también empieza a “reutilizarse” a sí misma para redefinir las bases del patrón tradicional de crecimiento; y que también trata de realizar en los últimos diez años un notable esfuerzo para resignificar nuevamente el valor del centro histórico.

El autor se pregunta ¿cómo refundar un centro si el poder que lo requeriría para lograr auto representarse lo hace muy bien en sus múltiples centros móviles de poder como el nuevo barrio financiero de San Isidro, los nuevos *malls* de los años noventa y los centros mediáticos del sur de Lima? Los cambios producidos dejan más interrogantes que certezas.

Estas reflexiones sustentan su tesis principal de los dos momentos básicos de modelos urbanos en Lima, que corresponden a su relación global-local y a las relaciones de poder entre sus actores principales. Es Lima que va de la ciudad liberal de la oligarquía a la ciudad neoliberal neopopulista. En función de que el liberalismo librecambista ha sido la base dominante de la economía peruana republicana, y éste es el régimen de base en el desarrollo de las ciudades y la constitución de sus estructuras de centralidad, resume la historia en dos grandes tipos de centros: el “centro liberal” de inicios de la República y su versión más acabada en el proyecto urbano de la “república aristocrática”, y el “centro neoliberal” neopopulista de finales del siglo XX. Las presenta como dos versiones de una misma matriz que viene en el

Señala que el liberalismo criollo optó por construir una ciudad como tierra de nadie en la que la lógica de la iniciativa individual y el capital rigieran los destinos de la ciudad. Para establecer diferencias con el control colonial de la ciudad, la ciudad del liberalismo criollo debía optar por el modelo ilustrado de desacralización del espacio urbano en sus fundamentos religiosos (moral pública y privada, cotidianidad urbana, hitos de referencia urbana, entre otras), así como de construcción de una idea unitaria de ciudad representativa laica, higiénica, positivista y burguesa en oposición radical a los espacios históricos del poder colonial.

El centro limeño de esta ciudad del liberalismo criollo representa, al menos en su versión oligárquica de la primera mitad del siglo XX, esta demanda liberal por construir un espacio de representación colectiva pero con claros fines de legitimar la estrategia liberal de expansión de la ciudad (todas las nuevas y grandes avenidas de inicios del siglo XX parten (y se dirigen) del centro de la ciudad), y marcar la escisión de la ciudad civilizada y la ciudad salvaje de los pobres. El centro ya no es el espacio colonial de convergencia social. Precisa su transmutación: el nuevo centro liberal es el espacio donde empieza realmente la exclusión social.

Luego muestra los cambios. Señala que si el liberalismo criollo de comienzos del siglo XX optó con sus propias ambivalencias por un centro de representación autoritaria en clave de estética urbana neobarroca, este siglo se cierra con los esfuerzos de un programa de “recuperación del centro” enmarcado por un discurso neoliberal desde el punto de vista económico, político y cultural. En este caso, el liberalismo criollo de inicios de la República deviene en virtud de la década fujimorista en neoliberalismo populista autoritario y antidemocrático. El hilo que conecta ambas experiencias históricas –nos recuerda– no es ni la arquitectura ni el propio urbanismo, sino los modelos y políticas liberales de base que gobernaron gran parte de la República. Y algo más importante: compartir de una u otra forma la misma base social, tal como ocurriría con el apoyo brindado al régimen de Fujimori por los herederos del liberalismo criollo oligárquico.

Considera que hay diferencias entre estos momentos. En contraste al primer liberalismo incapaz de admitir el consenso social y la diversidad cultural, el neoliberalismo populista de finales del siglo XX puede hacerlo en el marco de una política de beneficio a los más ricos y filantropía social con los sectores de la denominada extrema pobreza. En medio: una sociedad y ciudad fragmentada, desinstitucionalizadas, con redes sociales desestructuradas. Si el primer liberalismo requería aún la ciudad y el centro como espacios casi privilegiados para su autorepresentación social, el neoliberalismo neopopulista no lo requiere habida cuenta de la existencia hoy de otros medios más eficaces (los medios de comunicación masiva, por ejemplo) para lograr este propósito. A este segundo sector le interesa solo el centro como “centro histórico”. Como espacio cultural antes que económico. Como una especie de valor agregado cultural al conjunto global de sus inversiones. Por ello y por su carácter neopopulista, se permite abogar por la diversidad y la presencia de culturas alternativas en el espacio central de la ciudad.

La historia del espacio central de la ciudad ha sido, resume su análisis, la historia de un bien esquivo, requerido y abandonado, glorificado y satanizado, al mismo tiempo. Enfatiza que lo ha sido con una constante a lo largo del tiempo: ha sido la historia de una sistemática disolución y degradación de sus propios contenidos y formas. Precisa que la causa principal tiene que ver en un sentido global con las defectivas relaciones entre sociedad y ciudad como las que se han producido históricamente en el Perú. Pero también, en un sentido específico, con un proyecto liberal de ciudad y centro que trajo consigo su propia negación. Ha sido un proyecto que se ha demostrado como inviable para la mantención y conservación del centro como espacio establecido. Concluye de esta forma, que esta es la causa de por qué el centro de Lima estuvo signado por una especie de muerte anunciada desde su propia refundación republicana. La apuesta liberal por el centro fue un proyecto estructuralmente inviable debido a los intereses contradictorios de la propia oligarquía de inicio del siglo XX y la neoligarquía neoliberal peruana de fines de este siglo. Tres frases enfa-

tizan su tesis. Un proyecto imposible. Una promesa que nunca podría haber sido cumplida. Los forjadores fueron sus propios victimarios.

Cusco: apogeo del Tawantinsuyo, centralidades patrimoniales y la red de parques arqueológicos

Este estudio sobre perspectivas del Patrimonio Cultural del Cusco se fundamenta en un enfoque territorial para desentrañar sus significaciones históricas y el carácter de sus centralidades.

Cusco está declarada constitucionalmente como la capital cultural del Perú, por la riqueza de su patrimonio cultural, tanto material como inmaterial, que es símbolo de la identidad nacional, en su base andina civilizatoria y en su condición de país pluriétnico. Existen más de mil sitios arqueológicos en todo el departamento de Cusco. Sin embargo, en la actualidad solo se han tipificado 83, de los cuales nueve son parques arqueológicos, 56 son sitios arqueológicos, 25 son zonas arqueológicas y tres se han denominado como otras delimitaciones. La constitución y funcionamiento de la Red de Parques Arqueológicos de Cusco (REDPAQ-Cusco) constituye uno de los instrumentos fundamentales para esta adecuada gestión del Patrimonio Cultural.

El estudio se propone identificar el carácter originario de las centralidades históricas en el Apogeo del Tawantinsuyo, las que actualmente son declaradas Patrimonio Cultural, para apreciar las nuevas centralidades que configuran los parques arqueológicos en el territorio de Cusco.

El aporte civilizatorio andino que los incas llevaron a su apogeo está dado por la construcción social del territorio en el complejo espacio geográfico de los Andes.

Desde muy temprano, las sociedades que habitaron los Andes descubrieron que debía establecerse una constante relación entre los recursos de estos diversos espacios para lograr producir y reproducirse. El territorio fue asumido como un archipiélago vertical de pisos altitudinales distintos, cuyo manejo integrado de recursos permitiría la reproducción social (Murra, 2004). A lo largo de los siglos, esta ten-

dencia se ha consolidado y variado en las nuevas circunstancias, a partir de las relaciones entre las sociedades humanas y lo construido para hacer habitable el desafío geográfico.

Desde el enfoque metodológico de territorialidad, se relaciona el territorio socialmente construido y la historia del Tawantisuyo, que organiza sus centralidades monumentales del poder durante su apogeo. El valle del Cusco y la ciudad fue cuna del apogeo del Tawantisuyo, al posicionarse como centros de intercambios de un área cada vez más ampliada. Fue “el centro donde se realizaban los intercambios económicos entre productos de la puna, de la zona templada y de la zona subtropical” (Cusco al 2012). En el Cusco, el espacio geográfico tiene esta configuración que los incas supieron hacerla fundamento para su construcción de un territorio social civilizatorio. Es andino y amazónico, nexa entre ambos, uniendo las fértiles laderas orientales con el altiplano del Qollao. Está organizado desde las cordilleras, de cuyos nevados perennes fluyen las aguas, fuente de vida. Desde sus nevados más altos, apus tutelares, se organiza el territorio y se garantiza el agua y la energía solar para la vida. Su más amplio y fértil valle interandino, el del Urubamba, en cuyo sentido recorre el sol todos los días con la mayor cantidad de horas de exposición, es el eje articulador del territorio.

La etnia Inca, según Espinoza Soriano, arribó al Cusco como una caravana de inmigrantes que escapaban de Taipicala (Tiahuanaco), hacia finales del siglo XII. Habían formado el estado Tiahuanaco, de habla puquina, que fue invadido por los Aymaras, que formaron el reino Lupaca. Logró huir la parcialidad a cargo del culto, del Urintaipicala. Esta caravana, en busca de nuevos horizontes, se habría dividido en la localidad de Pacarictampu, dirigiéndose tres ayllus hacia lo que es ahora Ollantaytambo, y otros, dirigidos por Manco Cápac, hacia el Cusco, el que aglutinó a diez ayllus migrantes, cinco de Anan y cinco de Urin. Al conquistar Cusco y afirmarse, Manco Cápac hizo erigir en la tierra de los sahuaseras su vivienda y templo, dado que en éste se concentraba la autoridad religiosa y militar.

El período de apogeo lo ubica en relación a Pachacutec, que gobernó más de 30 años (¿1438-1471?). Completó el afianzamiento del

núcleo territorial radial del Cusco en el Valle de Urubamba. Y luego planificó grandes campañas de expansión, rememorando los imperios de huaris y tiahuanacos. Pachacutec fue sobre todo un líder religioso, conductor de una teocracia militar agraria. Estableció la religión solar y reorganizó el respetivo calendario. Organizó el culto a los ancestros, y distribuyó las momias de los incas que estaban en el Coriconcha hacia templos en zonas sagradas del imperio: como por ejemplo la de Manco Cápac al Titicaca. De este modo, hizo nuevos fundamentos del poder, de la vida social y de la actividad productiva del Tawantisuyo. Realizó expediciones de expansión para afirmarse hacia las collas y hacia el norte, y luego se concentró en grandes obras en los espacios nucleares y sagrados del imperio, como las de Coriconcha y la ciudad el Cusco, y la de Machu Picchu.

Al tiempo que se daba este salto colosal en la expansión territorial, Pachacutec realizó obras portentosas. Reformuló la ciudad del Cusco y el templo del Coricancha, reconstruyéndolos. Completó las obras de andenes y templos en el valle sagrado y edificó Machu Picchu, donde existe la hipótesis que estuvo luego su momia reinante (Lumbreras, 2005). Dispuso que se construyera Sacsayhuamán, tomando en cuenta las edificaciones míticas de Taipicala, obra que fuera culminada por su inca sucesor.

Pero no solo hizo obras. Reestructuró y dio forma al Estado del Tawantisuyo. Legisló y unificó políticamente el mundo andino. Definió la hegemonía de los Anan en el poder, reduciendo los Urin solo a eventos religiosos. Sobre esa base, distribuyó responsabilidades entre las panacas de unos y otros, en relación a los ceques, administración de canales de riego, ritos y festividades. Asumió los avances de imperios y reinos anteriores como los huaris. Estableció las provincias y organizó el sistema de gobernadores y el de visitantes-informantes. Afianzó el Cápac Ñam. Impulsó las andenerías. Reorganizó el calendario ceremonial-productivo-social.

Sobre estas evaluaciones históricas, busca responder a la pregunta respecto a las condiciones que permiten apreciar el apogeo de esta civilización andina. Reseña la respuesta de Franklin Pease (2004), que

sostiene que “la ropa fue el recuso financiador de la expansión inca”, aludiendo que en el Estado inca, basado en la reciprocidad y la redistribución, existía un “macrosistema redistributivo”. Este consistía en bienes como maíz, coca y ají de las cercanías del Cusco, y lana y ropa del altiplano de lago Titicaca, siendo estas últimas las más abundantes. Desde el enfoque de la gestión y construcción social del territorio, que es el fundamento de la producción y circulación de bienes, plantea una respuesta diferente.

Señala que la civilización andina, una de las originarias de la humanidad, tiene entre sus rasgos distintivos la construcción sociocultural del territorio. Parte de reconocer formas de vida en intercambio entre la sociedad y la naturaleza, que deben tener una relación armónica para garantizar la reproducción del cosmos y sus tres mundos: de arriba, presente y de abajo. El ser humano forma parte y convive con la naturaleza, que es, de por sí, una forma activa de vida. Este rasgo civilizatorio es lo que marca la singularidad de su aporte cultural. Para habitar en una geografía tan agreste, compleja y biodiversa como la de los Andes, es imprescindible hacer una construcción sociocultural del territorio. Y este es el aporte cultural andino fundamental. La Colonia no solo buscó extirpar la cosmología, la lengua, las vestimentas, las festividades, las costumbres sociales, sino que trató de desarraigar las sociedades andinas de su vinculación con la geografía, por ser ésta justamente una de las bases de su cultura (Lumbreras, 2006). La civilización andina había construido territorios socioculturales en los cuales amplió drásticamente el suelo agrícola gracias a las andenerías; canalizó los cursos de agua para la agricultura, en canales y andenes; construyó microclimas para domesticar plantas y cultivos, con los Waru Warus, andenes en pisos ecológicos diferentes, y los manejos de manantes y puquiales; moldeó las piedras y construyó herramientas de cobre y bronce para construir caminos, hacer agricultura y edificar templos y viviendas; amplió la cerámica y textilería; elaboró un complejo y hasta ahora no se ha descifrado lenguaje para la resguardar la memoria y los conocimientos, y organizar la administración y la contabilidad. Una

amplia sabiduría, codificada, transmitida y aplicada está en la base de estas conquistas culturales en la gestión del territorio, que ahora se valorizan, redescubren y proyectan.

La rápida expansión y formación del Tawantinsuyo, a partir de Pachacutec y por menos de 100 años, tiene sustento en el patrón previo de asentamiento, que era generalizado en el mundo andino. Este patrón de asentamiento incorporaba los pisos altitudinales y las relaciones de parentesco en una bipartición alto/bajo, y en una cuatripartición que agregaba masculino/femenino a la dualidad anterior, dándole a cada sector funciones y características singulares en el ciclo agrícola, el poder y la organización social (Hocquenghem, 1998). Con base en este patrón de asentamiento andino, sustentado en la reciprocidad y el manejo de pisos ecológicos, los incas organizaron el Tawantinsuyo, desde Ecuador y Colombia hasta Argentina y Chile, con el Cusco como centro organizador, la religión solar y animista como fuerza simbólica de producción y poder, y la contabilidad administrativa como sistema de mando y control. El eje regional estructurador sureste-noroeste era la orientación del valle del Vilcanota-Urubamba. Este eje era el de mayor de circulación del imperio incaico, con rutas simbólicas sagradas que se irradiaban hacia los cuatro suyos desde los ceques del Coricancha del Cusco (Bauer, 1998 y 2000). El Tawantinsuyo trató sucesivas veces de expandirse hacia el Antisuyo, hacia la Amazonía, tema sobre lo cual está descubriéndose importantes avances, pero que, en todo caso, fue siempre un territorio difícil. El valle sagrado fue siempre el eje.

A partir del carácter de las centralidades que significaban en el apogeo del Tawantisuyo, hace una relectura de estos monumentos que ahora son centralidades patrimoniales en los parques arqueológicos y en innumerables sitios existentes en todo el departamento del Cusco, que se presentan inconexos, descontextualizados. Critica que su significación se reduce a una enumeración de obras y sitios, cuando constituyen, más bien, una vía de acceso a la comprensión de identidad y territorialidad que representa el Tawantinsuyo con el apogeo de la civilización andina.

Formula un nuevo rol de la centralidad patrimonial actual, si se la vincula con centralidades territoriales cuyas funciones y estructuras estaban asociadas al inmenso salto en la expansión imperial, que representó un gran proceso de desarrollo territorial para el apogeo inca y la organización de los cuatro suyos, y que ahora son ejes de los subespacios regionales. Analiza en detalle cinco subespacios: a) el centro del universo: el Coricancha, Templo del Sol y Sacsayhuamán, la Casa Real del Sol y el Cosmos; b) el valle sagrado: Urubamba, las poblaciones incas vivientes y el nexo altiplano-amazónico; c) el Santuario del Sol y Mausoleo del Inca: Machu Picchu; d) el área de Intercambios con el Qollao: Templo a Wiracocha, Pikillaqta Huari y Palacio de Yawar Huaca; e) Vilcabamba: ampliación del territorio y la resistencia anti-colonial.

El centro histórico de Arequipa: patrimonio y desarrollo

Luis Maldonado Valz hace una evaluación y proyecciones del centro histórico de Arequipa, incluido en la lista del Patrimonio de la Humanidad. Resalta que el propósito de su recuperación es que sea uno de los pilares fundamentales para el desarrollo urbano-regional de Arequipa.

Presenta la crisis que atravesó Arequipa en las décadas de fin del siglo XX, que coadyuvó al deterioro del patrimonio, del orden urbano y de la calidad de vida, acentuado por la escasa presencia de las instituciones públicas. Esta situación obligó a repensar las bases en las que se sustenta el desarrollo urbano-regional de Arequipa, y al identificar otras fuentes, reconocer el enorme potencial de su patrimonio arquitectónico. En efecto, hoy existe conciencia de que el legado cultural es un recurso valioso y que su recuperación es un poderoso instrumento para el desarrollo económico y social.

Analiza los desplazamientos en las centralidades urbanas. En los años cincuenta se inicia con mayor fuerza el desplazamiento de la población residente del damero hacia la periferia, quedando la casona

solariega destinada a otros usos; sin embargo, las formas tradicionales de casa de vecindad se mantienen alrededor de algunos tambos tuguizados. Posteriormente, en las décadas de los años sesenta y setenta, la Junta de Rehabilitación y Desarrollo de Arequipa propició un mayor impulso al sector industrial con la creación de parques industriales, y se mejoró la articulación vial, lo que contribuyó a consolidar el rol hegemónico de la ciudad en la región. Estos cambios cobran mayor intensidad en el área central donde el desarrollo de la actividad comercial y de servicios modifica las características horizontales de la ciudad. La sobreutilización del centro histórico ha generado un proceso continuo de desplazamiento de la vivienda y sus equipamientos hacia áreas periféricas, a la vez que se observa la hegemonía de actividades terciarias, principalmente del sector informal. Este éxodo se dio a partir de los años cincuenta, período que coincide con el flujo migratorio proveniente de los pueblos del altiplano peruano. A partir de entonces, se expandió una corriente de “modernidad” mal entendida, que paulatinamente sustituyó las casonas de sillar, de patios y bóvedas por edificios de ladrillo y concreto, cambiando los usos de vivienda a comercio, en razón de su mayor rentabilidad.

Observa que el crecimiento radio-céntrico de la metrópoli ha determinado que el sistema vial condicione el paso obligado por el centro en todos los desplazamientos de la población, lo cual trae mayor contaminación ambiental por el transporte, más aún si éste es anacrónico y deficiente. Las condiciones de habitabilidad y de dotación de servicios básicos en el centro histórico decayeron como resultado de la densificación de usos, la falta de inversión pública y el empobrecimiento de la población residente, lo cual forma parte del proceso de deterioro de la ciudad.

Formula que revertir esta tendencia es el reto, y para ello el patrimonio constituye el principal recurso de desarrollo sostenible y mejora de las condiciones de vida de la población, por su potencial para generar actividades productivas.

Como parte de este proceso, la declaratoria por UNESCO de Arequipa como Patrimonio Cultural de la Humanidad, en diciembre

de 2000, ha contribuido a consolidar estas actuaciones que vinculan el desarrollo de la ciudad con la cultura y el patrimonio. En forma detallada, precisa la propuesta urbana del Plan del Centro Histórico, en la que se entrelazan los desafíos del desarrollo y del patrimonio.

Señala que la trama monumental se estructura con la metrópoli por medio de dos grandes ejes tensores, ortogonales entre sí, que unirán cuatro centros focales de interés metropolitano a través del damero central. Estos ejes tienen como referente histórico el trazado fundacional de la ciudad y su división en cuarteles. Un eje unirá el parque de Selva Alegre con los terrenos del ferrocarril, concretizado simbólicamente por la calle Jerusalén y San Juan de Dios que va de norte a sur, uniendo a su vez el antiguo barrio de San Lázaro y el centro monumental de la ciudad. El otro eje, de este a oeste, unirá la cuenca del río Chili, y como pivote de este sector el Parque Metropolitano del Chili que, conjuntamente con el futuro Malecón de la Recoleta y el barrio del Solar, serán el inicio de este tensor, el cual culminará a través de las calles San Agustín, Mercaderes y Octavio Muñoz Nájjar, en el campus universitario de la Universidad Nacional de San Agustín (UNSA).

Sostiene que la orientación dada al proceso de rehabilitación del centro histórico de Arequipa es la correcta, pues, a diferencia de otros sitios históricos en América Latina, no se ha privilegiado el monumentalismo o el carácter museográfico, menos el acento excluyente del turismo comercial. Considera que se ha tratado fundamentalmente de mejorar las condiciones de permanencia de los habitantes, de recuperar los espacios públicos, de renovar su equipamiento cultural y, sobre todo, de rehabilitar la vivienda.

Bibliografía

- Castells, Manuel (1999). *La era de la información*, 3 tomos. México: Siglo XXI.
- Jameson, Frederic (1995). *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- Kraffa, Rómulo (2008). “Fundamentos de centralidad urbana”. *Centro-h, Revista de la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI)*, 2, diciembre. Quito: OLACCHI.
- Santos, Milton (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel Geografía.
- Veltz, Pierre (1999). *Mundialización, ciudades y territorios*. Barcelona: Ariel Geografía.

Centralidades regionales y jerarquías urbanas: sistema de centralidades urbanas en el Perú

Luisa Galarza Lucich* y
Cecilia del Castillo**

La centralidad se ha definido, hasta hace poco, con referencia a los centros urbanos por la agrupación de funciones y usos que extienden sus servicios a un amplio sector de la población y se constituyen en núcleos o nodos de oferta muy especializada y atractiva; por lo tanto, dan servicios a demandas de nivel metropolitano macrorregional y regional.

* Nació en Huancayo, Perú. Es arquitecta de profesión, graduada en la Universidad Nacional de Ingeniería, con especialización en Ordenación del Territorio, por la Universidad Politécnica de Madrid. Formula proyectos de desarrollo regional, planeamiento territorial y medioambiente. Es profesora invitada en la maestría en Ordenamiento Territorial en la Universidad Federico Villarreal y profesora invitada en la maestría en Geografía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es consultora y coordinadora de varios proyectos públicos y privados, especialmente los estudios de Gestión Urbano Regional de Inversiones (GURI), en varios departamentos. Actualmente es coordinadora del Grupo Técnico de Coordinación Interinstitucional (CAMISEA), donde desarrolla estudios de ordenamiento territorial de los departamentos del ámbito de influencia del proyecto. El PNUD ha publicado el documento “Descentralización, organización socioeconómica del territorio y potencial de recursos”, elaborado por la autora sobre temas territoriales del Perú. Con el Instituto Nacional de Desarrollo (INADE), ha publicado varios documentos del Plan Selva-Perú, entre otros: “Análisis y evaluación de las ciudades y centros poblados de la Amazonía”. Con otras instituciones ha publicado documentos para departamentos, ligados al desarrollo de sus ámbitos.

** Arquitecta por la Universidad Nacional de Ingeniería. Consultora en desarrollo urbano y regional. Ha participado en los equipos centrales de formulación de los Estudios de Gestión Urbano Regional de Inversiones (GURI), en los Planes Departamentales

La estructura y funcionamiento del sistema urbano de un país son la expresión territorial del desarrollo nacional y sus distintas regiones. En los últimos años, las ciudades se entienden como un sistema poli-céntrico o polinuclear y, conforme ha evolucionado el sistema de ciudades en el Perú, las “nuevas centralidades” se han establecido a nivel de conglomerados que configuran “áreas metropolitanas”, en los ámbitos regionales y macrorregionales.

Este concepto de nuevas centralidades, aplicado al sistema de ciudades en el Perú, se refiere a la naturaleza compleja de las interrelaciones entre funciones de los núcleos urbanos, que requieren ser abordadas en conjunto con respecto al área metropolitana, centro urbano polinuclear o conglomerado, para establecer propuestas integrales que permitan superar la fragmentación de los centros urbanos o conglomerados que se ha mantenido en las estructuras urbanas, especialmente en los centros macrorregionales, hasta la fecha.

Las nuevas centralidades deberán ser sistemas de reactivación de las ciudades existentes, entendiendo el valor que los centros históricos y tradicionales tienen como núcleos generadores, los que deben mantenerse como tales, adecuando el rol de su centralidad.

En la actualidad, las ciudades viven el desarrollo de nuevos lugares centrales, principalmente con el desarrollo de centros comerciales y de esparcimiento. Es necesario evitar su disposición como “fragmentos aislados” en los centros urbanos principales, sin relación entre las partes y con discontinuidad con el contexto urbano, porque generaría disfuncionalidades de servicio con el consiguiente detrimento del potencial que una centralidad debe ofrecer en el nuevo contexto de consolidación de los centros regionales y macrorregionales.

de Desarrollo Urbano (INADUR-MTC) y en los Planes Concertados de Gestión Estratégica Departamental (PRES-DIES). Es miembro del equipo de asesores del programa Caminos Departamentales, del Ministerio de Transportes y Comunicaciones, para fortalecimiento institucional y formulación de los Planes Viales Departamentales. Es docente universitaria en temas urbanos en la Universidad Nacional del Centro del Perú, Universidad Particular de Chiclayo, Universidad Nacional de Piura y en la Universidad Particular San Martín de Porres.

Evolución de la distribución espacial de las ciudades y configuración de las centralidades regionales

El sistema urbano actual del Perú puede definirse a partir de la evaluación de dos factores básicos: la jerarquía y las funciones económicas de los conglomerados, continuos urbanos establecidos o áreas urbanas integradas. Los cuales incorporan a los centros urbanos menores localizados en sus áreas de influencia y con ellos conforman una unidad espacial y económico-social de mayor nivel.

Las jerarquías urbanas se establecen a partir del rango poblacional y la dinámica de urbanización de los centros urbanos, complementadas con la función político-administrativa que desempeñan en su ámbito, en términos de capitales departamentales o de provincia.

Las funciones económicas urbanas se definen con base en los diferentes porcentajes de la Población Económicamente Activa (PEA), por actividad que se han registrado en los conglomerados. Para establecer las funciones predominantes, se deben considerar las variaciones según la actividad, considerando los siguientes criterios:

- Actividad industrial predominante: porcentajes mayores al 25%.
- Actividad agropecuaria predominante: porcentajes mayores al 30%.
- Actividad minera predominante: porcentajes mayores al 11%.
- Actividad comercial predominante: porcentajes mayores al 65%.

Población por departamentos y población urbana en el Perú, 2005

En cuanto a la distribución de la población por departamentos, al analizar diversos períodos censales se concluye que, a pesar de los esfuerzos por fortalecer los espacios regionales, sigue prevaleciendo la concentración de la población en el departamento de Lima, que en el 2008 concentró más del 34% de la población nacional.¹ Los departamentos de Piura, Lambayeque, La Libertad, Cajamarca, Junín, Are-

1 Incluye la provincia constitucional del Callao.

quipa, Puno y Cusco concentraron, en conjunto, el 38,8% de la población. Esto indica que más del 70% de la población se concentró en departamentos que representan, considerando Lima, solo el 31% de la superficie territorial del Perú.

Estos departamentos son receptores de población e incrementan históricamente su aporte a escala regional. Esto debido a los nuevos procesos migratorios que se han dado en los últimos años.

Debe señalarse que dentro de los departamentos de mayor concentración poblacional después de Lima; los departamentos de Piura, Lambayeque, La Libertad y Cajamarca, en la macrorregión norte, en conjunto concentran el 21% de la población. El departamento de Junín, en la macrorregión centro, contiene al 4,5% de la población según el censo de 2007, y los departamentos de Arequipa, Puno y Cusco, en la macrorregión sur, concentran el 13,1% de la población nacional (tabla 1).

El mayor incremento poblacional se registra; en primer lugar, en el departamento Madre de Dios, que triplicó su población en 2007 con respecto a 1981. Le siguen en importancia los departamentos de Ucayali y San Martín, que duplicaron su población en el mismo período. Esto ilustra la importancia que han adquirido los departamentos de la región amazónica.

Después están, debido a su dinámica poblacional, los departamentos localizados en zona de frontera: Tacna, Tumbes y Loreto, así como la provincia constitucional del Callao, con incrementos poblacionales que casi duplicaron sus poblaciones en el período 1981-2007.

Los departamentos La Libertad, Ica, Lambayeque, Moquegua, Arequipa y Huánuco tienen una dinámica de crecimiento poblacional moderada.

Los departamentos de Piura, Amazonas, Junín, Cusco, Cajamarca, Huancavelica, Ancash, Pasco, Apurímac y Ayacucho disminuyeron su participación porcentual con respecto a la concentración de la población en sus territorios en el período mencionado, con una dinámica de crecimiento poblacional lenta, destacando la marcada tendencia al despoblamiento de los departamentos de Apurímac y Ayacucho (tabla 2).

Tabla 1. Distribución de la población por departamentos (censos de 1981, 1993, 2005 y 2007)

Departamento	1981		1993		2005		2007	
	Población	%	Población	%	Población	%	Población	%
Perú	17.762.231	100%	22.639.443	100%	26.152.265	100%	27.419.294	100%
Amazonas	268.121	1,51%	354.171	1,56%	389.700	1,49%	375.993	1,37%
Ancash	862.495	4,86%	983.877	4,35%	1.039.415	3,97%	1.063.459	3,88%
Apurímac	342.964	1,93%	396.098	1,75%	418.882	1,60%	404.190	1,47%
Arequipa	738.482	4,16%	939.082	4,15%	1.140.810	4,36%	1.152.303	4,20%
Ayacucho	523.821	2,95%	512.438	2,26%	619.338	2,37%	612.489	2,23%
Cajamarca	1.063.474	5,99%	1.297.835	5,73%	1.359.023	5,20%	1.387.809	5,06%
Provincia constitucional del Callao	454.313	2,56%	647.585	2,86%	810.568	3,10%	876.877	3,20%
Cusco	874.463	4,92%	1.066.495	4,71%	1.171.503	4,48%	1.171.403	4,27%
Huancavelica	361.548	2,04%	400.376	1,77%	447.054	1,71%	454.797	1,66%
Huánuco	498.417	2,81%	577.910	2,55%	730.871	2,79%	762.223	2,78%
Ica	446.902	2,52%	578.766	2,56%	665.592	2,55%	711.932	2,60%
Junín	896.962	5,05%	1.092.993	4,83%	1.091.619	4,17%	1.232.611	4,50%
La Libertad	1.011.631	5,70%	1.287.383	5,69%	1.539.774	5,89%	1.617.050	5,90%
Lambayeque	708.820	3,99%	950.842	4,20%	1.091.535	4,17%	1.112.868	4,06%
Lima	4.993.032	28,11%	6.478.957	28,62%	7.819.436	29,90%	8.445.211	30,80%
Loreto	516.371	2,91%	736.161	3,25%	884.144	3,38%	891.732	3,25%
Madre de Dios	35.788	0,20%	89.854	0,40%	92.024	0,35%	109.555	0,40%
Moquegua	103.283	0,58%	130.192	0,58%	159.306	0,61%	161.533	0,59%
Pasco	229.701	1,29%	239.191	1,06%	266.764	1,02%	280.449	1,02%
Piura	1.155.682	6,51%	1.409.262	6,22%	1.630.772	6,24%	1.676.315	6,11%
Puno	910.377	5,13%	1.103.689	4,88%	1.245.508	4,76%	1.268.441	4,63%
San Martín	331.692	1,87%	572.352	2,53%	669.973	2,56%	728.808	2,66%
Tacna	147.693	0,83%	223.768	0,99%	274.496	1,05%	288.781	1,05%
Tumbes	108.064	0,61%	158.582	0,70%	191.713	0,73%	200.306	0,73%
Ucayali	178.135	1,00%	331.824	1,47%	402.445	1,54%	432.159	1,58%

Fuente: INEI. *Censos nacionales de población y vivienda de 1981, 1993, 2005 y 2007.*

Tabla 2. Densidades poblacionales por departamentos (censos de 1981, 1993, 2005 y 2007)

Departamento	Superficie (km ²)	1981		1993		2005		2007	
		Población	Densidad	Población	Densidad	Población	Densidad	Población	Densidad
Perú	1.285.216	17.762.231	13,82	22.639.443	17,62	26.152.265	20,35	27.419.294	21,33
Madre de Dios	85.183	35.788	0,42	89.854	1,05	92.024	1,08	109.555	1,29
Loreto	368.852	516.371	1,40	736.161	2,00	884.144	2,40	891.732	2,42
Ucayali	102.411	178.135	1,74	331.824	3,24	402.445	3,93	432.159	4,22
Amazonas	39.249	268.121	6,83	354.171	9,02	389.700	9,93	375.993	9,58
Moquegua	15.734	103.283	6,56	130.192	8,27	159.306	10,12	161.533	10,27
Pasco	25.320	229.701	9,07	239.191	9,45	266.764	10,54	280.449	11,08
Ayacucho	43.815	523.821	11,96	512.438	11,70	619.338	14,14	612.489	13,98
San Martín	51.253	331.692	6,47	572.352	11,17	669.973	13,07	728.808	14,22
Cusco	72.104	874.463	12,13	1.066.495	14,79	1.171.503	16,25	1.171.403	16,25
Puno	71.999	910.377	12,64	1.103.689	15,33	1.245.508	17,30	1.268.441	17,62
Tacna	16.076	147.693	9,19	223.768	13,92	274.496	17,08	288.781	17,96
Arequipa	63.345	738.482	11,66	939.082	14,82	1.140.810	18,01	1.152.303	18,19
Huánuco	32.085	498.417	15,53	577.910	18,01	730.871	22,78	762.223	23,76
Huancavelica	18.407	361.548	19,64	400.376	21,75	447.054	24,29	454.797	24,71
Apurímac	15.666	342.964	21,89	396.098	25,28	418.882	26,74	404.190	25,80
Junín	44.197	896.962	20,29	1.092.993	24,73	1.091.619	24,70	1.232.611	27,89
Ancash	35.876	862.495	24,04	983.877	27,42	1.039.415	28,97	1.063.459	29,64
Ica	21.328	446.902	20,95	578.766	27,14	665.592	31,21	711.932	33,38
Cajamarca	33.318	1.063.474	31,92	1.297.835	38,95	1.359.023	40,79	1.387.809	41,65
Tumbes	4.669	108.064	23,14	158.582	33,96	191.713	41,06	200.306	42,90
Piura	35.892	1.155.682	32,20	1.409.262	39,26	1.630.772	45,43	1.676.315	46,70
La Libertad	25.500	1.011.631	39,67	1.287.383	50,49	1.539.774	60,38	1.617.050	63,41
Lambayeque	14.231	708.820	49,81	950.842	66,81	1.091.535	76,70	1.112.868	78,20
Lima	34.802	4.993.032	143,47	6.478.957	186,17	7.819.436	224,69	8.445.211	242,67
Provincia constitucional del Callao	147	454.313	3.090,99	647.585	4.405,94	810.568	5.514,82	876.877	5.965,96

Fuente: INEI. *Censos nacionales de población y vivienda de 1981, 1993, 2005 y 2007.*

Las densidades más altas se registran en el departamento de Lima, la provincia constitucional del Callao y en los departamentos de Lambayeque y La Libertad (más de 50 habitantes por km²). Los departamentos de Piura, Tumbes, Cajamarca e Ica registran densidades mayores a 30 habitantes por km². Los departamentos de Huánuco, Apurímac, Huancavelica, Junín y Ancash registran densidades mayores al promedio nacional (21,33 habitantes por km²).

La mayor superficie departamental corresponde a Loreto, que ocupa una extensión de 368.851,95 km², lo que significa el 29% del total de la superficie nacional. Le siguen en importancia por superficie territorial los departamentos de Ucayali y Madre de Dios, también del ámbito amazónico. Destaca nuevamente la importancia del potencial que se registra en estos territorios y que permite una mayor dinámica de crecimiento poblacional en los últimos tiempos a pesar de tener menores densidades poblacionales en el territorio nacional.

Este fenómeno de atracción poblacional de la Amazonía en los últimos años llevó al Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) a calificar las tendencias de distribución poblacional en el país como un proceso de “selvatización” debido a la reorientación de las migraciones a este espacio, donde la población migrante se desplaza no solamente a las principales ciudades sino también a importantes áreas rurales de selva (INEI-UNFPA, 1995).

Los cambios producidos en la distribución de la población tienen como factor importante los procesos migratorios que sucedieron a partir de la década de los años cincuenta del siglo XX a nivel nacional. Se inició un proceso acelerado de urbanización debido a una fuerte migración interna producida por las ventajas que empezaba a tener Lima y algunas ciudades de la costa, como consecuencia del cambio al proceso de sustitución de importaciones; esto dio pie a la localización de industrias en la metrópoli y en las principales ciudades costeras; y a la mayor inversión en infraestructura (energética y vial) en estas zonas. La población del interior del país se desplazó al eje litoral costero en busca de mejores condiciones de vida.

Este proceso se ha modificado en las últimas décadas en función de otros procesos sociales: el empobrecimiento de la estructura productiva fundamentalmente agropecuaria y la expulsión de la población, especialmente en la sierra central, de determinados espacios como consecuencia de la violencia terrorista y el narcotráfico.

Simultáneamente a estos procesos negativos se produce de nuevo el fenómeno de atracción hacia los espacios de selva alta norte y centro; estos presentan mayor oferta de recursos y potencialidades productivas, lo que produce el fortalecimiento de ciudades pequeñas y medianas. Situación que se sustenta en la consolidación de los ejes viales transversales y de los espacios adyacentes a la carretera marginal de la selva (hoy Carretera Presidente Fernando Belaúnde Terry) y a la incorporación de nuevos espacios productivos. Este fenómeno se visualiza en forma más acentuada a partir de los últimos períodos censales (1981-1993 y 1993-2005-2007).

Sin embargo, debe señalarse que a pesar de los esfuerzos del Estado por planificar la ocupación amazónica, la colonización espontánea ha sido el principal motor de la transformación de este espacio.

El escenario actual de la ocupación espacial en la región amazónica señala diferencias entre los subespacios de selva baja y alta, y en la selva sur, independientemente de la tendencia común de algunas de sus ciudades a constituirse en focos de atracción para las migraciones.

El fenómeno del poblamiento creciente de la selva en los últimos años se aprecia en las tablas anteriores: en 1981 la población de este espacio solo representaba un 7% de la población nacional (INEI, 1981); en el año 2007, llegó al 9% de la población total del país. Esta dinámica se aprecia también en las tasas de crecimiento poblacional muy superiores a las que presentan los demás espacios del territorio nacional.

La población total en el Perú alcanzó los 27.419.294 habitantes en el año 2007. De esta población, un total de 20.810.228 habitantes fue considerado urbano (población en centros poblados y ciudades mayores a 2 mil habitantes), y correspondió a un 76% del total de la población (esto significó un incremento de la población en ciudades de 382.293 personas por año en el período 1993-2007) (tabla 3).

Tabla 3. Tasa de crecimiento poblacional por departamentos en el Perú		
	1981-1993	1993-2007
Provincia constitucional del Callao	3,0	2,2
Huánuco	1,2	2,0
Ucayali	5,3	1,9
Lima	2,2	1,9
Tacna	3,5	1,8
San Martín	4,7	1,7
Tumbes	3,2	1,7
La Libertad	2,0	1,6
Moquegua	1,9	1,6
Ica	2,2	1,5
Arequipa	2,0	1,5
Madre de Dios	8,0	1,4
Loreto	3,0	1,4
Ayacucho	-0,2	1,3
Piura	1,7	1,2
Lambayeque	2,5	1,1
Pasco	0,3	1,1
Puno	1,6	1,0
Junín	1,7	0,9
Huancavelica	0,9	0,9
Cusco	1,7	0,7
Ancash	1,1	0,6
Cajamarca	1,7	0,5
Amazonas	2,3	0,4
Apurímac	1,2	0,1

Fuente: INEI. *Censos nacionales de población y vivienda 1981, 1993 y 2007.*

De esta manera, la población urbana sobrepasa significativamente en número a la población rural. La expansión demográfica y la urbanización; sin embargo, no son uniformes en todo el territorio del Perú. Existen espacios con mayor tendencia a la concentración poblacional, con interés sobre determinados recursos. También existen espacios sin atención y con posibilidades (incluidas las de competitividad) de incorporar a su economía la explotación sostenible de nuevos recursos (recuadro 1).

Recuadro 1. Perú: distribución de la población censada por área urbana y rural 2007

La población censada en los centros poblados urbanos del país es de 20.810.700 habitantes, que representan el 75,9% de la población nacional. La población empadronada en los centros poblados rurales es de 6.608.594 personas, que significan el 24,1% de la población censada. A nivel departamental, se observan dos grupos: uno compuesto por 19 unidades político-administrativas donde su población es mayoritariamente urbana, y otro integrado por seis departamentos, donde más de la mitad de su población es rural.

El primer grupo, con población mayoritariamente urbana, comprende la provincia constitucional del Callao con 100% de población urbana, y los departamentos de Lima, con 98%; Tacna, 91,3%; Tumbes, 90,7%; Arequipa, 90,6%; Ica, 89,3%; Moquegua, 84,6%; Lambayeque, 79,5%; La Libertad, 75,4%; Ucayali, 75,3%; Piura, 74,2%; Madre de Dios, 73,3%; Junín, 67%; Loreto, 65,4%; San Martín, 64,9%; Ancash, 64,2%; Pasco, 61,9%; Ayacucho, 58%; y Cusco, 55%. En este grupo se encuentran todos los departamentos de la costa, mayoritariamente los de la selva y más de la mitad de los departamentos de la sierra (Cusco, Ayacucho, Pasco, Ancash, Junín y Arequipa).

En 1993, todos estos departamentos, con excepción de Ayacucho y Cusco, ya eran predominantemente urbanos. El segundo grupo, con población principalmente rural, lo conforman seis departamentos, casi todos de la sierra. Estos son: Huancavelica, con 68,3% de población rural; Cajamarca, con 67,3%; Huánuco, 57,5%; Amazonas, 55,8%; Apurímac, 54,1%; y Puno, 50,3% de población rural.

Fuente: INEI-UNFPA, 2008.

Del análisis realizado, se concluye que la población urbana del Perú se incrementó con una tasa anual del 2,1% en el período 1993-2007. Esto denotó una significativa dinámica de crecimiento urbano, considerando que la tasa de crecimiento de la población total fue del 1,4% en el mismo período.

Estructura de las ciudades o conglomerados, 1993-2007

En 1993, en el Perú existían 52 ciudades con población mayor a los 20 mil habitantes. La estructura de las ciudades (o conglomerados), sin considerar Lima metropolitana, era la siguiente:

- 2 ciudades con población mayor a 500 mil habitantes
- 6 ciudades con población entre 250 mil y 499.999 habitantes
- 9 ciudades con población entre 100 mil y 249.999 habitantes
- 12 ciudades con población entre 50 mil y 99.999 habitantes
- 23 ciudades con población entre 20 mil y 49.999 habitantes

La dinámica de crecimiento poblacional por rangos de ciudades evidencia que, en 1993, la concentración de ciudades con población mayor a 500 mil habitantes estaba en el espacio costero; existiendo, no obstante, en el rango de 250 mil a 450 mil habitantes, tres ciudades de la costa (Chiclayo, Chimbote y Piura); dos ciudades de la sierra (Huanayo y Cusco); y una ciudad de la Amazonía (Loreto). Sin embargo, también se indica una creciente concentración de la población en ciudades pequeñas y medianas de la selva, aún cuando sigue siendo más significativo el crecimiento de la población en ciudades de la costa, sobre todo de la costa norte.

En 2005, las ciudades con población mayor a los 20 mil habitantes eran 57, y la estructura de las ciudades (o conglomerados), sin considerar Lima metropolitana, fue la siguiente:

- 3 ciudades entre 500 mil y 1 millón de habitantes
- 5 ciudades entre 250 mil y 499.999 habitantes
- 12 ciudades entre 100 mil y 249.999 habitantes
- 12 ciudades entre 50 mil y 99.999 habitantes
- 25 ciudades entre 20 mil y 49.999 habitantes

El ritmo de crecimiento de las ciudades en la costa sigue siendo importante, habiéndose incorporado Chiclayo al rango de ciudades con población mayor a 500 mil habitantes, en el período 1993-2005.

En este mismo año, el ritmo de crecimiento de la población concentrada en las ciudades con poblaciones mayores a 20 mil habitantes, a escala nacional, era del 1,7%, siendo mayor que el ritmo de crecimiento de la población total del país (1,4%). Se destacaron por su ritmo de crecimiento las ciudades en la Amazonía.

Considerando el período 1981-1993, se afirma que son las ciudades de tamaño poblacional intermedio (entre 20 mil y 50 mil habitantes) las que crecen más rápido, especialmente las ciudades de la selva. Estas en conjunto tienen un ritmo de crecimiento mayor que el de Lima metropolitana y las ciudades más importantes del país.

De igual forma, comparando la estructura de las ciudades de la selva, entre 1993 y 2005, se observa que, aunque las proyecciones no registran un incremento significativo del número de centros poblados pequeños, sí hay una gran tendencia a la concentración de población en centros urbanos de 10 mil a 50 mil habitantes.

Por lo tanto, el proceso de concentración en ciudades del país es una tendencia muy fuerte; se espera que en los próximos años se incremente el número de ciudades en el rango de 250 mil a 500 mil habitantes.

En general, se indica que al acentuarse el proceso de urbanización en el Perú, se acentúa la tendencia a la concentración de población en escasos centros urbanos. Esta tendencia no genera sistemas que apoyen el desarrollo de los territorios que ocupa; propicia una desigual ocupación de un espacio sumamente extenso, principalmente en la sierra y en la selva; y no permite desarrollar actividades económicas que aprovechen el enorme y variado potencial de recursos naturales en estos territorios.

Jerarquía de las ciudades

La tabla siguiente muestra la jerarquía de las ciudades (o conglomerados) de más de 20 mil habitantes. Los datos corresponden a los años censales precedentes y a 2005, según un ordenamiento por tamaño. Se observan los cambios en la jerarquía de algunas ciudades, comparándolos con el ordenamiento registrado en 1993 (tabla 4).

Tabla 4. Jerarquía de los conglomerados con población mayor a 20 mil personas (censos de 1961, 1972, 1981, 1993 y 2005)

R	Conglomerados	Población censada	R	Conglomerados	Población censada	R	Conglomerados	Población censada	R	Conglomerados	Población censada	R	Conglomerados	Población estimada
	Nombre	1961		Nombre	1972		Nombre	1981		Nombre	1993		Nombre	2005
1	Lima	1.750.579	1	Lima	3.288.209	1	Lima	4.523.994	1	Lima	6.345.856	1	Lima	7.765.085
									2	Arequipa	629.064	2	Arequipa	781.735
									2	Trujillo	537.458	2	Trujillo	738.085
												2	Chiclayo	512.302
				Arequipa	306.125		Arequipa	442.876	3	Chiclayo	393.418	3	Cusco	351.978
							Trujillo	364.414	3	Chimbote	291.408	3	Piura	351.498
							Chiclayo	263.249	3	Huancayo	279.836	3	Iquitos	346.107
									3	Iquitos	274.759	3	Chimbote	299.949
									3	Piura	272.231	3	Huancayo	299.688
									3	Cusco	255.568			
	Arequipa	163.693		Trujillo	240.322	2	Chimbote	231.597	4	Huánuco	188.814	4	Pucallpa	240.943
				Chiclayo	177.321	3	Piura	202.107	4	Tacna	174.336	4	Tacna	213.682
				Chimbote	174.167	4	Cusco	177.623	4	Pucallpa	172.286	4	Juliaca	208.553
				Huancayo	126.754		Huancayo	171.834	4	Ica	161.501	4	Ica	164.694
				Piura	126.010		Iquitos	169.131	4	Sullana	149.147	4	Sullana	160.989
				Cusco	121.464		Sullana	116.995	4	Juliaca	142.576	4	Ayacucho	160.516
				Iquitos	110.242		Ica	112.506	4	Chincha Alta	112.161	4	Huánuco	141.074
									4	Ayacucho	105.918	4	Cajamarca	118.817
									4	Huacho	104.345	4	Puno	115.382
												4	Tarapoto	106.278

(continuación tabla 4)

										4	Chincha Alta	103.235
										4	Huacho	100.385
Chiclayo	90.380	Ica	84.877	Tacna	94.089	5	Puquio	99.658	5	Huaraz	90.461	
Cusco	79.857	Pucallpa	60.547	Pucallpa	90.653	5	Cajamarca	92.447	5	Huaral	90.112	
Piura	72.096	Sullana	59.858	Huacho	79.402	5	Puno	91.467	5	Tumbes	88.931	
Chimbote	66.307	Tacna	56.540	Chincha Alta	74.804	5	Pisco	84.895	5	Talara	80.361	
Huancayo	64.153	Huacho	52.530	Juliaca	72.568	5	Talara	82.228	5	Barranca	75.923	
Iquitos	57.777			Ayacucho	66.704	5	Tarapoto	77.783	5	Paita	64.118	
				Puno	64.292	5	Tumbes	72.616	5	Ilo	57.393	
				Cajamarca	60.238	5	Huaraz	67.538	5	Jaén	56.119	
				Pisco	59.449	5	Barranca	61.138	5	Pisco	50.366	
				Huánuco	59.309	5	Huaral	54.442	5	San Vicente de Cañete	59.706	
				Talara	54.304	5	San Vicente de Cañete	52.128	5	Abancay	58.249	
						5	Ilo	50.183	5	Lambayeque	56.351	
Ica	49.097	Pisco	46.977	Cerro de Pasco	48.606	6	Abancay	46.997	6	Tingo María	45.044	
Sullana	34.501	Chincha Alta	44.346	Barranca	47.115	6	Jaén	45.929	6	Puerto Maldonado	44.381	
Huacho	32.662	Ayacucho	43.075	Tumbes	43.948	6	Tingo María	43.152	6	Yurimaguas	43.791	
Talara	27.957	Huánuco	41.607	Tarapoto	43.753	6	Paita	40.607	6	Sicuni	40.432	
Tacna	27.499	Puno	40.453	Huaraz	42.797	6	Moquegua	38.837	6	Catacaos	38.436	
Pucallpa	26.391	Cajamarca	39.667	La Oroya	41.405	6	Catacaos	38.757	6	Moyobamba	35.436	

(continuación tabla 4)														
	Pisco	25.364		Juliaca	39.066		San Vicente de Cañete	38.852	6	Ferreñafe	37.542	6	Huancavelica	31.845
	Ayacucho	24.889		Cerro de Pasco	35.204		Chulucanas	37.040	6	Lambayeque	35.042	6	Ferreñafe	31.133
	La Oroya	24.724		Tumbes	33.042		Tarma	35.634	6	Huancavelica	31.523	6	Moquegua	31.114
	Huánuco	24.646		Huaraz	31.382		Ilo	35.541	6	Yurimaguas	30.658	6	Chancay	30.970
	Puno	24.459		Talara	29.911		Huaral	35.491	6	Jauja	30.089	6	Huanta	26.137
	Cajamarca	23.427		Tarapoto	27.564		Paramonga	33.151	6	Sicuaní	29.745	6	Pacasmayo	26.084
	Cerro de Pasco	21.363		Tarma	26.546		Ferreñafe	29.484	6	Nazca	28.505	6	Bagua Grande	25.923
	Tumbes	20.885		Chulucanas	26.172		Chepen	28.713	6	Puerto Maldonado	27.354	6	Quillabamba	25.584
	Chincha Alta	20.817		La Oroya	25.290		Catacaos	28.338	6	Andahuaylas	27.079	6	Tuman	23.303
	Juliaca	20.351		Chepen	22.293		Lambayeque	24.178	6	La Unión	26.360	6	Andahuaylas	22.798
	Huaraz	20.345		Ilo	21.877		Jauja	24.094	6	Moyobamba	24.800	6	Huamachuco	22.427
				Nazca	21.117		Paita	23.762	6	Pacasmayo	23.705	6	Requena	22.232
							Moquegua	23.281	6	Juanjui	23.643	6	Chachapoyas	21.960
							Yurimaguas	21.966	6	Chancay	23.500	6	Sechura	21.737
							Nazca	21.782	6	Quillabamba	22.277	6	Casma	21.657
							Mollendo	21.242	6	Camana	21.439	6	Ayaviri	21.099
							Jaén	21.201	6	Tuman	21.156	6	Moche	20.683
							Tingo María	20.840				6	Guadalupe	20.606
							Sicuaní	20.269				6	Nazca	20.506

Fuente: INEI. Censos nacionales de población y vivienda de 1961, 1972, 1981, 1993 y 2005. Elaboración: las autoras.

Las ocho ciudades principales (sin considerar Lima metropolitana) se mantienen como las más importantes, aunque solo en orden jerárquico; estas son: Arequipa, Trujillo y Chiclayo. Esta última se incorpora recién en 2005 al rango de ciudades mayores a 500 mil habitantes. Las ciudades de Cusco, Piura e Iquitos incrementan notoriamente su población en el período 1993-2005, y las ciudades de Chimbote y Huancayo registran una dinámica de crecimiento poco significativa.

Es notoria la dinámica que adquieren las ciudades de los rangos de 100 mil a 249.999 habitantes. Se destacan Pucallpa, Tacna, Juliaca, Ica, Sullana, Ayacucho, Huánuco, Cajamarca, Puno, Tarapoto, Chíncha Alta y Huacho. En 2005, se incorporaron a este rango las ciudades de Puno, Tarapoto y Cajamarca. Estas ciudades se incrementan de nueve a doce en el período 1993-2005, reflejando con ello una mejor tendencia a la distribución espacial de la población, abarcando los espacios de costa, sierra y selva.

En general, se puede señalar que se fortalecen las condiciones para consolidar un sistema de ciudades agrupadas por subsistemas, de una manera orgánica y mejor distribuida en el territorio nacional, especialmente en las zonas norte y centro del país.

En la región sur no se identifican redes urbanas que involucren todos los rangos de población y que desempeñen roles complementarios a los centros principales. Se configura, más bien, un sistema que se sustenta en importantes ciudades intermedias como Arequipa y Cusco, que no logran articularse de manera armónica con otras ciudades complementarias de menor rango y que tienen débiles relaciones entre sí, mostrando debilidad en la organización espacial de un sistema urbano macrorregional.

*Población económicamente activa de las ciudades
con población mayor a 20 mil habitantes*

La concentración de población en determinados espacios se produce con el objetivo de desarrollar determinadas actividades que, en conjunto, constituyen y determinan la función de la ciudad. Existen actividades que se realizan en la ciudad para su uso interno y actividades que aportan recursos al exterior y que configuran las funciones básicas de la ciudad. Entre estas últimas están las funciones netamente comerciales o industriales, culturales, turísticas, político-administrativas, entre otras.

Las funciones predominantes en las ciudades del Perú son diferenciadas de acuerdo con los rangos poblacionales, predominando para las ciudades mayores de 250 mil habitantes la función industrial (manufactura), el comercio y los servicios, con excepción de Piura que registra una especialización funcional de servicios.

Normalmente en las ciudades más pequeñas predominan el comercio y los servicios, pero también actividades extractivas, sector primario (agricultura, ganadería, caza, pesca) y, en algunos casos, esta extracción está vinculada con la manufactura.

Las funciones urbanas predominantes se pueden apreciar en la siguiente tabla:

Tabla 5. Conglomerados de 20 mil habitantes por función urbana predominante, 2005

Macro región	Rango	Conglomerado	PEA Total	Función urbana predominante
Centro	Metrópoli nacional 1.000.000 y más	Lima-Callao	1.988.669	industrial / servicios (a escala nacional)
Sur	Primer rango	Arequipa	172.337	industrial / servicios
Norte	500.000-999.999	Trujillo	139.532	industrial / servicios
Norte	Segundo rango 250.000-499.999	Chiclayo	104.379	industrial / servicios
Centro		Huancayo	71.756	industrial / servicios
Sur		Cusco	71.497	industrial / servicios
Centro		Chimbote	68.016	industrial / servicios
Norte		Iquitos	65.618	industrial / servicios
Norte		Piura	63.760	servicios
Sur		Tacna	51.990	servicios
Centro		Pucallpa	43.749	industrial / servicios
Centro	Ica	40.854	servicios	
Sur	Tercer rango 100.000-249.999	Juliaca	36.789	industrial / servicios
Norte	Sullana	32.538	industrial / servicios	
Centro	Huánuco	28.863	servicios	
Centro	Chincha Alta	28.636	industrial / servicios	
Centro	Huacho	28.130	servicios	
Centro	Ayacucho	24.279	industrial / servicios	
Norte	Tarapoto	22.857	comercio / servicios	
Norte	Cajamarca	22.711	industrial / servicios	
Sur	Puno	22.676	servicios	
Centro	Pisco	19.907	agrícola / servicios	
Norte	Tumbes	17.944	servicios	
Norte	Cuarto rango 50.000-99.999	Talara	17.940	servicios / hidrocarburos / manufactura / hidrocarburos extractivo
Centro	Huaral	15.949	agrícola / servicios	
Centro	Huaraz	15.891	servicios	
Centro	Barranca	15.846	servicios	
Sur	Ilo	15.463	industrial / servicios	
Centro	San Vicente de Cañete	13.515	agrícola / servicios	
Norte	Jaén	12.046	agrícola / servicios	
Centro	Cerro de Pasco	11.843	servicios	
Centro	Tarma	11.530	servicios	
Centro	Tingo María	11.330	servicios	
Sur	Abancay	11.071	servicios	
Sur	Moquegua	10.181	servicios	
Centro	La Oroya	9.551	industrial / minero	

(continuación tabla 5)

Norte	Quinto rango 20.000-49.999	Paita	9.140	pesquero / industrial
Norte		Catacaos	8.578	agrícola / industrial
Norte		Ferreñafe	8.472	agrícola
Norte		Chulucanas	8.122	agrícola
Norte		Chepen	8.099	agrícola / servicios
Sur		Puerto Maldonado	8.087	servicios
Centro		Paramonga	7.952	industrial / servicios
Norte		Lambayeque	7.932	servicios
Norte		Yurimaguas	7.684	agrícola / servicios
Centro		Chancay	7.405	agrícola / servicios
Sur		Sicuani	7.374	servicios
Centro		Jauja	7.349	servicios
Centro		Nazca	6.987	servicios
Norte		Moyobamba	6.950	agrícola / servicios
Norte		La Unión	6.691	agrícola
Sur		Quillabamba	6.536	servicios
Sur		Andahuaylas	6.458	agrícola / servicios
Norte		Juanjui	6.376	agrícola / servicios
Sur		Camana	6.310	pesquero / servicios
Sur		Mollendo	6.228	servicios
Centro		La Merced	5.904	servicios
Centro		Huancavelica	5.849	servicios
Norte		Pacasmayo	5.414	servicios
Norte		Monsefu	5.171	agrícola / industrial
Norte		Tuman	4.048	industrial
Norte		Cayalti	3.205	agrícola / industrial
Norte	Saña	1.319	agrícola / industrial	

Fuente: INEI, 2007. Elaboración: las autoras.

Comparación de las ciudades por ámbitos macrorregionales

A nivel general

En cuanto al análisis de las características de la distribución de población en las macrorregiones norte, centro, sur y el espacio amazónico, tomando como referencia las relaciones funcionales producidas en el territorio y sus vinculaciones con los espacios vecinos, se puede señalar lo siguiente:

Tabla 6. Dinámica poblacional por regiones naturales (censos de 1972, 1981, 1993 y 2007)

Macrorregiones/ departamento	1972		1981		1993		2007		Tasas de crecimiento intercensal		
	Población	%	Población	%	Población	%	Población	%	1972- 1981	1981- 1993	1993- 2007
Perú	14.121.564	100,00	17.762.231	100,00	22.639.443	100,00	27.419.294	100,00	2,1	2,0	1,4
Costa											
Callao	332.228	2,35	454.313	2,56	647.565	2,86	876.877	3,20	2,9	3,0	2,2
Lima	3.594.787	25,46	4.993.032	28,11	6.478.957	28,62	8.445.211	30,80	3,0	2,2	1,9
Tacna	99.348	0,70	147.693	0,83	223.768	0,99	288.781	1,05	3,7	3,5	1,8
Tumbes	79.348	0,56	108.064	0,61	158.582	0,70	200.306	0,73	2,8	3,2	1,7
La Libertad	808.384	5,72	1.011.631	5,70	1.287.383	5,69	1.617.050	5,90	2,1	2,0	1,6
Moquegua	78.012	0,55	103.283	0,58	130.192	0,58	161.533	0,59	2,6	1,9	1,6
Ica	373.338	2,64	446.902	2,52	578.766	2,56	711.932	2,60	1,6	2,2	1,5
Piura	888.006	6,29	1.155.682	6,51	1.409.262	6,22	1.676.315	6,11	2,4	1,7	1,2
Lambayeque	533.266	3,78	708.820	3,99	950.842	4,20	1.112.868	4,06	2,6	2,5	1,1
Subtotal	6.786.893	48,06	9.129.420	51,40	11.865.317	52,41	15.090.873	55,04	2,7	2,2	1,7
Sierra											
Arequipa	561.338	3,98	738.482	4,16	939.062	4,15	1.152.303	4,20	2,5	2,0	1,5
Ayacucho	479.445	3,40	523.821	2,95	512.438	2,26	612.489	2,23	08	-0,2	1,3
Pasco	184.005	1,30	229.701	1,29	239.191	1,06	280.449	1,02	2,0	0,3	1,1
Puno	813.172	5,76	910.377	5,13	1.103.689	4,88	1.268.441	4,63	1,0	1,6	1,0
Huancavelica	346.892	2,46	361.548	2,04	400.376	1,77	454.797	1,66	0,4	0,9	0,9
Junín	720.457	5,10	896.962	5,05	1.092.993	4,83	1.232.611	4,50	2,0	1,7	0,9
Huánuco	432.637	3,06	498.417	2,81	677.910	2,99	762.223	2,78	1,3	2,6	0,8
Cusco	751.460	5,32	874.463	4,92	1.066.495	4,71	1.171.403	4,27	1,4	1,7	0,7

(continuación tabla 6)											
Ancash	755.058	5,35	862.495	189,85	983.677	4,34	1.063.459	3,88	1,5	1,1	0,6
Cajamarca	956.565	6,77	1.063.474	5,99	1.297.835	5,73	1.387.809	5,06	1,0	1,7	0,5
Apurímac	321.104	2,27	342.964	1,93	396.098	1,75	404.190	1,47	0,6	1,2	0,1
Subtotal	6.322.133	44,77	7.302.704	41,11	8.709.764	38,47	9.790.174	35,71	1,3	1,5	0,8
Selva											
Madre de Dios	25.154	0,18	35.788	0,20	69.854	0,31	109.555	0,40	3,3	5,7	3,3
Ucayali	131.434	0,93	178.135	1,00	331.824	1,47	432.159	1,58	2,8	5,3	1,9
San Martín	233.865	1,66	331.692	1,87	572.352	2,53	728.808	2,66	3,2	4,7	1,7
Loreto	409.126	2,90	516.371	2,91	736.161	3,25	891.732	3,25	2,1	3,0	1,4
Amazonas	212.959	1,51	268.121	1,51	354.171	1,56	375.993	1,37	2,1	2,3	0,4
Subtotal	1.012.538	7,17	1.330.107	7,49	2.064.362	9,12	2.538.247	9,26	2,5	3,7	1,5
Fuente: INEI. <i>Censos nacionales de población y vivienda de 1972, 1981, 1993 y 2007.</i>											

En términos de concentración poblacional, en 2007 resulta particularmente representativa la dinámica poblacional que registran los espacios de frontera internacional, la concentración de población en ciudades del espacio amazónico y la dinámica urbana que generan en torno a sí mismas las principales ciudades de la costa; además del rol hegemónico y central de Lima. Sin embargo, el espacio andino, su población predominantemente rural y su tendencia a expulsar población que se concentra en las ciudades de la costa y selva, se convierte en una barrera territorial que impide la conformación de redes que estructuren los espacios macrorregionales. Esta situación tiende a consolidarse en las principales ciudades de la sierra, sin compartir funciones con los centros secundarios, fortaleciendo de esta manera los nuevos centralismos en cada una de las macrorregiones.

En este escenario, se destacan las ciudades de Trujillo y Chiclayo, constituidas con relaciones muy fuertes y conformadas en un poderoso eje urbano macrorregional. Con las ciudades de Arequipa e Iquitos sucede lo mismo. Son los grandes núcleos urbanos macrorregionales que articulan significativos ejes longitudinales en términos de poblados urbanos, sin llegar a compartir roles y funciones con centros complementarios.

De lo expuesto, se concluye; primero, se ha permitido que las ciudades crezcan en población, siguiendo las tendencias históricas y no con políticas orientadas a favorecer el desarrollo urbano y la ocupación del territorio de manera racional y sostenible. Segundo, la concentración de la población en centros urbanos —en los porcentajes registrados en el último censo (76% de la población nacional)— no ha constituido un elemento positivo; más bien, ha fortalecido la consolidación de enormes espacios empobrecidos en torno a determinados núcleos urbanos, agudizando los desequilibrios territoriales que históricamente han caracterizado la dinámica de ocupación territorial del país y la localización de sus centros industriales, comerciales, administrativos y de servicios.

Diferencias espaciales en la distribución de centros urbanos y centros históricos por regiones naturales

Considerando las diferencias espaciales en la distribución de centros urbanos, tanto a niveles macrorregionales como de regiones naturales, puede establecerse una jerarquización de las centralidades según la siguiente categorización:

- a. *Centro principal macrorregional*. En aquellos conglomerados donde tanto la extensión como la calidad, cantidad y multiplicidad de actividades que caracterizan el centro principal hacen de éste, en términos de amplio espacio, la centralidad básica del territorio (como en el caso de Chiclayo, Arequipa, Trujillo e Iquitos). Cabe recordar que aquí se incluye el espacio urbano conformado en torno a los principales centros, en áreas metropolitanas que se consolidan con una función complementaria al nivel metropolitano nacional.
- b. *Centralidades urbanas y metropolitanas*. Dentro de las estas se pueden diferenciar:
 - Centralidades urbano-regionales históricas. Son aquellas conformadas en torno a centros que, sobre la base de asentamientos de raíz histórica, han consolidado alrededor de sus centros, modernas centralidades con un amplio radio de influencia para la extensión de sus servicios. La crisis que las ha caracterizado en los últimos años exige la acción municipal, en coordinación con los actores locales, para la revitalización de los núcleos históricos principales. En esta categoría se identifica al centro histórico de Lima y sus centros complementarios en los distritos, destacando entre ellos Barranco, Chorrillos y Santiago de Surco, así como los núcleos centrales de las ciudades de Arequipa, Trujillo, Cusco, Cajamarca, Puno, Ayacucho y Huancavelica.
 - Centralidades urbano-regionales recientes. La realidad evidencia el desarrollo, en distintos grados, de otras centralidades cuya influencia se remite a la escala urbana y aún metropolitana:

Chiclayo, Iquitos, Huancayo, Tarapoto. Más allá de la centralidad que en ellas pueda identificarse, estas recientes áreas se incorporan como centros complementarios de los centros históricos regionales. Por su estrategia de localización, en esta categoría se consolida la ruptura del modelo de centralidad única, que se sustituye por la acción descentralizadora conjunta de las centralidades urbanas.

- c. *Centralidades urbano-regionales secundarias.* Si las centralidades urbanas históricas conforman los centros urbanos principales en sus territorios, las centralidades zonales conforman un grupo de centros menores vinculados a etapas posteriores de ocupación del territorio y con menor grado de articulación entre sí y los centros de su ámbito.
- d. *Centralidades de servicios locales.* Aquellos asentamientos que por su propia lógica tienen un carácter particularmente local y, en términos de extensión de servicios, a sus ámbitos de influencia inmediatos. Para realizar una clasificación primaria, se agrupan aquí aquellos asentamientos que fueron identificados por su menor significación poblacional y menor grado de diversificación funcional. La memoria, el sentimiento de pertenencia, la participación social o la presencia de equipamientos públicos asumen un rol decisivo en la identificación de estas centralidades.

La distribución de los centros urbanos en los territorios señalados, considerando estas características, permite señalar que existen marcadas diferencias entre los espacios de la costa, sierra y selva. También se diferencian por las regiones naturales que ocupan; las que se manifiestan en una tendencia a la concentración de la población en determinados territorios (centralidades urbanas históricas y recientes) y las que generalmente gozan de mejores ventajas de articulación con mercados y redes viales nacionales (mapa 1).

La presencia de un mayor número de centralidades secundarias y centralidades de servicios locales se evidencia; primero, en la escasa significación que tiene el espacio andino y el amazónico con respec-

to a la población en ciudades; y segundo, en la dificultad para articular sistemas de ciudades mejor equilibrados territorialmente en los ámbitos macrorregionales. La diferencia en la localización geográfica es la gran barrera para una estructuración adecuada del territorio.

Asimismo, la excesiva concentración de la población en una sola ciudad, característica de los espacios amazónicos (Iquitos, Pucallpa, Puerto Maldonado), plantea la necesidad de implementar una política adecuada para el poblamiento de sus áreas; sobre todo, teniendo en cuenta la importancia geopolítica que adquiere su poblamiento para sus correspondientes regiones.

Proyecciones de crecimiento de las ciudades y centros históricos a 2020

En el conjunto de ciudades del país, la tendencia a 2020 es lograr una mejor distribución de la población en ciudades a escala metropolitana, a pesar de que, a nivel nacional, Lima seguirá teniendo un rol hegemónico, tal como lo indican las actuales tendencias de crecimiento. En el rango poblacional de más de 250 mil habitantes, se consolidan los grandes centros macrorregionales, los centros históricos urbano-regionales y las centralidades urbano-regionales recientes: en el norte, un eje urbano costero de nivel metropolitano (Chiclayo, Trujillo-Chimbote y Piura); en el centro, Huancayo y Ayacucho; en el sur, los ejes Arequipa-Tacna; en la sierra sur, el eje Juliaca-Cusco; y en la selva se muestra que la tendencia es a concentrar la mayor población en solo dos ciudades Iquitos y Pucallpa.

Sin embargo, estas áreas metropolitanas y ejes urbanos no llegan a conformar sistemas urbanos con centros complementarios. La significación, en términos de centralidades urbanas en la selva baja sur, es muy débil.

Tabla 7. Proyecciones de crecimiento de las ciudades y centros históricos a 2020

(Conglomerados de 250 mil habitantes a más)		
Nombre	Población proyectada a 2020	Tipo de centralidad
Lima	10.147.589	Centro metropolitano nacional
Trujillo	1.149.912	Centro principal macrorregional / centralidad urbano-regional histórica
Arequipa	1.036.746	Centro principal macrorregional
Chiclayo	731.182	Centro principal macrorregional / centralidad urbana reciente
Cusco	556.411	Centro principal macrorregional
Piura	494.376	Centralidad urbano-regional histórica
Iquitos	472.712	Centro principal macrorregional
Huancayo	299.688	Centralidad urbano-regional histórica
Pucallpa	386.465	Centralidad urbano-regional reciente
Juliaca	364.902	Centralidad urbano-regional histórica
Chimbote	397.796	Centralidad urbano-regional reciente
Ayacucho	297.532	Centralidad urbano-regional histórica
Tacna	279.244	Centralidad urbano-regional reciente

Fuente: INEI. *Censos nacionales de población y vivienda de 1981, 1993 y 2007.*

Algunas centralidades urbano-regionales secundarias del rango de conglomerados de más 100 mil habitantes han conformado una serie de pequeños sistemas urbanos interrelacionados entre sí, y con la sierra y la costa inmediatas a ellas; lo que produce una mejor distribución poblacional y genera ciudades con jerarquías diversas. Esto llevará a plantear políticas fundamentadas en la necesidad de desarrollar otras ciudades diferentes complementarias o generar sistemas urbanos con ciudades menores ligadas a dichas ciudades.

A 2020 hay una gran tendencia a la concentración de población en centros urbanos mayores de 50 mil habitantes, los cuales, aun cuando no hayan desarrollado sus potencialidades para generar centralidades complementarias, pueden ser fortalecidos al proponer la conformación de los sistemas urbanos macrorregionales (mapa 1).

El escenario descrito se consolidará aún más con el proceso de globalización, fortaleciéndose Lima, que contiene el principal puerto del país, cumpliendo una función de articulación de América del Sur con los países del Asia, y cumpliendo, además, una función mayor al fortalecerse como área de importante transformación industrial.

Trujillo y Chiclayo se fortalecerán como espacios competitivos con la ampliación de los proyectos agropecuarios de Chavimochic y Olmos, convirtiéndose en zonas productoras de alimentos que deberían ser industrializados para mercados alimentarios más amplios: nacionales y mundiales. El fortalecimiento del puerto de Salaverry favorecerá las exportaciones. Todo esto seguirá consolidando el eje Trujillo-Chiclayo como principal eje de desarrollo en el norte.

Arequipa tendrá la ampliación de Majes y el desarrollo minero polimetálico de importancia continental y mundial, lo cual fortalecerá su posición como centro regional y de oferta exportable agropecuaria y minera, centro de servicios a escala regional.

Los nuevos ejes de desarrollo interoceánicos multimodales en el norte centro y sur del país podrán desarrollar algunas ciudades intermedias.

Si se lleva a cabo la Petroquímica en Ilo, se convertirá en un polo de desarrollo en el sur fortaleciendo el rol de esta ciudad.

Conclusiones

- Las redes urbanas, actualmente en proceso de consolidación, poseen ciudades de diversos tamaños, radios de influencia, funciones y tipo de servicios que son capaces de extender a sus ámbitos respectivos. Ello imprime características y formas de articulación distintas a los territorios económicos. Las condiciones urbanas favorables no siempre están vinculadas con la capacidad de un centro urbano para concentrar población; en cambio, tienen relación con dos factores básicos: la jerarquía y las funciones económicas de los conglomerados o continuos urbanos establecidos. Las áreas urbanas, así integradas, incorporan a los centros urbanos menores localizados en

- sus áreas de influencia, con los que conforman una unidad espacial y económica de mayor nivel.
- Las actuales dinámicas urbanas en el Perú han configurado un patrón de ocupación del territorio en el cual se afianzan algunas ciudades de relativa significación poblacional, desbordando el crecimiento económico y su propia infraestructura de servicios, con lo que llegan a asumir un rol de mayor significación en su espacio regional. Pero junto al crecimiento de estas ciudades, se han debilitado, en forma paralela, otras redes urbano-regionales debido a la ausencia de ciudades del rango intermedio, acentuándose este problema sobre todo en la costa sur, en el espacio andino y en la selva.
 - En términos de concentración poblacional, en 2007 resulta particularmente representativa la significación de la dinámica poblacional que registran los espacios de frontera internacional, la concentración de población en ciudades del espacio amazónico y la dinámica urbana que generan en torno a sí mismas las principales ciudades de la costa, además del rol hegemónico y central de Lima. Sin embargo, el espacio andino, su población predominantemente rural y su tendencia a expulsar población que se concentra en las ciudades de la costa y selva, se convierte en una barrera territorial que impide la conformación de redes que estructuren los espacios macrorregionales, tendiendo a consolidarse las principales ciudades de la sierra sin compartir funciones con los centros secundarios, fortaleciendo los nuevos centralismos en cada una de las macrorregiones.
 - En este escenario, además de Lima se destacan las ciudades de Trujillo y Chiclayo, que se constituyen con relaciones muy fuertes y conforman un poderoso eje urbano macrorregional; y las ciudades de Arequipa e Iquitos como los grandes núcleos urbanos macrorregionales que articulan significativos ejes longitudinales en términos de poblados urbanos, sin llegar a compartir roles y funciones con centros complementarios.
 - De los estudios efectuados, se concluye que la organización del espacio amazónico no necesariamente se ajusta a los actuales esque-

mas de demarcación política de departamentos y distritos. La vastedad de su territorio así como la articulación de los espacios con los ríos amazónicos han determinado una localización de los asentamientos y sus áreas productivas asociadas, en una configuración característica de tipo axial a lo largo de ríos importantes que les ha permitido establecer relaciones funcionales con espacios que les sirven de nexo para su articulación con los principales mercados.

- En síntesis, los grandes conglomerados macrorregionales y las centralidades menores configuran un espacio de ocupación poblacional desigual que amerita reorientar sus altas tendencias de crecimiento con el fin de disminuir los impactos sobre los desequilibrios territoriales regionales y estructurar una propuesta para el sistema urbano nacional (con subsistemas macrorregionales), como soporte de una nueva organización territorial que supere los “centralismos regionales” y articule centralidades en razón de la complementariedad funcional de los centros urbanos y los roles y funciones que cumplirán en los nuevos escenarios de la globalización.
- En las décadas siguientes, la globalización influirá en la constitución y consolidación de grandes alianzas comerciales y territoriales en los países desarrollados y en desarrollo (UE, APEC, MERCOSUR, CAN, entre otras), provocando que ciudades medias (no necesariamente a escala de las megalópolis) se articulen como mesópolis o metrópolis transfronterizas, que ya no pueden reflejar, o no únicamente, los intereses o necesidades de un Estado-nación.
- Es en este escenario global, donde las centralidades costeras cumplirán un rol protagónico. Debe analizarse su evolución hacia el modelo de *urbe global*, concepto que caracteriza las tendencias de futuro de la urbanización. Así, en el nuevo ordenamiento urbano nacional y los sistemas macrorregionales, las principales ciudades (medias o intermedias) deberán estar en condiciones de competir con los centros principales o nodos “ordenadores” de las grandes urbes, desarrollando estrategias de supervivencia propias, y con atractivos para la vida humana que no ofrecen las grandes metrópolis. Debe considerarse, sin embargo, que la tendencia creciente

hacia la democratización de las decisiones sobre planificación territorial, en un escenario de desarrollo de competencias globales, no podrá darse, como en décadas anteriores, como respuesta a los intereses de los grandes centros decisorios, sino más bien optimizando la relación de los centros urbanos con las potencialidades de su territorio.

Mapa 1. Centros urbanos



Fuente: INEI. *Censos nacionales de población y vivienda de 1981, 1993 y 2007.*
 Elaboración: las autoras, considerando las tasas tendenciales.

Bibliografía

- Baigorri, Artemio (1998). "Hacia la urbe global: ¿el fin de las jerarquías territoriales?" *Comunicación al XIV congreso mundial de Sociología de la ISA*, RC07. Montreal: Future Research Session, julio.
- Carrión, Fernando (2005). "El centro histórico como proyecto y objeto de deseo". *EURE*, XXXI, 93. Santiago de Chile, agosto: 89-100.
- Finquelievich, Susana (2001). *Innovación o marginalidad: el potencial socio-económico de las ciudades en la sociedad informacional*. Buenos Aires: Área de Estudios Urbanos, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Galarza, Luisa (2001). *Análisis y evaluación de las ciudades y centros poblados de la Amazonía*. Lima: INADE.
- Galarza, Luisa (2002). *Descentralización, organización económica del territorio y potencial de recursos*. Lima: PNUD.
- INEI (1961-1993). *Dimensiones y características del crecimiento urbano en el Perú*. Lima: INEI.
- INEI (1981). *Censos nacionales*. Lima: INEI.
- INEI (2005). *Censos nacionales: X de población y V de vivienda*. Lima: INEI.
- INEI (2007). *Censos nacionales: XI de población y VI de vivienda*. Lima: INEI.
- INEI-UNFPA (1995). *Migraciones internas en el Perú*. Lima: INEI.
- INEI-UNFPA (2008). *Perfil socio-demográfico del Perú*. Lima: INEI.

Perú: diversidad de zonas urbanas con valor cultural frente al desarrollo urbano actual*

Juan Julio García Rivas**

Historia urbana: nuestra e importada. Materializaciones históricas de pensamiento en el territorio nacional

Los Andes centrales¹ fueron ocupados desde hace miles de años y la síntesis de todo el desarrollo urbano, económico, político, técnico, social y cultural fue el Tawantinsuyo. Durante aquellos años, la idea de territorio y la ocupación del suelo se caracterizó por una concentración de grupos en núcleos de poder administrativo y religioso, mientras la otra parte de la gente vivía en la periferia de manera dispersa, privilegiando el uso del suelo para la agricultura que era la base de subsistencia económica por excelencia. Aún se pueden apreciar rezagos de esa forma de ocupación en el altiplano peruano: en la ruta de Juliaca a Lampa (ambas en Puno) se aprecia una serie de ocupaciones dispersas que todavía hoy mantienen una distribución arquitectónica y urbanística con características prehispánicas (fotografía 1).

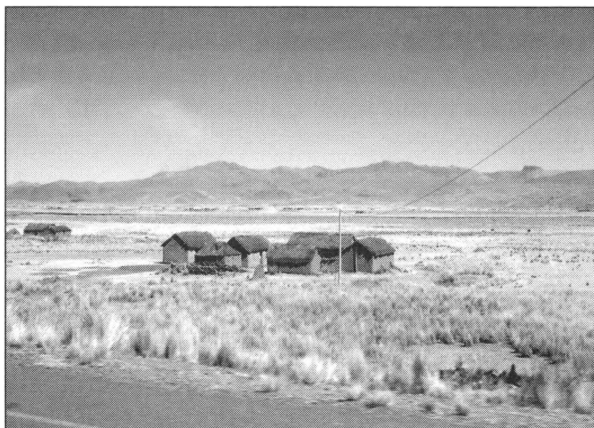
* Ponencia presentada en el *II Encuentro internacional de centros históricos*: “Centro y ciudad: la dimensión metropolitana de los centros históricos”. Lima, 14-16 julio de 2008.

** Arquitecto. Director de Patrimonio Histórico Colonial y Republicano del Instituto Nacional de Cultura del Perú. Correo electrónico: jgarcia@inc.gob.pe

1 Entendemos como Andes centrales el territorio sudamericano comprendido entre la costa y la selva alta amazónica, que corresponde a Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, parte de Colombia, Brasil y Argentina.

Los Incas, al construir los centros administrativos y de poder, obedecían a una estructura cosmogónica y cosmológica particular que respondía a patrones culturales andinos; pero de un modo u otro, la ciudad tenía una función específica: la demostración y materialización de la estructura de poder que se muestra de diversas maneras formales adecuándose al territorio y al paisaje.

Fotografía 1. Grupo de viviendas en el altiplano peruano entre la ciudad de Juliaca y el pueblo de Lampa (zona quechua); las casas se distribuyen en torno a un espacio central similar a las “canchas” prehispánicas. Las edificaciones todavía muestran la tecnología constructiva tradicional de la zona



Autor: Juan Julio García.

La Colonia

El pensamiento de los conquistadores trajo consigo una serie de reformas sobre la base de un concepto eminentemente dominador y una política cultural que tenía como primer objetivo destruir la otra cultura que se hallaba en los Andes. La forma de hacer ciudades y la manera de planificar el territorio siempre fue una estrategia de dominación; sin embargo, en la práctica, las ciudades materializaron un

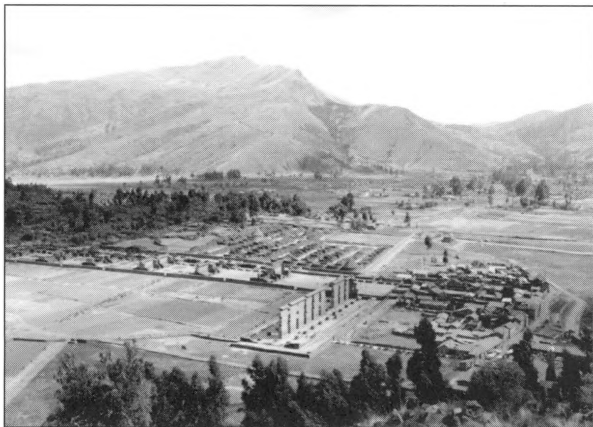
conjunto de experimentos, dejando de lado teorías y ordenanzas, con la intención de ser más eficientes en el afán dominador español.

En este proceso, sobresalen tres características que hacen de los pueblos verdaderas muestras de ingenio, lucha, adaptación y diversidad: la primera característica es el pensamiento renacentista en España durante la época del inicio de la conquista en América, que trae consigo la idea de una ciudad jerarquizada, fortificada, amurallada y preparada para la guerra. Este pensamiento se muestra en los grabados ideales de las ciudades de América representadas en Europa.

La segunda característica que marca el destino de las ciudades se da con las ordenanzas de Felipe II y las del virrey Toledo que terminan de definir la estrategia de dominio y consolidan un nuevo sistema de manejo y control político, social y religioso. Se crean así las encomiendas y reducciones, mientras se consolidan las ciudades de españoles. Este lento y extenso proceso de creación y consolidación de nuevas ciudades materializa de mejor manera las ideas renacentistas o barrocas de diversas formas en América; una situación muy distinta a lo que sucedía en Europa donde las ciudades estaban ya creadas y formadas hace muchos años y donde cualquier reforma sustancial presentaba muchas dificultades o era casi imposible.

Los pueblos reduccionistas se caracterizaron por la presencia de la plaza central, donde generalmente estaba el templo que materializaba el poder y la apuesta religiosa que la iglesia católica implantó con la conquista. Cerca del templo se encontraba la casa del cura doctrinero y las sementeras, junto con otros edificios como el cabildo, la casa de la comunidad, las casas de algunos caciques, a veces una escuela y hasta las casas de encomenderos o corregidores; por lo general, este conjunto de edificaciones lograba cerrar la plaza en sus cuatro lados y, en medio de la misma, se desarrollaba el mercado o “catu”. En las partes posteriores de esta ocupación se hallaban las casas de los “indios reducidos”, que eran áreas urbanas menos pobladas en la medida en que se alejaban de la plaza principal.

Fotografía 2. Poblado de Raqchi en Cusco. Se aprecia una ciudadela prehispánica y la “reducción de indios” de la época colonial



Autor: Juan Julio García.

La tercera característica —poco investigada— es la materialización del pensamiento de resistencia, que forma en las ciudades verdaderos mapas simbólicos ocultos aún no explorados. En la actualidad, podemos ver con asombro que muchas fiestas andinas ancestrales recobran vigencia, donde la utilización del espacio y la interpretación de la ciudad son distintas. Varias de estas manifestaciones estuvieron ocultas durante cientos de años en las ciudades y buscaron la forma de mantenerse vigentes. Esta manera de entender la ciudad, analizarla e interpretarla nos lleva al estudio del valor simbólico del espacio público, que es fundamental para comprender los pensamientos subyacentes a un simple trazado urbano.²

2 Se conservaron algunos caminos principales en muchas ciudades; en otras, se guardó algún remanente de la plaza sagrada como la plaza de armas. Otros espacios se caracterizaron por mostrar una orientación particular a solsticios y equinoccios, entre otros.

Fotografía 3. Pomata, Puno. Antiguo atrio del templo de San Miguel (siglo XVI) hoy lamentablemente convertido en una losa deportiva con tribunas. Los pobladores siguen usando el espacio para reunirse en las fiestas tradicionales



Autor: Juan Julio García.

Durante la permanencia de esta política cultural de dominación, las estrategias de ocupación no fueron ajenas a las influencias de las condiciones geográficas que ya habían moldeado una cultura andina. La manera de implantar los nuevos modelos y la nueva estructura tuvieron que adaptarse a las condiciones del medio; de esta forma, la materialización de las estructuras de poder en la imagen urbana logró una diversidad de respuestas. Si analizamos con mayor detalle, la inclusión de nuevos patrones urbanos tuvo que superar no solo una serie de territorios accidentados y climas que varían de un valle a otro: desde el modo particular de pensar de los españoles, se intentó comprender las estructuras sociales andinas preconcebidas y que tenían su propia forma de usar el territorio o de comprender las condiciones geográficas. Por ello, las nuevas ciudades se desarrollaron bajo la sombra de las antiguas ciudades prehispánicas y de los complejos sistemas de caminos y conexiones que entre ellas existían.

La compleja y nueva manera de ocupación del territorio, más las reformas sociales de la Colonia, generaban muchas complicaciones

para establecer redes sociales al interior de las nuevas ciudades, sobre todo, en aquellas ocupaciones reduccionistas. Es importante resaltar esta situación ya que es muy difícil construir una ciudad sin ciudadanos, es decir, sin una estructura social contenida; si esto sucede, solo se tiene forma material sin contenido y sin sentido. Por eso, únicamente aquellos centros poblados que pudieron iniciar una estructura social primaria tuvieron éxito y permanencia, mientras otros quedaron en el olvido, abandonados y perdidos.

Esta serie de respuestas de ocupación se construye sobre la base de un complejo sistema cultural y una gran diversidad geográfica que ha generado también una gran variedad de formas y tipos de poblados, los cuales poseen características únicas y complementarias dentro de una amplia red de ciudades, todas ellas interdependientes según las rutas de intercambio surgidas de acuerdo con el sistema económico impuesto. Los valores urbanos de las diversas ciudades reduccionistas o encomenderas se sustentan en la diversidad y la complejidad endógena de su formación.

La importancia de los caminos

Por otro lado, el tamaño de las ciudades y su complejidad tienen relación estrecha con su posición en las redes de intercambio en las que están incluidas; por lo general, las redes de comercio dependientes de las minas y obrajes son las más desarrolladas. Los mejores ejemplos son las ciudades de la ruta de la Plata, desde Potosí hasta Lima, y luego desde Potosí hasta Buenos Aires. Por tanto, la red de caminos fue un elemento importante para lograr los objetivos de dominación, pues muchos caminos prehispánicos se usaron como medios disponibles de comunicación entre ciudades coloniales; no obstante, el cambio de la centralidad del Cusco a Lima generó el cambio de jerarquía e importancia en las rutas, de tal suerte que muchos caminos quedaron abandonados. Los caminos y los destinos comenzaron a cambiar, al igual que la importancia de las ciudades: se priorizó la comunicación entre

ciudades de españoles, mientras los pueblos de indios mantenían como podían sus redes de caminos para no perderse en el olvido.

Los caminos se convirtieron en la fuente de llegada de conocimientos; a través de ellos se llevaron e intercambiaron materiales e ideas de distintos lugares, y se importaron nuevas tendencias urbanas y arquitectónicas a las ciudades.

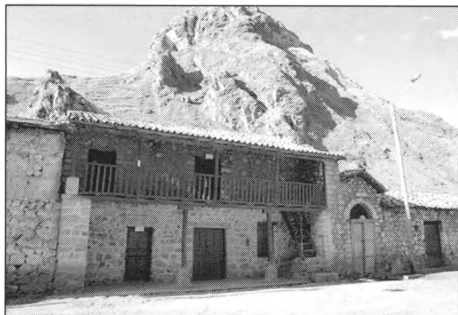
A pesar del cambio cultural, la forma de construir —según el sitio o la región con adobe, tapial, quincha o piedra—, junto al ingenio de alarifes y una mano de obra exquisita, lograron montar todas las más importantes obras religiosas, militares, civiles y domésticas de la colonia; y más aún todas las ciudades y pueblos. Estos materiales, al margen de su influencia prehispánica, conformaron un sinfín de posibilidades de lenguaje y respuestas a diversos medios con algunas diferencias sutiles y otras radicales.

Fotografía 4. Lampa, Puno. Arquitectura original y única de adobe con techos de teja tradicional o paja. Las fachadas muestran un acabado de color rojizo muy propio de la zona, situación que le dio el apelativo de “Ciudad Rosada”



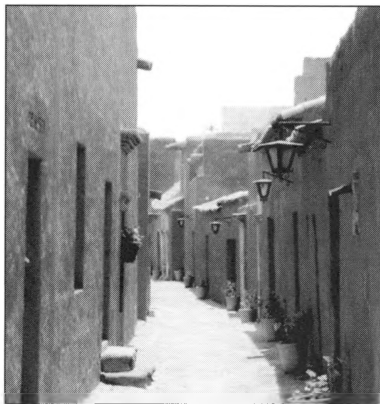
Autor: Juan Julio García.

Fotografía 5. Sacsamarca, Huancavelica. La arquitectura del pueblo se caracteriza por la utilización de la piedra típica del lugar y produce repuestas singulares a nivel de formas, color y textura, además de responder a las inclemencias del clima de la zona



Autor: Juan Julio García.

Fotografía 6. Monasterio de Santa Catalina, Arequipa. El sillar blanco recubierto con colores es una muestra única de arquitectura y urbanismo que se puede encontrar en Arequipa. Las formas y volúmenes obedecen al uso y tecnología constructiva propia del sillar, elemento de identidad de los arequipeños



Autor: Juan Julio García.

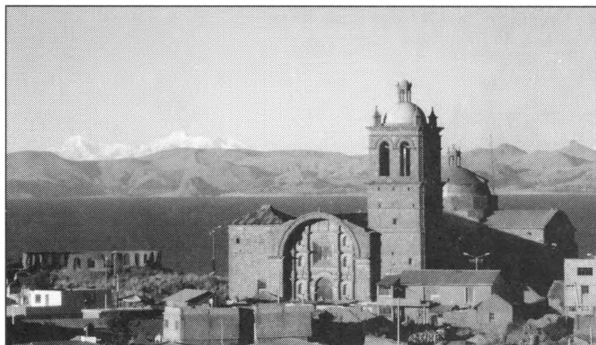
Fotografía 7. San Pedro de Lloc, La Libertad. Arquitectura de la costa norte del Perú; las puertas y ventanas altas así como la gran altura de las edificaciones de un solo nivel son la respuesta arquitectónica a las condiciones del medio. La utilización del adobe y quincha es muy recurrente pero con una tecnología distinta a la que se utiliza en la sierra



Autor: Juan Julio García.

En resumen, los diversos procesos culturales descritos hasta el momento proponen una variedad de respuestas que se convierten en testimonio de una cultura, se transforman en instrumentos de evocación del pasado y, gracias a ellos, la ciudad se lee a través de complejos sistemas simbólicos que se materializan en calles y plazas donde nos reconocemos e identificamos. Así, podemos ver el proceso de adaptación de las ciudades y la generación de su propia imagen, que luego será transformada y olvidada en la época republicana debido a los nuevos pensamientos importados.

Fotografía 8. Pomata, Puno. Paisaje urbano y natural dominado por la arquitectura del templo (con carácter urbano bastante simbólico). Se puede apreciar la instalación de un “mirador” como parte del conjunto arquitectónico del templo, lo que demuestra una gran sensibilidad y comprensión del paisaje y el entorno, además, crea una tipología única de arquitectura religiosa



Autor: Juan Julio García.

La República

Mientras en América, durante el siglo XVIII, algunas ciudades se consolidan y fortalecen, en Europa la Ilustración y el Enciclopedismo dan origen a la arquitectura moderna. Piranesi,³ por ejemplo, recorre Europa y África con especial atención en la arquitectura clásica de Grecia y Roma; también recorre parte de Egipto y registra, por medio de sus grabados y dibujos, una serie de monumentos de las culturas antiguas —entre ellas el Partenón— y logra publicar sus trabajos en las denominadas enciclopedias, que contenían lo que se conocía de diversas partes del mundo y de diferentes materias científicas. El Oscurantismo que reinaba hasta el siglo XVII comienza a desvanecerse casi hasta desaparecer y empieza a surgir la Razón, que se sustenta en la investigación y la ciencia para conocer la verdad y explicar las cosas.

- 3 Piranesi (1720-1776). Arquitecto y grabador de origen veneciano. Realizó miles de grabados de edificios reales e imaginarios, estatuas y relieves de la época romana así como diseños originales para chimeneas y muebles.

Todo lo conocido hasta aquella época entra en discusión y nace la idea de Libertad: los hombres debían ser libres, en la libertad estaba la felicidad y la felicidad estaba en la tierra. Este concepto marcaría el reconocimiento de una nueva época.

El enciclopedismo, por ende el conocimiento universal, se puso al alcance de más personas y, a mediados del siglo XVIII, con el inicio de la Revolución Industrial, las máquinas, sobre todo las que funcionan con vapor de agua, se convirtieron en el punto de interés de la época, pues cambiaron la escala y la estructura de producción a nivel mundial.

Como resultado del enciclopedismo y la razón, se rescató principalmente el conocimiento de dos culturas occidentales; así, se plantearon formas de gobierno y de derecho basadas en modelos griegos y romanos, incluyendo el concepto de democracia. Podríamos decir que el enciclopedismo y la ilustración buscaron sus fuentes de información en estas culturas, y que el desarrollo urbano y arquitectónico de las ciudades fue por el mismo camino: los nuevos edificios trataron de evocar, en su lenguaje, forma y estructura, a los mejores ejemplos clásicos; nació el neoclasicismo y se construyeron muchos edificios con fachadas griegas y romanas, inspirados en los dibujos de Piranesi y las investigaciones de Vitrubio. Pero la ilustración y el enciclopedismo también mostraron otras expresiones de épocas posteriores que asimismo podían ser motivos de inspiración para la arquitectura: el estilo gótico, por ejemplo, regresó y ganó relevancia a través del neogótico. La aparición de los “neos” combinados con el concepto de libertad devino en la arquitectura ecléctica. Esta evocación del pasado en un presente real de libertad creó el Romanticismo, que trataba de exaltar, en la pintura y la escultura, las ideas de la época. Con el Eclecticismo se logró plantear ideas que iban mucho más allá de la utilización de elementos de la arquitectura occidental, pues se trató de manifestar, en los proyectos y obras, las características arquitectónicas de otras partes del mundo como Asia, África y también Sudamérica, llegando a plantear proyectos de muy singular lenguaje; de este modo, en una sola propuesta arquitectónica se pueden observar elementos de la arquitectura clásica, egipcia y/o prehispánica.

Gracias al avance de la tecnología y la industrialización, se pudo utilizar nuevos materiales en la construcción. Europa cambió para siempre la forma de construir y hacer arquitectura, en un principio sin modificar el lenguaje de los neos y del eclecticismo. No paso mucho tiempo para el nacimiento de otras muestras de arquitectos que querían hacer algo diferente, algo totalmente nuevo, y de esta manera nacieron los estilos *liberty*, *art nouveau*, *art déco*, incluso se pudieron lograr edificios como los diseñados por Gaudí en Barcelona.

La Revolución Industrial generó otros problemas como resultado de la aglomeración de grandes masas de obreros en torno a fábricas o grandes centros de producción, que la arquitectura no pudo solucionar, sobre todo en Inglaterra y Francia. Los problemas de salud, las epidemias, la obsolescencia y falta de abastecimiento de los servicios de agua, luz y alcantarillado pusieron a las ciudades al borde del colapso. Los “salubristas”, ingenieros y otros profesionales asumieron el problema como una consecuencia urbana y, por tanto, propusieron ideas y soluciones para que las nuevas ciudades pudieran responder a las necesidades de la época y para que aquellas urbes más antiguas reordenaran y dieran paso a una infraestructura vital que debía revertir la situación que se vivía.

Las intervenciones urbanas de emergencia que más se recuerdan son París y Barcelona, con el Plan del Barón Haussmann y el Plan Cerdá, respectivamente. Se trazaron entonces las avenidas colectoras y la ciudad se pensó en función de las necesidades del sistema productivo: nacieron los barrios de los trabajadores, las rutas de transporte, entre otras; por su parte, el nuevo pensamiento modernista implantaba su propio concepto de ciudad.

Europa se consolidó como el centro mundial del conocimiento y como referente de muchos intelectuales a escala mundial; el eurocentrismo se apoderó de las decisiones internas de diversos países, el ánimo de libertad llegó a América y no es difícil reconocer un espíritu “eurocentrado” en todo el proceso de independencia del Perú. Es a partir del siglo XIX, con nuestra emancipación, donde la historia de Europa se hace costosamente nuestra, y empezamos, a nuestra escala

por supuesto, a sufrir las consecuencias de la ciudad industrial y de las nuevas tendencias arquitectónicas. A partir de 1821, el territorio nacional sufrió un cambio drástico en su política cultural, económica y social: el “paradigma europeo” parecía reinar dentro de las calles de las ciudades contagiadas por el nuevo y cautivante pensamiento. La estrategia de comunicación con el ideal de desarrollo se centraron en la costa, principalmente en los puertos: todos los caminos debían conectar al país con la costa, mientras que las ciudades de la sierra y la selva quedaron relegadas sin oportunidad de plantear su idea de nación y de patria. El pensamiento de libertad, acompañado de un pensamiento industrial que apuntaba a la homogenización, exigía que todos los sistemas de producción fueran lo más parecidos entre sí, al igual que los sistemas de intercambio según los modelos europeos.⁴ La diversidad cultural nacional no encontró base en esta nueva forma de pensar: si bien las diversas culturas eran relativamente libres de pensamiento y palabra, nunca pudieron manejar los medios suficientes para implantar su “forma de ser y sentir” en este gran sistema que se ofrecía como paradigma de desarrollo.

4 Se dejó de lado, por ejemplo, el trueque como sistema de intercambio preestablecido por años, el cual fue un instrumento económico y social de redistribución e intercambio.

Fotografía 9. Aduana del Puerto de Paita, Piura. Arquitectura neoclásica con diversos elementos eclécticos. Esta edificación representa el nuevo orden y arquitectura así como la nueva conceptualización del manejo del territorio que se propuso al inicio de la época republicana



Autor: Juan Julio García.

Las ciudades españolas destinadas a la administración económica, financiera y de poder en la época colonial se establecieron como ciudades administradoras del proceso productivo y administrativo republicano; la mayoría de ellas eran denominadas capitales de provincia y ocupaban un lugar expectante en el nuevo sistema geopolítico, manifestándose una gran diferencia de oportunidades entre las ciudades de la costa y de la sierra. Al margen de esta situación, el resto de pueblos, en su mayoría de indios, seguían siendo lugares exclusivos de producción de mano de obra; es decir que el rol de estos centros poblados no cambió sustancialmente.

Esta característica de la administración del territorio en la época republicana, como se verá más adelante, generará diversos tipos de crecimiento y estancamiento de ciudades y pueblos dentro del territorio peruano; además, será el inicio de un largo proceso de planificación territorial donde el pensamiento que daba forma a las ciudades industriales llegó con total indiferencia a las diversas situaciones culturales del país.

Fotografía 10. Ex Hotel Palace, Iquitos. La ciudad de Iquitos fue concebida y construida a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX; es el mejor ejemplo de la arquitectura “nueva” que se importaba desde Europa debido a la fiebre del caucho. Estas edificaciones son símbolos indiscutibles del pensamiento “eurocentrado” que vivió el Perú durante esos años



Autor: Juan Julio García.

Desde la década de los años cuarenta y cincuenta hasta hoy

A partir de la Segunda Guerra Mundial, el paradigma de desarrollo colapsó. Europa no será otra vez la usina de conocimiento que antes marcaba la pauta del desarrollo de los países que ya se empezaban a llamar “tercermundistas”. Norteamérica se posicionó como “primera potencia mundial” y Rusia se convirtió en su más tenaz competidor, con un pensamiento y sistema distinto. Con solo algunos chispazos endógenos, el Perú siguió el nuevo modelo de desarrollo americano: las mejoras de las ciudades y las reformas urbanas incluyeron las nuevas ideas del país del norte: se construyeron nuevos barrios y se planificaron las grandes avenidas con modelos mucho más pragmáticos y fáciles de usar. La mayor tecnificación obligó a una mayor homologación y homogenización de nuestras actividades mientras las diferencias y brechas culturales se abrían aún más.

A mediados del siglo XX, varios sismos afectaron seriamente a ciudades importantes como Lima, Cusco, Arequipa y Ayacucho, las cuales recibieron procesos de reconstrucción inmediata y se convirtieron en los grandes centros de experimentación de las nuevas formas urbanas que el modernismo anteriormente no podía materializar. La explosión intelectual reformadora de la ciudad aceptó esta corriente internacional sin ningún reparo. Una actitud “ahistórica” empezó a reinar en el planeamiento de las ciudades, al mismo tiempo que aparecieron las primeras acciones de conservación y salvataje del patrimonio cultural y de las ciudades históricas.

Fotografía 11. Edificio de Correos, Cusco. En el área declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO encontramos esta edificación. Es una muestra de arquitectura modernista bastante pura y limpia que refleja los principios de la arquitectura “internacional” de mediados del siglo XX con un carácter eminentemente antihistórico. Sin embargo, la calidad arquitectónica de la edificación es sobresaliente y demuestra una etapa más de la historia de la ciudad



Autor: Juan Julio García.

La historia sobre la segunda mitad del siglo XX es bastante conocida: la migración del campo a la ciudad, el crecimiento descontrolado de las principales ciudades como Lima, Trujillo, Arequipa, Cusco, entre otras, generó una serie de problemas urbanos y sociales. Los sistemas de planificación incipiente colapsaron frente a estos fenómenos, el Instituto Nacional de Desarrollo Urbano (INADUR) y otras oficinas especializadas no se dieron abasto con la complejidad del país, y las nuevas leyes de acondicionamiento territorial solo sirvieron para tratar de resolver los problemas generados en las ciudades más importantes y cuya organización estaba más ligada a los sistemas ya integrados a redes supranacionales. De esta manera; por un lado, las antiguas ciudades de españoles —convertidas en centros de administración y de distribución a inicios de la República— devinieron en ciudades con problemas de control del crecimiento urbano, con centralidades empobrecidas o saturadas de servicios, coincidentes con un rico patrimonio urbano arquitectónico difícil de conservar. Por el otro lado, las ciudades heredadas de los pueblos de indios seguían siendo los sitios de producción de mano de obra, las cuales, para poder cambiar su condición de “servidumbre”, trataban de ser nuevos centros administrativos y de poder: imitando la imagen de ciudad “desarrollada”, planificándose con base a estándares de esta nueva red, rechazando las ventajas de su diversidad y singularidad en un mundo globalizado.

Hoy en día no es difícil encontrar pueblos de pasado reduccionista con una plaza remodelada según el estilo influyente importado, donde modernos edificios municipales remplazan a la antigua casa del cabildo, con la intención de dar a conocer a la gente que ya son iguales a los otros y que están en el mismo camino para lograr el desarrollo. Así, se rechaza la particularidad y singularidad urbana del sitio, cambiando los valores de autenticidad por un lenguaje más común a los “estereotipos” urbanos o paradigmas de desarrollo locales o nacionales.

Fotografía 12. Municipalidad de Ondores, Junín. Se aprecia una edificación nueva que pretende ser un símbolo de modernismo en el pueblo, elimina por completo la relación con el contexto, altera el paisaje sencillo del lugar y se convierte en ícono del desarrollo, obviamente importado sin identidad y desconociendo los valores de la arquitectura del lugar



Autor: David de Lambarri.

El territorio peruano es muy complejo y variado, casi todas las posibilidades y respuestas urbanas que se imaginaron se consolidaron con diversos grados de eficacia: la gran extensión del territorio, las desigualdades, la falta de políticas culturales y el desplazamiento de la sierra y la selva por más de cien años frente al frenético desarrollo de la costa, contribuyeron a la conservación de un gran grupo de ciudades en las cuales el efecto de la imagen de la ciudad moderna no se ha manifestado. Este grupo de ciudades o poblados se encontraban injustamente alejados de los sistemas de producción y de intercambio. Son lugares que poseen todas sus características originales, con sistemas sociales, costumbres y tradiciones aún intactas. Son pueblos que aún no tienen medios para lograr esa anhelada “modernidad” y que siguen aportando únicamente mano de obra a los sistemas actuales de producción e intercambio. Estos lugares son la última cuna de la diversidad cultural urbana del Perú, donde podemos ver todavía asentamien-

tos edificados con los mismos materiales dentro un ámbito geográfico muy pequeño, pueblos diferentes unos de otros y ellos en conjunto son distintos a otros grupos de pueblos. La diversidad en estos sitios gana a la imaginación de cualquier urbanista o arquitecto, y muestra un sinfín de respuestas a diversos requerimientos que el desarrollo endógeno de estas particulares ciudades ha exigido durante años.

Es necesario, entonces, un análisis de nuestros actuales paradigmas occidentales de planificación y diseño urbano para afrontar y proteger la particularidad de nuestro patrimonio cultural que se encierra en nuestros pueblos y ciudades. Los centros históricos y zonas urbanas de valor cultural encerradas en las metrópolis como Lima o Trujillo también conservan particularidades que no se pueden dejar de lado; es más, se debe tomar en cuenta que absolutamente todos estos sitios están en plena dinámica de cambio, unos según sus propios patrones y otros según patrones externos. La reflexión debe ser en torno al camino que se elija: o se sigue un camino de pensamiento modernista donde el valor de lo histórico no es tomado en cuenta, o un pensamiento donde la planificación del territorio y de las ciudades sea fruto de sus propios valores urbanos y culturales que aún existen: integrando los nuevos modelos de ciudad en un único sistema racional y dialéctico entre el valor simbólico e identitario de la imagen original de la ciudad y las nuevas condiciones urbanas que se requieren.

Todo esto significa un trabajo paralelo de reconstrucción de redes sociales en los centros históricos y zonas urbanas de valor cultural. Debemos plantear situaciones de identidad y fomentar la posibilidad de intercambio de información en las calles y plazas; para ello, la peatonalización de centros históricos es una herramienta de suma utilidad. Hoy más que nunca la vivienda y el rol del espacio público son fundamentales para la reconstrucción y puesta en valor del patrimonio urbano.

Fotografía 13. Calle 28 de Julio, Ayacucho. La peatonalización de esta calle principal permite la apropiación del espacio público a los residentes; este tipo de prácticas devuelve a la persona su rol fundamental como protagonista del espacio público. La escala y percepción de estas ciudades están diseñadas para esta circulación. No fueron concebidas para el automóvil



Autor: Juan Julio García.

Las ciudades o pueblos alejados deben reafirmar su particularidad cultural a la par de su inclusión en la dinámica de producción e intercambio; la planificación deberá dar a estos lugares la posibilidad de conservar sus valores sociales y urbanísticos: la calle y la plaza cumplen un rol fundamental, las redes sociales deben ser fortalecidas y deben comprender la responsabilidad de una ciudad heredada que debe ser transmitida a generaciones futuras sin menoscabar su posibilidad de integrarse a la actual dinámica de desarrollo. Esto solo se puede lograr con un alto espíritu de identidad cultural de cada uno de los pobladores y de la sociedad en su conjunto.

Conclusiones generales

Las particularidades del medio hicieron que el hombre andino plasmará una cultura distinta en el mundo, logrando crear muestras de civilización únicas de valor universal.

El pensamiento español y su estrategia de conquista se materializaron en una política cultural de dominio sobre las culturas locales de los Andes centrales. En el proceso de implantación del nuevo orden, se enfrentaron a la diversidad climática y cultural subyacente. La formalidad de la nueva ciudad se implantó con las variantes propias de las exigencias del medio y de la tecnología existente, pero sobre todo, con influencia de un movimiento de resistencia que también buscaba materializar sus símbolos de diversas maneras. Los resultados fueron ciudades con sistemas simbólicos complejos y con una riqueza cultural urbana y rural basada en la diversidad de estructuras sociales producidas por los movimientos de pueblos hacia las reducciones y encomiendas. Todo esto, al margen de las ciudades para españoles que manejaban otro tipo de patrones: auténticos, originales y únicos en el mundo por las condiciones que debieron afrontar.

La República fue el inicio de la mundialización de la Revolución Industrial. Se copiaron los modelos de las ciudades industriales como paradigma de desarrollo, y los fracasos de estos modelos en el viejo mundo y sus respectivas respuestas o soluciones fueron asimilados en el Perú sin mayores motivos; el desarrollo y la diversidad endógena que reinaban hasta ese momento en el territorio se resintieron y quedaron postergados.

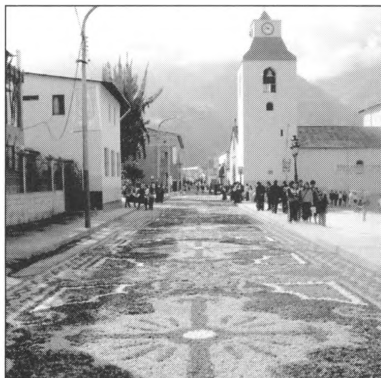
Actualmente, debido a muchos cambios producidos por la desarticulación de las redes sociales y urbanas en las zonas de valor cultural, se ven centros históricos pobres o invadidos por la presión comercial; pero también, existen otros lugares donde aún se mantienen las relaciones interpersonales. La imagen original, gracias a sus complejos tejidos sociales y urbanos, está casi intacta y profundamente arraigada a su territorio, pero no por ello podemos decir que son lugares fuertes y estables. Hoy más que nunca muestran fragilidad frente a los paradigmas de desarrollo, los cuales se interpretan como la única manera de ver el futuro por parte de los profesionales, los políticos y la misma colectividad.

Fotografía 14. Raqchi, Cusco. Los espacios públicos, arquitectura, uso, tradiciones y costumbres son parte de un mismo escenario, de una sola imagen y de un igual sentido urbano, unitario e indivisible. Es difícil imaginar estos componentes sueltos cuando la cultura de un pueblo se muestra sólida



Autor: Juan Julio García.

Fotografía 15. Abancay, Apurímac. A pesar de las modificaciones o alteraciones de los espacios públicos, las costumbres y tradiciones vigentes siguen usando los mismos espacios, reivindicando la importancia de ambientes urbanos, calles y plazas en la memoria colectiva, como sucede con los mantos de flores en Abancay durante las fiestas de Corpus



Autor: Juan Julio García.

Conclusiones particulares

Para ciudades intermedias, los cambios fueron devastadores. La indecisión de seguir con los valores propios o de asimilar la imagen del desarrollo fue campo de cultivo para experimentaciones urbanas que produjeron una transformación indiscriminada de las ciudades originales. Las ciudades principales devinieron en nuevos centros de poder y las más alejadas conservaron muchos valores culturales, esperando sus inclusiones en la dinámica de desarrollo sostenible.

La debilidad y fragilidad de las redes sociales frente a una modernidad “desarticuladora” deben ser tomadas en cuenta para cualquier trabajo de gestión urbana. La reconstrucción y restauración de las redes sociales también deben ser consideradas dentro de los proyectos de rehabilitación y renovación, pues no se trata de cambiar gente por gente, se trata de generar espacios de encuentro e intercambio.

Nuestras ciudades poseen un sinfín de símbolos que combinados forman un lenguaje que las hacen particulares, diversas y singulares; no se puede cambiar este sistema semántico por uno más común que todo el mundo pueda descifrar, la ciudad es producto de la diversidad y se debe proteger como tal sin dejar de usar patrones de integración básicos y esenciales.

Actualmente se tiene el Reglamento de Acondicionamiento Territorial y Desarrollo Urbano al margen de un sistema de administración urbana, delegada en las municipalidades bajo un concepto casi romano de gestión. El ordenamiento jurídico y administrativo sirve para el manejo adecuado de las grandes ciudades, y es obligatorio para los pequeños poblados que antes mantuvieron una gestión distinta. Sin embargo, al interior de estas normas existe una cierta flexibilidad que se debe de estudiar y aprovechar.

Debemos lograr que la dinámica de desarrollo llegue a todos lados pero con el criterio de hacernos sentir diferentes, únicos y con valores irremplazables. Se debe realizar un trabajo de concientización y de autoestima cultural. Los trabajos de planificación de las ciudades deben incluir más que nunca a la población pero se debe hacer

previamente una labor de difusión de los valores particulares de cada localidad.⁵

No solo hay que registrar, proteger y difundir por separado la producción cultural edilicia o urbana (material) de la producción inmaterial; hoy más que nunca se deben cuidar los sistemas más complejos donde lo material e inmaterial se encuentran íntimamente relacionados; se debe entender de una vez por todas que la manifestación cultural es material e inmaterial al mismo tiempo. Esta es, posiblemente, la única estrategia efectiva de conservación de las manifestaciones culturales que nos permitirá promover y manejar el libre desarrollo de la diversidad frente al mercado homogenizador, la administración pública y normatividad indiferente.

La diversidad de nuestras zonas urbanas de valor cultural, llámense centros históricos, zonas monumentales, entre otras, es una fortaleza y no un problema de planificación. Es de suma necesidad replantear las estrategias de organización y planificación territorial, las cuales deben refundarse sobre la base de los valores endógenos diversos que responden a cada lugar y a cada pueblo del Perú. Las gestiones locales del territorio deben dejar definitivamente el sistema de planificación totalizador y estereotipado que se ha manejado hasta el momento. Es hora de planificar nuestras ciudades con base en nuestra diversidad.

- 5 El tamaño de la ciudad física es distinto al tamaño real que posee debido a su dependencia funcional de otras regiones; el metabolismo urbano de las grandes ciudades ocupa un territorio que podría duplicar su tamaño real. Las metrópolis necesitan un gasto de energía para desarrollarse y seguir con vida, el que no pueden producir solas; necesitan de la energía de otros espacios para poder continuar en la dinámica en que hoy las conocemos. Las metrópolis crean una periferia de servicios, productos y un sinnúmero de redes "ex urbanas" para beneficio de sí mismas, evitando que las áreas o pueblos "alimentadores" generen una producción de energía superior que pueda hacerlos menos dependientes. Esta característica de las metrópolis afecta, sin lugar a dudas, la conservación y gestión de otros centros urbanos de valor cultural que se encuentran cerca de ella.

Fotografía 16. San Blas, Cusco. La unidad, escala, forma y tamaño de las edificaciones de una ciudad con identidad cultural reflejan conjuntos urbanos de alto valor simbólico y de gran potencial para generar elementos de identidad en la población. Son lugares que pueden aprovechar sus diferencias culturales para convertirse en sitios únicos de alto valor económico en beneficio de sus residentes



Autor: Juan Julio García.

Fotografía 17. Hacienda Santa Rosa, Huancavelica. El espacio arquitectónico carece de sentido cuando no alberga una función. El uso generacional de un espacio para un mismo uso de manera continua genera elementos de identidad y reconocimiento. Por lo tanto, la arquitectura debe revalorar estos espacios que son capaces de generar vínculos de reconocimiento en la sociedad. Es de suma importancia recuperar nuestros espacios públicos en nuestros pueblos, ciudades y barrios



Autor: Juan Julio García.

Bibliografía

- Angulo Guerra, Francisco (2001). *Patrimonio y urbanismo: memorias del VII foro internacional sobre el patrimonio arquitectónico y restauración. Cartagena de Indias, 27 y 29 de octubre de 1999*. Bogotá: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Benévolo, Leonardo (1963). *Historia de la arquitectura moderna, I y II*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Castillo, Miguel A. (1998). *Centros históricos y conservación del patrimonio*. Madrid: Fundación Argentaria / Visor Dis.
- Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) (1976). *El análisis interdisciplinar del crecimiento urbano*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO) (2004). *Perú hoy. Las ciudades en el Perú*. Lima: Desco.
- D'Altroy, Terence N. (2003). *Los Incas*. Barcelona: Ariel S. A.
- De Azevedo, Paulo O. D. (1982). *Cusco ciudad histórica: continuidad y cambio*. Lima: Editorial Peisa.
- Finocchietti, Susana (2004). *¿Credibilidad o veracidad? La autenticidad: un valor de los bienes culturales*. Lima: ICOMOS.
- Giurgola, Romualdo (1980). *Studio paperback Luis I. Kahn*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe (1936) [1615]. *Nueva crónica y buen gobierno*. París: Instituto de Etnología de París, edición facsimilar.
- Gutierrez, Ramón (1993). *Pueblos de indios: otro urbanismo en la región andina*. Quito: Abya Yala.
- Gutierrez, Ramón (1997). *Arquitectura latinoamericana: textos para la reflexión y la polémica*. Lima: Epígrafe Editores.
- Hampe M., Teodoro (1999). *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: UNMSM.
- Instituto Nacional de Cultura (INC) (2008). *Documentos fundamentales para el patrimonio cultural*. Lima: INC.
- Munizaga V., Gustavo (1999). *Macroarquitectura: tipologías y estrategias de desarrollo urbano*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

- Panadero, Miguel (1988). *Urbanización, subdesarrollo y crisis en América Latina*. Albacete: Seminario de Geografía.
- Rapoport, Amos (1977). *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Rostworoski, María (2006). *Historia del Tahuantinsuyo*. Lima: IEP Ediciones.
- Rostworoski, María (2007). *Estructuras andinas de poder*. Lima: IEP Ediciones.
- Summerson, John (1985). *El lenguaje clásico de la arquitectura: de L. B. Alberti a Le Corbusier*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Tello R., Sonia (comp.) (2002). *Del entorno al patrimonio e interdisciplinariedad*. Lima: Universidad San Martín de Porres.
- Thorndike, Guillermo (1979). *1850-1900 Autorretrato*. Lima: Editorial Universo S. A.
- Varios autores (2003). *Arquitecturas en conflicto*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Venturi, Robert (1978). *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Viñuales, Graciela M. (2004). *El espacio urbano en el Cusco colonial: uso y organización de las estructuras simbólicas*. Lima: Epígrafe Editores.

Colonizados, globalizados y excluidos en las grandes transformaciones de Lima

Roberto Arroyo Hurtado*
y Antonio Romero Reyes**

Desde su fundación, Lima ha sido –y continúa siendo– una ciudad fracturada y fragmentada en términos socio-políticos y espaciales. El proceso de urbanización colonizadora –que tuvo a la Ciudad de los Reyes como sede de la capital del Virreinato desde 1535– con la fundación en 1571 del pueblo de Santiago de El Cercado, inauguró una compleja y conflictiva dinámica política de inclusión y exclusión a la vez. Esta dinámica profundizó la estratificación económico-social entre vencedores y vencidos, ya que se asentó sobre una clasificación racista que justificaba la colonización de las sociedades andinas y la posterior estructuración de dos “repúblicas” articuladas por un sistema político colonial inestable, por estar siempre larvado de proyectos colonizadores distintos y confrontados. Esas contradicciones tuvieron, entre otros correlatos, su expresión en la morfología de la ciudad virreinal, la que tempranamente dejó de ser

* Antropólogo. Profesor en la Maestría de Planificación y Gestión Urbano-Regional, sección de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Ingeniería. Coordinador del Programa de Estudios Poder y Desarrollo Local, sección de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Correo electrónico: rarroboh@gmail.com

** Economista. Consultor e investigador en desarrollo económico local y regional. Especialista en la economía urbana de Lima metropolitana. Colaborador de la revista *Socialismo y Participación* (Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, CEDEP). Correo electrónico: aromrey@ec-red.com

homogénea y compacta y devino en objeto y escenario, pluricultural y fragmentado, de disputas de las élites en competencia dentro de la “república de españoles”, y de la subordinación y explotación, también en disputa por su comando y réditos de la “república de indios”.

Esas escaramuzas, con distinto grado de violencia y exclusión, inscribieron lógicas estructurales de organización y funcionamiento en la sociedad colonial a lo largo y ancho del país, y en el caso de la morfología de Lima, fragmentaron su continuidad urbana (como en San Lázaro) o se anexaron subordinadamente al pueblo de Santiago de El Cercado, asiento de la primera reducción de indígenas que la política toledana plasmó. Sin embargo, ese marco contiene un vacío historiográfico referido a los eventos o movimientos, de diversa envergadura, de resistencia, defensa o contestación con distintos grados de violencia, protagonizados por sectores de la población indígena, cercada y reducida, en ese temprano período, además de su acomodación coercitiva.

La continuidad de esas tendencias estructurales y sus resultados en Lima se vuelven a encontrar en la génesis y despliegue de los procesos que comandaron el siglo XX, tanto en su crecimiento masivo y acelerado como en su configuración fragmentada, a la que contribuyó la gestión municipal tradicional, subordinada al centralismo estatal. Sin embargo, se añaden a su dinámica y configuración como ciudad poscolonial, robustos procesos socioculturales y económicos emergentes en los anteriormente denominados “conos”, confrontados a su vez con una dinámica y estructura urbanas basadas en el predominio de la ciudad formal, legal, racista y monocéntrica.

El reto que emerge es reconstruir el modo en que esa lógica o esas lógicas se anudan, tendiendo a la polarización entre una élite ciertamente más heterogénea y menos nativa –que no reside en Lima–, y la mayoría que proviene expulsada del campo serrano principalmente, aunque matizada por emergentes situaciones intermedias. Esa élite y las posiciones que la sostienen sigue subordinada a espacios menos visibles por la fluidez y volatilidad de la globalización. Esas tensiones y sus conflictos, latentes y/o manifiestos, dejan entrever las posibilida-

des de cambio de la política de gestión urbana en el sentido más amplio, así como para la transformación de la gestión del territorio que reconozca los avances en la constitución de una ciudad desconcentrada, que abra la posibilidad de descentralizar los poderes que existen y que avanza a su cada vez mayor privatización.

En fin, el caso de Lima norte –como de El Cercado– sirve para ilustrar los procesos dentro de un espacio concreto, con su propio dinamismo al interior de la megaurbe limeña, donde las tendencias hacia la globalización y la exclusión socio-espacial asumen expresiones heterogéneas. Este contexto lleva a plantearnos más interrogantes, más incertidumbres y menos certezas sobre el futuro de Lima; sin embargo, estamos seguros que la dirección que tome ese futuro dependerá de las correlaciones de fuerzas que aún no se perfilan con claridad.

Ocupación y expansión urbana: de la autonomía a la dependencia fragmentada

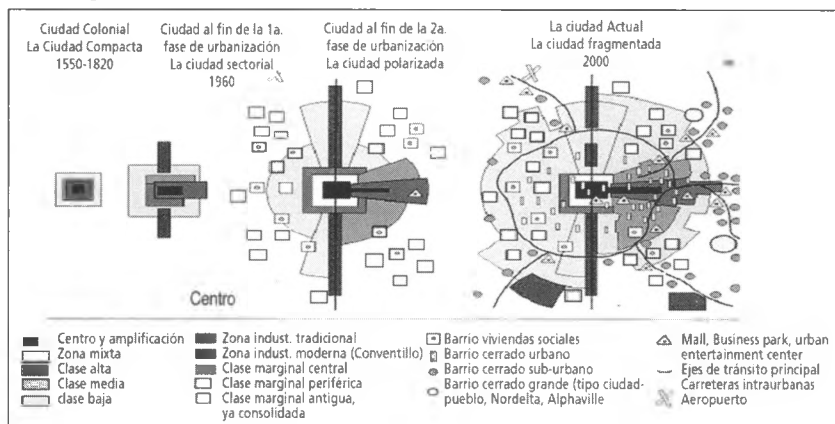
En los textos comparados sobre las transformaciones de las ciudades en América Latina (varios autores, 2008) la fragmentación ocupa un lugar destacado en referencia a su morfología y a términos económico-sociales, culturales y políticos, aunque se reconoce que ésta ya estaba inscrita en algunas formas urbanas tradicionales.

El esquema que se presenta a continuación resume la evolución de la ciudad latinoamericana desde una supuesta “ciudad compacta” que sería la ciudad colonial (Borsdorf, 2003), a la “ciudad fragmentada”, postulada como concomitante a la globalización capitalista contemporánea (figura 1).

Para Borsdorf, la estratificación etno-racial en su expresión espacial no conlleva la fragmentación; es más bien una manera de integración o compactación de la ciudad colonial. Señala, además, que “en el último círculo, el más periférico, vivían los “blancos pobres”, los indios y mestizos”. Con relación a estos argumentos, sostenemos que esa descripción no se ajusta a la realidad de Lima. La reciente investigación

histórica pone en evidencia procesos y expresiones concretas tanto en la estructura social como en la urbana, que ponen en cuestión esa secuencia. Así lo mostrará un breve análisis de lo que sucedió dentro de la primera centuria en Lima.

Figura 1. El modelo de desarrollo estructural de la ciudad latinoamericana



Fuente: Borsdorf, Bähr y Janoschka, 2002, adaptado por Borsdorf.

Tal como afirma Rostworowski (2005), antes que llegaron los conquistadores o invasores, aquella población originaria pertenecía a diferentes cacicazgos que ocupaban el territorio de las tres cuencas; organizándolas y manejándolas de acuerdo con el principio de control de un mayor número de pisos ecológicos. En sus zonas bajas y medias se despliega la actual Lima metropolitana.¹

La política colonizadora en la región central de la costa dio lugar a la fundación española de Lima por Francisco Pizarro el 18 de enero

1 “El pequeño curacazgo de Lima era uno de los tantos que existían en el valle, como el señorío de Sulco, el señorío de Huala y el de Maranga, todos ellos estaban supeditados al Señor de Pachacámac, que regía tanto el valle bajo de Lurín como en el valle bajo de Lima. Eran pequeñas aldeas con tierras de cultivos, pero supeditadas a un señor mayor. Mucho antes que llegaran los españoles e incluso antes que llegaran los incas, se sabe que la costa central era un valle muy poblado” (Rostworowski, 2005: 3).

de 1535, la que generó tempranamente un apéndice marginal en la ribera derecha del río Rímac, el barrio de San Lázaro, donde se ubicaba el lazareto para los afectados de lepra; un puente lo relacionaba con la dinámica y la trama urbana de la Ciudad de los Reyes. Esta tenía como centro la Plaza Mayor, que por lo demás sería excéntrica, a diferencia del patrón concéntrico del urbanismo español, debido a la localización de la Casa de Pizarro sobre el recinto del cacique Taulichusco, el cual estaba anexo a la ribera de dicho río, con el fin de controlar el uso de sus aguas. Luego de tres décadas y media de su fundación, se creó en junio de 1571 el pueblo de Santiago, denominado El Cercado, que sin formar parte homogénea y conurbada de la trama urbana originaria de la capital virreinal, su población indígena estaba anexada y a su servicio. El nombre de esa reducción modelo evocaba el día dedicado a dicho santo y al cerco que la rodeaba.

En esa trama urbana, en El Cercado se desplegó un conjunto de lógicas y dinámicas económicas, socioculturales y político-institucionales, conflictivas entre las élites españolas, residentes o no en ella, en el marco de una estrategia de subordinación y expoliación de la población colonizada bajo criterios racistas en beneficio de la Corona y los conquistadores y sus allegados. El Cercado, área residencial de la población indígena reducida, comenzó y terminó siendo una parte, un fragmento específico, diferenciado y contrastado de la Ciudad de los Reyes, pues eran asientos de la “república de indios” y de la “república de españoles”, respectivamente.

En relación con ese proceso fundacional, Ludeña (2002) enfoca la problemática del centro y la centralidad, convergiendo con la tesis de Borsdorf y postulando además la existencia de un centro nativo, es decir precolonial, en el espacio metropolitano actual. Lo citamos *in extenso* porque resume el punto de vista que ponemos en cuestión:

Aparte de la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas ubicadas en puntos estratégicos de todo el territorio, esta red urbana llegó a poseer en una fase tardía un “centro” de mayor significación, en el que se encontraban ubicados el

Palacio de Taulichusco, el cacique de la cultura Lima, una huaca para la casta sacerdotal y las ofrendas colectivas, así como el punto de control de aguas para regar parte del valle. Era un centro político, religioso y de control productivo.

La ciudad colonial se erige en este mismo centro. Mejor dicho, se superpone rigurosamente sobre la trama preexistente con los signos de la misma violencia cultural de casos similares, como el de Cusco o Cajamarca. El centro de Taulichusco sería el centro de Pizarro. La parcela ocupada por la dacha nativa sería reemplazada por la catedral católica. La antigua cancha sería reciclada por la plaza ortogonal hispánica. El mensaje era absolutamente claro: no solo se trataba de una violenta apropiación de una preexistencia urbana, sino de una refundación simbólica de trágicas consecuencias en la identificación entre sociedad nativa y su centro social y existencial. Aquí, los cánones de fundación pasaron a un segundo plano, como que la plaza central del damero tuvo que ubicarse de manera excéntrica para establecer una perfecta coincidencia entre la ciudad impuesta y la ciudad preexistente. El poder y la racionalidad eurocéntrica del yo conquistador erigidos sobre la preexistencia conquistada. Los principios de un orden ideal renacentista impuestos sobre un orden nativo mitopoético y topológico.

No incidiremos sobre el uso de categorías eurocéntricas como en la proposición citada que da cuenta de “la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas”, que a su vez conformaban una red que habría desarrollado un centro tardío. Las categorías implicadas en la cosmovisión andina son *chaupi* y *tincuy* (Cerrón-Palomino, 2002), *medio* y *encuentro*, respectivamente, connotan otro sentido diferente al de “centro” en el análisis espacial occidental.

Para apoyar nuestra tesis, es necesario recordar que fue el virrey Francisco Toledo quien plasmó el proyecto diseñado anteriormente por el Gobernador Lope García de Castro (1564-1569), para concentrar a los “indios” en *reducciones*, fundándose —como se indicó— Santiago de El Cercado, cuya constitución y gestión fue encargada a la debutante Compañía de Jesús. Así, tanto el espacio físico como sus destinatarios étnicos, fueron anexados, fracturando y segregando la ciudad colonial (Coello de la Rosa, 2006).

Además de esa paradigmática reducción, en 1571 existían otras seis reducciones donde se concentraba a los *curacas* y a la población originaria de los tres valles de Lima: Santa María Magdalena de Chacaela; Santa Cruz de Lati (hacia Chosica); Santiago de Surco; Carabaylo, en la margen derecha del río Chillón; al sur, San Salvador de Pachacámac; y San Juan de Lurigancho, en la margen derecha del Rímac.

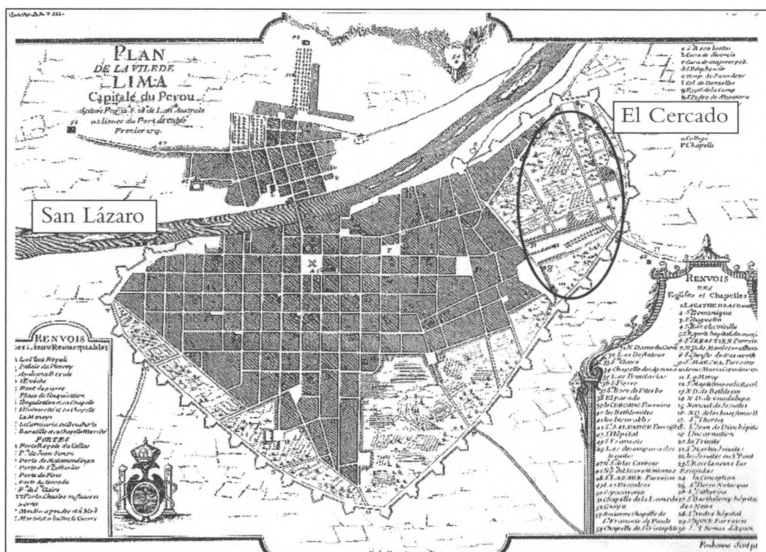
Esas reducciones, principalmente la de El Cercado, fueron objeto de disputa entre las élites políticas, económicas y religiosas, y al interior de cada una de ellas. El antiguo asentamiento de los camaroneros a la vera derecha del Rímac, el barrio de San Lázaro, a finales del siglo XVI y comienzos del XVII estuvieron a cargo del Arzobispo Toribio Alfonso Mogrovejo. Como cabeza de la iglesia secular, libró un enfrentamiento contra los jesuitas de El Cercado por el traslado de los indios bajo su jurisdicción a esta última reducción, escaramuza que fue parte de la disputa por el monopolio de la evangelización. Por otra parte, los blancos pobres, mestizos y negros no estaban incluidos en *reducciones* como la de El Cercado, aunque se ha registrado o dado testimonio de su presencia. Ellos estaban en San Lázaro.

De ese modo, San Lázaro y El Cercado expresaban, en diferente grado, la fractura del tejido urbano. La reducción respondía al patrón de exclusión de la población indígena por ser considerada una “raza inferior” (Quijano, 2000);² por esta razón eran objeto de subordinación y usados para diversos fines. Entre los principales: su preservación demótica; su catequización por ser “impíos”; su reserva como mano de obra para las parcelas de los españoles y la *mita* minera; fuente de tributos, además de su segregación diferenciadora y por razones de seguridad para los residentes hispánicos.

2 “En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. La posterior constitución de Europa como nueva identidad después de América y la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo llevaron a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y, con ella, a la elaboración teórica de la idea de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación entre europeos y no europeos. Históricamente eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de superioridad/inferioridad entre dominados y dominantes” (Quijano, 2000: 203).

Como lo afirma acertadamente Coello de la Rosa (2006), focalizar el análisis en la madeja multidimensional de las relaciones sociales, en y de ese espacio específico, excluido de la Ciudad de los Reyes o Lima, sirve para mostrar “las relaciones entre espacio físico y las nociones de inclusión/exclusión en un marco geográfico singular”, pero también para entenderlo “no como una categoría (la de espacio) en sí misma, sino como terreno y encrucijada de prácticas políticas”.

Mapa 1. Lima o la Ciudad de los Reyes, San Lázaro y Santiago de El Cercado



Fuente: Patronato de Lima. Los nombres colocados, San Lázaro y El Cercado, son de los autores.

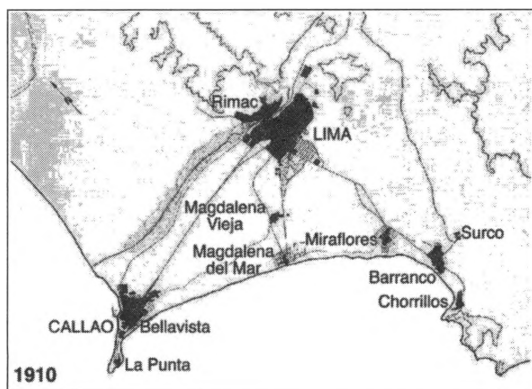
El mapa 1 ilustra la morfología del tejido urbano colonial y expresa cómo esta cartografía contribuía a la invisibilización de los indígenas. Por eso, encerramos en círculo la localización de Santiago de El Cercado.

Las prácticas políticas aludidas eran los conflictos jurisdiccionales entre las élites coloniales; es decir, de las autoridades y funcionarios rea-

les que buscaban satisfacer intereses económicos, políticos y administrativos de la Corona, y de las autoridades eclesiásticas que perseguían los fines espirituales de sus corporaciones religiosas. Se trataba, en el Virreinato peruano, de la disputa por la hegemonía entre la *Monarchia Imperii* y la *Monarchia Ecclesiae* respectivamente, a través de alianzas familiares, compadrazgos y redes clientelares que intercambiaban, más allá del sistema político formal, prestaciones y contraprestaciones políticas y económicas en el proceso de fundación y gestión de la primera reducción de indios, en su calidad de capital social manipulable. Estas prácticas fueron parte de un sistema político fracturado con lógicas contrapuestas en el marco de la colonización (Coello de la Rosa, 2006).

Lima, en su ordenamiento urbano fragmentado, expresaba las profundas fracturas de la estructura económico-socio-cultural y política, poniendo en cuestión la tesis de la existencia hegemónica de un centro y abriendo una compleja perspectiva donde los límites espaciales eran fronteras de una “geografía de la exclusión en Lima Colonial” (Coello de la Rosa, 2006: 126), la cual ha permanecido a pesar de –y gracias a– las variaciones en la complejidad de la morfología y la estructura social limeña.

Mapa 2. Lima en 1910



Fuente: Wikipedia. Enciclopedia electrónica:
<http://es.wikipedia.org/wiki/Lima>.

Derribadas las murallas coloniales –labor que fue encomendada al empresario norteamericano Henry Meiggs (llamado “Pizarro yanqui”) en 1870– la ciudad en cuyo “centro histórico” se encuentran las sedes del poder político y del eclesiástico (área sombreada en la parte superior de la figura 3), inició su inexorable marcha urbanizadora hacia su entorno rural en dirección al puerto del Callao en el extremo oeste, y hacia los balnearios en el sur donde ahora se ubican los actuales distritos de Miraflores, Barranco y Chorrillos.

En la época republicana, a la ocupación del territorio –actual megaciudad de Lima–, sobre el eje del río Rímac se sumó el de Chillón y, más recientemente, el de Lurín y la *balnearización* del litoral, que acentúa una lógica de privatización de los espacios públicos.³ Se estima en 100 km la envergadura longitudinal de Lima a la vera del océano Pacífico, trepando sin control alguno los flancos de la Cordillera Occidental de los Andes.

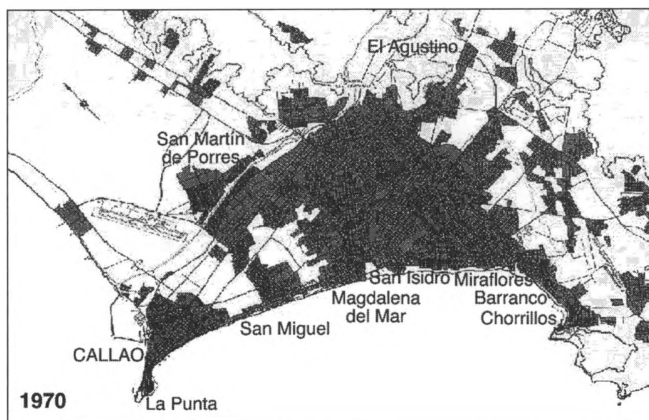
Con los impactos de la economía globalizadora han emergido nuevas formas de fragmentación, o mejor, de segregación. Durante las últimas décadas, las ciudades latinoamericanas cambiaron de estructura y fisonomía. Elementos nuevos y, a veces predominantes, son los muros y cercas alrededor de barrios residenciales modernos o exclusivos, así como barreras metálicas en las calles para controlar el ingreso de “extraños”.

La ciudad de Lima se expandió y densificó mediante la ocupación horizontal de la parte baja del valle del Rímac, teniendo como límite

3 En el Perú se conoce como “balnearios” a las zonas de playa frente al mar y de acceso público; hablamos del “balneario de Ancón” al norte o de los “balnearios del sur” (Pucusana, Punta Hermosa, Punta Negra, San Bartolo y Santa María del Mar) al sur de Lima. Por *balnearización* denotamos el proceso de apropiación y privatización de nuevos espacios de playa y, concomitantemente, de mar, que son transformados en áreas de uso residencial y para el esparcimiento exclusivo de los estratos de ingreso A y B, proceso que ha venido dándose aceleradamente en la provincia sureña de Cañete (distritos de Asia y Cerro Azul), en vecindad con Lima, vialmente articuladas por la panamericana sur. En virtud de la *balnearización* y según las condiciones de acceso, en algunas zonas de playa han surgido verdaderas “islas de la fantasía” (por ejemplo, Barranquero en Cerro Azul) o ciudadelas donde se rompe toda estética con el paisaje por la aglomeración y ocupación desordenada del espacio (por ejemplo, Puerto Fiel en el mismo distrito).

natural al océano Pacífico (mapa 3). Este proceso de expansión fue propulsado principalmente por el Estado a través de programas de infraestructura, vivienda y servicios.

Mapa 3. Lima en 1970



Fuente: Wikipedia. Enciclopedia electrónica:
<http://es.wikipedia.org/wiki/Lima>.

El proceso de urbanización entró en una etapa de exacerbación en el período marcado por la Segunda Guerra Mundial, acarreado una bonanza fiscal por la demanda de metales, otras materias primas y alimentos, dando lugar a un *boom* de construcciones públicas y privadas en Lima que ocasionó un voluminoso flujo migratorio que acabó por relocalizar el eje de crecimiento económico y urbano del país. Esta “avalancha” poblacional, principalmente serrana, determinó nuevos procesos de ocupación y expansión, en y hacia los márgenes (terrenos baldíos o eriazos, valles circundantes). Los casos más representativos fueron las invasiones de Pampa de Comas y Pampa de Cueva, a fines de los 50 del siglo pasado en el norte de Lima; hacia el sur, la invasión de Pamplona en 1971 cuya población luego fue relocalizada más al sur dando origen a Villa El Salvador, que posteriormente devino en distrito (1983). En el mismo período del régimen militar, se creó (1976) la Urbanización

Popular de Interés Social (UPIS) Huáscar que significaría el comienzo de la ocupación masiva al este de Lima,⁴ dando lugar a la creación de San Juan de Lurigancho, que actualmente es el distrito con mayor número de habitantes del país (más de 1 millón de personas).

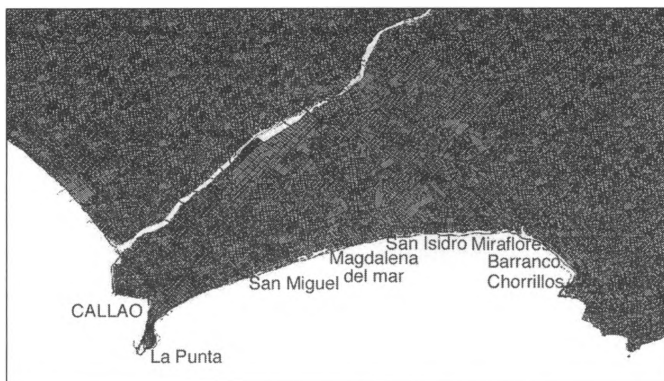
Fue así como se constituyeron los complejos procesos socio-espaciales, ramificados hacia los puntos cardinales y que fueron conformando los “conos” de Lima. Primero surgieron como barriadas, que la primera ley de reconocimiento denominó “barrios marginales” y que el Gobierno militar del General Velasco (1968-1974) rebautizó como “pueblos jóvenes”; mientras que para las ocupaciones más recientes se emplea la denominación “asentamientos humanos”. Estos procesos y modalidades de ocupación del espacio urbano limeño acompañaron el dinamismo de la ciudad, dándole una nueva fisonomía, y contribuyeron a la consolidación de su centralidad junto con la creciente concentración/aglomeración de las actividades económicas (mapa 4).

En términos más amplios, las ciudades transformaron sus roles así como se reconfiguraron concomitantemente con los cambios de la economía-mundo capitalista; de ahí la aparición de categorías como *ciudad global* (Sassen, 1999) y *sociedad-red* (Castells, 2004) para dar cuenta de una nueva complejidad que abarca múltiples dimensiones, e induce a replantear las tradicionales políticas de gestión urbana.⁵ La categoría “ciudad global” permite vincular y replantear el concepto clásico de “ciudad”, adscrito a la noción de Estado-nación, con respecto a la economía mundializada (Arroyo y Romero, 2008a: 99-106 y 2008b: 39-49).

4 UPIS Huáscar es un asentamiento humano ubicado actualmente en Canto Grande. En un inicio sus pobladores habían invadido la zona del Puente Huáscar, fueron reubicados por el gobierno militar de entonces haciendo parte de un programa de vivienda urbana, denominado Urbanización Popular de Interés Social (UPIS).

5 Hasta ahora, son pocas las personas vinculadas estrechamente con la gestión de la ciudad que han entendido los retos de la globalización para una ciudad como Lima. Así, “este caos es el espacio estratégico para ser competitivos en el mundo. La globalización se juega en la ciudad y nuestra ciudad es un desastre. Evidentemente Lima gravita más allá de lo municipal porque su ineficacia y sus conflictos resultan siendo la causa de conflictos económicos” (Ortiz de Zevallos, 2006a: 2).

Mapa 4. Lima en 2006



Fuente: Wikipedia. Enciclopedia electrónica: <http://es.wikipedia.org/wiki/Lima>

En contraste con los procesos globales, y desde la mirada social y urbana, Lima metropolitana presenta una morfología que podemos esquematizar como: unidad territorial con dimensiones de megaurbe, pero cuyo interior se halla socio-espacialmente fragmentado, reproduciendo dualidades y prácticas discriminatorias, tanto a escala de la ciudad como al interior de los “conos”. Por ejemplo, respecto al espacio urbano, se distinguen “zonas residenciales” y “conos”. A esta co-presencia desigual y jerarquizada de los lugares de residencia, que instala y refuerza una lógica colonial de estigmatización y segregación territorial, le corresponde su equivalente en términos sociales: las primeras estarían habitadas por “ciudadanos” mientras que las segundas por “pobladores”. Hay otra dimensión derivada de la supérstite clasificación racial de origen colonial: los “ciudadanos” de las zonas residenciales y “modernas”, por lo demás “blancos” y “criollos”; los “cholos”, “serranos” y “chicheros”, todos ellos viviendo en los “conos” y representando lo “tradicional”. Este esquema, en realidad, se matiza por la aparición de una gran variedad de situaciones de tránsito, de ascenso o descenso en la escala socioeconómica y urbana.

Todas las distinciones anteriores tienen un fuerte correlato con los niveles de ingreso, el estatus social y el grado de disponibilidad de ser-

vicios urbanos modernos. Existe una compleja y conflictiva dinámica multidimensional que atraviesa y desborda la limitada capacidad de gestión municipal,⁶ donde los procesos emergentes de carácter económico, social, cultural y político –todos surgiendo desde abajo– han logrado quebrar la tradicional imagen de Lima-Callao y Balnearios, sustituyéndola por la Lima de los Chávez, los Quispe, entre otros; es decir, Lima norte, Lima este y Lima sur (Arellano y Burgos, 2004). Al sugerente título del libro de estos autores (*Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe...*), añadimos que –dentro de los llamados “conos”– el imaginario discriminador se reproduce haciendo distinciones según la ubicación espacial y el nivel social; esto es, que hay Chávez y Chávez, Quispe y Quispe... los cuales son factores y procesos implicados en la lógica de la *fragmentación en la fragmentación*.

De conos a economías emergentes

En el caso peruano, el patrón histórico centro-periferia bajo el modelo de sustitución de importaciones adoptó la forma de afianzamiento de Lima como el lugar central de la concentración de recursos, capacidades y fuerzas productivas, al mismo tiempo de centro neurálgico desde donde se organizaban las decisiones concernientes al desarrollo en el resto del país. El desarrollo de Lima, sobre la base fragmentada de carácter colonial y poscolonial (republicana) del siglo XIX, como ciudad y metrópolis, produjo en contrapartida la periferización de su entorno inmediato (los llamados “conos”), reproduciendo algunos de los rasgos característicos del patrón histórico, a saber: desarticulación, desigualdades, marginaciones, exclusiones y discriminaciones. La expresión conceptual que sintetizó ambos procesos como un todo, siendo motivo de amplio debate en las ciencias sociales latinoamericanas

6 Lima tiene una división político-administrativa conformada por 42 distritos y El Cercado, y es sede de la municipalidad metropolitana que además del gobierno metropolitano tiene las competencias de un gobierno regional. En junio de 2005, 30 distritos mantuvieron conflictos de límites (Mairata, 2005).

de las décadas de los años sesenta y setenta, fue el de *marginalidad*, la cual podríamos incorporar dentro de la categoría más amplia de *colonialidad urbana*, tomándola simplemente como extensión de los análisis sobre colonialidad del poder y del saber, para expresar la permanencia —aunque variable en sus formas y manifestaciones— del patrón colonial de dualidad estructural ya mencionado, a pesar de su relativo debilitamiento debido al surgimiento, en años recientes, de movimientos de inclusión y tolerancia étnico-cultural, que se han producido con diversa intensidad y alcance en regiones y ciudades del país.

Después de 1945, la masiva inmigración proveniente de las localidades rurales y urbanas serranas impulsó la expansión territorial de la ciudad en forma ramificada, hacia el norte, este y sur, conurbándose al oeste con la ciudad-puerto del Callao. De esta manera, se configuraron *nuevas y diversas centralidades emergentes* en los grandes espacios que hasta los años ochenta constituían la periferia de la expansión urbana (“cinturón de miseria” antes; *conos de Lima* hoy). El centro histórico continuó acentuando su declinación por diversas razones: cambio de zonificación por los responsables de la gestión de la ciudad, ocupación de espacios públicos (calles y plazas) por el comercio informal; agravamiento de la tugurización y localización de asentamientos humanos en la vera de la margen izquierda del río Rímac, y desplazamiento de comercios y oficinas hacia el sur (San Isidro-Miraflores) y este (San Borja-La Molina) de la ciudad consolidada, configurando nuevos centros y subcentros de carácter más financiero y comercial.

Los nuevos habitantes forjaron gradualmente sus asentamientos dormitorio de modo bastante precario e informal, así como una base económica desconcentrada, básicamente de sobrevivencia, gracias al engrosamiento de la población de ambos sexos en edad de trabajar —15 a 45 años, principalmente— y a la creciente concentración/aglomeración de micro y pequeños establecimientos económicos, dedicados fundamentalmente al comercio de bienes y servicios, junto con otros de producción artesanal y de manufacturas. En términos de densidad demográfica y dinamismo económico, las nuevas ocupaciones ganaron peso y notoriedad durante las dos últimas décadas del siglo XX. Para-

lamente a estos procesos, las brechas de desarrollo con respecto a los departamentos y provincias del interior se profundizaron, secuelas de más de veinte años de políticas de estabilización y ajuste macroeconómico (Gonzales, 2000), hicieron de los espacios regionales la fuente inagotable de contingentes migratorios y nuevos limeños.

A principios de la década de los años noventa del siglo XX, la globalización de la economía —o mundialización del capital— encontró a Perú atravesando dos procesos internos muy severos: la crisis económica expresada en la hiperinflación y la guerra interna desatada por el Partido Comunista Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Resolver estas dos cuestiones se convirtió para el Gobierno en un requisito sin el cual el país quedaría al margen de las oportunidades (reales o supuestas) del nuevo dinamismo que adquirirían —entre otros megaprosesos— los mercados, el comercio, las inversiones y el renovado rol de las ciudades en todo el mundo, todo ello propulsado y sostenido por la revolución en las comunicaciones y la informática.

Bajo un contexto de ideas dominado por las doctrinas y recetas neoliberales, en lo referente a la conducción del Estado, la penetración de los procesos globalizadores en un país como el Perú requirió primeramente de la transformación del Estado y su consiguiente reforma a favor de las corrientes de inversión externa y los capitales privados. Este proceso, tomado en su conjunto, se realizó con un elevado costo social ya que las políticas encargadas de viabilizarlo se ejecutaron en forma de *shock*. Más aún, lo que se globalizó no fue toda la economía ni toda la sociedad ni, menos todavía, todo el país territorialmente hablando. Se globalizaron más bien algunas ramas de la producción, algunos pequeños segmentos sociales y algunos enclaves territoriales en las regiones. La globalización —junto con los modos con que se afrontó la crisis económica y política del país— profundizó las desigualdades previamente existentes entre las cuales se halla la relación estructural entre Lima (sede del poder económico y político del Perú) y las regiones del interior, así como las disparidades distributivas entre clases y sectores sociales (Gonzales, 2000; Schuldt, 2005).

Se resolvió el problema económico; los grupos alzados en armas fueron militarmente derrotados (aunque no necesariamente en su totalidad ni en términos sociales o políticos); se afianzaron los poderes económicos y políticos que promovían la inserción del país en la globalización-mundialización mediante alianzas estratégicas entre el capital privado local y externo; el Estado fue enmarcado bajo nuevas reglas de juego: se identifica con los grandes inversionistas y corporaciones transnacionales. En otros términos, se estableció un nuevo patrón de desarrollo que permitió el crecimiento económico del Perú a lo largo de los años noventa y en lo que va de comienzos del siglo XXI (su expresión son las tasas de crecimiento del PBI). En cambio, se mantuvieron y agudizaron las desigualdades socioeconómicas, las disparidades socio-espaciales, acentuándose la corrupción de la política y sus élites.

Desde finales de la década de los años noventa ha ocurrido lo que podría llamarse una segunda ola globalizadora que acompaña las reformas de segunda generación (reformas referidas a las políticas sociales, principalmente), una vez afirmadas y consolidadas las líneas maestras del nuevo modelo de acumulación y rol del Estado. Dicha segunda ola concierne a los espacios locales y regionales, involucrando por ende a las instancias de gobierno subnacionales. En ese contexto, los conflictos ambientales con las grandes empresas mineras y el proceso de descentralización han ocupado un lugar destacado en la agenda pública.

En Lima metropolitana, el capital comercial ha diversificado sus inversiones hacia los conos, instalando en estos espacios grandes cadenas de establecimientos y supermercados. Así, a finales de 2002 fue inaugurado el Mega Plaza Norte, en el distrito de Independencia, con una inversión que superó los \$ 50 millones; mientras que en 2006 se inauguró el Centro Comercial Plaza Atocongo, en San Juan de Miraflores (sur de Lima), que tuvo una inversión de \$ 13 millones. Desde 2004, un *boom* de inversiones similares se ha desatado en ciudades del norte y sur del país, aunque la explicación reside en otros factores. Se globalizan territorios y espacios (ciudades y áreas urbanas) en términos de mercados de masas que son asociados con el consumo de productos de marca.

De ese modo, Lima se encaminó hacia una nueva configuración sociocultural y urbana, que identificamos como *policentralidad*; concepto que ha cobrado auge en años recientes en los textos especializados (Built Environment, 2006) y que para el caso de Lima lo hemos sustentado en otro trabajo (Arroyo y Romero, 2005). Tan importante como la emergencia de nuestra megaurbe con varios centros, se plasó la redefinición del centro tradicional y su adecuación a las nuevas dinámicas de la globalización económica. Los conos se constituyeron en las economías emergentes de la metrópoli y no es gratuito que las grandes empresas comerciales y cadenas de supermercados hayan visto allí potenciales mercados de consumo. Según estimaciones propias, para 2002, en Lima norte (ex cono norte), el gasto familiar en alimentos era alrededor de S/. 1.700 millones (más de \$ 500 millones) y en Lima Sur se situaba entre S/. 1.300 y S/. 1.400 millones.

Dinámica de transformación del territorio

Los conos norte, sur y este fueron originalmente receptáculos de población migrante; albergan las dos terceras partes de la población limeña. Las primeras generaciones de provincianos reprodujeron las tradiciones y costumbres que trajeron de sus pueblos y comunidades, particularmente las prácticas ancestrales basadas en el trabajo comunitario y las relaciones de reciprocidad, como estrategias de construcción social en una ciudad que al principio sintieron extraña y discriminatoria. La ayuda mutua, el intercambio de favores, el reforzamiento de los lazos familiares, de parentesco, de paisanaje y de vecindad, les permitió proveerse de recursos básicos en torno a sus necesidades más apremiantes (techo, alimento) y gestionar servicios públicos básicos. Su pobreza de recursos, las limitaciones para conseguir empleo, junto a la necesidad de agenciarse de ingresos, los obligó a buscar un espacio fuera de la formalidad y en los márgenes de la economía de mercado. Paulatinamente encontraron los mecanismos de articulación con la gran ciudad, mediante el esfuerzo propio, la auto-

generación de empleos diversos, la incursión en el pequeño comercio y la pequeña producción familiar, generando una base local de ahorro y acumulación –tanto en términos monetarios como de recursos–, que lograron acrecentar y mantener pese a la crisis fiscal del Estado y la severa crisis económica (la hiperinflación) que asoló al país en la segunda mitad de los años ochenta, durante el primer Gobierno de Alan García (1985–1990).

La globalización impactó sobre la configuración socio-espacial previa de Lima, contribuyendo a la redefinición del carácter, tendencias y procesos, así como de las orientaciones de los agentes y actores que allí se desenvuelven. La potencialidad que encierra la policentralidad como opción posible para Lima, desde sus propias dinámicas internas y locales, choca –digamos– con la persistencia y resistencia del centralismo, expresado espacialmente en el llamado *centro triangular* (Romero, 2004: 73). Cabe aclarar que la imagen del “centro triangular” la utilizamos solo para representar espacialmente el *centralismo limeño*. Mediante ella, se designaba un área socio-espacial que concentraba los principales centros de decisión política, industrial y comercial-financiera del país (Gonzales, 1992: 104). Evidentemente dicha imagen tiene hoy un limitado poder explicativo para dar cuenta de las dinámicas económicas, sociales y urbanas, concomitantes con la influencia de la globalización desde finales de la década de los años noventa e inicios del siglo XXI, el deterioro y desvalorización del centro histórico, el surgimiento de nuevas centralidades en la ciudad y otros procesos.

Teniendo en cuenta que en el *centro triangular* se halla la sede del poder político y económico-financiero del país, este centro socio-espacial sigue siendo una estructura peculiar de decisiones y relaciones que responde mucho más que antes a la lógica de los intereses del capital, en un movimiento además contradictorio: es una estructura abierta a las corrientes privatizadoras y globalizadoras de la economía mundial, pero generalmente muestra su carácter cerrado y excluyente con relación a la gestión de recursos para satisfacer las demandas sociales y atender las exigencias de democratización de las instituciones.

Mientras se consolidaban las nuevas áreas –los conos– como hábitats muy heterogéneos dentro de su carácter marginal; las personas, individual o asociadamente, pusieron en acción el capital social acumulado, deviniendo en capital social emprendedor. Miles de unidades económicas unipersonales o de muy pocos trabajadores, casi siempre parientes o paisanos, generaron lo que denominamos una amplia pero precaria base económica desconcentrada. Los marginales urbanos pasaron a ser microempresarios informales. En el cono norte existen cerca de 30 mil establecimientos económicos (20% del total metropolitano). El 95% tiene menos de diez trabajadores y el 85% menos de cinco. Predominan las actividades comerciales y de servicios (69% y 21%, respectivamente). Solo 11% produce manufacturas, y de ellos, quienes exhiben gran potencial son los que se articulan en conglomerados, como el de Infantas en el distrito Los Olivos, que incluso exporta a países sudamericanos (Montoya, 2003). Se han incrementado las zonas comerciales de origen popular, como los megamercados de Unicachi y Huamantanga, pertenecientes a comerciantes de origen aymara y quechua, respectivamente. La llamada era de la información se manifiesta con la presencia de miles de cabinas de Internet en los tres conos, generando su propia revolución de las comunicaciones y en la información, principalmente en jóvenes.

A los componentes sociales, culturales y económicos de índole local se sumaron nuevas inversiones y otros fenómenos provenientes del escenario “global”. Nos referimos al aprovechamiento de los voluminosos mercados de consumidores de bajos ingresos a través de sucursales de las grandes tiendas y almacenes: Wong y Metro, Plaza VEA y Santa Isabel, Ripley, Tottus-SODIMAC (Arellano y Burgos, 2004). El Mega Plaza Norte propició la quiebra y desaparición de 1.500 tiendas y bodegas, mientras que generó 800 puestos de trabajo para personas que viven fuera de Lima norte. Fenómenos semejantes se han producido en otros ex conos.

La dinámica de Lima norte

Territorio y población

Lima norte, anteriormente conocida como cono norte, ha llegado a constituirse con el tiempo en un espacio económico muy dinámico en relación con sus similares del este y sur. En este espacio, además, se encuentran dos de los tres distritos más poblados del país: Comas y San Martín de Porres.⁷ Adquirió mayor notoriedad en la ciudad desde que se instalaron por primera vez los grandes centros comerciales y cadenas de supermercados, como el Metro, en las postrimerías de la década de los noventa, y el Mega Plaza, a comienzos del nuevo siglo. De alguna manera, el hecho de que el gran capital comercial decidiera instalarse primero allí fue un reconocimiento tácito de la importancia que había adquirido dicho espacio como un mercado promisorio para los negocios. Ciertamente, no se equivocaron. Si nos guiáramos por la demografía y/o la extensión del territorio, podría decirse que Lima norte tiene una importancia relativa mayor al de sus similares Lima este y Lima sur, en términos, por ejemplo, del tamaño de la población.⁸

Para 2015, la población del área podría ser de casi 3 millones de habitantes; las mayores tasas de crecimiento demográfico se registran en Ancón, Los Olivos, Puente Piedra, Ventanilla y Santa Rosa (Montoya, 2003: 27 y 32).⁹ Ello hace que Lima norte sea el espacio de mayor urbanización de la ciudad, comparativamente hablando.

7 El distrito que completa la terna es San Juan de Lurigancho, al este de Lima.

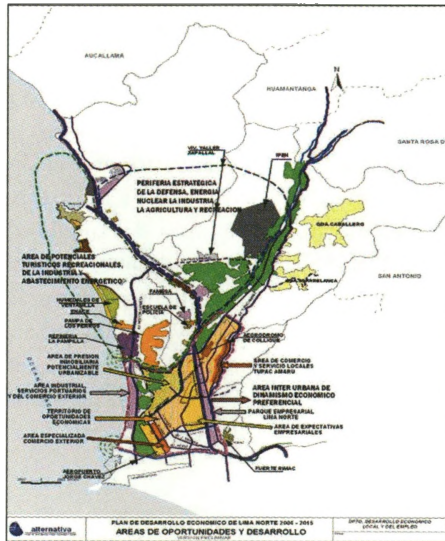
8 Lima norte tiene un área de 536 km², dos veces mayor que Lima este y tres veces superior a Lima sur.

9 A diferencia de la distribución que hace APOYO (2002), en esta fuente los distritos de Ancón, Ventanilla y Santa Rosa son considerados parte de Lima norte.

Agglomeraciones económicas

La acelerada urbanización del área se manifiesta en las tendencias y procesos hacia la aglomeración comercial, conformando zonas bien definidas. Así, el lugar donde confluyen tres distritos (Los Olivos, Independencia y San Martín de Porres) se ha convertido rápidamente en el corazón de la actividad comercial y en un polo de atracción. Este espacio abarca la zona industrial de Infantas, el Mega Plaza, el centro comercial y terminal de buses interprovinciales en Fiori, y la sede del Servicio Nacional de Adiestramiento en Trabajo Industrial (SENATI).

Mapa 5. Potencialidades de Lima norte



Fuente: CODECON, 2006.

Los flujos económicos están concentrados, en lo fundamental, sobre cuatro grandes zonas de aglomeración de importancia interdistrital, algunos de los cuales se acaban de mencionar: i) La zona de Caquetá, en el límite entre San Martín de Porres y el Rímac. ii) El centro de comercio y servicios de Lima norte, espacio formado por la con-

fluencia entre Los Olivos, Independencia y San Martín de Porres. iii) La zona comercial de Comas en el cruce entre las avenidas Túpac Amaru y Belaúnde, que se vincula comercialmente con Carabayllo. iv) La zona comercial de Puente Piedra vinculada con los distritos Ventanilla, Ancón y Santa Rosa, así como con la provincia de Canta. Las aglomeraciones se muestran en el mapa 5, superpuestas junto a las zonas con potencialidades económicas distribuidas en sus principales corredores: a) corredor de economías múltiples en la Panamericana Norte, b) corredor comercial y de servicios en la avenida Túpac Amaru, c) corredor de establecimientos aeroportuarios, industriales, de exportación y energéticos, a lo largo del eje conformado por las avenidas Néstor Gambeta y Faucett (CODECON, 2006: 161-163).

No es gratuito que el vertiginoso desarrollo de la actividad manufacturera de pequeña escala y las grandes cadenas de supermercados, en Lima norte, sea seguido con especial expectativa por las municipalidades distritales, por lo que ese proceso representa para sus alicaídas finanzas. De ahí la disputa que han mantenido hasta hace algunos años, incluso palmo a palmo, las municipalidades de Los Olivos, San Martín de Porres e Independencia por la zona industrial —con una extensión de apenas 2,44 km²— comprendida entre la Panamericana Norte y la avenida Túpac Amaru, donde las empresas existentes tributaban un total de S/. 10 millones al año (Titinger, 2002a: 10).

El examen de la distribución de actividades al interior de los distritos, por zonas territoriales, permite develar un patrón de concentración/aglomeración de actividades económicas, que sigue a la densificación urbana, se repite en todos los espacios emergentes y responde, en último término, a las dinámicas metropolitanas. Es decir, el mayor dinamismo económico (productivo, comercial y de servicios) tiende a priorizar su localización en los principales ejes viales, que a nivel de Lima norte son la Panamericana Norte y la avenida Túpac Amaru, así como ejes articuladores complementarios como las avenidas Universitaria, Belaúnde, Gerardo Unger y otras. El dinamismo se vuelve gradualmente menos intenso desde dichos ejes hacia el interior de los dis-

tritos, donde las actividades muestran una gran dispersión en la medida en que las áreas son más residenciales, acentuándose, al mismo tiempo, el predominio de los negocios tipo bodegas o minimercados según la zona, excepto, por ejemplo, en aquellos lugares donde se ha instalado un supermercado o que son próximos a este.

El problema con dicho patrón de localización y concentración consiste en no generar centralidades ni lugares centrales; responde más bien a *economías de urbanización* de alcance metropolitano, fuertemente asociadas con la existencia de un determinado bien público (en nuestro caso, grandes vías, carreteras o ejes viales de alcance interdistrital). Una centralidad o *lugar central* en el sentido de la economía espacial presenta las siguientes características (Polèse, 1998):

Las relaciones de intercambio entre actividades y agentes económicos son intensas.

- Las actividades económicas se aglomeran o reagrupan geográficamente, generando externalidades; es decir, efectos externos para la producción, el comercio o los servicios de terceros.
- Si las externalidades son positivas suelen traducirse en *ganancias de productividad*, en términos de menores costos por unidad de producto, lo que a su vez presupone ausencia de barreras a la libre entrada de los competidores.
- La aglomeración va de la mano con la especialización cuando se trata de la yuxtaposición de empresas de la misma rama o sector de actividad. Este conjunto geográfico suele designarse como un *complejo industrial*, “donde a menudo los productos de una firma son insumos para otra” (Polèse, 1998: 96).
- La situación anterior implica indivisibilidades (los costos fijos del complejo industrial son compartidos), ventajas comparativas atribuibles a la localización y, por ende, economías de escala.

Ninguna de estas características se presenta de manera clara en distritos individualmente considerados. A nivel de Lima norte, la única centralidad que se ha desarrollado con algunas de las características seña-

ladas se encuentra localizada en la zona industrial de Infantas, alrededor de la actividad metalmeccánica (Gutiérrez y Van Hulsen, 2004).¹⁰

Regionalización del espacio

El rápido proceso de expansión y desarrollo de las actividades económicas relacionadas con la producción, el comercio y los servicios, ha ocurrido de manera desigual, desordenada y heterogénea, tanto en este espacio como en el resto de la urbe. En su interior, podemos denotar dos subespacios claramente diferenciados. De un lado, San Martín de Porres, Independencia, Los Olivos y Comas conforman el subespacio urbano-industrial más consolidado del área, donde además tiene lugar un activo circuito de transacciones e intercambios comerciales, financieros y de servicios. De otro lado, Carabaylo, Puente Piedra y Santa Rosa constituyen el área periurbana donde se encuentra la frontera de expansión al norte de la ciudad, con respecto al centro metropolitano.

En el espacio urbano-industrial, a su vez, se observan conglomerados diferenciados por las ventajas relativas desarrolladas en términos de especialización del trabajo. Se aprecia allí la aglomeración de micro y pequeñas empresas (MYPES) en Infantas (zona además en disputa entre Los Olivos y San Martín de Porres), comercio diversificado en la avenida Túpac Amaru (Independencia) y en la avenida Belaúnde (Comas), así como en la zona de Caquetá. Las actividades productivas que más se han desarrollado son la fabricación de muebles para vivienda, las confecciones, la actividad metalmeccánica y la producción de calzado. También han adquirido creciente importancia determinados servicios como la recreación y los servicios informáticos.

10 Una "centralidad", aunque con características algo diferentes en el sur de Lima, es la que representa el Parque Industrial de Villa El Salvador, donde confluyen microempresarios de este distrito y de distritos vecinos (Villa María del Triunfo, San Juan de Miraflores). Otro ejemplo de "centralidad" es el emporio comercial de Gamarra en La Victoria, estudiado por Chion, 2002.

Dinamismo interno

Uno podría estar tentado a preguntarse: ¿cuánto dinero mueve el cono norte? Con base en información de APOYO, aunque referida al 2002, hemos realizado una estimación del tamaño del mercado tomando el indicador “gasto en alimentos”. En función del número de familias y del ingreso familiar, en este espacio social se gasta alrededor de S/. 1.700 millones al año en alimentos. Esta magnitud puede compararse con otras zonas de Lima (cuadro 1).

Cuadro 1. Gasto en alimentos por zonas de Lima, 2002					
Zona de Lima	Ingreso familiar		Gasto en alimentos		
	promedio mensual		por familia	millones S/.	
	\$	S/.	(S/.)	mes	año
Norte	214	706	353	142,4	1.709
Este	267	881	441	148,6	1.783
Centro	383	1.264	632	133,6	1.603
Suroeste	1.204	3.973	1.987	309,0	3.709
Sureste	1.238	4.085	2.043	219,0	2.628
Sur	234	772	386	109,3	1.311
Tipo de cambio utilizado: \$ 1 = S/. 3,30					
Fuente: APOYO, 2002: 44. Elaboración: los autores.					

Una encuesta del año 2003 a 1.100 personas distribuidas en cinco zonas geográficas (Arellano y Burgos, 2004: 176–189) encontró que en Lima norte el 83,6% de la población acude a supermercados; 76% de ese porcentaje realiza sus compras en el Metro Norte; y del 82,3% que acude a los centros comerciales de la ciudad, cerca del 70% va con más frecuencia al Mega Plaza. Desde la entrada en funciones de este gran centro comercial, que funciona también como un centro modernizador y de esparcimiento, Lima norte ha liderado lo que Arellano y Burgos (2004: 220) llaman la *revolución comercial* que se ha manifestado en los ex conos de Lima. El espacio interdistrital de Lima norte alberga además a Los Olivos, que se ha con-

vertido en el distrito paradigmático de los *nuevos sectores medios* de Lima (Pedraglio, 2003).

Una década completa –la de los noventa– de liberalización de los mercados y severos ajustes de la economía peruana impactó sobre las economías emergentes de Lima, favoreciendo el crecimiento y la diversificación de la actividad comercial, esto último formó parte del fenómeno más general de la *tercerización* de la economía, incluyendo el empleo (Joseph, 1999: 44). De 1987 a 1997, el número total de establecimientos en Lima norte aumentó en 27%; gran parte de ese aumento debió corresponder a comercio y servicios si se tiene en cuenta que en 1993 representaba el 89% de las actividades económicas (Montoya, 2003: 39 y 41).

En Lima norte, el tipo de negocio predominante es la bodega, representando al 28% de los establecimientos (APOYO, 2002: 24), hecho que se inscribe en un patrón mayor donde la bodega resulta ser todavía el negocio más extendido en Lima y todo el país (Ortiz, 2007). Le siguen en importancia –aunque a considerable distancia– restaurantes, peluquerías, talleres de mecánica y farmacias/boticas. Los negocios vinculados con comidas suman alrededor de 3 mil establecimientos, siendo poco menos del 5%.¹¹

El diagnóstico de Montoya (2003) proporciona los resultados de una encuesta a 400 establecimientos de Lima norte, realizada en marzo y abril de ese año, la que muestra que los mercados mayoristas abastecen al 33% de las unidades productivas, al 35% de los establecimientos comerciales y al 25% de los servicios.¹² Es interesante destacar que cada sector de actividad mantiene estrechas relaciones con proveedores locales de la misma Lima norte (cuadro 2), aunque los vínculos con proveedores externos al área –vale decir, provenientes de la metrópolis– siguen siendo importantes. Asimismo, nótese en el cuadro 2 que la procedencia de la demanda para cada sector es principalmente local.

11 Incluye en orden de importancia: restaurantes, pollerías, cevicherías, fuentes de soda /cafeterías, chifas, verdulerías y fruterías, jugueterías.

12 La encuesta fue aplicada a 106 establecimientos industriales, 144 comercios y 150 establecimientos de servicios.

Cuadro 2. Lima norte. Procedencia de principales proveedores y compradores por sector de actividad (%)				
Sector	Lima metropolitana		Lima norte	
	proveedores	compradores	proveedores	compradores
Industria	41	23	47	52
Comercio	50	22	46	34
Servicios	44	11	52	45

Fuente: Montoya, 2003: 135-139.

Influencia de la globalización a través de grandes cadenas comerciales y supermercados

El crecimiento y desarrollo que han experimentado las actividades económicas, comerciales y los servicios en Lima norte responden no solamente a sus dinámicas internas. También influyen las determinaciones metropolitanas y aun las que provienen del contexto más amplio. Destacan las fuerzas que promueven la globalización de las grandes ciudades, así como las tendencias a la redistribución/relocalización del capital privado comercial e inmobiliario hacia espacios emergentes. Como sostienen Borja y Castells (1999), las ciudades se globalizan a través de tres poderosas fuerzas centrífugas: urbanización generalizada, globalización de la economía y comunicaciones y la revolución tecnológica informacional. Estas fuerzas obligan a replantear el papel de las ciudades como “forma territorial de organización social” (Borja y Castells, 1999: 11).

En espacios populares como Lima norte, la globalización ha penetrado a través de la inversión de las grandes cadenas de supermercados, que buscan captar la mayor parte de los estratos de ingreso C y D. En términos de la distribución de APOYO, seis distritos que conforman Lima norte reúnen el 80% de la población perteneciente a dichos estratos (APOYO, 2002: 34). La cadena Metro cuenta con dos establecimientos desde 1997 y Santa Isabel, con uno desde 1998.

La presencia de las grandes cadenas comerciales obedece a estrategias empresariales de ocupación de nuevos mercados que emergen en

la gran ciudad, expandiéndose en virtud del crecimiento demográfico, la densificación urbana y el surgimiento de emporios mercantiles locales. Se ha estimado que las tres economías emergentes de Lima generen un movimiento comercial por valor de \$ 4.700 millones al año, representando el 41% del mercado metropolitano. Sin embargo, la instalación y operación de las grandes cadenas de supermercados, almacenes y establecimientos comerciales, en espacios como Lima norte, responde a estrategias de segmentación del consumo masivo que, a su vez, obedece a procesos mayores de segregación en la ciudad (Joseph y otros, 2005: 373). Si bien las consecuencias de este fenómeno aún no han sido del todo estudiadas y evaluadas, se trata de una tendencia a volverse dominante que modifica progresivamente el paisaje urbano, con todas las connotaciones socioeconómicas que conlleva, entre ellas, socavando y debilitando el pequeño comercio local.

La competitividad de Lima norte

La competitividad de Lima norte descansa en cuatro actividades productivas y dos de servicios (Montoya, 2003: 87-91). En el primer grupo figuran la fabricación de muebles, confecciones, metalmecánica y calzado; en el segundo se destacan las actividades de recreación y los servicios vinculados con la informática (CODECON, 2006: 173-188).

Con relación al grupo de las actividades productivas mencionadas, se reconoce que en Lima norte son las de mayor grado de especialización, sea por el número de pequeños productores dedicados a ellas como por las habilidades y pericias adquiridas. Asimismo, la demanda es favorable, sea que provenga del mismo mercado de Lima norte o a escala metropolitana, en ambos casos, está acompañada por exigencias de calidad.

Sin embargo, a pesar de la existencia de aglomeraciones económico-productivas y de otras fortalezas locales o factores que operan al interior de este espacio —como la presencia de instituciones públicas y privadas de desarrollo, universidades e institutos tecnológicos, provee-

dores, comerciantes, entre otros—, hay una notoria debilidad en la generación de cadenas de valor (Montoya, 2003: 144). En el contexto de cambios importantes en la ciudad, que desde los años noventa experimenta el “crecimiento de múltiples centros especializados dentro de una estructura cada vez más descentralizada” (Chion, 2002), tenemos que, por ejemplo, en espacios metropolitanos como Gamarra, interactúan pequeñas, medianas y grandes empresas, proveedores, subcontratistas, servicios a la producción y gestión empresarial, y clientes finales, dando lugar a la confluencia de redes locales e internacionales, en un ambiente de permanente innovación en la organización de actividades y del espacio, con flujos continuos y circuitos de intercambio de información, que le han valido el calificativo de *centro industrial emergente*.

El modelo de gestión municipalista

Muchos de los problemas vinculados con la gestión de la ciudad se deben a la débil institucionalidad existente en términos de capacidades y recursos, así como de intereses creados. Esta tesis surge al verificar la inexistencia de una relación mínimamente coherente entre el potencial territorial —bastante diverso— y la respuesta orgánica de autoridades municipales y actores sociales locales. Una manifestación concreta de la debilidad institucionalidad consiste en la pasividad frente a la imposición de ordenanzas metropolitanas que permiten un crecimiento urbano indiscriminado a favor de intereses inmobiliarios.

Cualquier otra acción que pongamos de ejemplo ilustrativo corresponde no solamente a una gestión edil en particular. Asimismo, es consecuencia de —y está adscrito a— un modelo de gestión de las municipalidades del país. Este modelo de gestión, tradicionalmente municipalista, está en la base del problema de la gestión del territorio y la débil participación organizada de la población, y lo caracterizamos sucintamente junto con algunas breves recomendaciones:

Prácticas políticas

Los gobiernos ediles tradicionales se basan en el caudillismo y en una concepción errada de la democracia en la que se asume que el voto popular es suficiente garantía de legitimidad del gobierno local. Los cambios ocurridos en el país desde la implantación del proceso de descentralización, incorporación de planes de desarrollo concertado y presupuestos participativos, inducen a que la práctica de la política en las localidades sea más participativa y dinámica, obligándose las autoridades a ser más transparentes si desean legitimar sus gestiones ante la población.

Administración de servicios

Las municipalidades han tenido un rol tradicional como prestadoras de servicios públicos, haciendo que su cultura organizacional se haya especializado en ello. Sin embargo, la globalización y la *glocalización* (conjunción de lo global con lo local) obligan a que las municipalidades cambien dicho rol por otro de promoción del desarrollo. Es necesario que la corporación municipal vea con perspectivas más amplias la gestión del desarrollo local o distrital.

Inadecuado manejo de recursos presupuestarios

La insuficiente disponibilidad de recursos financieros en las municipalidades se ha convertido en un “caballito de batalla” de alcaldes para justificar las limitadas inversiones. Las pocas inversiones que son ejecutadas, muchas veces sin criterios técnicos ni sociales, priorizan inversiones de infraestructura (obras); por otra parte, se priorizan también algunos territorios frente a otros siguiendo criterios políticos y/o por presión social. Esta situación hace que las inversiones, provenientes de la escasa recaudación o de las transferencias del Gobierno central, no tengan impacto o incidencia suficientes para permitir el desarrollo.

Ineficiencia en la gestión

Las gestiones municipales tradicionales son ineficientes en la medida en que se presume, erróneamente, que el principio de autoridad es suficiente para dictar normas y procedimientos administrativos. Esto se traduce en gestiones burocráticas, procedimientos engorrosos y falta de criterios prácticos para la toma de decisiones. Las municipalidades de este tipo son excesivamente legalistas, se aferran a procedimientos y normas, bloqueando toda posibilidad de aplicación creativa; por tanto, se presentan “cuellos de botella” y barreras burocráticas, redundando en una deficiente resolución de problemas y la consiguiente agudización de conflictos.

Resistencia al cambio

Otro de los elementos constitutivos del modelo tradicional es la resistencia al cambio institucional y organizacional. Los municipios burocratizados prefieren la *ley del menor esfuerzo* en cuanto a su actividad, pues les permite mantener una posición de privilegio ante la colectividad basándose en el principio de autoridad. Por otra parte, la organización de las municipalidades es anquilosada y se sustenta en derechos adquiridos por sus empleados y trabajadores, quienes se vuelven reacios a nuevas exigencias o requerimientos basándose en elementos como la falta de estímulos económicos. Esto genera perjuicios en la población ya que los servicios que recibe son insuficientes, las barreras burocráticas se elevan y la Municipalidad no logra modernizar su estructura.

Ausencia de planificación

Los municipios tradicionales no se guían por resultados o metas sino por la realización de actividades y obras. Aun cuando muchas municipalidades cuenten con los respectivos planes de desarrollo, la gestión

se realiza efectivamente –para todo fin práctico– con base en otra lógica de tiempo (el tiempo político del alcalde de turno, el tiempo legal que dura la gestión municipal). Muchas municipalidades carecen de instrumentos de gestión que permitan realizar su labor de manera eficaz y eficiente; en cambio, cuando disponen de tales instrumentos no los aplican de forma consistente excepto para guardar las formas y cumplir con la normatividad.

Insuficiente relacionamiento con la población

Otro de los signos de una municipalidad tradicional es la forma de relacionarse con la población de su jurisdicción. Es un relacionamiento de tipo clientelar que reproduce los viejos estilos de la política peruana, donde el caudillismo y la insuficiente normatividad han generado un modelo de prebendas con base en la relación dador-receptor, teniendo a la Municipalidad y al alcalde como dadores de prebendas, favores y obras; mientras que la población asume pasivamente el papel del receptor. Cuando la relación no funciona o se debilita (por ejemplo, mediante el incumplimiento de promesas electorales), o cuando la gente ve frustradas sus expectativas, la posibilidad del reclamo y la protesta son cuestiones de tiempo. Evidentemente se genera tensión de fuerzas, pero incluso este tipo de conflictos –latentes o abiertos– forma parte de la cultura organizacional en la medida en que se asume como algo normal del juego democrático, aunque muchas veces se manifieste como un diálogo de sordos.

Centralización de las decisiones

Todos los elementos anteriores conllevan un alto grado de concentración de poder y toma de decisiones. Hay municipalidades –y no son pocas– donde muchas decisiones administrativas que deberían resolverse en otros niveles jerárquicos, son puestas a consideración del alcal-

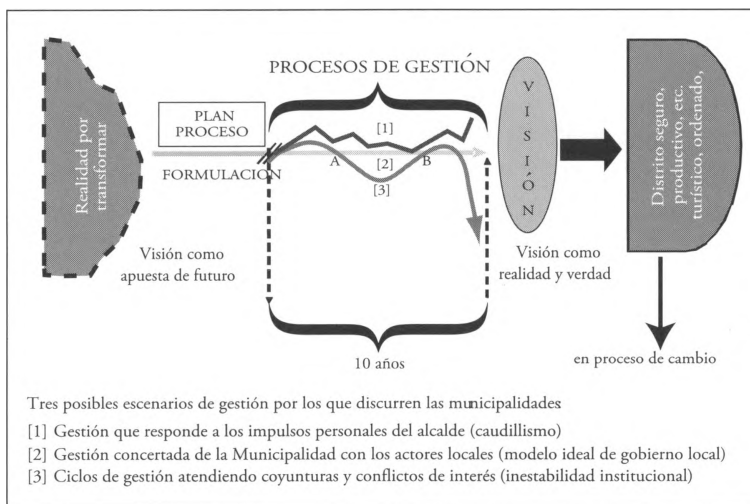
de o del gerente municipal por delegación de aquel. Esto absorbe tiempo y atención en perjuicio de los asuntos estratégicamente más importantes, concernientes al desarrollo de la localidad que se trate. Cuando la agenda de un alcalde está dominada por cuestiones administrativas y el desarrollo local ocupa una posición subsidiaria, aunado esto a la concentración de decisiones, las consecuencias no tardarán en hacerse presentes: ausencia de transparencia en la gestión, decisiones inadecuadas, prioridad a lo político —mejor dicho, al capricho antes que a la razón—, resultando inevitable la falta de sintonía (en muchos casos, por incomunicación) y relativo aislamiento de las autoridades con respecto a la población. Si las decisiones se desconcentraran teniendo un adecuado marco de planificación que las sustente, es factible asumir nuevas tareas así como cambiar e innovar los roles.

El modelo tradicional de gestión municipal tiene como correlato la falta de atención en cuanto al manejo del territorio se refiere. Aun contando con planes de desarrollo concertados y el presupuesto participativo, la gestión prioriza la problemática interna de la municipalidad, descuidando el entorno. El mismo modelo impide la apertura de la institución municipal para que ésta pueda abordar un nivel de coordinación multisectorial en el territorio; por otra parte, la sectorialización de las instituciones y agencias del Estado se cierran sobre sí mismas, basadas en sus mandatos sectoriales y/o ministeriales. Esto configura un panorama de múltiples yuxtaposiciones de intervenciones y proyectos que fragmentan más la gestión del territorio.

El siguiente gráfico muestra cómo discurre la gestión del desarrollo local/distrital cuando se disponen de planes concertados, mediante tres escenarios hipotéticos: el escenario 1 está representado por una línea quebrada; el escenario 2, por una línea horizontal; y el escenario 3, por una curva cíclica. Cuando el proceso participativo no se agota en la formulación del plan sino que continúa organizadamente durante la gestión del mismo (en su ejecución), mediante adecuados mecanismos institucionales y suponiendo dadas las demás condiciones (ver gráficos del entorno), se genera un proceso de gestión que se caracteriza por su continuidad, de ahí la forma lineal del escenario 2. Este es un escenario rela-

tivamente más estable en términos político-institucionales y será, al mismo tiempo, más viable para alcanzar la visión en comparación con los otros posibles escenarios (1 y 3) que son inestables.

Figura 2. Escenarios hipotéticos de gestión



Fuente: Romero, 2005.

En el escenario 1, la gestión responde al liderazgo personal del alcalde, es decir, según el humor, interés, impulsos, cálculo político, iniciativas y hasta de un comportamiento intermitente proveniente de la voluntad de una autoridad. Si bien estos atributos pueden ser importantes, no garantizan necesariamente que mediante este estilo de gestión se alcance la visión. El escenario 3 es el más inestable y refleja más bien un comportamiento institucional de la gestión. Además, tanto los escenarios 1 como 3 tienen en común la ausencia de instancias de participación institucionalizadas o, aún teniéndolas, son inoperantes (existen solamente para cumplir con la formalidad).

En la realidad se da un proceso que combina los tres escenarios. Al comienzo, debido quizás a la novedad, a las expectativas creadas en la

población y al interés por captar recursos para los proyectos, la municipalidad pone su empeño en trabajar con el plan; lo cual está graficado por el tramo ascendente de las curvas 1 y 3, donde el alcalde, individualmente o junto con algún otro funcionario (el gerente municipal) o regidor, asume cierto liderazgo. Sin embargo, después de no mucho tiempo, este impulso inicial pierde fuerza por diversos motivos (escasez de financiamiento, restricciones presupuestales, débil capacidad institucional para formular y gerenciar proyectos, discrepancias entre el alcalde y su consejo de regidores, inercia institucional, entre otras) y se diluye. En el camino, el declive se encuentra con la formulación del presupuesto participativo para el próximo año, coincidiendo con el punto A de la curva del escenario 2, pero el problema de la ausencia de participación organizada subsiste junto con la ausencia o debilidad de instrumentos de control, fiscalización y seguimiento del plan. La municipalidad y el alcalde terminan siendo absorbidos por su propia racionalidad institucional y, llegado este momento, no hay nada que garantice que la gestión sea orientada por el plan, menos por la visión de desarrollo.

Suponiendo el ingreso a una coyuntura electoral, el plan podría ser retomado pero solamente para hacer campaña a favor de la gestión municipal vigente y favorecer la imagen del alcalde, más aún si éste tiene en mente la reelección. El tramo final de la curva 1, a partir del punto B donde coincide con los otros escenarios, podría servir para ilustrar esta situación.

La curva del escenario 3 también puede reflejar el comportamiento cíclico de la población. Por ejemplo, la parte descendente de la misma en forma de “u” (entre A y B) indica un desinterés de la población por el plan, que acompaña también a la pérdida de interés del alcalde o de quien haya ejercido el liderazgo del plan desde la municipalidad. Este desinterés podría ser explicado, con relación a la línea del escenario 2, por la falta de mecanismos de gestión participativos. Sin embargo, después de no mucho tiempo, la población empieza a demandar de la municipalidad la ejecución de acciones que les resuelva determinadas necesidades, aun si estas no han sido contempladas en el plan. Situación que está representada por la parte de la curva en forma de “u” invertida.

Integración subordinada o espacio de autodeterminación

Dilucidar los posibles desemboques de los procesos presentados, en los términos del dilema entre subordinación y autodeterminación, es una tarea que sobrepasa los límites de este trabajo, más todavía cuando aquellos ocurren en un escenario de incertidumbre y cambios repentinos. Solamente esbozaremos algunas situaciones y tendencias, planteando también más preguntas, sobre el dilema propuesto:

- En lo que respecta a la dialéctica centralidad-policentralidad urbana, la partida está ganada: *Lima es una megaurbe policéntrica y el centro se ha recompuesto*. Al decir centro, aludimos a dos dimensiones: el lugar y el componente clave del sistema.
 - Respecto al lugar, el centro triangular dejó de ser tal. El eje del antiguo cordón industrial que penetraba en la provincia del Callao, se ha debilitado notoriamente por los cambios en la base económica metropolitana. En el eje donde se asienta la sede del poder político –Gobierno nacional y Municipalidad metropolitana– el centro histórico ha dejado de ser *el centro* con relación a las nuevas centralidades en la ciudad, como el eje San Isidro–Miraflores, que concentra el 45% de las agencias bancarias. La constelación de bancos y comercio de productos de marca en este vértice se ha consolidado donde se encuentran, además, los distritos con mayor desarrollo urbanístico. En San Isidro, más de 100 organizaciones públicas y privadas internacionales tienen sus representaciones. Dinámicas y lógicas diferenciadas comienzan a fragmentar el centro triangular.
 - En lo relacionado con el carácter y componentes clave de las nuevas centralidades, concluimos que lo político, lo económico, lo cultural o lo urbano –cada uno por su lado– carecen de la capacidad de generar una función de centralidad que garantice una actuación donde la autonomía y el desarrollo autocentrado sean sus rasgos predominantes. Las centralidades emergentes están prefiguradas en los emprendimientos económicos

locales que han logrado catalizar un territorio diferenciado y que empieza a tornarse en comunidad imaginada.

- El polo bancario-financiero representado por San Isidro-Miraflores se ha fortalecido por estar globalizado, exacerbando su apariencia y actuación. Un par de corolarios lo demuestran: i) sus sedes y funcionamiento han modernizado la arquitectura y la dinámica de la ciudad; ii) el sistema bancario, vía depósitos y colocaciones, succiona y traslada dinero de los conos hacia fuera de ellos (Romero, 2007: 92-97), reproduciendo la lógica de acumulación del capital y articulando depredadoramente lo local a lo global.
- Del lado de la policentralidad está en discusión el carácter de las centralidades emergentes y sus relaciones con el centro hegemónico en pleno proceso de transformación. Los caracteres que adquieren las centralidades emergentes tienen que ver con la configuración de los antiguos conos (o las nuevas Limas) en el norte, este y sur de Lima. Estos resultaron de la aglomeración de distritos aledaños, compartiendo condiciones relativamente comunes.
- Lo que no pudo la política institucional sí lograron la economía local y la economía global; es decir, la desconcentración de hecho producida por un lado por el movimiento del gran capital (comercial y financiero), y por otro, por los pequeños capitales locales en y desde los conos de Lima. Se ha perfilado, entonces, una nueva territorialidad urbana y se ha producido el cambio en el tejido socio-económico, debilitando en consecuencia la centralidad del centro triangular y apuntalando más bien *la policentralidad como el proceso más relevante*. La realidad subyacente es la de una compleja centralidad en términos sistémicos, cuyos retos a futuro para la gestión son palpables y reconocibles desde la realidad que empezó a despuntar hace una década por lo menos. ¿Cuál es el tratamiento que se debe dar a la nueva (re)centralidad? ¿Cómo plasmar y compatibilizar la desconcentración de hecho con otro modelo de gestión urbana, entendiendo esta última en el sentido más amplio? ¿Qué tiene que hacer la política urbana para rescatar a la ciudad del caos y la anarquía en que se halla sumida, más allá de los arre-

glos ornamentales y el reordenamiento del espacio propiamente dicho?¹³

- Con respecto al nuevo patrón de dinamismo urbano: son las dinámicas del capital las que han pasado a liderar el desarrollo y expansión de la ciudad en la forma de inversiones comerciales, en infraestructura urbana y servicios, privatizaciones y concesiones, nuevas localizaciones productivas y cadenas de establecimientos.
- Lo anterior está generando un contradictorio proceso ya que, de un lado, el capital con elevada inversión acopla su propio desarrollo a la dinámica internacional. De otro lado, en los espacios emergentes ha tomado forma un escenario donde coexisten el capital en expansión (léase, gran empresa privada) y una heterogeneidad de pequeñas unidades productivas, comerciales y de servicios específicamente locales que responden, sin embargo, a otro patrón de expansión, de distinta naturaleza al anterior, ya que sus determinaciones estructurales se originan al interior del propio Estado-nación (procesos migratorios, estancamiento del agro en los Andes, desempleo estructural, desindustrialización, informalización y tercerización de la economía, entre los más destacados en los estudios sobre el desarrollo económico en el Perú). Dada la ausencia de articulación vertical y encadenamientos territoriales, que fueron concertados en el marco de procesos de desarrollo planificados, esta coexistencia no deja de ser potencialmente conflictiva ya que ha producido el desplazamiento de pequeñas unidades debido a la competencia comercial (bodegas que han perdido clientes en el mismo barrio), pero también ha generado la absorción subordinada de talleres productivos locales a la producción de escala de las grandes empresas (por ejemplo, el caso de talleres de mujeres confeccionistas en Lima este, con relación a la empresa Topy Top).
- Las tendencias operan en una doble dirección: i) desde lo externo hacia lo interno –o desde Lima hacia los ex conos–. El capital

13 Podemos asegurar que la siguiente situación no ha cambiado pese a los grandes proyectos y obras del alcalde Castañeda: “Actualmente tenemos 42 distritos aislados y un consejo metropolitano que no convoca, que no articula” (Ortiz de Zevallos, 2006a: 2).

industrial, comercial y financiero ocupa y saca provecho de los mercados locales en los distritos populares, donde existe capacidad de consumo y demanda efectiva así como fuerza de trabajo de bajo costo, para lo cual cuenta con poder económico y con apoyo del Estado (legislación favorable a la inversión, incentivos, exoneraciones), y el favor de las municipalidades por su contribución a los ingresos tributarios de estas últimas. ii) Desde lo interno hacia lo externo, las MYPES y PYMES (pequeñas y medianas empresas) quieren competir y muchas lo hacen informalmente; también buscan mejorar sus condiciones de productividad, incluso con miras a la exportación, pero carecen de alianzas efectivas así como de todo tipo de apoyo (crédito, asistencia técnica, capacidad gerencial); el apoyo que reciben de sus respectivas municipalidades es todavía muy aislado, débil o insuficiente, entre otras razones por los recursos bastante limitados y porque, además, el desarrollo local se gestiona con otra lógica, tal como hemos visto.

Bibliografía

- APOYO (2002). *Perfiles zonales de Lima metropolitana 2002*. Lima: APOYO, Opinión y Mercado S. A.
- Arellano, Rolando y David Burgos (2004). *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, los Quispe...* Lima: EPENSA.
- Arroyo, Roberto y Antonio Romero (2005). "Lima metropolitana: del monocentrismo a la policentralidad". *Ponencia presentada al VII seminario de la RedMuni, organizado por la Universidad Nacional de General Sarmiento*. Buenos Aires, 15 y 16 de septiembre.
- Arroyo, Roberto y Antonio Romero (2008a). "¿Quo vadis Lima metropolitana? Entre policentralidad y globalización". *Socialismo y Participación*, 104: 39-58.
- Arroyo, Roberto y Antonio Romero (2008b). "Lima metropolitana y la globalización: plataforma de integración subordinada o espacio de autodeterminación en América Latina", en: Marco Córdova

- Montúfar (coord.). *Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina*. Quito: FLACSO, sede Ecuador / Ministerio de Cultura del Ecuador: 99-118.
- Borja, Jordi y Manuel Castells (1999). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.
- Borsdorf, Axel (2003). "Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana". *EURE*, XXIX, 86: 37-49. Documento electrónico:
www.scielo.cl/scielo.php?script=sciarttext&pid=S025071612003008600002&lng=es&nrm=iso>ISSN020-7161
- Built Environment (2006). *Reflections on the Polycentric Metropolis*, XXXII, 2. Documento electrónico:
www.atypon-link.com/ALEX/toc/benv/32/2
- Castells, Manuel (2004) [1996]. *La era de la información: economía, sociedad y cultura I. La sociedad red*. México: Siglo XXI.
- Cerrón-Palomino, Rodolfo (2002). *Diccionario Quechua Junín-Huanca*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Consejo de Desarrollo Económico del Cono Norte (CODECON) (2006). *Construyendo el futuro del Perú desde Lima norte. Plan de desarrollo económico de Lima norte 2006-2015*. Lima: Alternativa-Consejo Interdistrital de Lima norte, versión multimedia.
- Chion, Miriam (2002). "Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX". *EURE*, XXVIII, 85, diciembre. Documento electrónico:
www.scielo.cl/scielo.php?pid=0250-7161&script=sciserial
- Coello de la Rosa, Alexandre (2006). *Espacios de exclusión, espacios de poder: El Cercado de Lima colonial (1568-1606)*. Lima: IEP-PUCP.
- Gonzales de Olarte, Efraín (1992). *La economía regional de Lima. Crecimiento y urbanización y clases populares*. Lima: IEP / Consorcio de Investigación Económica.
- Gonzales de Olarte, Efraín (2000). *Neocentralismo y neoliberalismo en el Perú*. Lima: IEP.
- Gutiérrez, Helbert y Sandra Van Hulsen (2004). "Investigación del cluster de pequeñas empresas de metalmecánica de Infantas, Los Oli-

- vos-Lima. Sus características y potencial de desarrollo”. *Lecturas de la economía del norte de la ciudad*, 1. Lima: Alternativa.
- Joseph, Jaime (1999). *Lima megaciudad. Democracia, desarrollo y descentralización*. Lima: Alternativa-UNRISD.
- Joseph, Jaime y otros (2005). “Lima, “Jardín de los senderos que se bifurcan”: segregación e integración”, en: Alejandro Portes, Bryan Roberts y Alejandro Grimson (eds.). *Ciudades latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Ludeña, Willey (2002). “Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal”. *EURE*, XXVIII, 83: 45-65.
- Mairata, Sandro (2005). “Tensiones al límite”. *Domingo*, suplemento de *La República*. Lima, 26 de junio: 12-14.
- Montoya, Luis (2003). *Mirando el futuro desde el cono norte. Diagnóstico económico del cono norte de Lima*. Lima: COPEME / Alternativa / Mujer y Sociedad.
- Ortiz, Verónica (2007). “Bodegas mantienen su reinado”. *La República*. Lima, 25 de marzo: 14.
- Ortiz de Zevallos, Augusto (2006). “Lima está cortada en pedacitos que no son gestionables” (entrevista de Patricia Del Río Labarthe). *El Comercio*. Lima, 1 de octubre.
- Pedraglio, Santiago (2003). “Los Olivos, clase a medias”, en: Julio Gamero y Molvina Zeballos (eds.). *Perú Hoy. La clase media ¿existe?* Lima: Desco: 47-103.
- Polèse, Mario (1998). *Economía urbana y regional. Introducción a la relación entre territorio y desarrollo*. Cartago, Costa Rica: EULAC / GTZ.
- Quijano, Aníbal (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en: Edgardo Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO / UNESCO: 201-244. Documento electrónico: www.clacso.org/clacso/espanol/html/libros/lander/10.pdf
- Romero, Antonio (2004). “La economía urbana de Lima metropolitana: los procesos y retos del desarrollo”. *Socialismo y Participación*, 97: 57-85.

- Romero, Antonio (2005). “El desarrollo económico en la región Junín: un modelo para armar”. *Informe final del estudio: “Evaluación y análisis de los procesos de desarrollo económico relacionados a la planificación, presupuesto e inversiones en el marco de una gestión del desarrollo en Junín, 2002-2004”*. Lima: Consultoría para el Proyecto Consorcio Junín y Grupo Propuesta Ciudadana, mayo.
- Romero, Antonio (2007). “El desarrollo económico local en el sur de Lima metropolitana”. *Socialismo y Participación*, 102: 76-100.
- Rostworowski, María (2005). “Lima antes de Lima” (entrevista de Jorge Paredes). *El Dominical*, suplemento de *El Comercio*. Lima, 16 de enero.
- Sassen, Saskia (1999) [1991]. *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Schuldt, Jürgen (2005). *Bonanza macroeconómica y malestar microeconómico. Apuntes para el estudio del caso peruano, 1988-2004*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- Titingher López, Daniel (2002). “Tres distritos se disputan zona industrial del cono norte limeño”. *El Comercio*. Lima, 9 de junio.
- Varios autores (2008). “Diez años de cambios en el mundo, en la Geografía y en las Ciencias Sociales, 1999-2008”. *Actas del X coloquio internacional de neocrítica*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 26 al 30 de mayo. Documento electrónico:
www.ub.es/geocrit/-xcol/418.htm

La transformación de estructura y significado del centro de Lima. Tres aproximaciones*

Kathrin Golda-Pongratz**

Primera aproximación.

Estructura urbana y territorio: orígenes indígenas de
Lima y el rol de sus huellas en la ciudad actual¹

*El cuño del territorio constituye el acto
fundamental que determina el estilo de una época.
En su acabado debemos poner todos nuestros esfuerzos:
nuestras investigaciones, nuestras exploraciones
científicas, los análisis, los inventos lingüísticos.
A través de este acto empezamos a convertir
el territorio en una obra de arte consciente.*
Smithson y Smithson, 2001

* Las aproximaciones tienen base en la tesis doctoral *Struktur- und Bedeutungswandel des Zentrums von Lima. Städtebauliche Ideen und Raumentwicklung im Expansionsprozess 1940-2002*. [Transformación de estructura y significado del centro de Lima. Ideas urbanísticas y desarrollo espacial en el proceso de expansión 1940-2002], aceptada en la Facultad de Arquitectura de la Universität Karlsruhe, Alemania, en mayo de 2006. El texto es una versión revisada y actualizada del texto publicado en la revista peruana *Urb[es]*, editada por Wiley Ludeña Urquiza: *Urb[es]* 3, 2006: 111-134.

** Es arquitecta por la Technische Universität München y doctora en arquitectura por la Universität Karlsruhe. Actualmente es profesora en residencia de la Clemson University, Estados Unidos en el Barcelona Architecture Program de la Universitat Politècnica de Catalunya en Barcelona, España. Es docente del curso de maestría Metròpolis (www.metropolis-bcn.org) en Barcelona y del curso de maestría Urban Agglomerations (www.urban-agglomerations.eu) en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Frankfurt am Main, Alemania. Correo electrónico: kathrin@pongratz.org

1 La primera aproximación se sustenta en los capítulos 1.1 y 11.2.2 de la tesis doctoral de la autora.

Según Alison y Peter Smithson, el cuño del territorio es un hecho fundamental que constituye y determina el estilo de una época. Las sucesivas capas de huellas en el territorio dibujan el carácter objetivo de un lugar, de una ciudad. La interpretación de este dibujo hace que ciertas huellas se transformen en realidad, mientras que otras, invisibles, desaparecen de la conciencia colectiva. Ciertas descripciones y fuentes históricas se imponen, citadas en los libros de historia, en descripciones urbanas y guías de viaje; y así la historia se independiza y la determinación del territorio real y físicamente perceptible se reemplaza por una concepción idealizada.

La búsqueda de las huellas prehispánicas, desaparecidas de la conciencia colectiva, sirve para explicar ciertas rupturas en el tejido urbano. En la historiografía peruana, se hace poca referencia a la preexistencia de un asentamiento humano donde los españoles fundaron la ciudad de Lima. De hecho, las huellas encontradas parecen muy relevantes para futuras intervenciones en el centro histórico. En la actualidad, deberían ser una referencia a la hora de interpretar determinadas brechas dentro del tejido urbano y deberían ser respetadas en el momento de adoptar medidas de renovación y de asentamiento de nuevos enfoques.

La estructura del asentamiento prehispánico Taulichusco ha sido escasamente descrita y analizada, aunque determinó significativamente la fundación de la ciudad colonial por Francisco Pizarro en 1535. La descripción de aquel asentamiento —que se cita mayormente en los textos urbanísticos y de historia urbana— es la de Bernardo Cobo en 1882, según la cual Lima se fundó en el “asiento del cacique del Rímac”, el centro de un complejo de templos del emperador Taulichusco, “Señor prencipal deste valle de Lima” (sic) (Günther y Lohmann, 1992: 37). Así también, las descripciones de la estructura e idiosincrasia del asentamiento previo a la fundación de la nueva capital colonial del Virreinato de Perú son escasas. Apenas se ha investigado por qué ciertas huellas y caminos se han mantenido hasta hoy, causando ciertas asimetrías dentro del damero claro y rígido del centro histórico contemporáneo, mientras que otras, ya en el año fundacional o poco después, han sido tapadas y sobre ellas, se ha construido.

Solo pocas publicaciones de historia urbana mencionan la Lima prehispanica: “Se considera generalmente a Francisco Pizarro como el fundador de la ciudad de los Reyes, y así es en efecto. Lo que no siempre se tiene presente es que el capitán extremeño emplazó la capital de la Nueva Castilla, el futuro Virreinato del Perú, entre nutridos testimonios vivientes de una realidad anterior: la Lima indígena. [...] La fundación pizarriana se hizo, pues, *ex novo* pero no *ex nihilo*” (Pacheco, 1986: 10).

Caminos y redes de agua

El historiador y filósofo Guillermo Lohmann Villena y el arquitecto Juan Günther Doering describen la historia del asentamiento de la Comarca de Lima:² la llegada de los primeros moradores “hace aproximadamente 140 ó 180 siglos”, la época arcaica, los tiempos de las culturas Chavín y más tarde Maranga, de la cual data un sistema de riego que tuvo su bocatoma detrás del actual Palacio de Gobierno. Todavía es posible distinguir el lecho de un segundo canal, el Canal de Huatica, en el tejido de la ciudad contemporánea. Entre las bocatomas de ambos canales se manejaba el abastecimiento de agua del triángulo conformado por Callao, Lima y el puerto pesquero Chorrillos. “Este pequeño complejo, de organización colectiva, fue el origen del centro de Lima actual” (Günther y Lohmann, 1992: 23-30).

Para llegar a la bocatoma del río Huatica y a los valles vecinos, los Maranga trazaron dos caminos que hoy en día forman los jirones Junín y Ancash, partiendo desde la actual Plaza de Armas hacia el este, dejando sitio al cerro de El Agustino. Entre camino y río levantaron un estanque triangular de agua que luego fue utilizado por los conquistadores y con el tiempo se convirtió en la actual Plaza de Bolívar, al lado del Congreso.

2 El término aparece en los textos del arqueólogo Julio C. Tello y es utilizado en Agurto, 1984.

El Canal de Surco, el más largo y perfecto de su género, define hasta hoy el curso de la Vía Expresa desde el centro hacia el sur. También persisten otros caminos trazados por los Wari, como el camino paralelo al río Rímac que, partiendo de Callao, seguía por los jirones Quilca y Miro Quesada hasta llegar a Cinco Esquinas, donde se juntaba con el Jirón Junín y seguía hacia el valle del Rímac (Günther y Lohmann, 1992: 30).

“Antes de la fundación española de la ciudad de los Reyes, o Lima, el centro actual era una encrucijada de caminos y el punto de distribución del agua para toda la parte baja del valle, un triángulo conformado por Lima, Callao y el oeste de Miraflores” (Günther y Lohmann, 1992: 38). El Camino del Inca, el eje vial más importante, cruzaba el valle en línea recta de sur a norte, partiendo de Pachacamac, pasando por los arenales de villa El Salvador, siguiendo por las avenidas Tomás Marsano y Panamá hasta el cruce con Javier Prado, por la vía Expresa hasta la Plaza Grau. Ahí se pierde debajo de la cuadrícula española y vuelve a aparecer en el otro lado del río, en forma de la avenida Túpac Amaru, siguiendo la antigua carretera de Ancón hasta Pasamayo, para dirigirse a Chancay y seguir a Quito.

No está claro por qué se construyó sobre el Camino del Inca mientras se mantuvo el antiguo camino de los Wari de este a oeste. Tampoco se conoce por qué el terreno que acogió en el tiempo de los Incas, al antiguo mercado, no se lo ha considerado en la planificación.

Adaptaciones coloniales

El plano original de 117 cuadras de Francisco Pizarro se ha adaptado y modificado según las huellas preexistentes en el territorio. Los canales de agua eran surcos de una cierta profundidad que no podían ignorarse al trazar la ciudad. Servían, además, como infraestructura existente para los españoles.

Si en el momento de la llegada de los españoles vivían 200 mil personas en el territorio de las embocaduras de los ríos Rímac,

Chillón y Lurín —unas 20 mil en el territorio donde se fundó Lima—, sorprende que se conozca tan poco acerca de las formas de vida y de hábitat de la población que vivía allí antes de la fundación.

Juan Manuel Ugarte Eléspuru escribe:

Sabemos, por los primeros cronistas de la conquista, que el valle era asiento de un conglomerado de pobladores indígenas repartidos en varias circunscripciones; y nos informa la investigación posterior que estos primitivos pobladores no constituían un grupo étnico homogéneo ni originario, sino que estaban vecinos y seguramente de algún modo entremezclados, grupos procedentes de origen aymara y quechua, [...] a los que habrá que agregar otros de procedencia norteña, tal vez chimú o residuos de los más antiguos habitantes lugareños (Ugarte, 1992: 13).

La historiadora Maria Rostworowski señala que el asentamiento español causaba un desplazamiento indígena leve pero significativo hacia el oeste: “A ocupar Chuntay, sitio de temporada que poseían los indígenas cerca de lo que posteriormente fue la iglesia de San Sebastián” (Rostworowski, 1978), dado que el lugar donde entonces vivían se encontraba comprometido por el trazo del damero original de Pizarro.

Según el arqueólogo Julio C. Tello,³ no vivía población indígena en el lugar escogido por Pizarro, sino que éste era un campo de cultivo entre los dominios de dos curacas: el de Limak y el de Makat, en el camino Real del Inca. Menciona, no obstante, “una antigua aldea de Lima” que se encontraba en el Rímac, en un lugar de nombre Ocatara, que ha sido fundada según la tradición por emigrantes del valle de Lima y destruida por el primer corregidor de los Yauyos (Tello, 1936).

Raúl Porras Barrenechea apunta que en distintos lugares del tejido rígido de la ciudad colonial existen curvas, por ejemplo cerca del con-

3 Julio C. Tello (1880-1947) determinó el concepto de las “civilizaciones autóctonas andinas” como contraparte a las definiciones del alemán Max Uhle, según el cual las culturas andinas descienden de las tribus centroamericanas. Ver Politis y Alberti (eds.) 1999.

vento de Santa Catalina, donde una calle sigue un antiguo canal de agua. En lo que vino a ser la Plazuela de la Inquisición, la cuadrícula se transformó en triángulo, una forma frecuente en el tejido de la urbe, siendo una señal de un estanque de agua prehispánico (Porras, 1971: 29).

Fotografía 1. Aerofotografía del sector que rodea al convento de Santa Catalina y la calle curvada siguiendo un canal de agua prehispánico. El cuartel de Santa Catalina cortado en medio por el trazado de la avenida Nicolás de Piérola y la zona de Mesa Redonda, rodeada de vendedores informales



Fuente: Servicio Aerofotográfico Nacional, 1985.

Considerando que los sistemas de riego y de abastecimiento de agua eran muy complejos y sumamente desarrollados, puede concluirse que se trataba de un grupo de pobladores culturalmente avanzados. Se supone que el conquistador Pizarro escogió este lugar para manejar el abastecimiento de agua en el territorio. En un comienzo, mantenía la infraestructura hidráulica y orientaba la nueva ciudad según ella. Cabe preguntarse, ¿aprendieron los españoles de la experiencia indígena mexicana? ¿Se familiarizaron con su forma de manejar el abastecimiento de agua y con su capacidad de construir centros urbanos de gran importancia?

Lima prehispánica en el discurso actual

Publicaciones españolas, antiguas como recientes, tienden a defraudar las influencias indígenas y la preexistencia de infraestructuras altamente desarrolladas. Ignacio González Tascón (1989: 247), por ejemplo, enfatiza que en Lima “ya en el siglo XVI, existía una fuente en la Plaza Mayor por la cual pasaba agua que llegaba a través de un sistema de tubería de caña de azúcar desde un río cercano”. Su intención, al parecer, es demostrar la capacidad de desarrollo de los conquistadores.

Para la mayoría de urbanistas, arquitectos y planificadores, hasta hoy la historia urbana de Lima empieza con la fundación española. Las características del territorio prehispánico en su mayoría no se incluyen en las investigaciones y no influyen en los proyectos y decisiones de estructuración y renovación urbanas. El Plan del Centro de Lima, aprobado y publicado en 1987 por la municipalidad de dicha ciudad, hace visible esta falta, dado que es un documento de alta calidad y sensibilidad: divide el desarrollo histórico de Lima en seis fases, cuya primera, la *ciudad originaria*, empieza en 1535 con la fundación de la ciudad colonial (Ortiz, 1987: 15).

En el discurso urbano contemporáneo, en cuanto a renovación urbana y “recuperación” de Lima a través de sus espacios públicos, llama la atención que —fuera del ámbito universitario— no existe claridad

sobre la escala de un proyecto de renovación urbana. En el contexto del centro histórico esto es más evidente.⁴ Proyectos puntuales y la separación de lo privado y lo público debilitan la posibilidad de crear conjuntos espaciales. Un proyecto significativo es el Gran Parque del río Hablador a lo largo del río Rímac, alejándose cada vez de su impulso inicial, dado que unos proyectos recientemente ejecutados –como la Alameda Chabuca Granda y el Parque de la Muralla– no logran la integración deseada del río con la ciudad. Además, difícilmente se consigue una relación entre el diseño de un espacio urbano recuperado y las zonas habitadas adyacentes. A finales del siglo XX, los proyectos de renovación dieron al patrimonio cultural un trato casi superficial.

El caso de Mesa Redonda

Mesa Redonda es un ejemplo de cómo se ha ignorado el patrimonio cultural y cómo, a la vez, fracasaron las estrategias de desalojo por no respetar las lógicas físicas y sociales del respectivo contexto urbano. El lugar –cuya fisonomía es la de una mesa resultado de un cruce de caminos prehispánicos– se había transformado en un centro de fabricación de productos y de negocios informales; en consecuencia, dentro del programa de recuperación del alcalde Alberto Andrade, los ocupantes de este centro, fueron desalojados a mediados de la década de los años noventa.

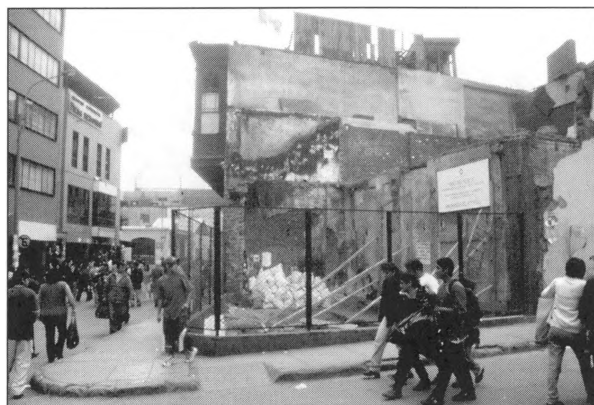
Mientras que en la superficie del espacio público la situación parecía haber cambiado, nada había cambiado detrás de las fachadas. En un devastador incendio del 29 de diciembre de 2001, murieron más de 500 personas. El almacenamiento ilegal e inadecuado de artefactos pirotécnicos había causado una explosión. Los edificios fueron tram-

4 El *Inventario del patrimonio monumental* –elaborado a finales de la década de los años ochenta por los arquitectos Javier Sota y Víctor Pimentel– ayudó a entender que debían protegerse no solo ciertos edificios aislados, sino todo el conjunto urbano con sus más de mil monumentos. Lamentablemente, en la declaración de la UNESCO de 1991, solo se consideraron partes de este conjunto y no se tomaron en cuenta ni las huellas prehispánicas ni las de la modernidad.

pas mortales que no cumplían ni con las normas constructivas ni con las de protección contra incendios.

Los daños causados por el incendio se encubrieron, posiblemente por razones políticas y motivos morales. Para conmemorar a las víctimas y junto a ello, reducir la densidad del sector, en pocos meses se convirtió este espacio en un “parque” alrededor del cual las fachadas de los edificios destruidos por el fuego se pintaron para disimular su desastroso estado. El canal del río Huatica, salido a la luz tras el incendio, constituía todo un reto para las administraciones. Siendo un resto arqueológico debió protegerse como monumento y no ser integrado al parque, enrejado y segregado del contexto bajo el concepto de “nuevas edificaciones”. Finalmente fue sellado con un letrero del Instituto Nacional de Cultura que lo denominó Patrimonio Cultural de la Nación⁵ (fotografías 2 y 3).

Fotografía 2. El Canal de Huatica desvelado tras el incendio en Mesa Redonda de 2001 y posteriormente enrejado por el Instituto Nacional de Cultura



Autora: Kathrin Golda-Pongratz, 2002.

5 En agosto de 2008, la imagen del lugar está totalmente cambiada: en vez del parque se construyó una galería comercial, y donde se encontraba el cartel del río Huatica, se levantó una galería comercial de varios pisos que en nada recuerda aquel Patrimonio Cultural de la Nación.

Fotografía 3. En 2008, el canal está nuevamente cubierto por una galería comercial, ni siquiera un cartel habla de su existencia



Autora: Kathrin Golda-Pongratz, 2008.

Podrían haberse tomado las huellas prehispánicas para diseñar en este lugar, históricamente significativo, un espacio que pudo mejorar la calidad de vida y de trabajo en Mesa Redonda y, a la vez, acentuar la importancia de aquel cruce de caminos que hasta la actualidad sigue determinando la estructura urbana. Las administraciones municipales y públicas de Lima, deberían abrirse hacia otras formas de renovación urbana y preferir el trabajo de calidad urbana y mejoramiento social a un populismo ad hoc.

Es imprescindible que futuras medidas de renovación urbana respeten las huellas prehispánicas. No se trata de su revitalización por nostalgia, sino de la comprensión de la naturaleza, de las brechas urbanas y de su superación. Ahora corresponde preguntarse: ¿para qué sirven los espacios precoloniales del contexto urbano contemporáneo? y ¿qué valor pueden tener para el tejido urbano actual?

También se trata de desarrollar una sensibilidad hacia las continuidades que existen, pero que no se perciben concientemente. Una posible manera sería con la reconstrucción del tejido destruido, inicialmente de forma ideológica y después de forma material.

Segunda aproximación.

La herencia colonial y moderna a finales del siglo XX: coexistencia e identidad⁶

*El centro, al constituir la memoria histórica de la ciudad,
es el elemento esencial de su identidad.
El problema de las “ciudades” superpuestas
radica justamente en la pérdida de ese nexo vital
y posibilita la creación de nuevas estructuras
que se sienten únicamente condicionadas
por su propio entorno inmediato.*

Gasparini, 1986

Desde la fundación española, Lima se orienta más allá de los límites de su territorio y está determinada por influencias exteriores. La sumisión física y estructural también es de carácter espiritual. La historia de Lima es la historia de un conflicto permanente que es visible en el encuentro de estructuras prehispánicas, coloniales, modernas y postindustriales que no llegan a una armonía espacial. La modernidad ha eliminado progresivamente –consciente o no– las manifestaciones de las culturas antiguas, y ha cubierto las huellas prehispánicas con una segunda capa, provocando la ruptura con la tradición.

Cabe preguntar si la ciudad histórica perdió su escala –como se ha dicho y escrito en varias ocasiones–, y si son justificados los reproches de Javier Sota acerca de que la influencia de Le Corbusier rompió con la retícula de la ciudad antigua y que el método del *zoning* niega la multimodalidad de la existencia humana (Sota, 1988: 16).⁷

Las intervenciones de la planificación urbanística moderna produjeron cambios arquitectónicos y urbanos. El problema que hoy se

6 La segunda aproximación tiene base en los capítulos 5.1, 5.2 y 5.3 de la tesis doctoral de la autora.

7 El urbanista Carlos Williams (1924-2004) –quien de acuerdo con el planificador Luis Consiglieri introdujo el *zoning* en el Perú– era uno de los pocos modernistas radicales que expresó autocríticas en la observación de los procesos urbanos e hizo un llamado a cambiar esta técnica que, según él, había provocado un “urbanismo estatuario”. [Entrevista con la autora. Lima, 23 de enero de 2001].

plantea es la coexistencia y la identidad del patrimonio arquitectónico tanto colonial como moderno. En medio de una metrópoli que se extendía, el centro de Lima tenía que cambiar su escala para poder hacer frente a las nuevas exigencias. De la coexistencia física no ha surgido, hasta el momento, ninguna perspectiva de unificación. La ciudad del presente está ante el reto de construir una continuidad positiva en la ciudad histórica modernizada y encontrar estructuras espaciales y formas arquitectónicas nuevas.

Hubo una coexistencia no pensada en la tendencia opuesta a la modernidad, en el historicismo de la década de los años cuarenta, en las fachadas pseudohistóricas que tenían tan poco que ver con el estilo arquitectónico colonial y el de las construcciones modernas.

Se destruyeron muchos edificios históricos en nombre del progreso, algo que actualmente es calificado como delito urbano (Martínez, 1985). La ampliación de la Avenida Abancay separó la iglesia de San Francisco de la asamblea correspondiente, y dividió el cuartel antiguo de Santa Catalina. Aunque no se conozca la historia, todavía se puede percibir un desequilibrio en este lugar, sobre todo en aquella esquina donde se ha conservado una de las torres del cuartel y la enorme fachada. En los años cincuenta, el centro destruido y ruinoso se convirtió en un reflejo de la sociedad urbana corrupta e injusta (Elmore, 1993: 213).

El historiador César Pacheco Vélez habla del redescubrimiento del papel histórico de Lima, con lo cual apunta a la cultura limeña. En sus textos, lucha por el recuerdo de la antigua ciudad, de las tradiciones y las formas coloniales de construcción (Pacheco, 1985: 75). Para los tradicionalistas o “limeñistas”, en cuyo espíritu se desarrollaron los proyectos de renovación urbanística a finales del siglo XX, la modernidad es la causa de la destrucción de la ciudad antigua. ¿Ha llegado, pues, el tiempo de un tradicionalismo nuevo en la “edad de la razón”? (Pacheco, 1985: 284). Los interlocutores del discurso sugieren la salvación y reparación de las consecuencias de la modernidad.⁸

8 “Nada de lo que se ha construido en la Lima cuadrada en los últimos cuarenta años sobre los escombros de la arquitectura tradicional ha sido un aporte significativo que no pudiera haberse edificado dos kilómetros más al sur, al norte, al este o al oeste” (Pacheco, 1985: 283).

Como a los tradicionalistas, a los precursores de la modernidad también les preocupa la idea del rescate. Mientras que los primeros desconfían profundamente de la administración, los planeadores y modernistas recurren a las instituciones para lograr su objetivo. Luis Dórich, autor del libro *Al rescate de Lima*, lamenta que se debilitaran las instituciones a lo largo de los decenios y que se creara una iniciativa en la década de los años noventa, que “permite afirmar que está comenzando el largo y complejo proceso de rescatar a Lima del caos en el que estaba sumergida al cierre del segundo milenio” (Dórich, 1996: contraportada).

La modernidad es pensada y valorada por sus protagonistas partiendo de la tesis de que el hombre moderno decide lo que es su pasado. Mientras los documentos testimonian actos de conciencia, esta misma conciencia se ha desplazado en la memoria de sus antiguos actores.⁹ Las personas que consideran el pasado y las publicaciones contemporáneas sobre el Plan Piloto son críticas, y al igual que la opinión pública, también se sienten orgullosas de las propuestas que en aquel entonces se desarrollaron con respecto a una reordenación moderna aún desconocida en el Perú.

La apreciación actual en relación con la planificación de aquel tiempo no va más allá de la discusión general que critica a Le Corbusier: “Es indudable que la solución planteada no tuvo en cuenta los valores urbano-arquitectónicos del sector; y que en el diseño se nota la influencia que tuvo la propuesta de Le Corbusier para la ciudad de

9 En una entrevista con la autora, Luis Dórich responde a la pregunta, cuál es su punto de vista sobre la decisión planificadora del año 1948 de utilizar la pirámide truncada de la Huaca Aramburú como soporte constructivo de un nuevo estadio, que se pensaba que la Huaca era solo un almacén de ladrillos de los tiempos prehispánicos. En el archivo del MTC se encuentra una carta del Ministerio de Fomento, que toma posición sobre la *Resolución Suprema 598* del 23 de octubre de 1948: “La solución más económica y ventajosa sería utilizar hormigón limpio de río o de Huaca (el que abunda cerca del Estadio)”. Esto demuestra que la decisión ha sido tomada muy conscientemente y que razones económicas tenían más peso en ella que la protección de un conjunto histórico. Durante la conversación, Luis Dórich admitió que se sabía que un lugar de ofrendas prehispánico tendrá que desaparecer en favor de un edificio moderno.

París” (Dórich, 1996: 95). Si se compara el plano catastral de 1949 con la edificación actual de la zona que entonces se estaba planeando, se constata que, a diferencia de otras zonas de la ciudad donde se ha destruido el patrimonio cultural, no hubo edificios dignos de conservar y tampoco se produjo un proceso positivo. La franja marginal del centro, entre las avenidas Abancay y Grau y el Paseo de la República, sigue siendo una zona fragmentada para la que un cambio radical, como el que se propuso en aquel momento, supondría más una oportunidad que un peligro.¹⁰

¿Ha llegado a su fin la modernidad limeña?

Para el filósofo José Ignacio López Soria, las maneras de pensar y los proyectos de la modernidad surgieron solos, bajo las presidencias de Velasco y Belaúnde en las décadas de los años sesenta, setenta y ochenta, en el seno de una clase intelectual peruana. Después de este tiempo, todos los programas de modernización han sido dirigidos desde afuera. No es probable que la modernidad todavía propague un “proyecto societal”.¹¹ Para él, la modernidad es un encuentro de tres componentes al mismo tiempo y en el mismo espacio: capitalismo, industrialización y sociedad civil (López, 1988: 4).¹² Así, se establece el comienzo de la sociedad civil en la década de los años veinte, situando el devenir del Perú como nación industrial en los años cincuenta.

Mas, ¿cuándo empiezan a coincidir estos dos criterios en un sistema capitalista? Hasta el día de hoy, Perú no es un país completamente capitalista, aunque es cierto que pequeños sectores de la sociedad

10 Luis Dórich admite la falta de integración de estudios anteriores en el proceso de planificación; critica la falta de eficiencia de los planes urbanos a largo plazo y también ciertas prácticas del urbanismo moderno. Ver Dórich, 1996: 5.

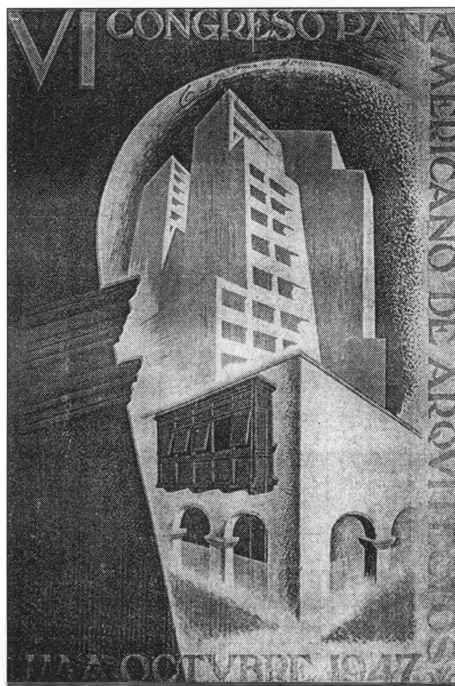
11 Cita de José Ignacio López Soria en la clase del 6 de octubre de 2000, dentro del seminario “Pensar la ciudad en el Perú” en el marco de la Maestría de Renovación Urbana, Instituto de Postgrado, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Universidad Nacional de Ingeniería. Lima.

12 López Soria hace referencia a Héller, 1982.

participan en el sistema de la economía mundial; sin embargo para la mayoría de la población, no se trata de sacar provecho sino de asegurar la supervivencia.

La ciudad antigua como objeto ilustrativo con respecto a la modernidad parece más interesante que el suburbio moderno, porque lleva a considerar el trato del material constructivo histórico, el pensamiento actual y la postura cultural.

Imagen 1. El título del folleto del Congreso Panamericano de Arquitectura de 1947 evidencia el conflicto entre construcciones modernas y neocoloniales en el centro histórico, cuando el movimiento moderno se consolidó en el Perú. Era una visión indecisa, pero a la vez clara, que en las siguientes décadas se volvió verdad



Fuente: Archivo de la autora.

El Edificio Gildemeister, del arquitecto W. Lange, fue la primera construcción moderna de hormigón armado, levantado en 1925 en el centro de Lima, y es considerado como el comienzo de la arquitectura capitalista. En su época, sin duda fue la expresión física del inicio de un proceso de transformación. En los siguientes tres decenios se crearon muchas obras modernas cuya arquitectura es extraordinaria y digna de conservar, edificios que a su manera entran en diálogo con el material constructivo, dándole al centro histórico una tensión nueva.

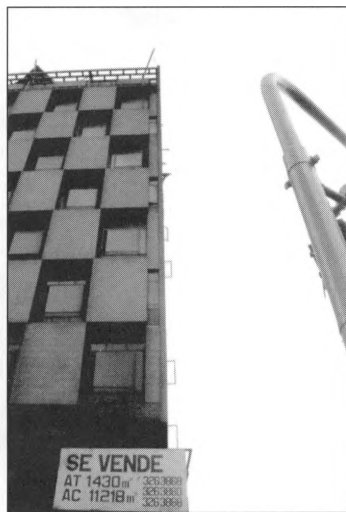
Fotografía 4. Cambio de escala del centro histórico causado por edificaciones modernas, parcialmente desocupadas a comienzos del siglo XXI



Autora: Kathrin Golda-Pongratz, 2002.

Uno de los primeros ejemplos de la arquitectura moderna en el casco urbano es el edificio Raffó (1937), de los arquitectos G. Payet y R. Vargas Prada (Cuadra, 1991: 48). Las construcciones de E. Seoane Ros se integraron activamente en la estructura de la ciudad. El edificio pequeño de la Sociedad de Arquitectos del Perú (1944-1945) es un complejo de formas claras y modernas, y de un portal antepuesto de piedra neocolonial. En 1957, M. Bianco construyó el Hotel Savoy, cuyo techo espectacular de pabellón corresponde al clima desértico de Lima y genera, en un lenguaje formal no colonial, un vivo contraste con las casonas de ladrillo de adobe de alrededor. También el Edificio Atlas (1953-1954), de los arquitectos J. Álvarez Calderón y W. Weberhoffer, orientado en ejemplos brasileños, se levanta entre construcciones bajas. El Edificio de la Compañía de Seguros Peruano-Suiza (1955) da una nueva definición del carácter de la Plazuela de San Agustín. No se suele considerar estos edificios y complejos en la discusión sobre la conservación de los monumentos.

Fotografías 5 / 6. El Hotel Savoy, obra de Mario Bianco, desocupado y en venta en 2005



Autora: Kathrin Golda-Pongratz 2005.

La herencia de la modernidad es actualmente la herencia de un gran vacío después de que las grandes empresas se retiraron del centro a partir de la década de los años ochenta, y de que hayan buscado territorios más representativos, seguros y prósperos dentro de la zona metropolitana. Los edificios modernos, parcialmente abandonados y dejados al olvido, casi no forman parte del discurso de protección monumental.

La tendencia a la verticalidad transformó el carácter y la escala del centro más que el lenguaje formal moderno. En la ciudad vertical se perfilan claramente las obras coloniales de uno y dos pisos con su estructura de patio. A pesar de ello, la altura no transmite la sensación de estrechez, como ocurre en otros centros en los que abundan las construcciones de muchos pisos. La destrucción de la estructura urbana aparece donde no armonizan los usos, donde falta el diálogo entre las estructuras y donde las fracturas y saltos de escala de la retícula ya no corresponden a la ciudad colonial.

En contra de la propuesta de J. L. Sert de reunir ministerios y oficinas de la administración en un área marginal del centro, formando así un nuevo espacio urbano con un centro nuevo, se distribuyeron edificios de ministerios de muchos pisos sobre la ciudad antigua. En la década de los años cincuenta se crearon edificios monumentales en arterias ampliadas en medio del Damero de Pizarro, construcciones que representan el poder del Estado, como el Ministerio de Educación (1951) de E. Seoane Ros y el Ministerio de Economía (1953) de G. Payet.

A la modernidad orientada en lo clásico y neocolonial le siguió una especie de “neobrutalismo” y “triumfalismo” a finales de los años sesenta y en los años setenta, que afectó también al centro histórico. El ejemplo más importante de ese tiempo es el Centro Cívico (1966-1970) con su torre de 30 pisos que destaca en el centro, elaborado por un grupo de arquitectos alrededor de J. García Bryce.¹³

13 Los autores del proyecto son Ricardo Pérez León, Adolfo Córdoba, Carlos Williams, José García Bryce, Simón Ortiz, Guillermo Málaga, Miguel Ángel Llona, Jacques Crousse, Jorge Páez y Oswaldo Núñez. Ver Martuccelli, 2000.

Con el aumento general del interés en la ciudad histórica, en la década de los años ochenta y noventa, surgió, junto a las tendencias posmodernas, una modernidad menos radical y, para así decirlo, contextualizada en la arquitectura, que buscaba una reconciliación con la ciudad antigua. Entre los pocos ejemplos que se llegaron a construir hay que destacar las sucursales del Banco de Crédito (1974), de G. Málaga Sotomayor, y del Banco Mercantil (1984), de A. Montagne; el complejo de viviendas Agrupamiento Chabuca Granda (1984) en el barrio de Rímac, de J. García Bryce; y la ampliación de la iglesia de las Nazarenas (1992), de O. Borasino y J. Vallarino. Estas construcciones intentan conciliar la necesidad de la revaloración y la renovación de la ciudad antigua con un trato respetuoso de las estructuras antiguas.

El espíritu de la renovación y de la modernidad llegó al Perú por primera vez con el pragmatismo imperial español, el plano racional de retícula y las estrategias de cristianización de las órdenes cristianas, que estructuraban el espacio. El Renacimiento clasicista-español que se extendió desde principios del siglo XVI sobre el territorio incaico fue el comienzo de un proceso de modernización que en sus inicios tuvo una gran sensibilidad para la tectónica, como por ejemplo en los complejos de haciendas en el altiplano, que se unieron con las estructuras existentes formando nuevos conjuntos económicos y espaciales (Cooper, 1999).

La manera en que siguió formándose este espíritu y el resultado de la modernidad pueden explicarse mediante la descripción del argentino Roberto Fernández:

Montado esencialmente con capitales y gestión europea, no solo desplegaban una nueva e intensa modelación territorial, sino que zanjaban pragmáticamente muchos de los debates y contradicciones de las élites políticas e ideológicas [...] de toda la América ex hispana y ahora disponible nuevamente para esta fase de expansión y consumación de la modernidad (Fernández, 1998: 72).

La expansión que se realiza sin planificación alguna ya no sigue reglas y roba a la ciudad la posibilidad de crecer ordenadamente en el espí-

ritu de la modernidad. A su vez, el espíritu moderno no es lo suficientemente fuerte como para impedir o anticiparse a la informalidad. Con dinero del extranjero se financian proyectos sin un concepto general, que llevan a una creciente fragmentación del tejido urbano.

*Discontinuidades espaciales, de tiempo y de diseño:
¿Lima como Collage City?*

Según Ramón Gutierrez (1997: 628), “las lecturas de la “ciudad-collage” nunca fueron tan precisas ni tan dramáticas como en Lima”. Su diagnóstico es acertado tanto a nivel metropolitano como en las microzonas de Lima, dentro de las fronteras de la ciudad antigua, en un bloque de viviendas, muchas veces dentro de un edificio, de un solo muro. En un paralelismo que parece incompatible, se encuentra lo privado y lo público, lo sencillo y lo complejo, lo moderno y lo histórico, lo pacientemente restaurado y lo desesperadamente desmoronado, lo elitista y lo socialmente débil. Son discontinuidades espaciales y temporales entre lugares vecinos, también entre día y noche, en transformación brusca y cambio funcional en el centro histórico y en la ciudad entera con sus diferentes mundos vitales, que en parte se entrelazan sin tomar nota del otro.

Tradiciones pasadas se ocultan en algunos edificios de la ciudad. Solo a través de intervenciones modernas ha sido posible entrar en estos mundos invisibles, sin tener que percibir la realidad de la vida urbana. Un ejemplo es el Club Nacional, un lugar selecto con lujoso decorado republicano, que está reservado para los miembros de familias oligárquicas. Al garaje subterráneo del club, situado al margen del centro —y sin embargo en medio de éste— en la Plaza San Martín, se llega desde una calle lateral, de manera que el visitante (en auto con vidrios blindados) no tiene que percibir nada de la vida del casco antiguo antes de entrar en la espléndida planta subterránea del edificio. En el interior, se conservan formas sociales tradicionales, vivencias y rituales de tiempos pasados.

Las capas de la historia también se solapan en el espacio público. En las paredes, los elementos básicos del colaje urbano se encuentran en capas gruesas, con colores de épocas distintas, grafitis y consignas pintadas como intentos de cambiar el espíritu en la ciudad, los cuales son blanqueados continuamente por la administración urbana:

“Porque el colaje es un método, cuya virtud es su ironía, [...] es también un procedimiento que permite tratar la utopía como una imaginación visual, aplicable por fragmentos, sin que sea necesaria aceptarla *in toto*, lo cual alude a la oportunidad del colaje como estrategia, que, dando soporte a la visión utópica de permanencia y de un estado definitivo, podría incentivar un mundo de cambios, del movimiento, de la acción y de la historia” (Rowe, 1997: 217).

¿Se puede aplicar a Lima el principio del colaje de Colin Rowe, entendiéndolo como método de la reunión arbitraria? El carácter fragmentario de Lima es, sin duda, también una consecuencia de la interpretación poco precisa de la historia urbana y de una cantidad de decisiones precipitadas. Se justifican oficialmente intervenciones torpes y brutales con posterioridad, calificándolas como pasos en la dirección de la modernidad. A la vez, las intervenciones arquitectónicas actuales en la ciudad antigua son casi todas superficiales. Operaciones urbanísticas se caracterizan por hacer citas retrógradas; les cuesta entender y renovar verdaderamente la esencia de la ciudad y de lo existente. Intervenir en un estado fragmentado no parece muy provechoso como método de planificación. Más bien, tendrían que buscarse mecanismos que intermedien entre formas expresivas urbanas aparentemente antagónicas.

El atractivo y la oportunidad de los edificios de relleno, los corralones y tugurios, surgidos por la falta de espacio, la inmigración y la deficiente política de vivienda, podrían llamarse, como señala Colin Rowe, *poché*. La cuestión de hasta qué punto la existencia de casas de patio sin aperturas hacia afuera puede crear urbanidad en la *Collage City* construida, y hasta qué grado de densidad puede llevarse la estructura de la ciudad antigua, son preguntas importantes para el futu-

ro, y en concreto, para frenar el crecimiento espacial. Así, podría hacerse una unión funcional nueva entre la ciudad interna y externa.

Citando a José Matos Mar, José Ignacio López Soria dice que: “la ciudad se ha vuelto enorme”, con lo cual hace referencia al juicio de los años sesenta de que, tras su modernización y el siguiente crecimiento explosivo que llevó a una extensión horizontal infinita, la ciudad perdió su escala espacial y económica así como su urbanidad. Para él, esto significa la pérdida de la expresión territorial y espacial de una ética en la ciudad, la pérdida de su perfil, y al mismo tiempo, la disolución de la vida urbana, los cuales son procesos negativos que parecen no poder pararse.

La razón está también en que la ciudad está pensada desde afuera y manipulada por intereses ajenos, y que el urbanismo se pone más al servicio de la explotación que del fomento de la cultura urbana. Para López Soria, que se refiere en concreto a Lima y a la ciudad en general, la ciudad actual es un fruto típicamente ambivalente de la modernidad, “un conjunto politeísta cuyo signo de identificación es la heterogeneidad”.¹⁴ La ciudad, en el Perú como tal, fue originalmente un medio para la subordinación territorial. En tiempos modernos ya no se trata de salir para modernizar, sino de integrar en la modernidad a todos los que llegan a la ciudad. Esta modernidad es un instrumento de dos filos: frente a la dislocación y destrucción de formas espaciales está la “reinclusión” (Giddens, 1996: 176), la creación de pequeñas localidades y la unión de las mismas con lugares distantes. Aquí hay una oportunidad para superar fracturas aparentemente insuperables. La ciudad antigua podría recuperar así su calidad de vida y su importancia para los habitantes que viven en ella, y también para la metrópoli entera.

Si se intentan recuperar las dimensiones históricas urbanas, se podría ganar una nueva visión de la antigua ciudad de Lima, y a la vez, hacer una nueva composición del tejido fragmentado. ¿O, tal vez, la

14 Cita de José Ignacio López Soria en la clase del 15 de diciembre de 2000, dentro del seminario “Pensar la ciudad en el Perú” en el marco de la Maestría de Renovación Urbana, Instituto de Postgrado, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes, Universidad Nacional de Ingeniería. Lima.

mátrix de la ciudad está tan destruida que ya no se puede arreglar más? (Bunschoten, 1985: 42).

Tercera aproximación.

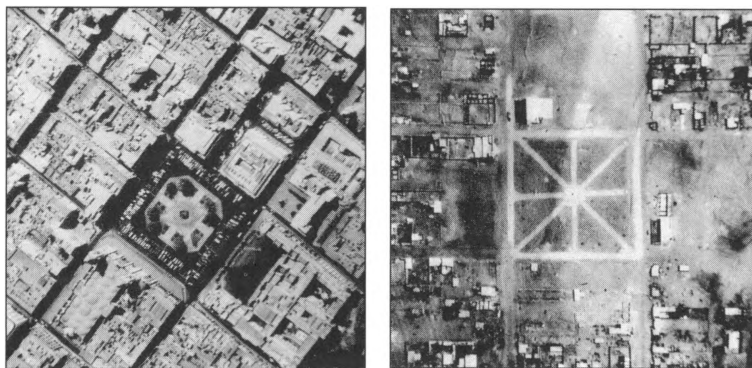
Centro y metrópoli: dependencias recíprocas y adaptaciones del centro histórico y la periferia expansiva en Lima Metropolitana¹⁵

La atomización de la ciudad ha destruido un componente esencial del espacio público: la superposición de varias funciones en un territorio que hace de éste un complejo espacio de experiencias.
Sennett, 1986

Cuatro siglos después de la fundación de Lima colonial sobre huellas prehispánicas, surge un nuevo modelo de asentamiento urbano, la barriada, cuya formación espontánea e informal se opone a la planificación racional y rigurosa de la trama española. No obstante, sigue las mismas reglas y el propio orden interior atopográfico y expansivo del damero de Pizarro, aquel tejido emblemático impuesto por los conquistadores españoles, y lo reproduce en las llanuras desérticas alrededor de la capital peruana.

15 La tercera aproximación se basa en los capítulos 2.2, 7.1 y 10.3 de la tesis doctoral de la autora. Partes han sido presentadas bajo el título *Inside out, outside in: dependencias recíprocas y adaptaciones entre centro y periferia en Lima Metropolitana*, en el grupo de trabajo URB-6 dirigido por Pablo Vega Centeno (PUCP Lima, Perú) dentro del Congreso CEISAL-REDIAL: Las relaciones triangulares entre Europa y las Américas en el siglo XXI: expectativas y desafíos, Université Libre de Bruxelles, Bruselas, Bélgica, 13 de abril de 2007.

Fotografías 7 / 8. Aerofotografías de la Plaza de Armas de Lima y de su reproducción casi idéntica en el asentamiento informal de Villa María El Triunfo



Fuente: Servicio Aerofotográfico Nacional 1967 y 1961.

Las Leyes de Indias promulgadas por la corona española impusieron en territorios peruanos la trama de retícula no limitada y ajena a las leyes de la topografía y las direcciones del viento. De esta forma, se hizo posible la conquista sistemática del continente americano a lo largo del siglo XVI. En el siglo XX, la ciudad colonial es conquistada por la ciudad barrial. Esta ciudad informal y autoplanificada ha transformado las reglas de la planificación racional, capaz de extender un tejido urbano a gran escala.

Reproducción de la cuadrícula

La idea de ciudad impuesta por los conquistadores —el tejido racional del damero de Pizarro por un lado, y las dimensiones y el rol de una Plaza de Armas por otro— determina el concepto espacial de los peruanos y su idea de lo urbano. La ciudad sin planificación surge a partir de los conceptos del rígido esquema impuesto por la Colonia y acaba justificando y consolidando sus primeros reclamos de ciudada-

nía. En el fondo, este desarrollo ya empezó a seguir su curso en el siglo de la conquista. En 1568, la corona española dio orden al virrey en el Perú Francisco Toledo de unir todos los asentamientos indígenas a través de una reducción general, la que el virrey cumplió con toda escrupulosidad; así se inició una transformación profunda del esquema urbanizador peruano en la segunda mitad del siglo XVI (Schmieder, 1930) (Wilhelmy, 1984: 77).

El significado del cuño directo e indirecto, constituido por el damero español como parte de la concepción espacial del Perú urbano y rural, es un motivo fundamental del desarrollo espacial. La estructura de la ciudad fundacional está en clara relación con su reproducción atopográfica en la periferia, tanto en Lima como en otras ciudades peruanas. El proceso barrial del siglo XX es una consecuencia de la terca existencia de estructuras coloniales sociales y territoriales en el Perú contemporáneo. Desequilibrios sociales y raciales muy marcados, la falta de oportunidades de desarrollo para la población rural y mestiza frente a las élites blancas urbanas han provocado y siguen causando un éxodo hacia la capital. Catástrofes naturales como terremotos, desprendimientos masivos de tierra o el Fenómeno de El Niño, las consecuencias de la reforma agraria de los años setenta, la violencia del movimiento Sendero Luminoso y la contra violencia militar y paramilitar de las décadas de los años ochenta y noventa han ido mutilando la vida rural hacia un estado de sobrevivencia.

La invasión y ocupación de la periferia de la capital eran y siguen siendo intentos de reivindicación de la población marginada del interior del país, para salir de la pobreza rural y poder acceder a derechos ciudadanos, a un trabajo, a educación y sanidad. Puesto que en las primeras décadas inmigratorias la población urbana dominante no toleraba la adquisición de terrenos por migrantes indígenas, y ya que la política de expulsión de las zonas centrales de Lima era masiva, la única alternativa viable y cada vez más frecuente era la ocupación de territorios estatales no cultivados (Lloyd, 1980: 5). Durante las siguientes décadas, el Gobierno la aceptó gradualmente, transformándola en una estrategia de desarrollo urbano.

Expansión sin límites

La Lima contemporánea se parece a una ciudad sin fin que se extiende por la costa del Pacífico y la Panamericana antes de desvanecerse en el desierto. De hecho, el rol dominante de la capital y las raíces del centralismo tienen su origen en tiempos coloniales, cuando Lima era la sede del poder político y eclesiástico y se definía como centro de la cultura, del conocimiento y de la civilización. Esta noción de la capital sigue marcando la realidad peruana contemporánea. La población limeña ha crecido a un pulso acelerado desde los años cuarenta del siglo XX, cuando 600 mil personas vivían en la capital peruana.

El año 1940 fue un año clave para el desarrollo expansivo de Lima: se produjo un grave terremoto que agravó el empobrecimiento de las zonas rurales, sobretodo en el norte del país. Como consecuencia, se formó a mediados de dicha década, en las cercanías inmediatas del Mercado Mayorista, recientemente construido, una de las primeras barriadas en las faldas del Cerro San Cosme. No es casual que los inmigrantes, en especial los que vinieron de los Andes en busca de trabajo, se establecieran cerca del lugar –nuevo y moderno– que les inspiraba la esperanza de encontrar empleo.

A pesar de una modernidad impuesta, adaptada y asimilada, los inmigrantes han conservado tanto sus formas andinas de organizarse como su capacidad de construir en territorios difíciles, lo cual hizo posible la transformación de los cerros arenosos y el cambio de imagen de Lima. La ocupación de estos cerros cercanos al núcleo colonial es el comienzo de un desarrollo que ha ido marcando la capital en el siglo XX y XXI. El deseo de modernizar y el incesante crecimiento urbano informal son actualmente dos fenómenos urbanos que se condicionan y combaten mutuamente (Golda-Pongratz, 2004: 40).

El sueño suburbano y el fenómeno barrial cambiaron a comienzos del siglo XXI: son utilizados por parte de los respectivos gobiernos como una solución fácil para el problema de la vivienda. La barriada o el pueblo joven dan pie a una propaganda que promete, por un lado, una ciudadanía como propietario y pequeño burgués, y apela,

por otro lado, a la autoayuda necesaria. Especuladores de terrenos hacen buenos negocios transformando hasta las más remotas dunas ensuciadas por refinerías en futuras urbanizaciones, trazando parcelas mínimas y vendiéndolas a pobladores que, siguiendo el gran sueño urbano, buscan en la zona metropolitana de Lima un lugar para vivir.

La situación topográfica en la árida costa peruana permite el crecimiento urbano explosivo, sobre todo hacia el norte y el sur, donde la capital se diluye en el desierto. Mientras la apropiación territorial genera valores económicos, la mancha urbana gradualmente cubre los valles de los ríos Rímac, Lurín y Chillón, antiguamente fértiles, y así causa la erosión del suelo y la extinción de espacios naturales y recreativos. La trama periurbana de racionalismo formal resulta irracional en zonas donde la topografía es frágil y donde se pone en peligro microclimas y el equilibrio ecológico de toda la zona metropolitana.

Se evidencia una de múltiples relaciones directas e indirectas entre centro y periferia. Las similitudes tanto funcionales como poblacionales de ambas estructuras urbanas han sido investigadas y descritas de forma ejemplar en estudios sociológicos y de geografía urbana; pero no en toda su complejidad ni tomando en cuenta sus efectos respecto a la situación metropolitana. No obstante, la política de expansión horizontal y los problemas de tráfico, como consecuencia de la falta de enlazamiento entre los nuevos barrios y los centros de producción, tienen efectos profundos en la ciudad histórica.

¿Qué significan unos sesenta años de crecimiento para la periferia y, a su vez, para el centro de Lima? Para la ciudad barrial, es un período largo: para muchos pueblos jóvenes significa su entera existencia, para otros más que el doble de ella. Para el núcleo antiguo de la ciudad, en cambio, es un período corto en el cual a primera vista no se han producido grandes cambios. Para la periferia es todo un proceso de transformación en ciudad y de búsqueda de una identidad propia, mientras para el centro son años de la silenciosa pérdida de significado y de calidad de vida, provocadas por la negligencia política, la criminalización, la acumulación de negocios informales y la sobrecarga

por el tráfico metropolitano. El crecimiento explosivo se afronta a un proceso de decadencia furtiva y un progresivo abandono.

Estos procesos, física y temporalmente opuestos, cambian al centro y a la periferia, y provocan la mutua influencia entre ambas formas urbanas. En las piedras que marcan los kilómetros de la Panamericana, se puede observar cómo la última casa de esteras se desplaza cada vez hacia el desierto abierto y cómo la Lima suburbana se está ampliando incesantemente hacia el norte y el sur. Mientras tanto, los cambios de la ciudad colonial son aparentemente lentos y se producen inicialmente inadvertidos detrás de las fachadas.

Transformación del núcleo antiguo

Después de un éxodo de la oligarquía limeña hacia los balnearios y los nuevos ejes de desarrollo a partir de finales del siglo XIX, se intentaba transformar al centro histórico en un núcleo metropolitano, durante una fase de modernización y de decisivos cambios de escala a partir de los años cuarenta del siglo XX. La visión de renovación y la eliminación de formas constructivas tradicionales se confrontan con una retrógrada imitación del pasado. Desde mediados del siglo XX, la protección del centro y la renovación urbana han sido discutidas por unos idealistas “antimodernos” y nostálgicos, cuya lucha cada vez más audible y persistente, despertó el interés internacional a finales de la década de los años ochenta. En 1991 llegó la declaración de la UNESCO para convertir al centro de Lima en Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Sin embargo, los ciudadanos del centro histórico viven en un estado de inseguridad y con un sentimiento de abandono y negligencia institucional frente a la fragilidad de las construcciones de adobe. Paradójicamente, las condiciones de su posesión todavía coloniales impiden la protección de sus estructuras físicas, su revalorización urbana y su recuperación como espacio vital. Los dueños particulares y las instituciones se aprovecharon en su tiempo de la subdivisión de muchas casonas y de las rentas obtenidas.

A pesar de una identificación histórica de los limeños con el centro, su significado local está subordinado a los intereses de órganos como el Banco Internacional de Desarrollo o la UNESCO; es decir, a una atribución de significado impuesto desde fuera. Las ideas acerca de la recuperación del centro y revalorización como espacio turístico se desarrollan en torno a estrategias de expulsión de una población no deseada, producto de “la inmigración masiva que trajo a personas de otros lugares a la ciudad, que tienen otras necesidades y otros objetivos, por lo cual ya no hay relación entre el contenedor y el contenido” (Miro, 1985: 19).

No obstante, la formación de una capital moderna tenía y tiene siempre una conexión directa con la inmigración y la atracción de impulsos y desarrollos “antimodernos” hacia ella. La ignorancia de esto supone un conflicto que ha mantenido sus rasgos básicos hasta ahora. A lo largo del tiempo, se ha hecho más visible porque ambos polos —el afán por la modernización globalmente orientado y la creciente informalización— se extienden hacia casi todos los ámbitos y espacios vitales. Por una parte, se ha manifestado la creciente automodernización de la ciudad informal y su transformación en ciudad verdadera. Pero al mismo tiempo, es visible la pérdida del carácter urbano de la ciudad consolidada y, sobre todo, de su centro histórico, a causa de esta informalización.

Conquista de la informalidad

El proceso de crecimiento urbano incontrolado y la expansión de redes informales como respuesta a una falta de planificación tienen efectos significativos sobre el centro histórico de la urbe. A pesar de una evidente fragmentación, causada especialmente por una separación discursiva de centro y ciudad autogenerada, ésta no corresponde a las estructuras y relaciones urbanas existentes porque el interior y el exterior siempre se han condicionado mutuamente. Relaciones y rupturas, efectos mutuos entre el centro y la periferia determinan las dinámicas urba-

nas de Lima. Se ha establecido una dependencia entre los asentamientos suburbanos y la ciudad antigua consolidada, que consiste en el movimiento de personas, el intercambio de productos y servicios y en la adaptación física más allá de valores históricos y arquitectónicos.

La informalidad, la improvisación y las múltiples formas de mercados, mercadillos y pequeños negocios han tomado toda la ciudad. La ciudad central es almacén, mercado clandestino y lugar de venta ambulatoria. En la década de los años noventa, la toma de espacios públicos por vendedores informales como problema histórico culminó en una verdadera lucha por el espacio entre autoridades y ocupantes. Sorprende que no se genere ninguna cultura de diálogo y que las intervenciones parcialmente brutales de la burocracia no están libres de motivos racistas ni de una actitud clasista. No obstante, el diálogo y un camino entre la planificación ordenadora y la acción y creatividad informales serán las únicas soluciones al problema.

Fotografía 9. Los usos informales se apoderan del espacio público en el centro histórico de la ciudad



Autora: Kathrin Golda-Pongratz, 1999.

Dentro de los planes de desarrollo y planificación urbana y el discurso urbanístico, desde los años sesenta, el crecimiento horizontal de la ciudad se mantiene como meta principal. Por parte de los planificadores, las consecuencias negativas del crecimiento en superficie de la ciu-

dad informal se atribuyen a la anarquía de la inmigración masiva. De hecho, la ocupación de espacios invadidos ya había sido prevista y programada en los planes de desarrollo, antes de que se hubiera iniciado dicho proceso. No se ha reflexionado sobre las consecuencias del crecimiento para el centro de la ciudad y el núcleo consolidado, y hasta hoy no está presente el reconocimiento de esta influencia directa.

Desafíos para la ciudad histórica

El centro de Lima vive un conflicto de intereses que impide su planificación equilibrada y sostenible. Es una plataforma de intereses materiales e ideológicos estatales por un lado, y escenario del poder municipal por otro. La multitud de autoridades involucradas en los procesos de planificación agudizan este conflicto.

Los desalojos de vendedores ambulantes en los años noventa, bajo la alcaldía de Alberto Andrade, han sido todo un símbolo de la fuerza de las autoridades y de un nuevo orden burgués. Para demostrarlo, unas redes sociales —que habían sido investigadas por científicos sociales y antropólogos, y declaradas totalmente íntegras— fueron destruidas por parte de los planificadores y las autoridades urbanas bajo el argumento de la informalidad y la degeneración de sus estructuras. Un desarrollo sostenible, en cambio, presupondría que el gobierno municipal aprovechara las fuerzas positivas, la mano de obra y la voluntad de la gente para construir ciudad y consolidarse, para así elaborar modelos participativos. A las fuerzas informales, consideradas subversivas, se las debe incluir en los procesos de planificación.

La periferia es adversaria, motor de su cambio de estructura y nuevo punto de referencia del centro. La mutua dependencia de ambas formas urbanas es evidente: a finales del siglo XX se efectuó una asimilación estético-formal que se debió, ante todo, a la expansión y consolidación de estructuras y redes informales.

El cambio de escala causado por la verticalización del centro colonial y de los nuevos barrios residenciales de clase media y alta —tal

como la expansión de la urbe que rodea a la ciudad consolidada— son procesos continuos ante los cuales la planificación debe reaccionar. Los retos mayores deben ser el control del crecimiento horizontal y vertical, y la conexión y comunicación razonables entre las diferentes formas de ciudad.

En el interior de la ciudad, donde las estructuras históricas se encuentran con algunas modernas, hasta ahora no se ha generado ninguna visión que unifique a ambas. La ciudad del presente tiene el reto de construir una continuidad positiva dentro de la ciudad histórica modernizada, de definir su rol dentro del contexto metropolitano y de encontrar nuevos tejidos espaciales, formas arquitectónicas y modelos urbanos que impidan que “la formación demasiado estirada de la gran ciudad” (Schwarz, 1949: 205) se despedace.

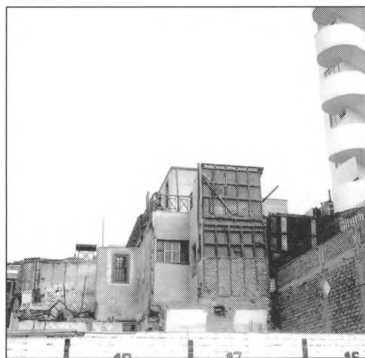
Respecto al significado estructural del núcleo de la ciudad dentro del conglomerado metropolitano, se destaca —aparte de la flexibilidad que ofrece el tejido colonial del damero de Pizarro— el enorme potencial de desarrollo de espacios no construidos en pleno centro. Los vacíos son huellas de la modernización o huecos que deja el derrumbe de estructuras coloniales de adobe por falta de mantenimiento y cuidado. El rol del centro respecto a la densificación y la aportación de modelos alternativos frente a la costosa e insostenible expansión horizontal no ha sido considerado suficientemente hasta ahora, ni tampoco se han investigado las posibilidades o los peligros de los predios y edificios que se encuentran vacíos: un total de 1,5 millones de metros cuadrados de espacio no construido en el núcleo histórico se enfrenta a la alfombra de ciudad periférica poco densa y sostenible en constante expansión.¹⁶ En metrópolis como Lima, donde la expansión horizontal contrasta con una densidad media baja y donde

16 En 2005 puede observarse un paso positivo hacia el reconocimiento de la problemática y una posible solución: el Edificio Beytia, uno de los llamados “elefantes blancos”, se transformó en viviendas, con condiciones de crédito favorables dentro del programa estatal Mivivienda. Sin embargo, al mismo tiempo otros edificios eran víctimas del abandono y deterioro progresivos, como por ejemplo el Hotel Savoy. En 2008, su imagen es aún más triste: mientras sigue en desuso el hotel, el nivel de la calle ha sido mutilado y se ha adaptado para su uso informal comercial.

los espacios libres son raros, es indispensable considerar la densificación y analizar al territorio urbano y sus respectivas capacidades.

Una mirada crítica hacia el estado de los predios céntricos en 2005 desvela una correlación casi absurda entre el creciente deterioro y el nivel de precios extremadamente alto: mientras las edificaciones en los pocos predios privados se derrumban gradualmente y los interiores de las manzanas –detrás de las fachadas forzosamente mantenidas en pie– se convierten en playas de estacionamiento, el nivel de precios (entre \$ 300 y \$ 800 por metro cuadrado) es parcialmente el doble en comparación con los balnearios de Lima, donde los bloques de departamentos crecen incesantemente, controlados por servicios privados de seguridad, y donde los terrenos se han transformado en “filetes” para los inversionistas y las grandes inmobiliarias.¹⁷

Fotografías 10 / 11. Una de muchas ruinas coloniales en plena zona denominada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO. Muchas casonas han desaparecido y han sido remplazadas por playas de estacionamiento



Autora: Kathrin Golda-Pongratz, 2005.

- 17 Es difícil actuar dentro del centro histórico. Por un lado, las pocas posesiones privadas no eclesíásticas pasan, a través de testamentos o donaciones, a herederos o dueños, quienes mayoritariamente viven fuera del Perú y no tienen ningún interés en la protección ni el mantenimiento de las edificaciones históricas. Por otro lado, más del 70% de la población que vive en casonas todavía utilizables paga un alquiler muy bajo o nulo. Por falta de medios y recursos, los habitantes no ayudan al mantenimiento de las edificaciones históricas; más bien las ponen en peligro a la vez que se ponen en peligro a sí mismos.

Ante esta paradoja, el Estado y el gobierno municipal deberían crear posibilidades para la adquisición de edificios y su conservación bajo reglas de protección patrimonial, y dar incentivos financieros a través de la exención de impuestos y del acceso a créditos. Al mismo tiempo, sería necesario interrogar y ampliar el término de Patrimonio Cultural de la Humanidad, tomar en serio la protección de edificaciones históricas y huellas en el territorio, y formular reglamentos eficaces sobre medidas constructivas con el fin de la conservación. Órganos como la UNESCO, cuya voz juega un rol decisivo para la concesión de fondos de renovación urbana y de protección de monumentos, no insisten lo suficiente en la necesidad de resolver los problemas sociales.

Es necesaria una nueva política urbana que logre liberarse de la adaptación colonial y de coacciones racistas. También el rol de las influencias internacionales tiene que observarse críticamente. Como en tiempos coloniales, las ciudades del sur representan una gran atracción como laboratorios de ideas para los europeos.

No obstante, aún no se ha llevado a cabo una comercialización de la ciudad antigua: todavía no se la ha convertido en un parque temático o en un museo al aire libre y aún está habitada, y partes de la sustancia arquitectónica antigua son rescatables: en ello yace un desafío esencial para Lima. La capital peruana podría tomar un camino ejemplar dentro del contexto sudamericano. Debería reconocer sus oportunidades para una convivencia urbana, sostenible y eficaz en un espacio densificado, y debería enfrentarse con la ecología urbana, con su estructura poblacional y con la índole de su territorio.

Del mismo modo que el avanzando deterioro, la recuperación de este potencial urbano debe ir tras las fachadas a la profundidad de los solares del tejido colonial y debe desarrollarse una estrategia para “descolonizar” la distribución de espacio y suelo dentro del centro histórico. El damero de Pizarro, finalmente, debería obtener un carácter democrático, que podría deducirse de la misma forma de manzanas unificadas, y la parcelación y posibilidad de distribución, en principio, simplificadas. Será necesaria una reflexión crítica sobre el rol de la Iglesia católica y de la Beneficencia Pública en su función de terrate-

nientes y dueños de inmobiliarias. Se requiere, no obstante, una actuación rápida y la creación de mecanismos que puedan superar las condiciones coloniales de posesión y su letargo irresponsable.¹⁸

Aunque ya se ejecutan las evacuaciones forzadas en el marco de proyectos municipales, todavía es posible dejar de renovar el centro según los corrientes modelos de expulsión, y contrarrestar los conflictos que en otras metrópolis han llevado a profundas crisis sociales.¹⁹ Lima podría orientarse hacia el perfil de los centros urbanos europeos todavía heterogéneos y convertirse en uno semejante. Paradójicamente, los centros urbanos europeos están perdiendo su escala humana y su urbanidad por una comercialización absoluta, la destrucción especulativa y unas políticas antisociales de expulsiones. Berlín se dedica a la “festivalización” y a la arquitectura de bastidores; en París arden edificios y estallan conflictos raciales; y Barcelona, a través de una política de desmonte completo, se transforma de la ciudad de los prodigios a la ciudad de los especuladores invisibles.

Esta vía alternativa para el centro político y simbólico del país exige del Perú, como nación de una segregación de clases sociales y formas de discriminación extremas, una especie de utopía social. Dentro del contexto de jóvenes movimientos sociales urbanos latinoamericanos y de constantes esfuerzos por estructuras democráticas, esta idea de urbanidad vivida podría acercarse cada vez hacia la realidad.

18 Uno de muchos ejemplos es la lucha de la Sociedad Geográfica de Lima y de su ex director, el arquitecto Ernesto Paredes Aranda. Desde hace varios años intentan proponer un proyecto de renovación urbana, partiendo de su sede en el Jirón Puno 450, e incluyendo toda la manzana con la participación de sus habitantes. La Beneficencia Pública se resiste a cualquier intervención en sus posesiones, a las cuales dicha manzana pertenece.

19 Es el caso del Edificio Jirón Ancash 229, que en 2005 se renovó dentro de un programa municipal de renovación urbana. La empresa inmobiliaria municipal EMILIMA empezó a expulsar a los inquilinos que se habían negado a desalojar, sin ofrecerles una vivienda alternativa, simplemente ejecutando la destrucción de la parte ya desalojada.

Bibliografía

- Agurto Calvo, Santiago (1984). *Lima prehispanica*. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana.
- Bunschoten, Raoul (1985). "Collage City. Eine maskerade fragmentierter utopien". *Daidalos 16, Die Verklärung des Fragments: Collage City*. Berlín.
- Cooper Llosa, Frederick (1999). "La modernidad y el centro histórico de Lima". *El Comercio*. Lima, 7 de julio.
- Cuadra, Manuel (1991). *Architektur in Lateinamerika. Die Andenstaaten im 19. und 20. Jahrhundert*. Darmstadt: Jürgen Häusser.
- Dórich Torres, Luis (1996). *Al rescate de Lima*. Lima: Colegio de Arquitectos del Perú.
- Elmore, Peter (1993). *Los muros invisibles*. Lima: Mosca Azul / El Caballo Rojo Editores.
- Fernández, Roberto (1998). *El laboratorio americano: arquitectura, geocultura y regionalismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gasparini, Graziano. "Centros históricos, patrimonio construido, recuperación y estética urbana", en: Francisco de Solano (1986). *Historia y futuro de la ciudad iberoamericana*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Giddens, Anthony (1996). *Konsequenzen der Moderne*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Golda-Pongratz, Kathrin (2004). "The barriadas of Lima: utopian city of self-organisation?". *AD Architectural Design*, LXXIV, 4. London.
- González Tascón, Ignacio. "Infraestructura de las ciudades de ultramar (XVI-XIX)", en: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (eds.). (1989). *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*. Madrid: CEHOPU.
- Günther Doering, Juan y Guillermo Lohmann Villena (1992). *Lima*. Colección Ciudades de Iberoamérica. Madrid: Mapfre Ediciones.
- Gutierrez, Ramón (1997). *Arquitectura y urbanismo en Latinoamérica*. Madrid: Cátedra.

- Heller, Agnes (1982). *Teoría en la historia*. Barcelona: Fontamdra.
- Lloyd, Peter (1980). *The young towns of Lima: aspects of urbanization in Peru*. Cambridge.
- López Soria, José Ignacio (1988). “Las lógicas de la modernidad”. *UACA*, 2. Lima.
- Martínez Valera, Pedro (1985). “Entendamos a nuestra ciudad de Lima”. *Plaza Mayor*, 19. Lima.
- Martuccelli, Elio (2000). *Arquitectura para una ciudad fragmentada. Ideas, proyectos y edificios en la Lima del siglo XX*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Miro Quesada Garland, Luis (1985). “Dos estudios de recuperación”. *Urbanismo y Planificación 1985 (enero / febrero)*. Lima.
- Ortiz de Zevallos, Augusto (1987). *Plan del Centro de Lima*. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana.
- Pacheco Vélez, César (1985). *Memoria y utopía de la vieja Lima*. Lima: Universidad de Pacífico.
- Pacheco Vélez, César (1986). *Lima: tiempos y signos de Lima vieja*. Madrid.
- Politis, Gustavo G. y Benjamin Alberti (eds.). (1999). *Archaeology in Latin America*. London: Routledge.
- Porras Barrenechea, Raúl (1971). *El río, el puente y la alameda*. *Antología*. Lima: Instituto de Raúl Porras Barrenechea.
- Rostworowski de Diez Canseco, María (1978). *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. Lima: IEP.
- Rowe, Colin y Fred Koetter (1997). *Collage City*. Basel: Birkhäuser.
- Schmieder, Oskar (1930). “Wandlungen im Siedlungsbilde Perus im 15. und 16. Jahrhundert”. *Geogr. Zeitschrift*.
- Sennett, Richard (1986). *Verfall und Ende des öffentlichen Lebens*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Schwarz, Rudolf (1949). *Von der Bebauung der Erde*. Heidelberg: Verlag Lambert Schneider.
- Smithson, Alison y Peter Smithson (2001). *Italianische Gedanken, weitergedacht*. *Bauwelt Fundamente*, 122. Basel: Birkhäuser.

- Sota Nadal, Javier (1988). “El movimiento moderno en el Perú”. *HUACA*, 2. Lima.
- Tello, Julio C. (1936). “Lima antes de Pizarro”, en: Museo de Arqueología y Antropología (1999). *Cuadernos de investigación del Archivo Tello*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Ugarte Eléspuru, Juan Manuel (1992). *Lima incógnita*. Lima: Fondo Editorial del Banco Central de Reserva del Perú.
- Wilhelmy, Herbert y Axel Borsdorf (1984). *Die Städte Südamerikas I*. Berlín / Stuttgart: Gebrüder Borntraeger.

Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal*

Wiley Ludeña Urquiza**

Cuando Lima era el Perú —y aún continúa siéndolo—, hubo un transgresor impenitente que recorría los bares de la *Belle Époque* limeña con una sentencia irrefutable: “El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el *Palais Concert*”. Este transgresor profesional era Abraham Valdelomar (1888-1919),¹ un fino escritor conocido por pseudónimo El Conde de Lemos. No era limeño. Había nacido en una tranquila provincia al sur de Lima.

* Este artículo fue publicado como: “Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal”. *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEU+T) de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, XXVIII, 83, 45-65. Santiago de Chile, mayo de 2002.

** Arquitecto por la Universidad Ricardo Palma. Máster en Diseño Arquitectónico por la Universidad Nacional de Ingeniería. Doctorado en el Instituto de Vivienda y Urbanismo de la Technische Universität Hamburg-Harburg. Docente de pre y posgrado en las universidades Ricardo Palma, Nacional de Ingeniería, Pontificia Universidad Católica del Perú y Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Profesor visitante en la Facultad de Arquitectura de la Technische Universität Berlin, el Programa de Pos Graduação em Urbanismo de la Universidad Federal do Rio de Janeiro, el Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la cátedra Walter Gropius de la Universidad de Buenos Aires, entre otros. Ha sido responsable de las secciones de crítica de la arquitectura y urbanismo en los periódicos *El Observador*, *La Razón* y *La República*.

1 Nota del autor: con esta versión se corrige el error involuntario registrado en la primera edición del presente artículo publicado en *EURE*, XXVIII, 83: 45-65, 2002, en referencia al año de fallecimiento de Abraham Valdelomar, registrado en 1929. La fecha es el 3 de noviembre de 1919.

Julio Ortega ha encontrado en esta célebre frase de Valdelomar más que la constatación de una realidad que alude a la hipérbole del centralismo limeño, la ausencia de un “centro” en el mapa personal del escritor del *Caballero Carmelo* (Ortega, 1986: 14). Y es que en el fondo, antes que el reconocimiento de una situación con la que podía sentirse identificado, Valdelomar estaba ironizando su propia desesperanza de encontrarse en una ciudad que le provocaba, en el fondo, antes que identificación, nostalgia por esa tranquila Lima colonial, seguramente evocada por sus padres, o el mundo bucólico de la provinciana casa materna. De ahí que el principal espacio de su literatura no haya sido precisamente la Lima de la *Belle Époque*, sino el mundo provinciano, el ámbito de la ciudad materna. De algún modo, su propia actitud, entre errática y angustiada por exhibir un *ethos* burgués supuestamente más moderno que la ciudad que lo acogía, expresa todo lo contrario: que la ciudad que él había convertido en escaparate para mostrarse a sí mismo y lucir su gesto transgresor era la que ya había adquirido parte de un *ethos* burgués más auténtico: una ciudad sin “centro”, o más bien, una ciudad donde la velocidad y el tiempo modernos parecían convertirse en el nuevo centro.

¿Cuál es la naturaleza y qué representa el “centro” en una ciudad? ¿Es una forma de materializar y reproducir la lógica del poder en el funcionamiento de las ciudades? ¿O es el resultado de una necesidad casi biológica de la población urbana por delimitar —como lo haría cualquier animal— el epicentro de un territorio definido bajo su dominio? ¿Por qué muchas ciudades mantienen un solo centro? ¿Y por qué y a partir de qué condiciones surgen en una ciudad otros centros alternativos? ¿Cuáles son las relaciones entre la existencia de un determinado tipo de centro y las estructuras totalitarias o democráticas de la sociedad?

Los temas del centro, la centralidad y otros fenómenos análogos resultan por esencia multifacéticos y multidimensionales, tanto como los “centros” que constituyen para sí la sociedad, cada grupo social o los individuos. De otro lado, no hay centro y centralidad sin interpretación política, económica, social, cultural o simbólica, lo que le otorga al pro-

blema una dimensión de fenómeno complejo. En este contexto, la discusión sobre el centro, la centralidad y la periferia puede resultar tan contradictoria como la discusión sobre autoritarismo y democracia, sobre dominio centralizado y participación igualitaria, sobre identidad social autorreferencial e identidad social no jerarquizada.

La existencia práctica de los centros no supone el mismo escenario que el discurso ideológico sobre estos: tal es otro rasgo del problema que lo hace más complejo en su abordaje. Entre centro real y discurso sobre la centralidad, existen multiplicidad de lecturas y enfoques. No es lo mismo referirse al centro y la centralidad desde las fronteras de la periferia, como tampoco lo es convertir en reflexión el tema del centro desde las entrañas mismas de su territorio. Y tampoco nunca será igual “retoricar” el centro desde los intereses de los que precisan urgentemente un hito de referencia –casi en los mismos términos de Valdelomar y de los que detentan otros poderes–, que referirse desde un contexto que no precisa de formas centralizadas de la propia representación.

La historia de Lima es un buen ejemplo para reconocer la naturaleza compleja y dinámica de la constitución histórica de una centralidad autosuficiente y confrontada consigo misma y con sus espacios de alternancia. Es un buen ejemplo para observar también las relaciones de correspondencia entre centro y sociedad (y ciudad) institucionalizada, entre centro y dinámica autoritaria y/o democrática en la construcción social de la ciudad.

En un sentido, la historia del Perú republicano y, por consiguiente la historia de Lima, ha sido y es la historia de un discurso recurrente sobre un centro siempre esquivo. Es la historia permanente de un discurso interesado por inventar un “centro” que ordene y pueda dar sentido a las aspiraciones de legitimación social y política de los diversos sectores sociales del país. Por ello, en el Perú y Lima hacer república ha sido sinónimo de buscar y construir de manera precaria un centro en la exacta dimensión de una tradición autoritaria (civil y militar), siempre insegura en virtud de su origen y legitimidad.

Ya el hecho de hablar de centro o centralidad es admitir que su existencia resulta problemática. No discutir esta condición significaría

admitir, en un escenario, que el centro o los centros son una especie de estado natural de existencia consensuada de la ciudad y la sociedad. Y por otro, que los centros no existen o no son necesarios, habida cuenta de una sociedad democrática que no precisa de formas de centralismo cooptativo, de símbolos unificadores o de epicentros que irradian un determinado orden establecido.

Es evidente que en sociedades y ciudades desinstitucionalizadas, desprovistas de identidades constituidas, de redes sociales organizadas y de una sociedad civil fortalecida, la búsqueda y retórica del centro (o de muchos centros) ha supuesto la afirmación de un territorio dispuesto bajo el control de un orden dominante. El centro, antes que un punto de llegada, es un punto de salida para legitimar la expansión del poder económico y social de turno. Esta es la historia de la sociedad y de la ciudad peruana o latinoamericana.

Tal como no existe una sola memoria urbana sino muchas encontradas y desencontradas, asimismo no es posible hablar de un solo centro. Existen diversos centros en formación, en constitución y en pugna permanente. Existe un centro constituido por el poder político. Pueden existir otros en correspondencia con los intereses de centralidad del poder económico y social. Y también existen otros centros en los que coinciden todos los intereses del poder constituido. Este fue el carácter del centro de Lima hasta la década de los años veinte.

Por otro lado, existe el centro o los centros de los que más tienen, y los otros de quienes menos tienen. Existen centros invisibles y otros más visibles. Existen centros evocados y otros reales. De igual forma, no representa lo mismo la experiencia social de vivir la centralidad, que el discurso social sobre dicha centralidad, discurso que la mayoría de las veces se hace ideología del poder (o sobre el poder), como también ideología contra el poder. Lo cierto es que en la historia urbana latinoamericana —por lo menos aquella referida al período republicano—, la creación y delimitación del centro y/o los centros ha sido obra exclusiva del poder. No hay, por lo menos en el caso peruano, un centro creado desde los requerimientos de la sociedad civil.

Así como la enfermedad terminal de todo autoritarismo es una feroz dictadura, igualmente la deformación de todo centro cooptativo es el centralismo por esencia antidemocrático y base de todo autoritarismo. La ciudad no solo tiene centro, sino que ella misma puede ser el centro de la vida nacional. Este es el resultado histórico que define la trama urbana de las repúblicas latinoamericanas y la estructura de nuestras sociedades. En el Perú de la década de los años cuarenta, la población urbana representaba el 30%, y la rural el 70%. Hoy estos porcentajes se han invertido rigurosamente.

Nuestras ciudades encarnan una múltiple condición de centralidad para configurar esta condición en un modo de experimentar socialmente las ciudades. Aquí la movilidad permanente de los centros, siempre fugaces como precarios, expresa precisamente la precariedad del tejido social, económico y político de nuestras sociedades. Una especie de centro itinerante impulsado por centros que huyen de sí mismos (una vez que el pueblo los hace suyos, como sucedió con el centro de Lima tomado por la migración del siglo XX), o de su afán por identificar centro con isla de poder autocontrolada y protegida.

Lima: el centro como construcción histórica

El centro nativo versus el centro colonial

Cuando los españoles habitan el valle de Lima para construir la capital del Virreinato del Perú, el área estaba ocupada por unos 40 mil habitantes. Entonces había en la zona, con distintos grados de uso, dos complejos urbanos de singular importancia: Cajamarquilla y Pachacamac. Lima era en aquel tiempo una especie de ciudad de ciudades. O más bien se trataba de una ciudad (o anticiedad, en el sentido occidental) constituida por un todo unitario de relaciones humanas y espaciales, antes que por un todo unitario físico-espacial. Una ciudad propia de una racionalidad precanónica y topológica.

Aparte de la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas ubicadas en puntos estratégicos de todo el territorio, esta red urbana poseyó en una fase tardía un “centro” de mayor significación en el que se encontraban la residencia de Taulichusco, el cacique de la cultura Lima; una huaca para la casta sacerdotal y las ofrendas colectivas; y el punto de control de aguas para regar parte del valle. Era un centro político, religioso y de control productivo.

La ciudad colonial se erigió en este mismo centro. Mejor dicho, se superpuso rigurosamente sobre la trama preexistente con los signos de la misma violencia cultural de casos similares, como el Cusco o Cajamarca. El centro de Taulichusco se convirtió en el centro de Pizarro. La parcela ocupada por la huaca nativa fue reemplazada por la catedral católica. La antigua cancha fue reciclada por la plaza ortogonal hispánica. El mensaje era absolutamente claro: se trataba de una violenta apropiación de una preexistencia urbana y una refundación simbólica de trágicas consecuencias en la identificación entre sociedad nativa y su centro social y existencial. Aquí los cánones de fundación pasaron a un segundo plano: la plaza central del damero tuvo que ubicarse de manera excéntrica para establecer una perfecta coincidencia entre ciudad impuesta y la ciudad preexistente. El poder y la racionalidad eurocéntrica del *yo* conquistador fueron erigidos sobre la preexistencia conquistada; y los principios de un orden ideal renacentista, impuestos sobre un orden nativo mitopoético y topológico.

La ciudad colonial convirtió al centro en sinónimo de la ciudad: Lima sería el centro y el centro sería Lima. Tras una fase de adaptación al medio, mediante la cual el orden impuesto devino conciliatorio con las condiciones preexistentes, se produjo una fase de expansión dentro de las limitaciones de una muralla construida para evitar el acoso de los piratas. Este orden urbano y su centro correspondiente se mantuvieron prácticamente inalterados en su lógica inherente hasta décadas después de la declaración de la independencia de España, en 1821, y la demolición de la muralla entre 1870 y 1872.

El centro de la “república aristocrática”

La idea de centro-centro surgió en el preciso instante que se decidió la demolición de la muralla, y aparecieron las ideas de suburbio y periferia. Esta operación se produjo cuando Lima experimentó una primera fase de modernización de sus estructuras a mitad del siglo XIX, como consecuencia del llamado “ciclo del guano”, el primer ciclo de expansión económica del Perú republicano. Esta primera fase de origen y delimitación socio-espacial del centro se extendió hasta finales de la década de los años treinta del siglo XX. En este marco, la conversión definitiva del espacio ocupado por la ciudad colonial en el nuevo “centro” de la ciudad de Lima se inició recién a principios del siglo XX, cuando este nuevo epicentro urbano devino en tema de discurso político como producto de la necesidad de legitimación social del emergente poder oligárquico (Ludeña, 1996: 15-30).

Entonces Lima se jerarquizó a partir de un “centro” con la previsible utilización del típico esquema radial, lo que se tradujo en la instalación de ejes axiales (el anillo de circunvalación interna y las grandes avenidas) que unieron el núcleo histórico de Lima con subcentros extraurbanos (Miraflores, Barranco, La Punta, Chorrillo). La expansión devino unidireccional en su orientación, la cual se dio prioritariamente en dirección al mar y a los subcentros-balnearios ubicados en la faja costera.

Tras la demolición de las murallas, Lima experimentó un proceso complejo y contradictorio de desestructuración y afirmación del centro: por un lado, la tendencia al abandono del área central de la ciudad como lugar de residencia, mientras que por otro, la reafirmación de los atributos de una nueva centralización que expresaron las demandas oligárquicas de una estructura de poder centralizada y autoritaria. Seguir viviendo en el área central o abandonarla para residir en la periferia: he ahí el dilema en el que empezó a debatirse la élite social limeña desde mediados del siglo XIX, con su fascinación por Chorrillos, y más tarde, a inicios del siglo XX, con su interés por residir en los balnearios como La Punta, Miraflores o Barranco.

La tendencia centrífuga hacia el suburbio, y por consiguiente, el surgimiento de la villa suburbana en el sentido moderno, tuvo lugar en Lima en el marco de un encuentro de factores múltiples que, por diversas razones, se dieron prácticamente en la misma época. La demolición de la muralla de Lima (1870-1872) –que abrió las posibilidades de concretar la idea de una ciudad sin límites, ya sugerida en décadas anteriores con la instalación del transporte ferroviario a Chorrillos y el Callao (1848-1858)–, fue un elemento importante. Y lo fue también el hecho de que experiencias como las del barrio La Magdalena (1872), con sus villas y *chalets* surgidos, se convirtieron en una real alternativa de vida.

Aun cuando las deplorables condiciones sanitarias del centro actuaron también como un factor decisivo para el abandono del área central por parte de la élite social de entonces (las devastadoras epidemias de fiebre amarilla y peste bubónica de 1868 y 1903, respectivamente, tuvieron un dramático impacto social), el origen de la elección por el suburbio como punto de residencia de la oligarquía limeña no se debió solo a estas condiciones ni fue producto de un gesto de banalidad motivada por el interés de estar “a la moda” americana. Este hecho, el éxodo entusiasta del centro hacia el suburbio verde y asoleado por parte de los miembros de la élite limeña, resultó expresión de un concreto programa político y cultural resuelto en términos urbanísticos. Aquí, el éxodo (sin casa, pero con todos los enseres y personal doméstico) de quienes no volvieron más al área central salvo en calidad de miembros de la burocracia gubernamental, se inició como fenómeno sistemático en la Lima finisecular. Entonces la vieja, imponente y abandonada casona colonial o republicana comenzó –por gestión de los propios dueños– a ser objeto de múltiples subdivisiones, alquileres e historias de tugarización.

La idea de ciudad concebida como “obra de arte” fue el principio rector en los planes realizados durante este período. La ciudad se asumió como un todo artístico inanimado, el cual debió ser transformado como una enorme escultura de perspectivas variadas, donde la representación del poder se dispuso para reforzar los símbolos de la

centralidad urbana. En este esquema no interesó la existencia de la ciudad de los pobres: ésta fue excluida de la idea de ciudad a transformar. Bajo el esquema de “civilización y barbarie” se pensó que el orden de la ciudad oficial, en tanto factor de civilización, debió “corregir” los males de la “otra” ciudad no vista.

En este marco, el discurso sobre el centro apareció como respuesta a dos fenómenos contradictorios. En el primero, la ideología del centro devino en contra-discurso ante la fascinación creciente por la periferia. En el segundo, se trataba de la doble moral oligárquica respecto a la ciudad, toda vez que el centro de su principal fuente de acumulación nacía del control y explotación del mundo agrario, y no de la ciudad propiamente dicha.

Si la administración del presidente Ramón Castilla en dos de sus períodos más importantes (1845-1851 y 1855-1862).² había optado por renovar la ciudad existente entrelazándola mejor con su entorno, y José Balta (1868-1872) había resuelto prefigurar, a partir de 1868, una “ciudad nueva” sin límites y con ensanches continuos, la administración de Nicolás de Piérola (1895-1899) se decidió, a partir de 1895, por la transformación de la *city*, y la redefinición entre centro y periferia a partir de la legitimación del suburbio y la implantación de una red vial más fluida y claramente delimitada. Esta nueva red vial que atravesó el mismo centro de Lima (por ejemplo, las avenidas La Colmena y Central), para articularse con la periferia, fue concebida como una red extendida de vías que a modo de grandes parámetros de control urbanístico debían posibilitar en torno a ellas el más completo *laissez faire* del negocio urbanístico (Ludeña, 1997: 129).

Hasta el inicio de esta nueva fase de creación del nuevo centro republicano, éste coincidía, en términos geográficos o de ubicación, con el viejo centro colonial en el que se concentraba el poder religioso, militar, político y social en una especie de trama indeterminada donde

2 Nota del autor: con esta versión se corrige el error involuntario registrado en la primera edición del presente artículo publicado en *EURE*, XXVIII, 83: 45-65, 2002, en referencia al año de culminación del segundo período de Gobierno del presidente Ramón Castilla registrado como 1866. El año de culminación es 1862.

tipología de base y tipología especial concordaban de manera no diferenciada. El centro era la ciudad. Y la ciudad era el centro. Quinientas hectáreas de vida y poder. En cambio, el centro republicano era el centro de la diferenciación funcional y del surgimiento de un nuevo poder: el financiero y comercial, con la aspiración permanente de su propia representación simbólica. En el caso de Lima, esto empezó ya iniciado el siglo XX, cuando la ciudad se convirtió en un espacio sujeto de inversiones y del desarrollo de una intensa actividad mercantil, financiera e inmobiliaria, y en una ciudad con una serie de nuevas exigencias relacionadas con los requerimientos de un nuevo ciclo de expansión de la economía peruana: el ciclo de la explotación minera y agroindustrial (haciendas de algodón y azúcar). Entonces, Lima se transformó súbitamente en un exclusivo espacio de intermediación (y no de producción) entre los distintos actores vinculados a esta economía base.

Al no asumirse este nuevo ciclo de expansión económica de Lima basado en la acumulación del sector industrial, la ciudad correspondiente al modelo agroexportador, impulsado por la oligarquía, era una ciudad a medio camino entre una especie de *Business District* burgués y de *Residentstadt* aristocrático, y un centro mediatizado. La oligarquía agroexportadora, provinciana, que vivía más en la hacienda y en el campo, deseaba una ciudad tranquila pero al mismo tiempo civilizada, un pedazo de París en medio de “buenos salvajes”, y algunas cuotas de infierno urbano.

Por ello, Piérola redefinió el nuevo centro como espacio económico-financiero, y le ofreció a la oligarquía limeña la urbanización del suburbio y la villa pintoresquista. Le otorgó un espacio para realizar cómodamente el ritual oligárquico del *club*, del hipódromo, del juego de tenis, del paso dominical en La Exposición y del café con orquesta vienesa en el Café Estrasburgo. Además, le ofrecía una ciudad apta para recibir a todas las instituciones oligárquicas que se iban sumando al ya existente Club Nacional, las que se crearon como espacios de sociabilización y expresión política: la Cámara de Comercio (1888), la Sociedad Nacional de Industrias (1895), la Sociedad Nacional de Minería (1896)

y la Sociedad Nacional Agraria (1896). El recién creado *Jockey Club* estaba destinado a ser un espacio simbólico importante. Lo era también el *Lima Polo and Hunt Club*. El *Lawn Tennis Club* tenía el mismo significado: ser un inevitable punto de encuentro para la clase alta.

No existe centro sin discurso sobre el centro. Y este es un fenómeno que acompañó este período de inicios del siglo XX. La ciudad, entonces, no solo se concebía como un espacio de arquitecturas y costumbres previsibles. También empezaba a concebirse como un espacio sociológico, demográfico y ecológico a estudiar y planificar.

En este marco, y con el propósito de desarrollar un mejor “manejo” de la ciudad desde la perspectiva de la población, la Municipalidad realizó diversos censos. En 1891, la Municipalidad encargó a Pedro de Osma la dirección del primer censo posterior a la Guerra del Pacífico. De igual manera, en 1903, la Municipalidad autorizó a Víctor Maúrtua la realización de otro censo. Y finalmente, en 1908, el doctor Enrique León García realizó un censo de la ciudad de Lima y el Callao, con una cartilla en que se incluían variables hasta entonces no consideradas, como el tipo y área de las viviendas, el grado de salubridad, entre otras.

La ciudad como objeto de estudio y planificación. La ciudad como discurso y metadiscurso. La ciudad como objeto deliberado de contemplación. La ciudad sabiéndose *ciudad*: he ahí parte de los principales rasgos a partir de los cuales es posible inferir la existencia, a partir de este período, de un momento particular en la historia de la conversión de Lima en objeto de discurso teórico y proyectivo. En este contexto, el centro se hizo recién centro: adquirió su propia identidad social y espacial.

Como proceso global, este primer período de la historia republicana de Lima representó un primer gran esfuerzo de transformación de las viejas estructuras de una ciudad que se había mantenido virtualmente sin modificación alguna por más de trescientos años. En esta fase, Lima desarrolló todos aquellos rasgos que, bajo distintas formas de expresión, aparecieron posteriormente en ella, casi de modo tal que la Lima del siglo XX hasta hoy no seguiría los caminos trazados en esta

primera fase. Leguía y los que le sucedieron reforzaron y continuaron la orientación y la lógica de crecimiento urbano establecida o sugerida por Piérola al reforzar el triángulo Lima-Magdalena-Miraflores, y al fijar, con el Paseo Colón y la urbanización respectiva, la dirección sur como la zona a la que debía dirigirse el emplazamiento del hábitat de las clases altas limeñas. Mientras que al reorientar el destino social del barrio de La Victoria (inicialmente previsto por Balta como el nuevo barrio de administración y de residencia para la clase gobernante) estaba señalándose el estilo y la dirección en la que debía emplazarse el hábitat popular.

Un rasgo importante de este período fue la introducción de cambios respecto a las formas tradicionales de control, gestión y transformación de la ciudad, heredadas desde la Colonia. Por un lado, la ciudad dejaba de convertirse en el monopolio de las decisiones personales del jefe del gobierno o de la comuna, para abrirse —en el marco del discurso librecambista del siglo XIX— a la iniciativa conjunta, coordinada o diferenciada tanto del sector privado como estatal. Obviamente la casi totalidad de las iniciativas de transformación urbana, así como la realización de las principales obras, estuvieron a cargo de particulares. Con excepción de iniciativas promovidas desde el gobierno, como el caso del balneario de Ancón o la realización del Plan de Luis Sada, su papel se redujo en la exacta dirección sugerida por el liberalismo económico y político: encargarse del control del orden público, administrar el estado de la nación, proveer y garantizar fondos para el beneficio privado y formular el marco jurídico pertinente.

En relación con el centro, y mientras se observaba un proceso de fortalecimiento de éste como espacio residencial del poder económico y comercial, aconteció también el inicio de un proceso de éxodo por parte de la élite oligárquica. Este hecho significó la asignación de un nuevo rol a este espacio de la ciudad: ya no solo centro político, administrativo y comercial, sino además residencia para la nueva clase media o los nuevos migrantes provincianos. Estos últimos no fueron los primeros que buscaron vivir en las casonas señoriales posterior-

mente tugurizadas. Fue la propia oligarquía quien se las ofreció tras subdividir las hasta la mínima expresión sin más interés que lograr la máxima renta y lucro posibles. En todo caso, el éxodo oligárquico del centro no fue una fuga necesariamente motivada por el sol y el aire fresco del suburbio, sino que constituyó, al mismo tiempo, un buen negocio que les permitiría vivir luego de rentas acumuladas. Por otro lado, su desplazamiento seguro hacia el centro había sido garantizado con la apertura de las avenidas Central y del Interior, las que, cual versiones limeñas de la *Regent Street* londinense o la *Avenue de L'Opera* parisina, debían conducir a los oligarcas limeños desde sus casas al centro mismo, sin necesidad de tropezarse con la inmundicia dejada por los “callejones”, el “populacho” y las “casas de vecindad”.

La Lima dejada por la “república aristocrática” fue una ciudad que no había resuelto en absoluto los problemas que ya a mediados del siglo XIX se observaban: déficit de viviendas y servicios, cuadros extremos de hacinamiento e insalubridad, entre otros. Por el contrario, estos problemas se habían agudizado aún más durante la gestión oligárquica de la ciudad. El doctor Enrique León García señalaba en su estudio de 1903, y ratificaba luego en su tesis doctoral, que el 77% de los habitantes de Lima vivían “mal alojados” y que el 10% vivía en condiciones de “suficientemente alojados”, mientras que solo el 13% vivía con holgura en el espacio habitable. La Lima de los grandes abismos sociales estaba ya revelada en estas cifras: o vivían bien (unos pocos) o vivían muy mal (la gran mayoría). El espacio para formas intermedias era apenas reducido (León, 1903; Eyzaguirre, 1906; Basurco, 1906).

Por otro lado, dos fenómenos conectados con esta misma problemática, y que por lo general han sido vistos como productos típicos del desarrollo limeño a partir de la década de los años cincuenta, ya constituían también parte del paisaje durante este período: el fenómeno de la tugurización del centro y el problema de las “invasiones” o “barriadas”. Ciertamente la subdivisión de las casonas para alquilarlas no demoró mucho en convertirse en un fenómeno, sobre todo en la periferia inmediatamente cercana al centro. Lo cierto es que en la

Lima finisecular, los cuadros de tugurización y hacinamiento en la periferia inmediata al área central eran tan graves como los son aún en la Lima de 2002. Únicamente en la zona comprendida entre la Avenida Abancay y la Plaza Italia, en el sector de Barrios Altos, la densidad era de más de 357 habitantes por hectárea, con callejones como el “Callejón Otaiza”, en el cual vivían cerca de mil asiáticos repartidos en cien habitaciones-cuarto (Burga y Flores, 1981: 14).

La Lima del siglo XIX y su centro constituyó una ciudad surgida desde las bases mismas de un discurso político y económico anclado a veces en el liberalismo más recalcitrante, como el de Balta o Piérola. Esta Lima era la ciudad hecha a imagen y semejanza de la voracidad económica privada y la plena identificación del Estado con este hecho. Todas sus miserias y esplendores fueron los mismos que los de sus propios gestores, quienes la explotaron (y la hicieron explotar, a propósito de la demolición de la muralla) sin más límites que la obtención de la fortuna fácil. En ningún momento se buscó el desarrollo de una ciudad de consenso, una ciudad menos estratificada, es decir, una ciudad como la de las administraciones de Bismark en Alemania, Napoleón III en Francia o la de los conservadores ingleses de Disraeli; los mismos personajes europeos a los que se trataba de imitar, pero sin recoger aquellas lecciones que ellos procesaron luego de las revoluciones como la de 1848: forjar una ciudad alejada de todo liberalismo a ultranza, y en la cual el Estado juegue un papel importante en su control y la transformación. Es decir, una ciudad donde el derecho público y privado y los diversos intereses puedan tener algún nivel de coordinación, claro está, bajo la égida de un Estado centralizado.

En el caso de Lima no ocurrió este cambio y, por el contrario, con la “república aristocrática” las posibilidades de forjar una ciudad de todos fueron canceladas completamente por la vía de afirmar aún más las diferencias entre los distintos estratos de la sociedad limeña. Si el liberalismo del siglo XIX había implantado la ley de la selva, en virtud de la cual cada uno forjó la ciudad que podía —la que sus posibilidades le permitían—, la oligarquía erigió y estableció las fronteras físicas y espaciales de la nueva Lima. Si la burguesía en ciernes fue la que

consiguió derribar las murallas de Lima en 1872, la oligarquía de finales del siglo se encargó de levantar las nuevas murallas sociales entre las distintas partes de la ciudad: una ciudad de espacios diferenciados, protegidos y separados totalmente del indio y de la población obrera. En realidad, hasta el advenimiento de esa mezcla de capitalismo de Estado y liberalismo que supuso el régimen de Augusto B. Leguía en la década de los años veinte, la ciudad de la “república aristocrática” tuvo más de “ciudad liberal” que de ciudad “posliberal”, para decirlo en términos de las categorías empleadas por Leonardo Benévolo en su *Historia de la ciudad* (Benévolo, 1983: 813-871).

Casi cien años después, la historia depuró un curioso “retorno” a la exaltación oligárquica del liberalismo decimonónico. Si Piérola inauguró el siglo XX con un discurso ultraliberal de la economía, donde el discurso neobarroco de la ciudad pudo ir de la mano con un mercado inmobiliario desregulado, sin más regla que el de la selva urbana, el siglo XX se cerró con una réplica neoliberal y sin más parámetros de control que las leyes de un mercado capitalista salvaje. ¡Qué curioso! En ambos casos el tema del centro histórico aparece como pieza clave en la construcción de una cierta identidad social y colectiva, pero lógicamente, con diferentes contenidos.

El nuevo centro de la “patria nueva”

La historiografía social y política del Perú ha señalado al gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930), llamado también el “oncenio leguista”, como un hito que marcó el fin y el inicio de una etapa. Significó el fin de la llamada “república aristocrática” y el inicio de la modernización capitalista de la sociedad peruana. Sin embargo, esta división entre una y otra etapa del desarrollo social peruano parecía no tener lugar en el ámbito de la producción urbanística, al menos en lo que atañe a la idea de ciudad que estuvo en la base tanto del urbanismo oligárquico como del discurso urbanístico de la administración Leguía.

Mas allá de la estética del progreso capitalista y la fascinación por los signos de la tecnología de la velocidad y el tiempo aparecidos con el oncenio leguista; más allá de la aplicación de nuevos métodos en la producción urbana, la ciudad edificada durante este gobierno se sustentó —en esencia— no solo en los mismos fundamentos del discurso urbanístico oligárquico, sino en una versión amplificadora de aquella ciudad prefigurada por el plan de Nicolás de Piérola. La expansión vía la implantación de las grandes avenidas y nodos circulares al estilo haussmanniano; el desarrollo de la urbanización pintoresquista tipo ciudad jardín de planta tardobarroca; la idea de una ciudad sin límites en su expansión; el desarrollo de una ciudad segregada socialmente: he ahí parte de los principios básicos de la ciudad soñada tanto por José Balta como por Nicolás de Piérola, y que solo Leguía pudo desarrollar en su máxima plenitud. De otra parte, el mismo Leguía, desde los tiempos de su participación como ministro de Economía en el Gobierno de José Pardo (1904-1908), no solo estaba vinculado de algún modo a la gestión urbana de la administración de Piérola y el alcalde Federico Elguera, sino que su experiencia urbana tenía que ver más con los ideales del discurso de la “república aristocrática” que con el urbanismo del capitalismo salvaje al estilo de la parrilla de Manhattan. En términos urbanísticos, Leguía es a la administración de José Prado como Piérola es a la administración de José Balta: auténticos puntos de contacto y factores de continuidad entre una fase y otra.

¿Qué ha significado el Gobierno de Augusto B. Leguía para Lima y el urbanismo limeño?

De una u otra forma, casi todos los gobernantes del Perú han tenido en la ciudad de Lima a uno de sus objetos preferidos de intervención. Pero si realmente existe alguien para quien esta relación tuvo el sentido de una relación vital desde el punto de vista de la existencia política, económica o cultural, este es Leguía. Lima fue para Leguía como

los capitales norteamericanos fueron para la expansión capitalista en América del Sur.

Para Leguía, Lima adquirió una importancia estratégica como escenario físico y fuente de representación y resonancia simbólica. La razón se debió esencialmente a la necesidad de poner en práctica tres de los principales objetivos de su política gubernamental: la centralización política del Estado, el desarrollo de una demanda de consumo básicamente “urbana” para dinamizar la oferta industrial y comercial capitalista, y el desarrollo de nuevas estrategias de simbolización de un poder moderno y cosmopolita.

Si bien el oncenio se preocuparía por desarrollar un nivel de integración regional a través de la ampliación de la red vial nacional, la ciudad de Lima devino razón y expresión acabada de una política decididamente centralista de fortalecimiento y modernización del Estado. Así como Leguía terminó por subordinar los intereses de las clases dominantes al Estado, y éste al capital financiero norteamericano, asimismo la ciudad de Lima terminó subordinándose en todos los niveles a las necesidades de esta política de concentración estatal, y a los intereses del capital norteamericano que harían posible esta transformación. Lima fue una exacta metáfora de lo que sucedía a escala nacional. En estas condiciones, la ciudad de Lima debía constituirse en la sede privilegiada de este plan de centralización política del Estado y debía representarla a través de una estructura y estética urbana pertinentes.

Para el Gobierno de Leguía estaba claro que impulsar el desarrollo capitalista en el Perú implicaba al mismo tiempo el desarrollo de un mercado de consumo pertinente. Y estos hechos implicaban la ampliación de la faja de consumidores y el desarrollo de nuevos espacios para tal efecto. De ahí que estuviera claro que no podía tener lugar este desarrollo sin contar primero con una amplia clase media, y en segundo lugar, sin una ciudad concordante donde esta clase pudiera convertirse en un activo sujeto social de consumo de nuevos productos e imágenes.

Una economía urbana basada en el más ortodoxo *laissez faire, laissez passer*, donde capitalismo salvaje y Estado podían aparecer como las

dos caras de una misma moneda. Donde la legalidad controladora era una ficción literaria y donde la lógica de la especulación urbana carecía de cualquier parámetro de control, era evidente que debía producirse una suerte de revolución librecambista en el ámbito de la expansión y modernización capitalista de la ciudad. Los datos revelan por sí solos este hecho: si Lima tenían en 1920 un área de 1.136 ha, de las cuales 1.020 pertenecían a la parte urbana; en 1931 el área de Lima se había prácticamente duplicado: contaba con un área de 2.037 ha (Bromley y Barbagelata, 1945: 105-109).

Durante el oncenio leguista, Lima vivió un proceso de expansión acelerada y consolidó su papel de ciudad centralista y concentradora de los recursos económicos, la producción industrial y comercial, así como de la base administrativa y los principales servicios educativos y hospitalarios del Perú. Todo el programa de transformación urbana ejecutado por Leguía estuvo dirigido a fortalecer precisamente este rol centralista de Lima y la condición de ser la ciudad excluyente de entrada y salida del comercio internacional peruano.

La Lima leguista fue, pues, la ciudad que se abrió raudamente a los signos de una modernidad capitalista dependiente, pero también fue la ciudad que al mismo tiempo se abrió a los efectos de un proceso defectivo de urbanización en virtud del cual empezaría a convertirse en un polo de atracción de una migración campo-ciudad que tendría, en la década de los años veinte, las primeras manifestaciones de fenómeno masivo.

La aceleración del crecimiento poblacional observada en la Lima de los años veinte, producto del incremento sustancial de la migración provinciana, puede resultar reveladora. Si en 1920 la población total de Lima-Callao era de 300.977 habitantes, ésta se había incrementado en 1931 a 442.300 habitantes, un 47,28% de crecimiento absoluto. En este proceso, la población de la ciudad de Lima (Cercado-La Victoria-Barrios Altos), que en 1920 había registrado una población de 173.007, se había incrementado en 57,6% para alcanzar en 1931 una población de 272.742 habitantes. Sin embargo, el incremento más espectacular se dio en el caso del distrito de Miraflores, el cual conta-

ba en 1920 con una población de 9.733 habitantes, y 25.972 habitantes en 1931: un espectacular crecimiento del orden del 373,3%. Este último dato tiene más que ver con una suerte de “migración interna”, debido a la elección de la zona sur de Lima como el área preferente de expansión urbana para los sectores medios altos y la oligarquía que había decidido abandonar el centro histórico de la ciudad. Para una población que en décadas pasadas no había sufrido mayor incremento—solo aquel generado por el crecimiento vegetativo—, el aumento del 47,28% en una década supone, ciertamente, una suerte de revolución demográfica de Lima, un primer anuncio de confirmación de la política centralista limeña.

La ciudad leguista fue, en muchos aspectos, una ciudad de profundos cambios. Pero no era una ciudad de ruptura o del inicio de una “nueva era”, como pretendía ser vendida por la propaganda oficial del régimen. Más allá de los efectos innovadores de la modernización producida en la infraestructura urbana existente; más allá de la presencia de los nuevos exponentes del mundo tecnológico moderno, la cultura promovida desde el poder intentaba presentarse como un deliberado anacronismo aristocratizante. Es aquí, en el terreno de las mentalidades o las ideologías urbanísticas, donde es posible sostener la ausencia de cambios profundos. El Estado leguista no solo fue ese Estado policial que puede recordar a gobiernos precedentes, sino que se encargó de restaurar y recrear toda la parafernalia comportamental y estilística anidada por la “república aristocrática”. En este aspecto, el régimen leguista no implicaría cambio alguno. O mejor dicho, implicaría solo la modernización de las formas manteniendo incólume los viejos contenidos: cambiar para no cambiar. Jorge Basadre encuentra que el régimen leguista “revivió la tradición limeña de carácter áulico y cortesano, exhibida en la pleitesía ante los virreyes” (Basadre, 1970: 369). Por ello, lo que podría aparecer como una contradicción abierta entre modernización capitalista y defensa de una estética historicista de estilo oligárquico no lo es tanto. El factor encargado de disolver cualquier contrasentido fue la promoción de una cultura urbana basada en la conversión de la vida urbana en una gran fiesta cargada de frivolidad,

decadentismo y un vacío cosmopolitismo donde la población terminó convirtiéndose en *voyeur* colectivo de la cultura del club privado y los paseos en automóvil. Dice con razón Julio Ortega que “el carnaval, el hipódromo y el teatro fueron los principales centros de expresión urbana del régimen” (Ortega, 1986: 85).

Modernización y *revivals* de todo tipo: he ahí las dos caras de una misma puesta urbana y artística. La idea de Leguía era, después de todo, la de empatar dos proyectos que en términos de ciudad e incremento de plusvalías no eran tan antagónicas desde el punto de vista de esa oligarquía moderna promovida por el Piérola urbanista: la ciudad de la “república aristocrática” con la ciudad gestionada por el capitalismo salvaje. La primera tenía que ver con la forma y los estilos, mientras que la segunda aludía al método y a los resultados. Todo esto explica por qué el régimen de Leguía fue el régimen donde la estética pintoresquista tuvo un desarrollo sin parangón al lado de la especulación urbana más desenfrenada que la historia de Lima registre. Por eso es que en su régimen —como en la ciudad— convivieron al mismo tiempo el palacete estilo tudor con la casa económica *art déco* y el *chalet* estilo neocolonial o estilo neoinca. El pintoresquismo devino una forma elocuente de cosmopolitismo conservador acrítico, donde la imitación de formas y estilos ajenos a la realidad no pasó de ser un atajo ilusorio para disminuir la distancia entre la metrópoli internacional y la periferia subdesarrollada, entre la autenticidad de lo moderno y el provincianismo del estilo retoricado.

Leguía no se desinteresó por el centro de Lima, como muchos han sostenido. Al contrario, tuvo demasiado interés en potenciar este espacio de la ciudad. Lo que sucedió es que su interés pasaba por la construcción de “otro” centro en reemplazo del existente hasta entonces. Y este otro centro tenía que ser el espacio donde debían concentrarse todos aquellos símbolos que expresaban la construcción de esa “patria nueva” prometida. Para ello, dispuso no solo la remoción total de muchos edificios, empezando por el Palacio de Gobierno, sino también la ejecución de una serie de obras nuevas de distinto formato y tipo. Pero lo más importante es que dejó a los representantes del

capital externo y al sector de esa burguesía industrial que él alentaba, que construyeran *su* parte. Así, de pronto el centro se llenó de sedes bancarias, casas comerciales extranjeras, hoteles, galerías comerciales y edificios de oficinas para la nueva burocracia estatal y privada.

Sin embargo, la nueva serie edificatoria levantada por Leguía no bastó para transformar el área central de Lima de forma significativa. Además, durante el oncenio leguista se dispuso la construcción de una serie de plazas y parques públicos en la dirección de afirmar una nueva estética urbana y también en la de oxigenar la comprimida área central precedente. Estas obras constituyen el segundo grupo de las obras promovidas por Leguía. Entre las principales se encuentran la Plaza San Martín, el Parque Universitario, el Paseo de la República, la Plaza Victoria (detrás del Congreso), la Plaza Dos de Mayo y el Pasaje Carmen o del Correo. Y un poco en la periferia del casco histórico se construyeron la plaza circular Jorge Chávez, el Parque de la Reserva y la Plaza Washington en la Avenida Arequipa.

Tras el derrocamiento de Leguía, la dinámica urbana impuesta por su régimen no registró alternaciones significativas en las décadas posteriores, hasta el inicio de la década de los años setenta. Por el contrario, no solo se mantendrían como directrices básicas las tendencias ya registradas para el caso de Lima y el área central, sino que éstas conseguirían acentuarse aún más. Tal es el caso del proceso de verticalización del área central iniciado con Leguía y potenciado durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, así como el proceso de “refuncionalización” administrativa y la aceleración del éxodo social de los antiguos habitantes del centro, para su reemplazo por una población migrante de bajos recursos.

El centro del Plan Moderno o la disolución del centro

Si el descubrimiento del suburbio como espacio de residencia y construcción de poder se constituyó, a partir de mediados del siglo XIX, en uno de los principales factores de transformación del centro de

Lima, el Plan Piloto de Lima, formulado en 1949, trató de ensayar su completa reestructuración a través de la casi total desaparición de su preexistencia edilicia y urbanística. Para este Plan, formulado como paráfrasis urbana de la utopía moderna corbusiana, el centro histórico, además de ser demolido por las mismas razones de la impugnación del autor de la *Ville Radieuse* a la ciudad antigua, debía ser cubierto por una nueva ciudad llena de bloques uniformados de *pilotis* y ventanas corridas. Todo un declarado tributo limeño al *Plan Voisin* de Le Corbusier.

La llamada Oficina del Plan Regulador de Lima fue constituida en mayo de 1946. Para los autores del Plan, la situación de la Lima de los años cuarenta registró los problemas característicos de aquellas ciudades que registraron un crecimiento acelerado y desordenado, razón por la cual “se han tornado insufribles: falta de parques y de lugares de descanso; apiñamiento de edificios y de gente; congestión de tránsito; escasez de facilidades para el abastecimiento y la cultura, entre otras, son las características más corrientes de cualquier panorama urbano” (ONPU, 1990). Para el Plan Piloto, Lima no fue una ciudad con elementos dispuestos dentro de una visión de conjunto, sino una simple aglomeración de barrios dispuestos de modo anárquico. El llamado “sector central”, comprendido entre las avenidas Tacna, Wilson, Bolivia (y la prolongación Ayacucho, antes Abancay) y el malecón del río Rímac registró “inaceptables condiciones”. Se sostuvo que el “centro” devino en un lugar donde se registraron, de manera clamorosa, problemas de hacinamiento en las viviendas y carencia de espacios libres dentro y fuera de las manzanas, así como un “ambiente hostil” generado por un paisaje urbano de calles angostas, espacios sin árboles y arterias con múltiples congestiones de tránsito.

El nuevo centro prefigurado por el Plan Piloto debía ser un centro coherente con una ciudad de 1.650.000 habitantes como población límite. La propuesta —para el denominado por los autores del Plan Sector Central—, debía corregir aquello que constituía sus principales problemas: el hacinamiento de las viviendas, la ausencia de espacios libres y la congestión de usos, tránsito y personas. La propuesta con-

templa, entre otras medidas, la continuación del ensanche de vías perimétricas (avenida Bolivia, avenida Abancay y el Malecón del Rímac), el reordenamiento del tránsito en la trama de vías centrales y la creación de gigantescas bolsas de estacionamiento a menos de 200 metros de cualquier zona del centro, así como la formulación de un *Reglamento de conservación* del patrimonio de “verdadero interés arquitectónico”.

La apuesta del Plan fue inocultable: aspiraba a la total demolición de la sustancia arquitectónica y urbanística preexistente y su reemplazo radical por una elocuente muestra de urbanismo moderno en clave corbusiana: grandes bloques lineales en altura que se disponían sobre una superficie plana de áreas verdes, espacios de juego y estacionamientos. Es más: para asegurarse la imposibilidad de cualquier referencia pasadista en esta especie de trasplante urbanístico, el Plan prescribió la completa prohibición del llamado “estilo colonial” en los edificios, debido a que con ello “se realiza una obra anacrónica creando un ambiente de incertidumbre”.

El Plan Piloto de la Gran Lima representó un testimonio importante de una idea particular de ciudad y del área central, y un modo de pensar su transformación. Fue aprobado, finalmente, por la Resolución Suprema 256 del 12 de septiembre de 1949, con la firma del Gral. Manuel A. Odría. Algunas de las propuestas principales de este Plan se han cumplido, sobre todo en lo que concierne al Plan Vial. Sin embargo, su principal objetivo, el del recambio estructural de toda la preexistencia edilicia del área central, nunca pudo ser concretado, para la satisfacción de muchos.

En realidad, el Plan Piloto de Lima no significó una apuesta irracional por la desaparición de todo vestigio de centralidad urbana. Lo que pretendía era replantear los contenidos y formas de una nueva idea y escenario espacial para el centro de Lima, a través de la creación de un nuevo “centro” en la parte sur del viejo centro. En esto hubo un gesto pretendidamente fundacional, tratando de emular la dimensión utópica del discurso urbanístico moderno. Este nuevo centro debía ser el gran “centro cívico de Lima”, concretado parcialmente a mediados de la década de los años sesenta en la parte sur del viejo centro. Pero

esto fue más que un gesto estrictamente arquitectónico: detrás de la idea de un nuevo centro cívico para Lima estaba la apuesta por una notación laica y moderna de la ciudad. Y, por consiguiente, la recusa radical a las connotaciones eclesiásticas, militaristas y oligárquicas de las que se nutre el significado social y simbólico del viejo centro de Lima. En todo caso, esta propuesta de mudanza física y simbólica del “centro” podría considerarse como el primer intento de esta naturaleza desplegado en la Lima republicana.

La Lima posterior a la década de los años cuarenta vivió en medio de un Plan aplicado a medias y la demostración de su ineficacia respecto a otros aspectos, así como de la confirmación de los desfases entre la radicalidad de un lenguaje moderno trasplantado como producto de importación y las condiciones materiales y culturales de la ciudad. Sin embargo, se debe reconocer que sus efectos han alterado la fisonomía y contenido del área central.

Pueden mencionarse dos fenómenos característicos de los cambios producidos en el área central entre las décadas de los años cincuenta y setenta con el objetivo de su “modernización”: por un lado, la ampliación y el ensanchamiento de la red vial, tal como ocurrió con las avenidas Abancay, Tacna y Emancipación, así como la acentuación del proceso de verticalización edilicia no solo al borde de las nuevas avenidas sino en el centro mismo, como ha ocurrido con muchos edificios en altura emplazados cerca a la misma Plaza Mayor. Estos hechos han significado la demolición y desaparición de una gran parte del patrimonio histórico edilicio y urbano de raíz colonial.

El otro fenómeno se refiere a la reiteración de los intentos por “descentralizar” el poder, expresados en la progresiva mudanza de algunas funciones básicas de constitución del centro como expresión del poder establecido: las funciones de concentración política, financieras y comerciales. A partir de inicio de los setenta, la mayoría de las sedes ministeriales era reubicada en el distrito de La Molina y el eje de la Avenida Javier Prado. Ocurrió lo mismo con las sedes principales de la banca: empezaron a concentrarse en el nuevo centro financiero de San Isidro. Y finalmente Miraflores, y luego San Isidro, se con-

virtieron en el principal destino de los centros comerciales destinados a las clases medias altas y altas. Con la mudanza, el viejo centro de la ciudad quedó reducido a un espacio donde la única manifestación del poder constituido residente era la Iglesia y el Palacio de Gobierno, como sede figurativa de un errático poder político.

Este “nuevo” centro surgido del proceso post Plan Piloto de Lima fue un centro sujeto de un dramático e incontrolable proceso de recambio social, acentuado en sus rasgos más negativos por las sucesivas crisis económicas acontecidas en el Perú en las últimas tres décadas del siglo pasado. Una especie de *gentrification* al revés. El resultado: un área central en proceso de acelerado deterioro físico, degradación social y una economía informal en sus calles, expresada en una población cercana a 20 mil ambulantes “formales” comerciando de todo. Para muchos, este centro fue el centro del desborde popular y la migración andina convertida en su principal usuario. Para otros, fue el reflejo incuestionable de la inviabilidad de Lima como ciudad posible para todos.

A finales de la década de los años ochenta, el centro carecía de algún significado fáctico para el poder constituido y para los sectores sociales tradicionalmente vinculados con el poder económico y político. Para ellos, el centro era un caso de territorio perdido. Pero este centro tampoco parecía haber consolidado un significado especial, no solo para sus miles de nuevos usuarios pobres llegados a éste desde mediados del siglo XX, sino también para la vasta y “deslimeñizada” periferia barrial urbana. O expresado de otra forma: estos cientos de miles de habitantes precarios del centro no encontraron el modo de resignificar simbólicamente los atributos de una nueva centralidad pertinente a sus aspiraciones sociales y culturales, más allá de las misas en quechua en la Catedral o los pasacalles andinos paseando por sus centenarias calles. Ambos hechos eran impensables unas décadas atrás, cuando en la Lima oligárquica la cultura andina había sido recluida a condición de gueto controlado. En todo caso, junto al nuevo rostro social y cultural del centro, el otro rasgo de este nuevo perfil estaba acompañado por la degradación la preexistencia histórica y el colapso de su propio valor como espacio de residencia.

La “recuperación” del centro. El centro neoliberal

A finales de los años ochenta, esa *Lima la horrible* inventada por el poeta César Moro y repensada por Sebastián Salazar Bondy, se hizo más miserable de lo que había sido siempre. Las condiciones no han cambiado en el tiempo. Según estimaciones del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI), de los casi 8 millones de habitantes que registra hoy la población de Lima, el 36% se encuentra en condiciones de pobreza. En realidad, Lima sigue siendo aún una ciudad miserable con pequeñas islas de ciudad primermundista. En ella, más del 35% de la población habita en barriadas. Si a esta cifra se añade aquel 4% de la población que reside en el área central en graves condiciones de tugurización y deterioro físico, puede inferirse que casi el 40% de la población de Lima habita una ciudad informal y casi miserable.

¿Cómo entender en este contexto y en medio de una euforia ultraliberal aparentemente siempre ahistórica, que uno de los fenómenos característicos del proceso urbano limeño de los años noventa haya sido el sorprendente proceso de lo que se ha denominado la “recuperación del centro histórico”? ¿Tiene que ver este fenómeno con un igualmente sorprendente incremento de la sensibilidad colectiva por el patrimonio histórico o con otras razones menos altruistas, como el de las actuales demandas de representación de poder por parte de los nuevos actores sociales surgidos en el Perú de las últimas décadas? ¿O resulta una reedición limeña del viejo conflicto entre el discurso libre-cambista sin escrúpulos y un programa reformista neoconservador apoyado en los valores de la tradición como impugnación a la cultura venal de los nuevos ricos?

La Lima de inicios del siglo XXI representa, en referencia a las relaciones entre centro y periferia, el comienzo de un nuevo ciclo histórico. Es una ciudad que así como aspira a expandirse de manera horizontal y difusa, también empieza a “reutilizarse” a sí misma para redefinir las bases del patrón tradicional de crecimiento. Pero también se trata de una ciudad que ha realizado en los últimos diez años un notable esfuerzo para resignificar nuevamente el valor del centro histórico.

La Lima de los años noventa fue una cita literal en versión corregida y aumentada de algunas de las fases que caracterizaron el discurso liberal respecto a la ciudad. Aquí se encontraron el liberalismo inicial del *boom* guanero de mitad del siglo XIX, el programa liberal de Nicolás de Piérola dando nacimiento a la Lima de la “república aristocrática”, así como el discurso ultraliberal del oncenio leguista. Oncenio y personaje emulado en su gloria y ocaso casi milimétricamente por los dos gobiernos de Alberto Fujimori.

En este contexto, probablemente uno de los acontecimientos que quedará como hecho distintivo de la década de los años noventa sea el proceso de recuperación del denominado centro histórico de Lima. El modo y velocidad como ha sido conducido ha servido para considerarse uno de los acontecimientos urbanos de la década en América Latina. Como parte de este proceso, se ha producido una ininterrumpida serie de intervenciones de un fuerte sentido simbólico e impacto social. Se han renovado y recuperado las plazas más importantes del área central (La redenominada Plaza Mayor, la Plaza San Martín, el Parque Universitario, entre otras) y muchos espacios públicos. Sin embargo, la intervención más importante ha sido, sin duda, la solución adoptada para retirar del área central cualquier forma del densificado comercio ambulatorio. El centro ha quedado literalmente vacío de los casi 20 mil ambulantes para adquirir la imagen de una sugestiva nueva realidad. Respecto al tema de la recuperación de los centros históricos, hoy se empieza a hablar del “modelo Lima”.

¿Por qué luego de varios intentos frustrados recién en esta ocasión parece iniciarse con reconocido éxito la transformación del centro histórico de Lima? ¿Qué relación existe entre la vocación del reajuste neoliberal por la arquitectura nueva y la modernización de la periferia con esa “vuelta” al centro histórico y el rescate de la memoria histórica? ¿Tiene que ver en algo que detrás del proceso de recuperación esté un líder opositor al régimen de Fujimori?

Puede pasar por una tesis demasiado rebuscada si afirmamos que en materia de intereses ideológicos, sociales y económicos, el proyecto del alcalde Alberto Andrade y el del presidente Alberto Fujimori represen-

taron opciones paradójicamente complementarias cuanto semejantes. Al menos en materia de ciudad y urbanismo, ambos encarnaron dos rostros surgidos de la misma lógica de producción urbana y se requieren mutuamente. El centro histórico se hace necesario como proyecto de recuperación urbana en la exacta proporción del peso que adquiere la transformación librecambista de la periferia. La ciudad prefigurada por Fujimori necesita de la ciudad histórica de Andrade como la ciudad del alcalde limeño precisa de la ciudad neoliberal impuesta por el fujimorato (Ludeña, 1998).

¿Qué es lo que entonces articula y une a estos dos discursos o a estas dos ciudades, la de Fujimori y Andrade, aparentemente antitéticas? Muy simple: los intereses de la llamada neo-oligarquía y su necesidad de forjar una identidad pertinente a su requerimiento de ubicuidad espacial, hoy a medio camino entre la representación de las franquicias de negocios transnacionales y la evocación trillada de los viejos blasones seudoaristocráticos de la vieja oligarquía limeña. Y en esta demanda de urgir de dos escenarios para resolver identidades sociales escindidas, Alberto Andrade, más que Fujimori, es el que mejor representa a esa neo-oligarquía urgida hoy de identidad histórica y que ya ha vuelto al centro a casarse con misa en la exclusiva capilla de la iglesia de San Pedro, con fiesta en el rancio y oligárquico Club Nacional.

Al margen de una lectura sobre las motivaciones ideológicas de fondo, el Plan de recuperación del centro histórico ha producido contribuciones importantes en materia de experiencia proyectual y gestión urbanas, sobretudo en esa área que en el Perú carece de una consistente tradición proyectual: la renovación urbana en áreas centrales. Proyectos como el Plan Piloto de Renovación Urbana de Barrios, el Proyecto del Río Hablador, o el Plan de Renovación Urbana de las tres primeras cuadras de la Avenida Argentina, así como el Parque Cultural representan un indiscutible aporte. De otro lado, el replanteamiento de la actual estructura del área central vía su ampliación y la asignación de un nuevo rol en el contexto de la competencia globalizada entre metrópolis, constituyen señales de un nuevo discurso urbano surgido en los años noventa.

El centro tiene hoy otro rostro. Después de casi cien años de ser abandonado por una oligarquía que apostó por el suburbio y la conversión del centro en un *Business District* según el plan urbanístico de la naciente “república aristocrática”, el centro se ha convertido para esta oligarquía en un auténtico último refugio para evitar el acoso a esa “ciudad civilizada” defendida por personajes como Federico Elguera, Santiago Basurco o Pedro Dávalos Lisson. Esta vuelta a la “cuna” de la antigua oligarquía es, de una u otra forma, otra manifestación de esta Lima que tras cien años de abrirse a la modernidad oligárquica y capitalista retorna a sus orígenes para confirmar la conclusión inevitable de un período importante de su propia historia.

Cota final

El centro y la idea de centro es una forma de construcción histórica práctica e ideológica que se origina y se reproduce como expresión de las demandas de reproducción social, económica, política y cultural de determinados sectores en su experiencia de producir ciudad. Por ello, el valor o desvalor de los centros para el conjunto de la población y la ciudad, su evolución, apogeo u ocaso, así como su ampliación física o transformación funcional son consecuencias, en última instancia, de la lógica de reproducción de estas demandas y los condicionamientos cuantitativos referidos a la población y la extensión superficial de la ciudad.

La historia del centro de la Lima republicana registra, en relación con la complejidad de sus funciones de base y el grado de legitimación y reconocimiento social, tres grandes momentos:

Primer momento. El centro “centro-ciudad”. Este centro corresponde a la estructura de la Lima colonial, pero consigue extenderse hasta las primeras décadas del período republicano, concretamente hasta el momento de la demolición de la muralla en 1872. Durante este período, como había sucedido con la Lima colonial, lo que hoy se cono-

ce como el centro de la ciudad constituía la ciudad misma. En este contexto, la idea de un previsible “centro-centro” estaba identificada con el área de la Plaza Mayor que concentraba las instituciones del poder fáctico: el gobierno, la iglesia y el poder económico. El proceso de los primeros ensanches, la urbanización del suburbio y el éxodo hacia los balnearios del sur iniciado tras la demolición de la muralla, terminó por relativizar la idea de centro-ciudad para establecer nuevas fronteras entre las nociones de centro y ciudad. A finales del siglo XIX, el centro de Lima había dejado ya de ser *la* ciudad, para convertirse solo en un espacio con determinados atributos respecto a una ciudad que poseía otras fronteras y funciones.

Segundo momento. El centro *Center Business District*. Este es un centro que empezó a formarse a inicios del siglo XX como producto del programa urbanístico de la llamada “república aristocrática”. Su vigencia se extendió hasta comienzos de la década de los años setenta, cuando el centro dejó de contar con la base económica y las instituciones financiero-comerciales que mantenían las funciones del principal centro financiero y comercial de Lima. Durante este período, fue posible advertir la existencia de cuatro fases relativamente diferenciadas por la progresiva reducción de su estructura multifuncional y el grado de legitimidad respecto al conjunto de la población limeña.

- Centro-social-cultural-político-económico: 1900-1940. Este fue un período en el que el centro alcanzó su máximo significado y esplendor como espacio de representación del poder social y económico. Con la *Belle Époque* y la imaginería urbana *art déco*, este espacio devino espectáculo urbano esencial. Premunido de los fundamentos de una estética neobarroca, la idea de centralidad consiguió ser reforzada con la “monumentalización” de los signos visibles del poder.
- Centro político-cultural-económico: 1940-1960. Durante este período, resultó notorio que el centro dejó de ser espacio de residencia de los estratos pudientes. Aún se mantiene como un espacio en

- el que se concentran las actividades comerciales, financieras y educativas para el conjunto de la población de Lima.
- Centro político-simbólico: 1960-1980. Este fue el período de la consumación del abandono del centro por parte de las principales sedes comerciales, bancaria de matrices asentadas desde inicios del siglo XX. Sucedió lo mismo con las más importantes instituciones educativas (por ejemplo, la Universidad Mayor de San Marcos, la Pontificia Universidad Católica del Perú, entre otras) que optaron por reubicarse fuera del área central. Del mismo modo, en este período las principales entidades gubernamentales empezaron a reubicarse fuera de esta área. El centro fue despojado de muchos de sus símbolos históricos de identidad. Este espacio ya no es más el histórico *centro*, sino un centro histórico en trance de desestructuración.
 - Centro popular-Lima migrante: 1980-2000. La consumación del abandono del centro por parte de sus tradicionales moradores individuales e institucionales no significó –a pesar de que muchos parecen creerlo– la “muerte” del centro como espacio de residencia y actividad comercial. Por el contrario, este espacio no tardó en adquirir otro rostro y una nueva identidad gracias a aquellos nuevos habitantes que entre migrantes y población de bajos recursos empezaron a habitarla desde mediados del siglo XX. Este es el centro de calles abarrotadas de miles de ambulantes, de callejones y conventillos cada vez más tugurizados. Este es el centro que adquiere una mayor significación social y cultural para la población barrial y los distritos populares. Es el centro del desborde popular sin límites y el caótico asalto cultural del Perú profundo.

Tercer momento. El centro tras el *centro histórico*. Este es un período no concluido aún. Se inició a mediados de los años noventa como un proceso que pretende –como sostienen sus gestores– “recuperar el centro”. La iniciativa si bien parece colectiva ha sido liderada por el alcalde Alberto Andrade, quien a su vez es miembro de una clase media ascendente y representante de una opción política con intereses espe-

cíficos. ¿Para quiénes, para qué y hasta qué punto se pretende recuperar el centro tradicional de la ciudad? ¿Se trata solo de revertir el proceso de degradación que se registraba inexorable en los últimos años? ¿O se trata de evitar que el centro termine de consolidarse como un “centro popular” dispuesto para la Lima migrante e imposible de ser revertida? ¿Se trata de ir en la búsqueda del centro perdido? ¿O se trata de refundar un nuevo centro coherente con las transformaciones experimentadas por Lima en las últimas décadas? ¿Cómo refundar un centro si el poder que lo requeriría para lograr autorrepresentarse lo hace muy bien en sus múltiples centros móviles de poder como el nuevo barrio financiero de San Isidro, los nuevos *malls* de los noventa y los centros mediáticos del sur de Lima? Los cambios producidos dejan más interrogantes que certezas. Se trata de una etapa en la que es posible advertir las señales del fin e inicio de un nuevo ciclo histórico en la transformación de este importante espacio de la ciudad.

Un repaso a la historia del centro de la ciudad de Lima nos sugiere un rasgo característico: su precariedad y el poco grado de pregnancia e institucionalización. Rasgos que en última instancia corresponden al débil grado de consolidación de los diversos sectores sociales y sus intereses políticos y económicos. Pero también corresponden a las características estructurales del desarrollo de una ciudad sin una adecuada relación entre centro y periferia. Ni los ricos hicieron un centro sólido ni los migrantes provincianos lograron transformarlo para sí como si sucede con la barriada limeña.

La relación de los distintos sectores con el centro como espacio de vida y discurso ideológico ha sido compleja y contradictoria, tanto como la afirmación o negación de su propia identidad. Si durante el período colonial el centro-centro fue inevitablemente un espacio más homogéneo y de inevitable inclusión, el centro de la Lima republicana fue un centro de exclusión, un espacio diseñado para reforzar las diferencias antes que para desaparecerlas. No ha sido por lo general un espacio de encuentro y construcción de ciudadanía, sino un espacio de representación y afirmación escenográfica de un poder siempre inseguro de su propia legitimidad.

Las modificaciones del centro de Lima, si bien obedecen a las transformaciones de los intereses sociales en juego, han sido funcionales, en última instancia, a las necesidades de legitimación histórica de un poder autoritario militarista (la mayoría de los gobiernos del Perú). Por un lado, urgido del aval de una tradición urbanística concentrada en el centro de la ciudad (el caso de los gobiernos de los generales Óscar R. Benavides (1933-1939) y Manuel A. Odría (1948-1956)). Y, por otro, en la recusación de este espacio como símbolo identificado con el proyecto histórico oligárquico de ciudad, tal como ocurrió con el Gobierno militar del Gral. Velasco Alvarado (1968-1976). Al margen de los gobiernos centrales y municipales elegidos a inicios y finales del siglo XX, como el caso de los alcaldes Federico Elguera (1901-1908) y Alberto Andrade (1996, a la actualidad),³ el primero inventado el centro de la “república aristocrática” y el segundo tratando de recuperarlo, la acción de estos gobiernos estuvo influenciada por la lógica impuesta por los gobiernos militares respecto a las relaciones entre poder y ciudad, ente centro y periferia.

Como algunos pocos episodios de apuesta socialdemócrata posliberal, el liberalismo librecambista ha sido la base dominante de la economía peruana republicana. Este es, por consiguiente, el régimen de base en el desarrollo de las ciudades y la constitución de sus estructuras de centralidad. Por ello, podría resumirse la historia en dos grandes tipos de centros: el “centro liberal” de inicios de la República y su versión más acabada en el proyecto urbano de la “república aristocrática”. Y, el “centro neoliberal” neopopulista de finales del siglo XX. En realidad se trata de dos versiones de una misma matriz presente ya en el origen del modelo republicano liberal de hacer ciudad.

Por un lado, el liberalismo criollo optó por construir una ciudad como tierra de nadie en la que la lógica de la iniciativa individual y el capital rigieran los destinos de la ciudad. Para establecer diferencias con el control colonial de la ciudad, la ciudad del liberalismo criollo

3 Nota del autor: la culminación del segundo período de gobierno municipal de Alberto Andrade es en 2002.

debía optar por el modelo ilustrado de desacralización del espacio urbano en sus fundamentos religiosos (moral pública y privada, cotidianidad urbana, hitos de referencia urbana, entre otros), así como de construcción de una idea unitaria de ciudad representativa laica, higiénica, positivista y burguesa en oposición radical a los espacios históricos del poder colonial.

El centro limeño de esta ciudad del liberalismo criollo representa, al menos en su versión oligárquica de la primera mitad del siglo XX, la demanda liberal por construir un espacio de representación colectiva pero con claros fines de legitimar la estrategia liberal de expansión de la ciudad: todas las nuevas y grandes avenidas de inicios del siglo XX parten (y se dirigen) del centro de la ciudad, y marcan la escisión de la ciudad civilizada y la ciudad salvaje de los pobres. El centro ya no es más el espacio colonial de convergencia social. El nuevo centro liberal es el espacio donde empieza realmente la exclusión social.

El centro liberal tampoco pudo consolidarse definitivamente. La idea de un espacio central unitario, que con sus perspectivas neobarrocas y sus edificios lujosos debía compensar el caos afebrado de los negocios inmobiliarios de la periferia emprendidos por la propia oligarquía, nunca llegó a concretarse. Primero, porque la lógica del capital liberal oligárquico tuvo siempre respecto al centro una doble moral o actitud ambivalente derivada de una contradicción que nunca pudo resolver: necesitar del centro (y la ciudad) cuando toda la base de acumulación de su poder económico se encontraba fuera del área central (en la periferia) y fuera de la ciudad (en las minas de la sierra y las haciendas de la costa peruana). La ciudad y su centro podían ser un espacio materialmente prescindible, sino fuera por la necesidad de contar (eventualmente) con un espacio de autorepresentación social.

En realidad, el conocido deterioro y degradación social y física del centro no tiene que ver en su causa generadora —tal como aún algunos sostienen— con la presencia masiva de sus nuevos inquilinos precarios que empezaron a poblarlo sostenidamente desde mediados del siglo XX. La causa inicial que originó este proceso se encuentra en esta doble actitud de la oligarquía liberal que no tuvo ningún reparo

en abandonar el centro y sus inversiones en éste para abocarse a crear una ciudad periférica excluyente. La idea de un centro degradado por la migración andina resulta de un cinismo sin límites como cuando los que provocaron su ruina durante gran parte del siglo XX se declaran hoy sus salvadores.

Si el liberalismo criollo de inicios del siglo XX optó con sus propias ambivalencias por un centro de representación autoritaria en clave de estética urbana neobarroca, este siglo se cierra con los esfuerzos de un programa de “recuperación del centro” enmarcado por un discurso neoliberal desde el punto de vista económico, político y cultural. En este caso, el liberalismo criollo de principios de la República devino, en virtud de la década fujimorista, en neoliberalismo populista autoritario y antidemocrático. El hilo que conecta ambas experiencias históricas no es ni la arquitectura, ni el propio urbanismo, sino los modelos y políticas liberales de base que gobernaron gran parte de la República. Y algo más importante: compartir de una u otra forma la misma base social, tal como ocurriría con el apoyo brindado al régimen de Fujimori por los herederos del liberalismo criollo oligárquico.

Sin embargo, hay diferencias entre estos momentos. En contraste con el primer liberalismo incapaz de admitir el consenso social y la diversidad cultural, el neoliberalismo populista de finales del siglo XX pudo hacerlo en el marco de una política de beneficio a los más ricos y filantropía social con los sectores de la denominada extrema pobreza. En medio, una sociedad y ciudad fragmentadas, desinstitucionalizadas, con redes sociales desestructuradas. Si el primer liberalismo requería aún la ciudad y el centro como espacios casi privilegiados para su auto-representación social, el neoliberalismo neopopulista no lo requiere habida cuenta de la existencia hoy de otros medios más eficaces (los medios de comunicación masiva, por ejemplo) para lograr este propósito. A este segundo sector le interesa el centro solo como “centro histórico”. Como espacio cultural antes que económico. Como una especie de valor agregado cultural al conjunto global de sus inversiones. Por ello, y por su carácter neopopulista, se permite abogar por la diversidad y la presencia de culturas alternativas en el espacio central de la ciudad.

El centro urbano arquitecturizado por el liberalismo deviene hoy en espacio diluido por los instrumentos mediáticos y la necesidad del neoliberalismo posmoderno criollo de un centro móvil. El centro-centro es hoy la ciudad de varios centros con una suerte de metacentro inasible físicamente, pero efectivo en su capacidad de control de los comportamientos urbanos, tal como ocurriría con la alianza perversa entre la libertad individual ilusoria amparada por el neoliberalismo fujimorista y el perverso control de la privacidad y las decisiones individuales por parte del servicio de inteligencia montesinista. El centro de la ciudad ya no es ni representa el poder. Para el neoliberalismo fujimorista, los nuevos espacios de centralidad se encontraron en los espacios financiero-comerciales de la periferia y el servicio nacional de inteligencia. La prueba: se puede ser y mantener un régimen profundamente autoritario sin necesidad de representarlo a través de una especie de centralidad exaltada con los signos del poder.

La historia del espacio central de la ciudad ha sido, en resumen, la historia de un bien esquivo, requerido y abandonado, glorificado y satanizado, al mismo tiempo. Pero con una constante a lo largo del tiempo: ha sido la historia de una sistemática disolución y degradación de sus propios contenidos y formas. Y la causa principal tiene que ver en un sentido global con las defectivas relaciones entre sociedad y ciudad como las que se han producido históricamente en el Perú. Pero también, en un sentido específico, con un proyecto liberal de ciudad y centro que trajo consigo su propia negación. Ha sido un proyecto que se ha demostrado como inviable para la mantención y conservación del centro como espacio establecido. Esta es la causa de por qué el centro de Lima estuvo signado por una especie de muerte anunciada desde su propia refundación republicana. La apuesta liberal por el centro fue un proyecto estructuralmente inviable debido a los intereses contradictorios de la propia oligarquía de inicios del siglo XX y la neo-oligarquía neoliberal peruana de finales de este siglo. Un proyecto imposible. Una promesa que nunca podría haber sido cumplida. Los forjadores fueron sus propios victimarios.

Bibliografía

- Basadre, Jorge (1970). *Historia de la República 1822-1933*, XIII. Lima: Editorial Universitaria.
- Basurco M., Santiago (1906). "Construcción de casas higiénicas para obreros". *Boletín del Ministerio de Fomento*, II, 1. Lima: Ministerio de Fomento.
- Benévolo, Leonardo (1983). *Die Geschichte der Stadt*. Frankfurt am Main: Campus Verlag.
- Bromley, Juan y José Barbagelata (1945). *Evolución urbana de la ciudad de Lima*. Lima: Concejo Provincial de Lima.
- Burga, M. y A. Flores Galindo (1981). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Rickchay Perú.
- Eyzaguirre, Rómulo (1906). "Influencia de las habitaciones de Lima sobre las causas de su mortalidad". *Boletín del Ministerio de Fomento*, II, 1. Lima: Ministerio de Fomento.
- Instituto Metropolitano de Planificación (1997). *Plan Maestro de Desarrollo Urbano del Cercado de Lima y su Centro Histórico y del Área Central Metropolitana*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima, resumen ejecutivo.
- León García, Enrique (1903). "Alojamientos para la clase obrera en el Perú". *Boletín del Ministerio de Fomento*, II, 1. Lima: Ministerio de Fomento.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1996). *Lima. Städtebau und Wohnungswesen. Die Interventionen des Staates 1821-1950*. Berlín: Verlag Dr. Köster.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1997). *Ideas y arquitectura en el Perú del siglo XX*. Lima: SEMSA Editores.
- Ludeña Urquiza, Wiley (1998). "Lima: neoliberalismo, arquitectura y ciudad". *TRIALOG 57*, Zeitschrift für das Planen und Bauen in der Dritten Welt, año 10, 2.
- Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo (ONPU) (1990). *Plan Piloto de Lima 1949*. Lima: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Oficina de Publicaciones, Universidad Ricardo Palma.
- Ortega, Julio (1986). *Cultura y modernización en la Lima del 900*. Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP).

Cusco: apogeo del Tawantinsuyo, centralidades patrimoniales y la Red de Parques Arqueológicos

Manuel Dammert Ego Aguirre*

Cusco está declarada constitucionalmente como la capital cultural del Perú, por la riqueza de su patrimonio cultural, tanto material como inmaterial, que es símbolo de la identidad nacional, en su base andina civilizatoria y en su condición de país pluriétnico.

Existen más de mil sitios arqueológicos en todo el Departamento de Cusco.¹ Sin embargo, en la actualidad solo se han tipificado 83, de los cuales nueve son parques arqueológicos, 56 son sitios arqueológicos, 25 son zonas arqueológicas y tres se han denominado como otras delimitaciones.

La presencia del patrimonio cultural arqueológico en la región Cusco comprende prácticamente todo su territorio, tal como se mues-

* Magíster en Sociología. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales UNMSM y la Maestría sobre Gestión del Patrimonio Cultural INC-Cusco/UNMSM. Consultor en temas de Desarrollo Territorial, Reforma del Estado, Descentralización, Planeamiento y Patrimonio Cultural. Docente invitado en universidades y otras instituciones de educación superior en Perú, Ecuador, y Chile. Fue Responsable del Equipo Técnico Multidisciplinario en la elaboración de los vigentes Planes Maestros del Santuario Histórico de Machu Picchu y de Caral-Supe. Director del Instituto Territorialidad. Este artículo es una nueva versión de lo publicado en el libro *La Red de Parques Arqueológicos* (capítulos I, II y III), editado por el INC-Cusco en 2007.

1 De acuerdo con la Subdirección de Catastro del Instituto Nacional de Cultura (INC-Cusco). Ver el estudio preliminar del Plan Maestro del Santuario Histórico de Machu Picchu sobre ordenamiento territorial, elaborado por la arquitecta Olga Lozano.

tra en los mapas adjuntos (planos 2/3). De acuerdo con la conformación del territorio y la ubicación de patrimonio arqueológico, en la región Cusco se configuran 14 espacios.

El departamento del Cusco tiene un patrimonio arqueológico incaico y preincaico muy extenso. Están localizados los parques arqueológicos de Ollantaytambo, Saqsaywamán, Pikillaqta, Pisac, Tipón, Chinchero, Raqchi y Vilcabamba. Existe además un vasto y variado conjunto de áreas y zonas arqueológicas como Zurite, Huchuy-Qosqo, Tipon, Tarawasi, Kana Marka, Wata, Titi-Qaqa, Moray, Yucay, Puma Marka, Paqareq-Tambo, Molloqhawa, Maukallaqta, entre otros. También se encuentran allí sitios arqueológicos como los de Fortaleza Maukallaqta, Campanayoq, Chipamarca, Choquechurko, Castilluyoq, Muyoq, Peñas Susumarka, Phuyuyoq, etc. Cada parque y cada sitio cultural es tratado y gestionado de forma aislada, lo que sin duda no es técnico ni correcto para la gestión y tutela cultural.

Un variado conjunto de bienes y tradiciones coloniales y republicanos forman parte del patrimonio cultural. Así, por ejemplo, el Valle Sur de Cusco sobresalen sus viejas casas haciendas “que fueron las más grandes e imponentes de la región (Quispicanchi, Lircay y Lucre) u otras menores como la de Canopata, Condebamba, entre otras. Existe además un conjunto de poblados como el de Saylla, Huasao o el de Choquepata que tienen tejidos urbanos singulares con edificaciones de adobe (s/a, 2002). La relación de bienes culturales igualmente contiene el registro de zonas monumentales, plazas, puentes, iglesias, capillas, molinos, casas que forman parte de este valioso patrimonio cultural.

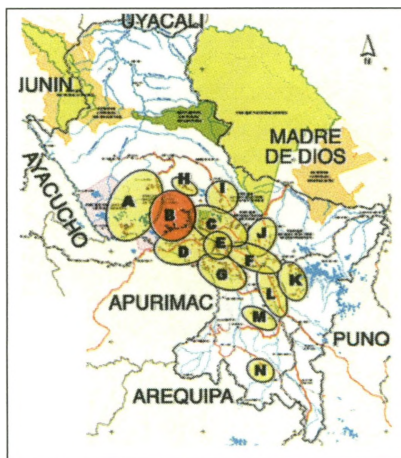
Cusco, territorio donde se localiza este patrimonio cultural y natural, debió merecer un tratamiento ad hoc en nuestra legislación cultural, con normas especiales referidas a la organización de su gestión y a la protección cultural. El artículo 49 de la *Constitución política del Perú* establece que la ciudad de Cusco es capital histórica de la República del Perú. Pero no se ha desarrollado la riqueza y la dimensión del conjunto del patrimonio cultural nacional localizado en esta región. Esta deficiencia afecta asuntos de la gestión que son diversos, como competencias concurrentes, identificación y registro, infraes-

estructuras, servicios culturales y turísticos, educación y capacitación, accesos, controles, financiamiento.

El Instituto Nacional de Cultura (INC) es la entidad rectora en materia cultural, por lo que puede y debe normar la estructuración y organización del sistema de gestión del patrimonio cultural en el departamento del Cusco. Se podrá, de esta forma, organizar de modo integral su gestión. Entre los principales requerimientos está proceder a la clasificación y registro por niveles del diverso patrimonio cultural, establecer el sistema de gestión de parques arqueológicos y la configuración de los circuitos culturales regionales a partir del patrimonio.

La constitución y funcionamiento de la Red de Parques Arqueológicos de Cusco (REDPAQ-Cusco) constituye uno de los instrumentos fundamentales para esta adecuada gestión del Patrimonio Cultural. Es fundamental identificar el carácter originario de las centralidades históricas en el apogeo del Tawantinsuyo, las que actualmente son declaradas Patrimonio Cultural, para apreciar las nuevas centralidades que configuran con los parques arqueológicos, en el territorio de Cusco.

Plano 2. Conformación de espacios regionales por ubicación de los parques, áreas y sitios arqueológicos del Cusco



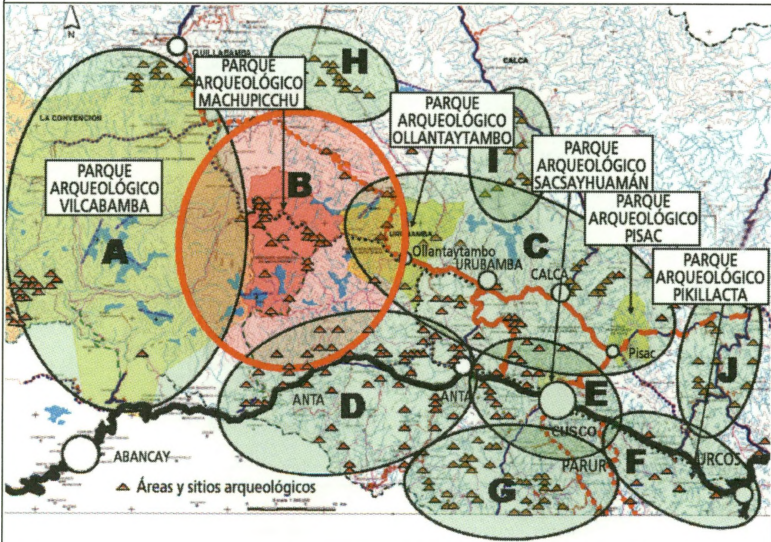
Leyenda:

- A. Vilcabamba-Choquequirao, donde se localiza el Parque Arqueológico de Vilcabamba
- B. Santuario histórico de Machu Picchu
- C. Valle Sagrado, donde se localizan los parques arqueológicos de Ollantaytambo, Pisac y Chincheros
- D. Mollepata-Anta
- E. Cusco, donde se ubica el Parque Arqueológico de Sacsayhuamán y todos los sitios de la propia ciudad del Cusco
- F. Cusco-Urcos, donde se localizan los parques arqueológicos de Pikillaqta, Raqchi y Tipón
- G. Paruro-Yanacona
- H. Ocobamba
- I. Yanatile
- J. Paucartambo
- K. Canchis
- L. Urcos-Sicuani
- M. Tungasuca
- N. Coporaque

Fuente: Mapa base del geógrafo Rufino Riveros.

Elaboración: Olga Lozano.

Plano 3. Conformación de espacios y ubicación de parques arqueológicos



Leyenda:

- A. Vilcabamba-Choquequirao, donde se localiza el Parque Arqueológico de Vilcabamba
- B. Santuario histórico de Machu Picchu
- C. Valle Sagrado, donde se localizan los parques arqueológicos de Ollantaytambo, Pisac y Chincheros
- D. Mollepata-Anta
- E. Cusco, donde se ubica el Parque Arqueológico de Sacsayhuamán y todos los sitios de la propia ciudad del Cusco
- F. Cusco-Urcos, donde se localizan los parques arqueológicos de Pikillaqta, Raqchi y Tipón
- G. Paruro-Yanacona
- H. Ocobamba
- I. Yanatile
- J. Paucartambo

Fuente: Mapa base del geógrafo Rufino Riveros.

Elaboración: Olga Lozano.

Territorio y poder del Tawantinsuyo

El aporte civilizatorio andino, que los incas llevaron a su apogeo, está dado por la construcción social del territorio en el complejo espacio geográfico de los Andes.

Desde muy temprano, las sociedades que habitaron los Andes descubrieron que debía establecerse una constante relación entre los recursos de estos diversos espacios para lograr producir y reproducirse. El territorio fue asumido como un archipiélago vertical de pisos altitudinales distintos, cuyo manejo integrado de recursos permitiría la reproducción social (Murra, 2004). A lo largo de los siglos, esta tendencia se ha consolidado y variado en las nuevas circunstancias, a partir de las relaciones entre las sociedades humanas y lo construido para hacer habitable el desafío geográfico.

Territorio

Los Andes están constituidos por una elevada altiplanicie, entre altitudes de 3.700 a 4.500 m.s.n.m, que discurre encerrada entre las cordilleras Oriental y Occidental, las que van de sureste a noroeste. Por los efectos de la aguda erosión de los ríos y glaciares a lo largo de los siglos, esta altiplanicie se ha diversificado en una extensa gama de serranías, valles y cañones, quedando algunas mesetas y altiplanos. Los Andes son el segundo sistema más grande de montañas del mundo, luego de los Himalayas.

Hacia la latitud norte de Lima, en los Andes centrales, las cadenas de montañas paralelas que vienen del norte del Perú dan lugar a una enorme planicie con una elevación de base de 4 mil metros. Comienza el altiplano, que se extiende hacia el sur atravesando el Perú y la parte occidental de Bolivia, hasta Argentina y Chile. Está amarrado por el oeste a la Cordillera Occidental y por el este a la Cordillera Oriental. Su superficie es por lo general ondulante, algunas veces llana y en otras quebrada por la erosión hídrica.

Iniciándose en el lado norte de la Pampa de Junín (meseta de Bombón), el altiplano se extiende hacia el sur, con algunas interrupciones, acabando esta parte en el Nudo de Vilcanota, constituido por montañas transversales que se entrecruzan, conectando las cordilleras Oriental y Occidental. Esta parte del altiplano, que se extiende por más de 500 km, se encuentra dentro del sistema de drenaje del Amazonas. En este tramo, el altiplano está bien provisto de agua, en comparación con aquellas partes situadas más hacia el sur. Al sur del Nudo de Vilcanota reaparece el altiplano, en la meseta del Collao, en la cuenca endorreica del Titicaca.

La Cordillera Oriental ha sido fuertemente erosionada, por lo que no posee las altitudes de la Occidental. En el Cusco, las cadenas que quedan de dicha Cordillera son la Cadena de Vilcabamba, que sirve de divisoria de aguas entre los ríos Apurímac (que forma un cañón estrecho) y el río Urubamba, (que abre un valle agrícola muy rico); la Cadena del Vilcanota, que se levanta al noreste del río Vilcanota Urubamba; y la Cadena de Paucartambo, que separa la cuenca hidrográfica del Urubamba de la del río Madre de Dios. Entre estas cadenas, con el Nudo de Vilcanota se han formado los espacios de transición hacia la Amazonía. Esta una de sus cuencas más fértiles en el Valle del Urubamba. Estas condiciones son las que explican la amplia variedad de pisos altitudinales y sistemas ecológicos del Cusco, en los que se encuentra una variedad de zonas de vida y de riqueza biológica.

Pasado el nudo de Vilcanota está la Cuenca del Titicaca. No tiene vías de drenaje hacia el océano. El drenaje cautivo del altiplano se inclina sobre su eje sur-sureste, desde 4 mil m.s.n.m en el Perú suroriental y Bolivia occidental, hasta alrededor de los 3 mil metros en el noroeste de Argentina y norte de Chile. Esta parte del altiplano no está bloqueada por montañas a todo lo largo de su límite oriental. En los alrededores de La Paz, un escarpado profundo se desprende del borde oriental del altiplano. El declive occidental restringe el drenaje a este lugar; las montañas de la Cordillera Oriental se elevan separadas del altiplano sobre una región más baja hacia el este. Elevada en su

totalidad más de 3 km sobre el nivel del mar, el clima de estas cuencas encajonadas es frío y sujeto a muchas sequías. Toda la cadena de cuencas adyacentes se extiende 1.500 km de norte a sur y abarca la mayor longitud del altiplano. Se localiza otro de los valles interandinos fértiles en Cochabamba.

El Nudo de Vilcanota y la Cordillera Oriental presentan paredes de montañas que se elevan desde 6 mil hasta casi 7 mil metros por encima del nivel del mar, bloqueando en gran parte el ingreso de lluvias provenientes de las tierras bajas del este. Alrededor de los 2 mil metros se forman nubes cargadas de lluvia que cae en grandes cantidades sobre las laderas orientales. Esta es la zona de la ceja de selva, con nubes densas y húmedas, así como bosques saturados. Pero algunas de estas nubes de lluvia se ven impulsadas por encima de las montañas yendo a descargar en la Cuenca del Titicaca.

Dos sistemas hidrológicos activos y separados se distinguen en la cuenca endorreica del altiplano:² el lago Titicaca (3.809,5 m) que se vierte en el lago Poopó (3.686 m) por intermedio del río Desaguadero, el que a su vez desagua en el salar de Coipasa (3.657 m), durante los períodos de aguas altas y el salar de Uyuni (3.653 m) que recibe el río grande del Lipez.

El lago es alimentado por los aportes de los ríos de su contorno y por las lluvias que caen directamente en su superficie. Las pérdidas se deben a la evaporación y al desagüe superficial que sale por el Desaguadero. Algunos autores como Dejoeux e Iltis (Carmouze y Aquize Jaen, 1981; Lozada 1985) conciben una infiltración de las aguas por el fondo del lago, la cual contribuirá a la evacuación de las sales disueltas, en complemento de la evacuación superficial por el río Desaguadero y de la sedimentación físico-química y bioquímica en el lago mismo. Sin embargo, en la orilla, las capas freáticas están en carga con relación al nivel de agua libre (Guyot y otros, 1990), y así contribuyen a la alimentación del lago.

2 Datos sobre el lago Titicaca contenidos en Dejoeux e Iltis, 1991.

El desarrollo de la etnia Inca y la expansión del Tawantinsuyo están muy vinculados a este espacio territorial. Se produjo en una extensa región conformada por las hoyas de tres grandes ríos: el Apurímac, el Vilcanota-Urubamba y el Paucartambo. Estas tres grandes cuencas forman un sistema sabiamente aprovechado para que sus potencialidades sean llevadas al apogeo por los incas. El río Apurímac atraviesa el departamento de Cusco y en su recorrido transita por las provincias de Espinar, Canas, Acomayo y Paruro, en tanto que el río Vilcanota-Urubamba es cuna de la cultura incaica. El río Vilcanota atraviesa Marangani, Sicuani, Combapata, Quiquijana y Urcos. Al llegar a Huambutío, el río Vilcanota recibe la afluencia del Huatanay, en cuyo valle se ubica la ciudad del Cusco, recorre igualmente Písaq, Calca, Yucay, Urubamba. Mientras el río Paucartambo que nace en el nevado Ausangate, provincia de Quispicanchis recorre las provincias de Paucartambo y La Convención.

En estas tres cuencas, el río Apurímac, encajonado en uno de los más largos y profundos cañones, es una barrera geográfica y productiva, mientras que el río Paucartambo se abre hacia la maraña de la Amazonía. El espacio nuclear articulador lo constituye la cuenca del río Vilcanota-Urubamba, con sus subcuencas del río Huatanay, y las microcuencas de los ríos Saphi y Choquechaqa.

El Valle del Urubamba, con sus 700 km y diversidad de pisos altitudinales y sistemas ecológicos, es uno de los más fértiles del altiplano. Es el Valle asumido como el río del Sol, pues tiene el curso del recorrido solar, de manera tal que cuenta con la mayor cantidad de horas de sol, lo que propicia energías a las especies de vida y favorece ampliamente los cultivos. Posee, además, una cualidad fundamental: es el nexo entre la Amazonía y las requeridas laderas de la vertiente oriental de los Andes, con el altiplano de la cuenca del Titicaca. Forma una compleja reunión de cadenas de montañas y valles interandinos, que lo hacen territorio para variados grupos étnicos preincaicos e incaicos.

El Valle del Cusco y la ciudad fueron cuna del apogeo del Tawantinsuyo, al posicionarse como centros de intercambios de un área cada

vez más ampliada. Fue “el centro donde se realizaban los intercambios económicos entre productos de la puna, de la zona templada y de la zona subtropical”.³

En el Cusco, el espacio geográfico tiene esta configuración que los incas supieron hacerla fundamento para la construcción de un territorio social civilizatorio. Es andino y amazónico, nexo entre ambos, uniendo las fértiles laderas orientales con el altiplano del Qollao. Está organizado desde las cordilleras, de cuyos nevados perennes fluyen las aguas, fuente de vida. Desde sus nevados más altos, apus tutelares, se organiza el territorio y se garantiza el agua y la energía solar para la vida. Su más amplio y fértil valle interandino, el del Urubamba, en cuyo sentido recorre el sol todos los días con la mayor cantidad de horas de exposición, es el eje articulador del territorio.

Desde su área nuclear, se amplían cada vez más las relaciones de intercambios entre pisos altitudinales con recursos diversos, variados y complementarios, a cada vez más largas distancias. Desde Caral, en el pre cerámico fechado 3 mil años a. C., hasta el apogeo inca en el siglo XV d. C., los habitantes de estos territorios, forjadores de la civilización andina, desarrollaron múltiples formas de intercambios y complementariedades, hasta que la etnia Inca logró el apogeo y configuró el Tawantinsuyo.

La etnia Inca y el Tawantinsuyo

Afianzamiento inca en el Cusco

Diversos estudios arqueológicos reconocen que en Cusco existen algunas ocupaciones en el Precerámico, reconociendo entre los más antiguos a los hombres de Yauri y Chumbivilcas, de una antigüedad aproximada de 5 mil años a. C. En el período Formativo, a partir del año 1.000 a. C., estas culturas preincas hicieron su aparición en el Valle del Watanay. Posteriormente, se desarrolló la cultura Chanapata, más o

3 Cusco al 2012. *Plan estratégico de desarrollo regional concertado (2003)*.

menos en el año 800 a. C. y, más adelante, surgieron los Estados regionales, siendo uno de los primeros el de Qotakalli (600 d. C.).

Las investigaciones refieren que probablemente por el año 750 d. C. se produjo la invasión de los Wari en el zona del Qosqo quienes construyeron los edificios de lo que hoy se denomina Pikillaqta; y con posterioridad, por el año 800 d. C., se forma el Estado regional de Kilkís y luego el de Lucre alrededor de 1.000 d. C. Lo que tradicionalmente se conoce como la etnia Inca empieza aproximadamente allá por el año 1.200 d. C., en su fase inicial, y después, más o menos en 1.400 d. C., en su fase expansiva.

Antes que la etnia Inca arribara al Cusco, este valle estaba habitado por pobladores autóctonos, que Waldemar Espinosa menciona, como los Hualla, Alcahuisa, Sahuasera, Antasayac, Lare y Poque o Puqui (Guillén, 1997). En áreas cercanas, habrían existido etnias de gran extensión, formando Estados, a punto de assimilarlos. Las más importantes eran los Ayarmacas y los Pinaguas, en Cusco y Anta. Espinosa sugiere la hipótesis que ambos formarían un solo Estado donde uno era Anan y el otro Urin.

La etnia Inca, según Espinoza Soriano, arribó al Cusco como una caravana de inmigrantes que escapaban de Taipicala (Tiahuanaco), hacia finales del siglo XII. Habían formado el Estado Tiahuanaco, de habla puquina, que fue invadido por los Aymaras que formaron el reino Lupaca. Logro huir la parcialidad a cargo del culto, del Urintaipicala. Esta caravana, en busca de nuevos horizontes, se habría dividido en la localidad de Pacarictampu, dirigiéndose tres ayllus hacia lo que es ahora Ollantaytambo, y otros, dirigidos por Manco Cápac, hacia el Cusco, el que aglutinó a diez ayllus migrantes, cinco de Anan y cinco de Urin. Al conquistar Cusco y afirmarse, Manco Cápac hizo erigir en la tierra de los sahuaseras su vivienda y templo, dado que en este se concentraban la autoridad religiosa y militar.

Desde los siglos XII al XV, la etnia Inca se afianzó en el valle del Cusco, asediada constantemente por los Chancas en el Norte y los Qollas en el Sur, y haciendo alianzas de reciprocidad con etnias a las que asimilaba.

- Manco Cápac apenas logró ocupar en el valle un espacio para alojamiento de los diez ayllus que dirigía. Al fallecer, su momia se guardó en el Inticancha hasta que Pachacutec ordenó su traslado al templo del Sol en el lago Titicaca.
- Lo sucedió Sinchi Roca, quien gobernaba hasta Tambomachay y no podía vencer a sus etnias vecinas.
- Luego siguió Lloque Yupanqui. Este inca estuvo en guerra constante con los Ayarmacas. Estableció lazos de reciprocidad con varias etnias cercanas, ampliando la presencia inca en su radio de influencia básico.
- El siguiente inca fue Maita Cápac, quien derrotó la sublevación de los Alcahuisa, afianzando a los incas en el Cusco; tomó como esposa a la hija del Jatunmallco de Collagua (Cailloma).
- Tras una disputa de poder con Tarco Humana, asumió el inca Cápac Yupanqui, quien realizó los primeros intentos de conquistar a los Cuntis, vencéndolos e incorporando a la etnia Quichua de Abancay. Incorporó a las etnias Cuyo y Anca, e hizo alianza con los Ayarmacas. Fue envenenado y se desató una crisis de poder que terminó con el predominio de los urincuscos.
- Asumió el inca Roca, que encumbró a los Anancuscos. Dividió poderes, asumiendo los incas de Anan los poderes, dejando para los incas de Urin las actividades del sacerdocio. Se reestableció el régimen político de los antepasados Puquinas de Tiahuanaco. Con estos cambios, se dio paso a un período de expansión. Conquistó a la etnia Masca (Paruro), a los Pinaguas (Muyna), a Caitamarca, a Huallacanes, y a los Ayarmarcas. Mejoró la ciudad canalizando el huatanay.
- Yahuar Huacac tuvo un corto reinado y no expandió sus dominios. Derrotó un alzamiento de los Piraguas y amplió áreas en los cuntis. Cuando estaba planificando una expedición al Collasuyo, se sublevaron los Cuntis, los que invadieron el Cusco y el Inticancha, asesinando al inca y varios de sus hijos.
- El Inca Huiracocha fue nombrado tras el desconcierto. Este inca anexó Calca y Yucay. Luego conquistó Canchis. Hizo un acuerdo

con los Lupacas e hizo amistad con los Collas, afianzando los lazos con estas etnias, ante los avances de los Chancas.

La expansión para formar el Tawantinsuyo

Huiracocha dejó como sucesor al inca Urco cuando se dio la invasión del Cusco por los Chancas. Este es uno de los momentos de viraje en la etnia Inca, cuyo conocimiento transcurre entre la historia y los mitos, y que fue decisivo para que se generaran las condiciones que hicieron posible el Tawantinsuyo.

Los Chancas, provenientes de Huancavelica, se asentaron en Andahuaylas, formando un Estado, heredero de las conquistas del imperio Huari. Lograron imponerse en lo que ahora son los departamentos de Ayacucho y Apurímac y el norte de Arequipa (Condesuyo). Se estima que entre los años 1430-1440 alistaban la invasión de Cusco, para proseguir al altiplano del Collao.

La derrota de los Chancas es el registro histórico mitológico para el encumbramiento de Pachacutec. No solo los derrotó y conquistó, sino que a partir de ello formó el Estado que se expandió formando el Tawantinsuyo.

Pachacutec gobernó más de 30 años (¿1438-1471?) Completó el afianzamiento del núcleo territorial radial del Cusco en el Valle de Urubamba. Y luego planificó grandes campañas de expansión, rememorando los imperios de huari y tiahuanacos. Pachacutec fue sobre todo un líder religioso, conductor de una teocracia militar agraria. Estableció la religión solar y reorganizó el respectivo calendario. Organizó el culto a los ancestros y distribuyó las momias de los incas que estaban en el Coriconcha hacia templos en zonas sagradas del imperio, como por ejemplo la de Manco Cápac en el Titicaca. De este modo, hizo nuevos fundamentos del poder, de la vida social y de la actividad productiva del Tawantinsuyo. Realizó expediciones de expansión para afirmarse hacia los collas y hacia el norte, y luego se concentró en grandes obras en los espacios nucleares y sagrados del impe-

rio, como las de Coriconcha y la ciudad del Cusco, y la de Machu Picchu.

Antes de sus campañas de expansión, Pachacutec derroto en forma definitiva a los Ayarmacas, extinguiéndolos como reino, aunque asimilando a sus élites como incas de privilegio. Sometió luego a los Tambos, futuro Ollantaytambo, que habían sido otra rama descendiente de los Tiahuanacos. Anexó Cuyos, Amaybamba, Victos y Vilcabamba, incluyendo Piccho.

Sus campañas de expansión, que describe Edmundo Guillén, fueron varias. La primera hacia el Chinchaysuyo. En cuatro años de campaña se consolidó hasta Chíncha-Pachacámac y se anexó el Reino Chanca. Ocupó a los Chancas, Soras, Lucanas, Cotabambas hasta Vilcas y Cangallos. La segunda expedición fue hacia el Collasuyo para someter a Collas y Lupacas, incorporando sus conocimientos constructivos y metalúrgicos, y usándolos para el trabajo mitayo en las obras colosales en Cusco. Logró hacerlo llegando hasta Tiahuanaco y Camana. La tercera expedición fue nuevamente hacia el Chinchaysuyo. La encargó a su hermano Cápac Yupanqui, que llegó hasta Cajamarca. La cuarta expedición fue nuevamente hacia el Collasuyo, aplastando las rebeliones y llegando hasta Tarija y Arequipa. La quinta expedición fue hacia Chinchaysuyo, que encargó a su hijo Tupa Inca y en la cual se conquistó a los Chachapoyas y otros Estados de los Cañaris.

Al tiempo que se daba este salto colosal en la expansión territorial, Pachacutec realizó obras portentosas. Reformuló la ciudad del Cusco y el templo del Coricancha, reconstruyéndolos. Completó las obras de andenes y templos en el valle sagrado y edificó Machu Picchu, donde existe la hipótesis que estuvo luego su momia reinante (Lumbreras, 2005). Dispuso que se construyera Sacsayhuamán, tomando en cuenta las edificaciones míticas de Taipicala, obra que fue culminada por su inca sucesor.

Pero no solo hizo obras. Reestructuró y dio forma al Estado del Tawantinsuyo. Legisló y unificó políticamente el mundo andino. Definó la hegemonía de los Anas en el poder, reduciendo los Urin únicamente a eventos religiosos. Sobre esa base, distribuyó responsabilida-

des entre las panacas de unos y otros, en relación a los ceques, administración de canales de riego, ritos y festividades. Asumió los avances de imperios y reinos anteriores, como los Huaris. Estableció las provincias y organizó el sistema de gobernadores y el de visitantes-informantes. Afianzó el Cápac Ñam. Impulsó las andenerías. Reorganizó el calendario ceremonial-productivo-social.

El inca sucesor de Pachacutec fue Tupac Yupanqui (?1471-1493?) Afianzó y expandió el imperio. Dividió el espacio en cuatro suyos, a partir de los ceques sagrados del Cusco. Inició campañas de expansión al Antisuyo que no logró culminar, pero existen estudios que señalan que logró la conquista-adhesión de Piro, Machiguengas, “campas” y Cunibos, influenciando el Bajo Urubamba, el Tambo y el Alto Uca-yali, aunque sin establecerse en estas áreas (Parssinen, 1992).

El siguiente inca fue Huayna Cápac (?1493-1527?) Bajo su mando, el Tawantinsuyo alcanzó su máxima expansión. Desde el Chaco paraguayo y Chile hasta Ancasmayo, el actual río Carchi que separa Ecuador de Colombia. Afirmó Tumbabamba, como el otro Cusco.

Viene luego la caída del Tawantinsuyo. La guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, las rebeliones de los señoríos regionales, la invasión y conquista española, y la guerra de resistencia de cuarenta años de los incas refugiados en las selvas de Vilcabamba. Este es otro capítulo de la historia, que no se desarrolla en este estudio.

Las condiciones del apogeo del Tawantinsuyo

Una de las preguntas abiertas en los estudios arqueológicos e históricos es la relativa a las condiciones que permiten apreciar el apogeo de esta civilización andina. Las respuestas son muchas y están todavía en debate. Una de ellas, propugnada por Franklin Pease (2004) sostiene que en una economía basada en intercambios de reciprocidad “la ropa fue el recuso financiador de la expansión inca”, aludiendo que en el Estado inca, basado en la reciprocidad y la redistribución, existía un “macrosistema redistributivo” que consistía en intercambiar bienes

como maíz, coca y ají de las cercanías del Cusco, por lana y ropa del altiplano de lago Titicaca, siendo estos últimos los más abundantes.

De lo que no queda duda es que las colosales construcciones, edificaciones y sabidurías que nos legaron son obra de una civilización. No se han descubierto todavía las modalidades como almacenaron y procesaron los conocimientos requeridos para tales portentos, pues no se han encontrado registros de escrituras como las conocemos actualmente. Tampoco se han descubierto las sabidurías básicas que tuvieron para lograr hacer lo que hicieron, todo lo cual requirió de amplios conocimientos de física, astronomía, estructuras, arquitectura, metalurgia, matemáticas, entre otros. Reflexionarlo desde el enfoque de la gestión y construcción social del territorio, que es el fundamento de la producción y circulación de bienes, puede dar algunas luces al respecto.

La civilización andina, una de las originarias de la humanidad, tiene entre sus rasgos distintivos la construcción sociocultural del territorio. Parte de reconocer sus formas de vida e intercambio entre la sociedad y la naturaleza con una relación armónica que garantizó la reproducción del cosmos y sus tres mundos: de arriba, presente y de abajo. El ser humano forma parte y convive con la naturaleza que es, de por sí, una forma activa de vida. Este rasgo civilizatorio es lo que marca la singularidad de su aporte cultural. Para habitar en una geografía tan agreste, compleja y biodiversa como la de los Andes, es imprescindible hacer una construcción sociocultural del territorio. Y este es el aporte cultural andino fundamental.

La Colonia no solo buscó extirpar la cosmología, la lengua, las vestimentas, las festividades, las costumbres sociales, sino que trató de desarraigir las sociedades andinas de su vinculación con la geografía, por ser esta justamente una de las bases de su cultura (Lumbreras, 2006). La civilización andina construyó territorios socioculturales en los cuales amplió drásticamente el suelo agrícola gracias a las andenerías; canalizó los cursos de agua para la agricultura en canales y andenes; construyó microclimas para domesticar plantas y cultivos con los Waru Warus, andenes en pisos ecológicos diferentes y los manejos de Manantes y Puquiales; moldeó las piedras y construyó herramientas de

cobre y bronce para construir caminos, hacer agricultura y edificar templos y viviendas; amplió la cerámica y textilera; elaboró un complejo y hasta ahora no descifrado lenguaje para resguardar la memoria y los conocimientos, y organizar la administración y la contabilidad. Una amplia sabiduría, codificada, transmitida y aplicada, está en la base de estas conquistas culturales en la gestión del territorio, que ahora se valorizan, redescubren y proyectan.

Territorios discontinuos con manejo vertical de pisos ecológicos complementarios

A lo largo de la historia, la construcción social del territorio ha tenido varias y distintas etapas. Los trabajos de John Murra han sido de primera importancia para apreciar las características de la gestión del territorio en los Andes. Tuvo como referencia etno-histórica fundamental, los reinos Aymaras, especialmente el Lupaca, que gestiona el territorio desde el altiplano de la cuenca del Titicaca con “colonias” en las costas y en los llanos amazónicos.

En 1973, al señalar los límites y las limitaciones de su teoría, Murra resumió el modelo propuesto del “archipiélago vertical” (Murra, 2004). Sus aspectos principales son:

- a) Cada etnia se esforzaba en controlar un máximo de pisos y nichos ecológicos para aprovechar los recursos localizados en la amplia variedad de ecosistemas y pisos altitudinales. Los más grandes, como los Lupaca, tenían un sistema productivo que articulaba simultáneamente oasis en Ilo, Moquegua o Lluta, también coteles en los yungas de la paz, todos ellos a distancia del núcleo de poder, pastoreo y producción de la alimentación básica, ubicados a las orillas del lago Titicaca.
- b) Estando el grueso de la población en el altiplano se mantenían colonias permanentes para manejar los recursos alejados. Estos archipiélagos verticales, estaban sustentados en relaciones de pa-

rentesco y formaban un solo patrón de asentamiento. En la actualidad, la economía colonial y luego la capitalista, han reducido dichos archipiélagos a relaciones limitadas de trueque ritual o a intercambios estacionales, pero no las han desaparecido.

- c) Las relaciones entre el núcleo y la periferia eran de reciprocidad y redistribución. Es decir que no se perdían los derechos en el núcleo, los que se reiteraban periódicamente a través de las relaciones de parentesco.
- d) En las zonas periféricas, las áreas eran compartidas por diversos grupos étnicos altiplánicos, los que convivían en dichos espacios.
- e) Al crecer los reinos se dieron dos cambios estructurales. Primero, las islas periféricas eran en zonas cada vez más distantes. Segundo, las islas periféricas asumían otras funciones, ya no solo destinadas a su función productora inicial, sino también a otras actividades económicas, administrativas, rituales y militares.

Los estudios sobre Tiwanaku permiten complementar la perspectiva reseñada por Murra sobre la integración vertical, con otra de integración horizontal que es la que se produce con los intercambios de larga distancia a través de nodos de intercambios que tienen esta función de manera permanente.

Concluye Elías Mujica (1985) que durante el período Tiwanaku se encuentra un territorio bastante definido que era integrado a través de distintos mecanismos complementarios. Existía un territorio nuclear en el altiplano circunlacustre, en los valles occidentales por lo menos desde el sur de Arequipa hasta la quebrada de Camarones en el norte de Chile, y desde el desierto costero hasta el sur de Antofagasta, el Loa, la puna de Atacama y su entorno circumpuneño, incluyendo el noroeste de Argentina, así como los valles de la vertiente oriental de los Andes. Tres polos articulaban las relaciones territoriales: Tiwanaku en los entornos del lago Titicaca, San Pedro de Atacama en la costa árida, y Cochabamba en la vertiente oriental. Se ponían en práctica en forma simultánea el control de un territorio nuclear altiplánico lleno de diversidades ecológicas; la existencia de colonias que permitían la explo-

tación directa de islas con recursos productivos complementarios; mecanismos de intercambio con poblaciones marginales a las colonias pero establecidas por éstas; y una gran red de intercambio multiétnico de larga distancia.

La rápida expansión y formación del Tawantinsuyo, a partir de Pachacutec y por menos de 100 años, tiene sustento en el patrón previo de asentamiento, que era generalizado en el mundo andino. Este patrón de asentamiento incorporaba los pisos altitudinales y las relaciones de parentesco, en una bipartición alto/bajo, y en una cuatripartición que a la dualidad anterior agregaba masculino/femenino, dándole a cada sector funciones y características singulares en el ciclo agrícola, el poder y la organización social (Hocquenghem, 1998; Rostworowski, 1988).

Con base en este patrón de asentamiento andino, basado en la reciprocidad y el manejo de pisos ecológicos, los incas organizaron el Tawantinsuyo, desde lo que son ahora Ecuador y Colombia y Perú, hasta Argentina y Chile; con el Cusco como centro organizador, la religión solar y animista como fuerza simbólica de producción y poder, y la contabilidad administrativa como sistema de mando y control.

El eje regional estructurador sureste-noroeste era el de la orientación del valle del Vilcanota-Urubamba (IFEA-CBC-Orstom). Este eje era el de mayor circulación del imperio incaico, con rutas simbólicas sagradas que se irradiaban hacia los cuatro suyos desde los ceques del Coricancha del Cusco (Bauer, 2000 y 1998). El Tawantinsuyo trató sucesivas veces de expandirse hacia el Antisuyo, hacia la Amazonía, tema sobre lo cual están descubriéndose importantes avances; en todo caso, fue un territorio difícil. El valle sagrado fue siempre el eje.

Los instrumentos de trabajo y poder, y la metalurgia del bronce

Para el patrón de asentamiento andino, en la relación sociedad/naturaleza tienen una gran importancia los instrumentos que permiten cambios en los procesos de trabajo y la generación de excedentes para la reproducción de la sociedad.

El proceso de expansión del Tawantinsuyo, como se aprecia en los monumentos que forman la red de parques arqueológicos de Cusco, no está asociado solo a eventos de expansión militar o a cambios teocráticos en la disciplina de la vida social. Está vinculado, también, a conocimientos que han generado instrumentos de trabajo, con los cuales, en forma rápida, se elevó la productividad del trabajo y obtuvieron excedentes extraordinarios, en cantidad suficientes para sostener la administración militar-teocrática nueva, los ejércitos en campañas, así como los trabajadores mitayos de las grandes obras. Este cambio productivo es aún más decisivo cuando la economía del Tawantinsuyo se sustentaba en la reciprocidad y la redistribución, cuyos bienes no eran solo obtenidos de conquistas sino también producidos por los cambios en los procesos de trabajo.

Como se ha reseñado, la afirmación y expansión del Tawantinsuyo está directamente asociada a un inmenso proceso de ampliación de la frontera agrícola, que incluye la remodelación de los diversos pisos altitudinales del valle del Urubamba y de otros valles cercanos, así como la multiplicación de andenes para agricultura permanente en las laderas orientales de los Andes y, en general, en los valles interandinos. También se asocian a la edificación de colosales monumentos, cuyo testimonio está en los actuales parques arqueológicos y otros sitios patrimoniales, el asentamiento del gran camino inca del Cápac Ñam, y las diversas obras de canalización de cursos de agua. Esta obra humana requirió instrumentos para remodelar cerros, desbrozar suelos duros, remover piedras, edificar andenes, canalizar ríos, hacer acueductos superficiales y subterráneos, entre otras labores. La condensación de innovaciones en procesos tecnológicos aplicados masivamente, elevando sustancialmente la productividad y generando excedentes extraordinarios, está asociada al apogeo de la civilización andina con los incas y es todavía un tema en estudio.

El Tawantinsuyo se sustentaba en una economía agrícola. Era un imperio teocrático militar sostenido por los agricultores y organizado para elevar sus productos finales, en armonía con la naturaleza considerada ser vivo divino con el cual se debe convivir en reciprocidad. En

los Andes, la ecuación tierra-agua es precaria y variable. Este es uno de los mayores desafíos de la territorialidad. La civilización andina fue llevada a su apogeo en este aspecto por los incas, y es una de las dimensiones que permitió el desarrollo y afianzamiento del Tawantinsuyo.

El afianzamiento de la etnia Inca ya tenía que ver con instrumentos para elevar la productividad de la agricultura y remodelar el territorio. Su expansión estuvo sustentada por la conquista del valle más fértil del altiplano, el valle del Urubamba y de las laderas orientales de la cordillera, que es la tierra más adecuada para ampliar la frontera agrícola. Todo indica que estos fueron los fundamentos territoriales para lograr la expansión y formar el Tawantinsuyo.

Las condiciones del territorio obligaron al uso de herramientas de trabajo adecuadas a la verticalidad, fragilidad de suelos y dificultades de riego. La civilización andina desarrolló el manejo vertical de pisos ecológicos y amplió el suelo agrícola con la maravilla de los andenes, que combinaban tierra orgánica, sistema de riego y adaptación a diversos ecosistemas y pisos altitudinales. Las herramientas de trabajo que usaban, en el arado de pie, la Chaquitaqlla, fueron de huesos, piedras, maderas y metales.

Los estudios de Shimada en la costa norte han avanzado respecto al uso de aleaciones de bronce, en el siglo VIII, por la cultura Sicán. La mayor dureza de estos instrumentos incrementó la productividad y el poder de quienes los usaban. Anne Marie Hocquenghem, tomando en cuenta los estudios de Shimada y sus investigaciones sobre la historia ambiental, sostiene que existe una relación entre los cambios logrados con una innovación tecnológica, a la producción de cobre arsenical, y el desarrollo territorial espectacular logrado a inicios del período intermedio tardío en los valles de Piura, Chira y Tumbes (Hocquenghem, 2004).

Según Lechtman, las aleaciones de bronce aparecen hacia 600 d. C., tanto en la cuenca del Titicaca como en el valle del Cusco. Para este autor, estas aleaciones de bronce estañífero (aleaciones de cobre con estaño. El estaño es un mineral que se encuentra en los Andes del

sur) encontraron su expresión en la cultura material de Tiwanaku y Huari, pudiendo haber sido posterior el bronce arsenical (aleaciones bronce con arsénico) de la costa norte. Este es un tema que pone en discusión Hocquenghem. Los artefactos de Pikillaqta fueron de bronce arsenical, mientras que en Tiwanaku fueron de aleaciones más diversas. En todo caso, es comprobable que en Sicán se pasó de una producción de cobre desde el siglo V al 700 d. C.; y luego a una producción masiva de bronce arsenical, Sicán Medio del 900 al 1100 d. C. Estas investigaciones llevan a que se plantee un tema crucial de investigación en relación con las bases económicas del surgimiento y expansión del incanato. Plantea la necesidad de indagar sobre las relaciones entre una intensificación de la agricultura en selva alta, facilitada por los instrumentos de bronce, y los inicios del desarrollo inca, así como considerar las motivaciones de la conquista inca de los Coya, que bien podría ser por el control de la producción y redistribución del bronce estañífero. También es necesario estudiar el control que asumen los incas de los intercambios a larga distancia del *Spondylus* sagrado, que viene desde la costa ecuatoriana y que era intercambiado por instrumentos y metales, en especial bronce, y quizás a través de algún equivalente que cumpliera el inicial rol de “moneda”, como los investigadores mencionados señalan para láminas de bronce.

Es un tema de investigación, en especial en la red de parques arqueológicos del Cusco, el relativo a la metalurgia y las condiciones de las edificaciones de los monumentos y los sistemas de andenerías. Es conveniente hacer un comentario sobre esta problemática y su relación con los instrumentos de uso agrícola.

En los Andes, el instrumento de trabajo agrícola más difundido y fundamental es la chaquitaqlla (Rivero, 2005).⁴ En la actualidad, el 70 % de los tubérculos consumidos en la ciudad del Cusco son cultivados con Chaquitaqlla. En el piso entre 3.500 y 4.500 m.s.n.m., que es la principal área del territorio del Cusco, se cultiva únicamente con este instrumento y predomina una gran variedad de tubérculos

4 En lo que sigue, me baso en este importante y pionero estudio.

y cereales. Entre los 2.500 y 3.550 metros, la zona de los valles interandinos, se usa actualmente la yunta de bueyes; en la época inca no existía esta tracción animal por lo que se usaba también la chaquitaqlla.

La chaquitaqlla es un arado accionado con la mano y el pie, que se usa para voltear o remover el terreno. Se complementa con otros instrumentos para adecuar las áreas removidas, para la siembra y la cosecha. La chaquitaqlla tiene un peso y dimensiones para hacerla manio-
brable por la persona, está adaptada al cuerpo y su dinámica, para incrementar su fuerza y sus efectos. Sus partes son, por ello, anatómicas, adaptadas al cuerpo humano. Una de estas es el timón, que es una barra de madera de sección rectangular o circular que constituye el cuerpo principal. Es muy variable dependiendo del tipo de suelo, la estatura del agricultor, las costumbres de trabajo. Además, tiene un mango que es un soporte de madera del arado de pie, sirve para apoyar la mano, mantener el equilibrio y guiar la herramienta durante el trabajo. Posee también una pisadera que sirve para apoyar el pie izquierdo y dar impulso del operador para penetrar la qorana o reja en el suelo. La qorana o reja, la parte más importante de la herramienta, es una lámina con filo cortante en uno de sus extremos y en el otro una abrazadera por donde se coloca el timón.

Los estudios han establecido cinco familias homogéneas de este instrumento agrícola. Con timón recto; con timón ligeramente curvo; con timón curvo “kumu”; con timón en forma de arco; y con doble timón. Todas tienen que ver con la adaptación a las singularidades del suelo agrícola y del cuerpo humano.

La productividad de la chaquitaqlla tiene que ver con el material de la qorana o reja. Señala Rivero Luque que:

primitivamente era de piedra. Luego de huesos de llama y después de madera dura, previamente tratada, sometida a la acción del humo de cocina durante un año para facilitar el secado uniforme de la madera. Durante el período inca, la qorana era de “champi” (aleación de bronce, cobre, plata, oro y zinc).

Gran parte del secreto para una sustantiva elevación de la productividad está en lo que se denomina “champi” o acero inca. Dice Rivero Luque del Champi o Machu Qori:

Oro viejo, llamado también acero inca. Es una aleación de bronce (70%), cobre (20%), plata (5%), y oro (5%). Utilizado en la época de los incas para la fabricación de sus herramientas agrícolas, de construcción, armas guerreras y muchos otros objetos, al ser un metal fuerte y resistente cuando está bien templado.

Esta es una de las cuestiones fundamentales a investigar. No solo permite conocer cómo esa masiva introducción en la agricultura debió haber elevado la productividad de los campos y dado un gran impulso a la ampliación de la frontera agrícola, siguiendo esa misma ruta de expansión hacia el valle sagrado y las laderas orientales; sino como esta transformación debió haber generado los excedentes alimentarios necesarios para una rápida y sustantiva ampliación de ejércitos, administrativos, caminos, templos y poderes teocráticos militares, como era la producción del maíz del valle sagrado y de la coca en las laderas orientales. Debió también haber permitido la misma posibilidad de hacerlo. Como hemos analizado, la etnia Inca reconfigura el espacio territorial. Para ello, debe mover y remover rocas, tierras, cursos de agua. Requiere una herramienta más fuerte y resistente, que la otorga este “champi”, acero inca o bronce.

Centralidades territoriales y la Red de Parques Arqueológicos del Cusco

Los parques arqueológicos y los innumerables sitios existentes en todo el departamento del Cusco se presentan actualmente como sitios inco-nexos, descontextualizados. Su significación se reduce a una enumeración de obras y sitios, cuando constituyen, más bien, una vía de acceso a la comprensión de identidad y territorialidad que representa el

Tawantinsuyo con el apogeo de la civilización andina y sus respectivas centralidades.

Para apreciar mejor esta red de parques arqueológicos, y hacerlos centros de acceso a una civilización que todavía organiza el espacio, ciertamente reformulado y en nuevas funciones, si los vinculamos como centralidades territoriales cuyas funciones y estructuras estaban asociadas con el inmenso salto en la expansión imperial, que representó un gran proceso de desarrollo territorial para el apogeo inca y la organización de los cuatro suyos.

El centro del universo: el Coricancha, Templo del Sol y Sacsayhuamán, la Casa Real del Sol y el Cosmos

Luego de la instalación de la etnia Inca en Cusco, al arribar desde el altiplano tras una huida que la leyenda narra como peregrinaje, se edificó en la naciente ciudad el espacio sagrado del Sol, el Coricancha o Inticancha. No era solo el ámbito edificado del templo, sino que comprendía un espacio sagrado: los barrios de los diez ayllus peregrinos, y sus respectivos sistemas de riego y producción. Esta demarcación territorial estaba diferenciada de los otros espacios, incluso en las posibilidades de acceso.

Con la expansión del Tawantinsuyo, Pachacutec reconstruyó el Coricancha como organizador del conjunto del espacio territorial, con vínculos hacia áreas cada vez más lejanas, con ceques como líneas imaginarias hacia los cuatro suyos, establecidas en función de la relación con las huacas y los cursos de agua para riego y consumo, y cuya administración estaba a cargo de las panacas. Parte de esta conexión era la redistribución de las momias incas, que redistribuyó espacialmente, disponiendo que la de Manco Cápac estuviera en el Titicaca, la de Huayna Cápac en Písaq, y la suya futura muy probablemente en Machu Picchu. Debe recordarse que las momias de los incas retornaban al Cusco para el Solsticio de Invierno en junio, en un ritual de afirmación de un amplio espacio discontinuo entre lugares sagrados y profanos.

La edificación de Sacsayhuamán fue dispuesta por Pachacutec y culminada por Tupac Yupanqui. Pachacutec la proyectó como las grandes edificaciones sagradas del Tiahuanco. Su etimología hace referencia al halcón, entidad protectora de Manco Cápac, primer inca, según Angles Vargas. Al saciar al halcón deificado, se hacía la ofrenda al inca fundador. El actual Parque de Sacsayhuamán comprende varios ambientes y edificaciones discontinuas, relacionadas con huacas de los ceques que partían del Cusco hacia el Cuntisuyo, e incluye los grupos arqueológicos de Colcampata, Qenqo, Laqo, Pukapukara, Tampumachay, entre otros, en esta ruta hacia Chinchero para llegar a Urubamba y la Amazonía.

Es importante reseñar que existía un continuo entre la ciudad y Sacsayhuamán, diferente a lo que actualmente aparece como áreas separadas. Este continuo estaba dado por andenes, accesos y canalizaciones de agua, entre otros aspectos. Sacsayhuamán era una edificación con diversas funciones y ambientes, que daba cabida a parte de la población del Cusco, integrada a una ciudad a la cual también canalizaba abastecimiento de agua. En relación con Sacsayhuamán, las investigaciones indican que tenía las dimensiones sagradas y rituales de una Meca, de un Jerusalén, como centro nuclear sacro de un amplio territorio, el del Tawantinsuyo. Luego de la conquista hispana, fue objeto de brutal destrucción. Fue demolido, enterrado, desmontado. Quedó un recinto incompleto, pese a lo cual es indudable su imponente construcción y decisivo significado. Gran parte de la edificación esta todavía enterrada, como lo demuestran las investigaciones arqueológicas que se realizan en sus diversos componentes.

El edificio, con muchos recintos, escaleras y túneles, con cuatro o cinco pisos, tenía en su cumbre tres grandes torres, descritas por Garcilaso y cuyas bases han sido estudiadas por Valcárcel y los arqueólogos del INC. Estas Torres miraban desde sus ventanas la ciudad del Cusco, y se conectaban con los apus del valle y los cuatro suyos, con las deidades del cosmos. La torre principal, a modo de cubo, redonda, con cuatro o cinco cuerpos, tenía una fuente de mucha agua, la que se abastecía por canales subterráneos. Existían otras dos torres, cuadradas,

con muchas habitaciones. En cada lado o sector había puertas de acceso. Estas tres torres fueron destruidas y solo se aprecia ahora su base, la que ha vencido a todas las extirpaciones para dar testimonio de esta Casa Real del Sol.

En la Casa Real del Sol también se rendían cultos a otras deidades del cosmos. Por ello, dada su magnificencia, es posible apreciar que era la casa real del cosmos, en la cual con sus lagunas y torres, se hacía seguimiento astronómico al cosmos, se rendía culto al trueno y a las constelaciones de estrellas, y se realizaban los rituales al Sol, deidad fundamental.

El Valle Sagrado: Urubamba, las poblaciones incas vivientes y el nexa altiplano-amazónico

El afianzamiento de la etnia Inca en el valle del Cusco no era posible sin su asentamiento en el principal eje territorial de esta parte de los Andes: el valle del Urubamba. La planicie de Urubamba tiene suelo salino, un drenaje pobre y extensas áreas de grava, lo que fue transformado por los incas con una extensa andenería y sistemas intensivos de irrigación (Protzen, 2005), para hacerlo el valle más fértil de los Andes del sur. El afianzamiento inca se inició antes pero se consolidó con Pachacutec, lo que les permitió ampliar la productividad de las tierras del valle interandino, las posibilidades de acondicionarlo para un manejo de diversos pisos ecológicos, la construcción masiva de andenes, la compleja canalización de agua para riego. Fueron estas actividades las prioritarias del asentamiento inca. El primer paso de Pachacutec, antes de expandir el Tawantinsuyo, fue terminar de consolidarse en esta área. Luego fue siempre una zona recurrente, a la cual volvía a intervenir, como cuando trae trabajadores mitayos del Collao para las construcciones en Ollantaytambo.

Fue un valle sagrado, en el cual el recorrido del Sol de este a oeste, y circulando hacia los extremos de los solsticios a norte y sur, daba energía la mayor cantidad de horas del día y a todo el valle. Esta con-

dición fue potenciada por los cambios incas en la productividad agrícola asociada. El valle estuvo dedicado al cultivo del maíz, cuyo proceso organizaba el ciclo agrícola anual, y cuya producción era el alimento principal de los ejércitos incas. Era el nexo de conexión con la Amazonía, abriendo camino hacia la ampliación de la frontera agrícola en las laderas orientales de los Andes, lo que son ahora las provincias de la Convención y de Paucartambo. Sus principales edificaciones estaban, por su importancia, asignadas a un inca y a cargo de sus panacas, siendo un tema muy controvertible si eran haciendas privadas al estilo de las cortes europeas, o si, arraigadas en cosmovisión andina, cumplían las funciones teocráticas estatales del Tawantinsuyo.

Los parques arqueológicos con sus principales monumentos son tres:

Pisac. Existen vestigios de muy antigua ocupación, como en todo el valle sagrado, pero fue remodelado por la expansión inca. Era una ciudad con multitud de torreones y con la mayor cantidad de conjunto de andenes. Su población la estima Angles en 300 mil habitantes. Desde su templo principal, denominado Intihuatana, se tiene dominio sobre el conjunto del valle y sobre las dos quebradas de los flancos de la montaña. Todas son rutas hacia la Amazonía, lo que evidencia el rol de Pisac como un centro religioso, productivo, administrativo y militar, en este nexo. Su recinto principal era un templo ceremonial para los ritos y observaciones astronómicas. Es otro centro solar como Coricancha. Cuenta con un imponente Usnu, que tiene escaño para dos personas sentadas, con una roca in situ, labrada en todos sus contornos.

En Pisac se encuentra la mayor necrópolis inca que sobrevive como reliquia arqueológica. Está en la base de la montaña Llinli, en una superficie de ladera inaccesible. Solo quedan tres mausoleos. Existen varios sectores de la necrópolis y distintas sepulturas; las de mediana textura son de marco rectangular o circular; y las sepulturas populares son tipo cavernas, abiertas en hileras.

La importancia de su andenería la muestra el conjunto denominado Apchapata. Son 40 andenes, edificados ganando un área donde se tuvo que domesticar las aguas y transformar suelos en terrenos fértiles para cultivo. Existen otros importantes conjuntos de andenes, como los de Huymin y Wanuwunupata; el impresionante conjunto que va desde el sector de Písaq hasta el riachuelo Chongo; el Patapata en la ribera derecha del Vilcanota, con dos líneas curvas paralelas que discurren en simetría perfecta; o el conjunto de Chaka Chinpa, casi destruido actualmente. Esta andenería muestra la decisiva función a la que estaban asociadas las otras edificaciones al sustentarse la remodelación territorial en función de incrementar la productividad agrícola.

La ciudad estaba amurallada desde la parte media hacia arriba, con puertas de acceso y control. Los caminos se dirigían todos hacia el barrio residencial. Era una ciudad que no tenía una Kanchara, una plaza principal. No tenía un diseño integrado en un solo componente, sino muchos y variados conjuntos que no se visualizan entre sí, siendo la única conexión que los mantiene unidos un gran sistema de caminos y escalinatas (Protzen, 2005).

Ollantaytambo. Su edificación es previa a la expansión inca, y posiblemente tuvo relación con el otro grupo peregrino desde Tiahuanaco que en Pacaritambo se separó de los incas que fueron al Cusco, para venir a este valle a constituir un señorío regional, el de los Tambos. Fue conquistado por la expansión inca, y Pachacutec asumió la zona como palacio real, reconstruyéndola. No es una edificación aislada en el valle sino que constituye un complejo que se posiciona de esa garganta estratégica del valle, en la confluencia de los ríos Urubamba y Patakanchara, controlando el paso hacia la Amazonía.

Ollantaytambo era un centro estratégico del Chinchaysuyo en el Cápac Ñam (Protzen, 2005). Era nexo de una red de caminos. Pasaban dos caminos por ambos márgenes del río, conectados por un puente. Se ubicaba a un lado el ramal proveniente del camino principal que conduce al Antisuyo, cerca de Písaq. El camino tenía claro trazado: seguía el lado derecho del valle desde Písaq a Machu Picchu en ruta a Vilca-

bamba. Otro camino por la margen izquierda que tenía muros, conectaba Ollantaytambo río arriba con Pachar y Moray, y río abajo con Patallaqta y Machu Picchu. Otros dos caminos escalaban los flancos de montaña en la margen sur del valle. Uno venía de Choqana y se dirigía a Zurite en la meseta de Anta, uniéndose en al camino principal del Cápac Ñam que conectaba a Cusco con Quito. El otro iba por el Salcantay hacia Machu Picchu. En sentido contrario a los anteriores, es decir hacia el norte, tenía otro camino que iba hacia el valle de Lares.

El complejo arqueológico era el centro de este nudo de caminos. Esto indica que cumplía alguna función demarcatoria, todavía en investigación, en el espacio sagrado del Tawantinsuyo, asociada al río del Sol, a las rutas, a la Amazonía, a la conexión de caminos y al control de este paso estratégico. Fue construido de forma tal que era inaccesible y controlaba el paso por esta garganta del valle. Los andenes eran al mismo tiempo defensas. Una gran puerta, la de Tiyupunku, era la entrada principal. No podía pasarse de un lado a otro del valle, sin cruzar por esta puerta y sus controles.

Fue el lugar de asentamiento de Pachacutec y se discute cuáles eran sus funciones. Se reconoce que fue construida con base en una cuidadosa planificación que tenía características singulares, edificándose espacios para actividades ceremoniales, administrativas, productivas y urbanas. Entre sus singularidades, remarca Protzen, la zona de las kanchas era restringida a sectores específicos, existían importantes obras hidráulicas y se entrelazaba la arquitectura con visiones hacia el paisaje como ocurre en otras edificaciones de Pachacutec como Machu Picchu, Patallaqta y Wiñay Wayna. Al producirse la invasión española, Manco Inca lo transformó en su capital y cuartel general. Luego de su derrota, fue objeto de destrucción por los conquistadores. A la fecha, es una de las pocas ciudades incas vivientes, no obstante, seriamente afectada en sus sitios patrimoniales.

Chincheró. Las investigaciones señalan que fue un señorío regional preinca, correspondiente al período denominado Killke y que algunos asocian a los Ayarmacas. Fue conquistado por los incas a inicios de su

expansión. Topa Inca Yupanqui decidió establece una residencia real. Tenía varias características para este objeto. Chinchero es una altiplanicie, desde la que se conecta con los apus regionales: el Salkantay, la Veronica y Soraq, lo que es decisivo en la organización territorial inca. Es un centro ubicado estratégicamente en el camino de la ciudad del Cusco al Valle de Urubamba y la Amazonía. En esta dirección era la ruta central del Cápac Ñam que iba de la ciudad del Cusco por Sacsayhuamán hacia Chincheros y de ahí al Urubamba. Es una zona muy activa para intercambios directos entre los productores de estas áreas que interconecta desde hace siglos, manteniéndose hasta la actualidad un sistema local de trueque. Deben haber sido estos los criterios para que en Chincheros, Topa Inca Yupanqui edificara sus palacios. Se construyeron monumentos residenciales y ceremoniales así como andenerías, en un área dividida entre el sector urbano y el rural. La expansión inca consolidó estos roles de Chincheros. Su importancia se aprecia cuando, durante la resistencia de Manco Inca en 1540, el inca insurrecto incendió Chincheros.

Luego de la conquista, la Colonia estableció doctrinas y construyó templos, especialmente el de Monserrate. Hizo uso del rol de nexo territorial de esta área.

Pese a la destrucción colonial y al deterioro y abandono republicano, en el Parque Arqueológico de Chincheros superviven las huellas de sus funciones como residencia real del inca y nexo territorial del eje vertebral del Tawantisuyo.

El Santuario del Sol y Mausoleo del Inca: Machu Picchu

Si bien existen evidencias de ocupaciones previas, los estudios confirman que las colosales edificaciones de Machu Picchu corresponden al período inca imperial, específicamente al dominio de Pachacutec. Como señalaba Chavez Ballón, Machu Picchu era “otro Cusco” construido con las mismas orientaciones y técnicas que el remodelado Coricancha por Pachacutec.

Machu Picchu no es solo la ciudad inca. Su planeamiento comprende un vasto espacio sagrado, que corresponde aproximadamente a lo que son en la actualidad los límites del Santuario Histórico. En este amplio espacio, el inca planificó una obra cuya significación esta todavía en estudio y debate. Se ha develado y apreciado algunos de sus componentes. El núcleo central donde se construyó la ciudad está asociado al encuentro de ríos, a las observaciones de los pasos del Sol en el cosmos, a un círculo de montañas sagradas, a un nexo de los altos Andes para pasar inmediatamente a la ceja de selva. Lo que se edificó no fue la primera ciudad inca fundacional ni la última de la resistencia. Se construyó en este amplio espacio una ciudad nuclear con una finalidad sagrada. Existen evidencias que corresponde a Pachacutec.

El debate está abierto respecto a varias hipótesis relativas a su significado. Una de ellas, de las más sugerentes y fundamentadas, formulada por Luis Lumbreras, señala que fue el Mausoleo desde donde Pachacutec, absoluto líder político religioso del Tawantinsuyo, había edificado su palacio para seguir, después de la muerte, gobernando con el Sol, desde lo que para nosotros es la eternidad y era para el mundo andino una de las dimensiones activas del mundo. Desde esta hipótesis, pueden releerse las funciones del principal edificio de la ciudad, el Torreón, así como las de los otros edificios y construcciones de los sectores urbano y rural. Otra hipótesis, no necesariamente opuesta a la anterior, señala que la ciudad inca cumplía una función de manejo de recursos genéticos para la experimentación y desarrollo de los cultivos que circulaban entre los Andes altos y la ceja de selva. Un avance lo constituyeron los descubrimientos de la amplia red de andenerías, con las que prácticamente se remodelaron las montañas de la ciudad inca y las áreas intermedias desde la entrada en Patallaqta hacia la zona debajo de la ciudad. Quedan por hacerse estudios de los tipos de cultivos para contrastar esta hipótesis.

Los accesos y las edificaciones van juntos y en función del rol general. Para acceder a la ciudad inca, existen varios caminos. El principal camino inca va por las cumbres. Los centros asociados cumplen funciones rituales de purificación, tal como Wiñay Wayna, cuyas cons-

trucciones respectivas permanecen. Otros caminos vienen del valle de Urubamba y atraviesan la garganta en Ollantaytambo, los que van por las laderas. Desde el encuentro del Urubamba con el Cusicancha, se organizan en una amplia cantidad de sitios, muchos de los cuales están recién develándose. Los estudios indican que, a lo largo de varios kilómetros y a una altura adecuada para la vida, existen múltiples edificaciones que fueron plenamente ocupadas en el período el Tawantinsuyo. De este modo, si bien se estrecha el valle hasta encajonarse, por un buen trecho tuvo edificaciones con ocupaciones humanas. Incluso, al llegar por el río a la altura de la ciudad inca, en esa curva espectacular a los pies del Putucusi se ha descubierto que el conjunto de la montaña fue remodelada por los incas, existiendo una gradiente de andenerías que van desde casi los bordes mismos del río hasta las cumbres en la ciudad inca de Machu Picchu.

Pero Machu Picchu era una ciudad de nexo, no el último punto de llegada. Por ello, existe una inmensa zona, no investigada todavía, de las relaciones con las edificaciones, caminos, construcciones que van desde la ciudad inca del santuario hasta los centros existentes en la Amazonía o vinculados a ella; estos forman parte de lo que es ahora el parque de Vilcabamba-Choquequirao. Existen evidencias de actividades de metalurgia en la ciudad inca, relacionadas con las minas ubicadas frente a Choquequirao. El trazado de la red de caminos inca en esta área muestra este rol de nexo claro y definitivo.

El área de intercambios con el Qollao: templo a Wiracocha, Pikillaqta huari y Palacio de Yawar Huaca

Otra de las áreas de la Red de Parques (REDPAQ) es la que se existe entre los sitios y edificaciones a mitad del valle del Cusco y La Raya, ubicada en la cumbre del valle en dirección hacia el altiplano. Esta es un área muy importante, pues rememoraba el peregrinaje inicial de la etnia Inca para la ocupación del valle. Uno de los rituales incas del Solsticio de junio consistía en un peregrinaje que iba por las

cumbres hacia el templo de La Raya, para retornar al Cusco por la ribera del Vilcanota, pasando por el templo a Wiracocha.

En esta área existen tres parques arqueológicos:

Raqchi. Al arribar al valle del Cusco, los incas se encontraron que esta área estaba ocupada por diversos ayllus y grupos étnicos. En su desarrollo, disputaban los Killke, Lucre y Ayarmacas. También otros grupos como los Canas, pastores de altura y los Canchis, agricultores de valle bajo. Era desde siempre un área caracterizada por relacionar el valle del Cusco con el Collao altiplánico.

El poblado de Cachas, que se encontraba a los pies del volcán Kin-sachata, hizo la primera edificación en homenaje a este apu tutelar. Seré el inca Wiracocha quien, para legitimar su poderío, construyó el templo al dios Wiracocha por quien decía había asumido el incario. Este templo estaba amurallado. Los estudios indican que su ubicación en la ruta al Collasuyo no era una casualidad. Expresaba la posible delimitación entre el Antisuyo y el Collasuyo, al tiempo que los caminos para ambos espacios del Tawantinsuyo. Incluso se supone que existía una puerta de entrada asociada a este templo.

Pikillaqta y el Palacio de Yawar Huaca. Este parque arqueológico permite el contraste entre diversos períodos de ocupación humana del valle del Cusco. Se encuentran evidencias de las primeras ocupaciones del valle, el sitio de la ciudad Wari más importante, y las edificaciones del Kañaracay, Palacio de Yawar Huaca.

En el desarrollo del mundo andino, los Wari fueron los que avanzaron formando las primeras ciudades. Si bien tenían su centro en Ayacucho y se expandieron en los Andes centrales y del sur, su principal sitio urbano es el de Pikillaqta, localizado en el Cusco, en la subcuenca de Lucre.

Esta ciudad corresponde al período del Estado Wari (600 años d. C). Su construcción evidencia el uso de la planificación urbana, formándose barrios y sectores organizados de manera ortogonal y de forma rectangular, los que están cercados en todo el perímetro por

murallas de gran altura. Se da forma, de este modo, a una ciudad con su respectiva estratificación social, religiosa y militar. En Pikillaqta la urbe está asociada a sectores agrícolas con riego y dispone de canteras de piedra para la construcción de las obras arquitectónicas. Esta ciudad es Wari, la más conservada y su mayor muestra arquitectónica. En el área del parque está ubicado también el Palacio de Inca Yawar Huaca, en Kañaracay.

El inca Wiracocha mandó construir Kañaracay. Ordenó el trazo completamente ortogonal en la edificación del Palacio con todas las comodidades. Se construyó para que viviera el inca Yawar Wakaq, quien lo tomó como residencia. De esta edificación quedan actualmente la portada, acueducto y canteras de Rumiqolqa y el cerro Raqchi, los andenes de Urpikancha, Amarupata, Mamaqolla y otros sectores urbanos importantes. El Palacio muestra una distribución espacial rectangular, formando una ciudad. Se evidencian construcciones así como espacios dedicados al culto religioso.

Está asociada al Parque la ciudad colonial de Oropesa, edificada entre los años 1545-1650 y el siglo XVIII. Se asocia asimismo con el templo de Andahuayllillas, respecto al cual existen estudios que indican con anterioridad un lugar andino sagrado, y en el cual se ha construido lo que se conoce como la “Capilla Sixtina de América”, por la importancia de sus pinturas religiosas cristianas.

Tipón. Este parque está asociado a uno de los apus fundamentales del Cusco: Patachusan. Existe la construcción de andenes y fuentes de agua, resguardados por una muralla, que casi ha desaparecido. No se conocen cuáles eran sus funciones específicas, las que están en estudio.

*Vilcabamba: ampliación del territorio
y la resistencia anticolonial*

estudiada. La de la Convención, en la que se posicionó el gobierno inca de la resistencia anticolonial y ha sido objeto de mayores estudios. Los principales sitios con monumentos de importancia son: Vilcabamba, Victos, Espíritu Pampa. Los caminos hacia estas áreas iban por la Cuenca del Urubamba, atravesando Machu Picchu; y por la cuenca de río Apurímac, en la cual todo indica que una ruta fundamental era por Choquequirao. Los estudios sobre el Cápac Ñam han permitido empezar a estudiar otras rutas, como las que giran en torno al Salkan-tay y la que va hacia Santa Teresa, a espaldas de Machu Picchu, por el Valle de Aobamba. En los últimos años, existe una intensa labor de investigación y puesta en valor de estos patrimonios.

Los estudios que avanzan en estos sitios descubren que la presencia inca en ellos no se reduce ni concentra al período crucial de la resistencia a la conquista hispana, resistencia que dirigieron los gobernantes incas desde Vilcabamba y duró 40 años. Existen cada vez más evidencias de ocupación del espacio amazónico para el apogeo del Tawantinsuyo, en la ampliación de frontera agrícola y comercial y haciendo uso de instrumentos de trabajo con mayor resistencia.

Los investigadores señalan que Pachacutec incorpora las laderas orientales en la expansión del imperio. Existen importantes evidencias de relaciones con las minas cercanas a Choquequirao, y con los corrales de llamas ubicados en dicho sitio y en áreas de la ceja de selva. El gran camino inca del Cápac Ñam tiene trazos que entrelazan buena parte de la ceja de selva en el área de Vilcabamba, que rodean el Salkan-tay y que interconectaban otros valles, como el de Aobamba, en el cual se han descubierto importantes monumentos en las montañas que están frente a Machu Picchu y que están en proceso de investigación.

Estas evidencias nos indicarían que las construcciones de caminos, terrazas y de edificaciones de residencias y templos fueron anteriores a la presencia de los conquistadores hispanos y de la guerra de resistencia inca.

Uno de los complejos arqueológicos es el de Choquequirao. La construcción de Choquequirao se estima se hizo entre la segunda mitad del siglo XV y primeras décadas del XVI, cuando los incas inicia-

ron la conquista de nuevos territorios en la región del Antisuyo. El complejo comprende templos, viviendas reales y populares, depósitos o qolqas, kallancas, ushno ceremonial, talleres, fuentes y canales, andenerías de cultivo, dormitorios para mitimaes y personas en tránsito y residencia para una población permanente de agricultores. Gran parte de lo edificado está cubierto por el bosque amazónico. Las investigaciones darán luces respecto al significado del sitio.

Otros sitios y complejos arqueológicos se ubican en Vilcabamba, Existe un espacio territorial de activa ocupación preinca e inca, ubicado en la Cordillera de Vilcabamba, una de las tres cadenas de montañas que conforman la Cadena Oriental de los Andes, caracterizada por un paisaje de fuertes contrastes, en la que se combinan elevadas cadenas de montañas, profundos cañones y valles interandinos, fruto de la erosión de un complejo sistema de cursos de agua que drenan hacia la selva. En este espacio se ubica un gran número de sitios arqueológicos. Los más importantes son los de Rosaspata-Vitcos y otro que se denomina Vilcabamba.

Los estudios de estos sitios permitirán resolver las hipótesis respecto a las condiciones para expansión y apogeo del Tawantisuyo.

Bibliografía

- Bauer, Brian y David Dearborn (1998). *Astronomía e imperio de los incas*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas (CBC).
- Dejoeux, Claude e Iltis André (1991). *El lago Titicaca: Síntesis del conocimiento limnológico actual*. La Paz: ORSTOM / HISBOL.
- Espinoza, Valdemar (1997). *Los Incas*. Lima: Mantaro.
- Guillén, Edmundo (1997). *Ensayos de historia andina I: los incas y el inicio de la guerra de reconquista*. Lima: UAP.
- Hocquenghem, Anne Marie (1998). *Para vencer la muerte*. Lima: IFEA.
- Hocquenghem, Anne Marie (2004). *Una edad del bronce en los Andes centrales*. Lima: IFEA.

- IFEA-CBC-Orstom (1997). *Atlas del Cusco*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas (CBC).
- INC-INRENA (2005). *Plan Maestro del Santuario Histórico de Machu Picchu 2005-2015*. Lima: INC-INRENA.
- INC (2007). *Saqsayhumana, estudios fundamentales*. Cusco: INC.
- Lumbreras, Luis (2005). *Machu Picchu, el Mausoleo del Inca. Anexos Plan Maestro del Santuario Histórico de Machupicchu*. Cusco: INC.
- Lumbreras, Luis (2006). *Violencia y mentalidad colonial en el Perú*. Cusco: INC.
- Mujica, Elías (1985). “La integración sur andina durante el período Timanaku”, en: Javier Arbó y otros (comps.). Cusco: Centro de Estudios Regionales y Andinos Bartolomé de las Casas: 81-115.
- Murra, John (2004). *El mundo andino*. Lima: IEP.
- Parssinen, Martti (2003). *Tawantisuyo. El Estado Inca y su organización política*. Lima: IFEA-PUCP.
- Pease, Franklin (2007). *Los Incas*. Lima: PUCP.
- Protzen, Jean-Pierre (2005). *Arquitectura y construcción incas en Ollantaytambo*. Lima: PUCP-Fondo Editorial.
- Rivero Luque, Víctor (2005). *Herramientas agrícolas del antiguo Perú*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas (CBC).
- Rostworowski de Diez Canseco, María (1988). *Historia del Tawantisuyo*. IEP. Lima.
- S/a (2002). *Patrimonio y mágico territorio, guía del valle de Cusco: San Jerónimo, Saylla, Oropesa y Lucre*. Cusco: Centro Guamán Poma de Ayala.

El centro histórico de Arequipa: patrimonio y desarrollo

Luis Maldonado Valz*

Al aproximarse una década del inicio del proyecto promovido por la Municipalidad Provincial de Arequipa de rehabilitar el centro histórico de esta ciudad y su valioso patrimonio cultural, se puede hacer un balance de los desafíos y resultados de esta decisión, resaltando que el propósito es que esta recuperación sea uno de los pilares fundamentales para el desarrollo urbano regional de Arequipa.

Arequipa, como muchas regiones latinoamericanas, afrontaba a finales del siglo XX una situación de crisis económica y deterioro de las condiciones de vida de su población. Desde la década de los años sesenta, tuvo como fundamento de su desarrollo el crecimiento industrial en un modelo de sustitución de importaciones; de hecho, era la segunda ciudad industrial del país, pero a partir de la década de los años noventa, con la globalización, su modesto parque industrial no tenía condiciones de competitividad internacional, lo cual condujo a la quiebra de varias empresas locales y obligó a otras a emigrar y loca-

* Arquitecto graduado en Río de Janeiro, 1962. Posgrado en Planeamiento en México en 1973. Profesor de las universidades Federico Villarreal de Lima y de San Agustín de Arequipa. Proyectos de Arquitectura, Urbanismo y Planeamiento en Brasil y Perú. Director del Proyecto del Centro Histórico de Arequipa desde 1999 hasta 2008. Actualmente coordinador del Plan de Acondicionamiento Territorial del Valle del Colca como funcionario de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

lizarse en Lima, que representa el gran mercado nacional. La parálisis industrial llegó al 60%, incrementándose el desempleo hasta en 17%, en cuanto la media nacional era del 11%; el PBI cayó de 6,3% al 5,7%, con un aumento del sector informal al 43%; asimismo, en una década el flujo turístico se redujo de 360 mil a 67 mil visitantes. Todo ello coadyuvó al deterioro del patrimonio, del orden urbano y de la calidad de vida, acentuado por la escasa presencia de las instituciones públicas.

Esta situación obligó a repensar las bases en las que se sustenta el desarrollo urbano regional de Arequipa, y reconocer el enorme potencial de su patrimonio arquitectónico al identificar otras fuentes. En efecto, hoy existe conciencia de que el valioso legado cultural es un recurso importante y que su recuperación es un poderoso instrumento para el desarrollo económico y social.

Proceso histórico

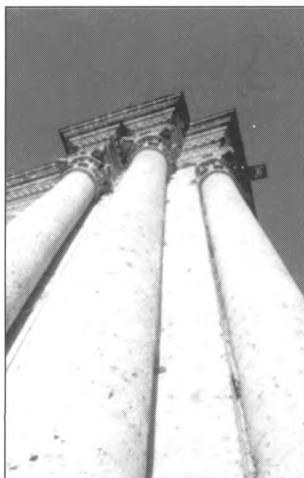
Arequipa se sitúa a 2.335 m.s.n.m. en el valle del río Chili. Su emplazamiento determina muchas de las características de su suelo y de su clima benigno, sobre el cual se ha desarrollado una serie de asentamientos humanos locales de muy poca trascendencia en la historia del Perú. Una de estas comunidades locales fueron los Yarabayas, pueblo primitivo que se asentó en el tradicional barrio de San Lázaro. Otra comunidad fueron los Chimbas, en la margen derecha del río que, conjuntamente con comunidades Collaguas, desarrollaron una economía agraria en medio del desierto.

Plano 1. Plano de Diego de Rodríguez, 1835



Autor: Diego de Rodríguez. Fuente: Museo Municipal de Arequipa.

Fotografía 1. El sillar en arquitectura



Autor: José Álvarez.

Fotografía 2. El sillar en cantera



Don Garcé Manuel de Carbajal fundó la ciudad de Arequipa el 15 de agosto de 1540, haciendo un trazado de cuadrícula de 49 manzanas incluida la Plaza de Armas. La ciudad hispana se emplazó en el valle del río Chili, junto a los asentamientos prehispánicos que habían desarrollado un excelente trabajo de acondicionamiento territorial mediante andenes, los mismos que hasta hoy son parte sustancial de su escenario geográfico, constituyendo uno de los pocos ejemplos mundiales de fusión entre ciudad y campo.

En el Virreinato, la ciudad de Arequipa fue un nexo entre el Cusco, Charcas y el mar; estratégico en los propósitos de colonización hacia el sur. Durante los años en que se explotaron las minas de plata, principalmente de Potosí, Arequipa fue un gran centro logístico. El patrón de usos definió un pequeño centro circunscrito a la Plaza de Armas donde se concentró el equipamiento político, administrativo, religioso y comercial, y una periferia residencial. Los límites de la ciudad eran: por el norte, el barrio de San Lázaro; por el sur, el hospital de San Camilo; por el este, Santa Marta; y por el oeste, el río Chili.

Tanto San Lázaro como Santa Marta fueron reducciones indígenas, las que originan el barrio de San Antonio en el distrito de Miraflores. Con el Puente Real, hoy Puente Bolognesi, la ciudad se extendió hacia La Recoleta, en el actual barrio de La Antiquilla, distrito de Yanahuara. Este último era el ingreso de la costa a la ciudad de Arequipa y, por tal razón, en su trayecto se localizaron los tambos, unidades de vivienda y servicios, muchos de los cuales aún se conservan.

Con la República, Arequipa emergió como centro hegemónico del sur, incrementando a sus funciones administrativas, políticas y comerciales, las del comercio lanero. La articulación con la región se favoreció con la introducción del ferrocarril en 1871. Se constituyó, por tanto, un eje transversal adicional que ligaba la costa con las zonas andinas productoras de materias primas.

Tras el terremoto de 1868 y la tragedia del Pacífico, Arequipa experimentó un nuevo auge económico. Se introdujeron estilos europeos de arquitectura y urbanismo, surgieron nuevos elementos urbanos como el bulevar, la alameda y el malecón. La ciudad se expandió,

se trazaron avenidas como Siglo XX y Boulevard Parra, se formaron barrios arborizados como El Vallecito y creció hacia Yanahuara con la construcción del Puente Grau. En el centro, la traza urbana se incrementó dando continuidad a la estructura anterior, densificándose el damero con la incorporación de segundos pisos; sin embargo, se mantuvo la presencia de las torres y cúpulas de las iglesias.

Al conmemorarse el cuarto centenario de la fundación española (1940), se planteó, un proyecto de equipamiento y expansión de la ciudad, generándose un anillo mayor de vivienda y consolidándose un patrón de crecimiento radial en cuanto a vías, y concéntrico en cuanto a usos del suelo, habilitando los barrios de Cuarto Centenario y Selva Alegre. Con el afán de modernizar la ciudad, se cometieron algunos excesos que atentaron contra el patrimonio, como el ensanchamiento de calles; paradójicamente, esta iniciativa permitió descubrir el monumento más importante con el que cuenta la ciudad: el Monasterio de Santa Catalina.

En la década de los años cincuenta, se inició con mayor fuerza el desplazamiento de la población residente del damero hacia la periferia, quedando la casona solariega destinada a otros usos; no obstante, las formas tradicionales de casa de vecindad se mantuvieron alrededor de algunos tambos tugarizados. Posteriormente, en las décadas de los sesenta y setenta, la Junta de Rehabilitación y Desarrollo de Arequipa propició un mayor impulso al sector industrial con la creación de parques industriales, y se mejoró la articulación vial, lo que contribuyó a consolidar el rol hegemónico que en la región tiene la ciudad. Estos cambios, cobraron mayor intensidad en el área central, donde el desarrollo de la actividad comercial y de servicios modificó las características horizontales de la ciudad.

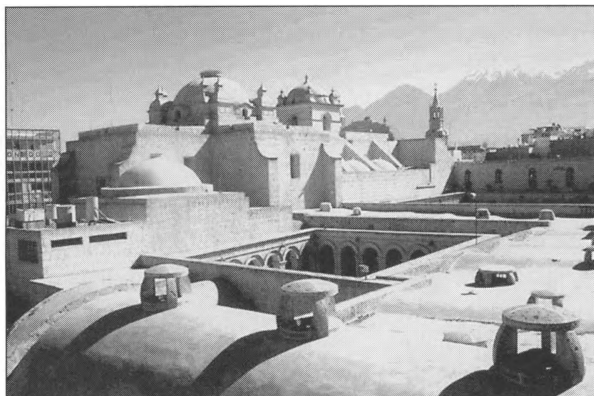
La sobreutilización del centro histórico ha generado un proceso continuo de desplazamiento de la vivienda y sus equipamientos hacia áreas periféricas; a la vez, se observa la hegemonía de actividades terciarias, principalmente del sector informal. Este éxodo se dio a partir de los años cincuenta, período que coincide con el flujo migratorio proveniente de los pueblos del altiplano peruano. A partir de entonces, se expandió una corriente de “modernidad” mal entendida, que pau-

latinamente sustituyó las casonas de sillar, de patios y bóvedas por edificios de ladrillo y concreto, cambiando los usos de vivienda a comercio, en razón a su mayor rentabilidad. Por otra parte, el crecimiento radio céntrico de la metrópoli determinó que el sistema vial condicionara el paso obligado por el centro en todos los desplazamientos de la población, lo cual trajo mayor contaminación ambiental por el transporte, más aún si este último es anacrónico y deficiente.

Las condiciones de habitabilidad y dotación de servicios básicos en el centro histórico decayeron como resultado de la densificación de usos, la falta de inversión pública y el empobrecimiento de la población residente, lo cual forma parte del proceso de deterioro de la ciudad. Revertir esta tendencia es el reto y, para ello, el patrimonio constituye el principal recurso de desarrollo sostenible y mejora de las condiciones de vida de la población, por su potencial para generar actividades productivas.

Como parte de este proceso, la declaratoria de Arequipa como Patrimonio Cultural de la Humanidad por parte de la UNESCO, en diciembre de 2000, ha contribuido a consolidar estas actuaciones que vinculan el desarrollo de la ciudad con la cultura y el patrimonio.

Fotografía 3. Conjunto de la Compañía de Jesús, ejemplo de la arquitectura arequipeña



Autor: Julio Aspilueta.

Valoración

El centro histórico de Arequipa constituye un ejemplo único e irrepetible como identidad cultural. Su arquitectura, construida en piedra volcánica, expresa la robustez de los muros de sus edificaciones. Por el uso extendido del arco y la bóveda, por la delicada ornamentación barroca y neoclásica de sus fachadas, por la unidad de sus espacios urbanos, es una manifestación excepcional de la cultura local. Constituye una “fusión creativa de las características europeas y autóctonas jugando un rol esencial en la expresión cultural de toda la región”, tal como lo señala UNESCO en el documento de sustentación para su inscripción en la *Lista del patrimonio mundial* en diciembre de 2000.

Pero no es solo el mestizaje de lo europeo y lo nativo lo que otorga valor propio a esta arquitectura. Su singularidad proviene de sus raíces, que están en la naturaleza y en las propias entrañas de su suelo, desde donde ha emergido la fuerza de los terremotos que una y otra vez han derruido la ciudad y que han provisto el material para su edificación y reconstrucción. En una región desértica, en la que no había buena greda para adobes ni tejados y había escasa madera, lo único disponible en abundancia era el tufo volcánico, el sillar blanco y a veces rosado para levantar las fábricas. La mejor manera de afrontar los sismos era extendiendo el sistema constructivo ya experimentado en los templos y monasterios a las edificaciones domésticas, con anchos muros ciclópeos, hechos a la manera de cajón, con arcos y bóvedas, miles de bóvedas, dando a los predios robustez y monumentalidad, particularmente desde el siglo XVII y XVIII, constituyendo la ciudad entera un continuo de piedra labrada, coronada de bóvedas y cúpulas. La ciudad histórica de Arequipa es el producto de la resistencia de sus pobladores a los espasmos de la tierra y el sabio aprovechamiento de la catástrofe, lo que permitió una urbanística y una arquitectura original y única.

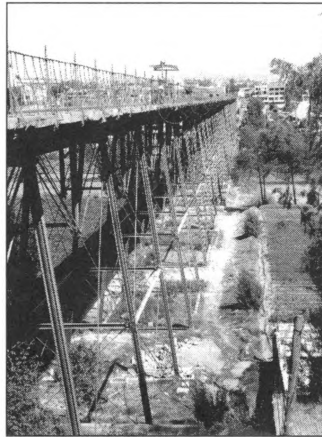
De ahí que el mérito del centro histórico de Arequipa no esté limitado a la grandiosidad de sus monumentos religiosos, que otras ciudades también los tienen. Se debe, principalmente, a su arquitectura civil, doméstica, a la profusión de casonas de sobria dignidad, de equilibrio

en las proporciones, donde el espacio urbano penetra al interior de las manzanas a través de amplios portones y zaguanes, hasta alcanzar el primer patio y a veces el segundo, donde se reproduce el labrado de las fachadas, acentuando la continuidad espacial y formal de la calle.

Los monumentos más destacados del centro histórico son la Catedral, el más importante edificio neoclásico del país, construido a mediados del siglo XIX sobre las ruinas de la primera iglesia barroca; los claustros y la iglesia de La Compañía, conocida como el complejo más representativo del período barroco mestizo de finales del siglo XVIII; el Monasterio de Santa Catalina, una espectacular ciudadela religiosa de los siglos XVI al XVIII; el complejo de San Francisco, el mismo que comprende una pequeña plaza, la iglesia principal, el convento y los claustros de la Tercera Orden que datan del siglo XVIII.

Igualmente, se encuentran comprendidos los templos y los conventos de Santo Domingo, San Agustín, La Merced y Santa Marta, la Plaza de Armas con sus portales neorrenacentistas, el Puente Real del siglo XVII, hoy puente Bolognesi, el Puente Grau, ambos hechos en sillar, y el Puente Bolívar, magnífica obra en hierro del siglo XIX.

Fotografía 4. Puente Bolívar



Fuente: Oficina Técnica del Centro Histórico (OTCHA).

Fotografía 5. Catedral de Arequipa



Autor: Julio Aspilcueta.

El Plan Maestro del Centro Histórico

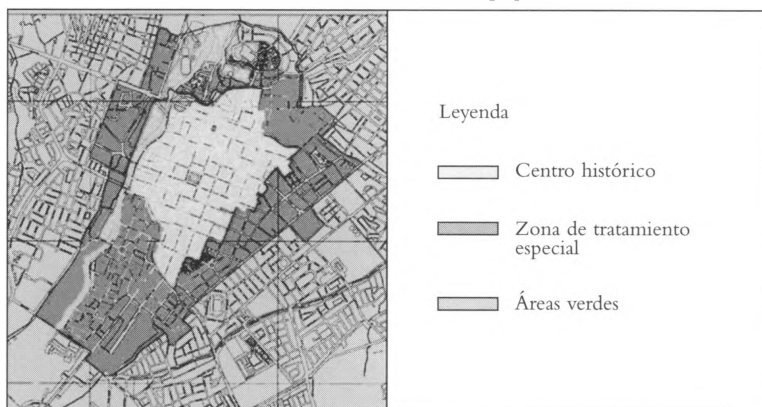
Se concibe el Plan Maestro del Centro Histórico como un plan de acciones, eminentemente práctico y de carácter participativo, que tiene como fundamento la estricta vinculación de los planes sectoriales con su gestión, como modo de garantizar la ejecución progresiva de los programas y proyectos identificados. Está dirigido a coordinar y concertar las actuaciones tanto públicas como privadas y que convocaban a la participación vecinal en las tareas de renovar la estructura física del área histórica y en la superación de los problemas sociales.

El Plan, a través de sus propuestas generales y la ejecución de sus programas y proyectos piloto, busca generar una dinámica de restauración patrimonial, de reconstrucción del crecimiento y de gestión basada en la concertación ciudadana para el mejoramiento de la calidad de vida de los residentes y de la comunidad metropolitana.

La delimitación del centro histórico, propuesta por el Plan, comprende un núcleo patrimonial de 141 ha con 72 manzanas –entre las cuales están las 49 del damero fundacional–, que constituye el territorio con mayor densidad patrimonial y de monumentos; y un área envolvente de protección o transición, con valores de entorno. Todo este sitio monumental tiene 444 ha e incluye barrios tradicionales

como San Lázaro, San Antonio, El Solar, La Recoleta o Antiquilla y La Estación, además de barrios residenciales de valor paisajístico como Vallecito, IV Centenario y Selva Alegre, y por supuesto, el río Chili con sus puentes Bolognesi, Grau, San Martín, Bolívar y sus verdes riberas. Estos sectores han sido definidos como Zonas de Tratamiento en el Plan de Gestión. En este ámbito, hay 4.800 predios con más de 500 edificaciones de valor, entre casas coloniales, neoclásicas y republicanas, y monumentos religiosos y civiles.

Plano 2. Delimitación del centro histórico de Arequipa, Plan Maestro



Fuente: Oficina Técnica del Centro Histórico (OTCHA).

Objetivos del Plan

El objetivo principal es la revalorización del centro histórico, entendiendo este proceso como parte de un desarrollo integral de la metrópoli. Su revitalización comprende una serie de acciones: conservación, control, valorización y promoción, que incluyen el mejoramiento de las condiciones habitacionales de los actuales residentes, el fortalecimiento de la gestión pública, y la repotenciación de un mercado in-

mobiliario selectivo. En esta dinámica, la apropiación social del patrimonio es fundamental, pues, en definitiva, es la comunidad la protagonista del cambio. La coordinación de los proyectos le compete a la gestión pública, mediante una ventanilla de atención al ciudadano y la oficina técnica.

Derivado de ello, la ejecución del Plan Maestro del Centro Histórico espera:

- Mejorar la calidad de vida de su población, haciendo compatible la conservación del patrimonio con el desarrollo económico y social de la ciudad.
- Proporcionar al Municipio una herramienta eficaz para el planeamiento y gestión del centro histórico, con un nuevo modelo de gestión pública, participativa y próxima al ciudadano.
- Desarrollar las propuestas de intervención a corto, medio y largo plazo, en función de las estrategias previamente establecidas, mediante la ejecución de proyectos piloto que permitan la rehabilitación de monumentos y la recuperación de espacios públicos que generen un efecto multiplicador en la recuperación del centro histórico.
- Convertir esta recuperación en una de las políticas predominantes para la reestructuración urbana de la metrópoli, impulsando la desconcentración planificada.
- Compatibilizar el uso del suelo con la categoría de patrimonio monumental, mediante el mejoramiento de las condiciones ambientales de los residentes y usuarios con un adecuado manejo del comercio informal y la erradicación de actividades no compatibles.
- Redefinir la red vial y el flujo de tráfico con el objetivo de preservar del deterioro las edificaciones con valor patrimonial y el medioambiente.
- Revalorar los espacios públicos y el rol paisajístico del centro histórico de Arequipa, en especial las condiciones naturales del río Chili.

- Constituirse en un centro de atracción y bienestar para la población local y para visitantes, mediante la promoción de su patrimonio monumental y la dotación de un equipamiento cultural de primer orden.

Propuesta urbana

La trama monumental se estructura con la metrópoli por medio de dos grandes ejes tensores, ortogonales entre sí, que unirán cuatro centros focales de interés metropolitano a través del damero central. Estos ejes tienen como referente histórico el trazado fundacional de la ciudad y su división en cuarteles. Un eje unirá el parque de Selva Alegre con los terrenos del ferrocarril, concretizado simbólicamente por la calle Jerusalén y San Juan de Dios, que va de norte a sur, uniendo a su vez el antiguo barrio de San Lázaro y el centro monumental de la ciudad. El otro eje, de este a oeste, unirá la cuenca del río Chili, y como pivote de este sector, el Parque Metropolitano del Chili que, conjuntamente con el futuro Malecón de la Recoleta y el barrio del Solar, serán el inicio de este tensor, el cual culminará a través de las calles San Agustín, Mercaderes y Octavio Muñoz Nájjar, en el campus universitario de la Universidad Nacional de San Agustín (UNSA). De este esquema de estructuración se derivó la necesidad de priorizar ocho mega proyectos estratégicos:

1. *Puesta en valor del Parque de Selva Alegre.* Incidir en el malecón sobre el río y su conexión con la ribera inferior. Este es el mayor y más bello parque de la ciudad, data de 1940 y, dada su privilegiada ubicación de dominio de todo el valle, tiene un valor paisajístico invaluable.
2. *Rehabilitación del barrio de San Lázaro.* Consolidar su vocación residencial y darle un carácter turístico y artesanal con recorridos peatonales. Este barrio es de origen prehispánico, su traza es aldeana y su recuperación tiene una significación emblemática.

3. *Renovación urbana en los terrenos de La Estación.* Renovarlos con usos recreativos, culturales, de eventos y comerciales. Este sector posee una reserva de suelo subutilizado de 19 ha, ocupado por los antiguos patios ferroviarios, almacenes, depósitos y viejas maestranzas sin uso actual y que pertenecen al Estado.
4. *Habilitación integral del Malecón de La Recoleta y del Callejón Loreto.* Habilitar la plataforma residual sobre los farallones de la margen derecha del río Chili, uniendo el Malecón Bolognesi con la Alameda Pardo, hasta el puente San Martín, con uso residencial de categoría y creando un nuevo frente de la ciudad. Este proyecto reivindica la propuesta del urbanista Alberto de Rivero planteada en 1940.
5. *Habilitación del Parque Metropolitano del Chili.* Dar uso social, recreativo y ambiental a las islas agrícolas ubicadas junto a la margen derecha del río, cuya primera etapa sería la habilitación paisajista de los terrenos conocidos como Quinta Salas, a tres cuadras de la Plaza de Armas.
6. *Renovación urbana del barrio del Solar.* Comenzar con la recuperación y destugurización de los tambos, erradicando luego las antiguas curtiembres y sustituyendo las edificaciones degradadas, o reciclando las que están en buen estado con un uso compatible con esta añeja zona de residencia y oficios populares. Cabe notar que este barrio es el zócalo del perfil monumental de la ciudad.
7. *Rehabilitación comercial del sector de Siglo XX.* Tener como proyecto motriz la implantación del centro recreativo comercial al interior de las murallas y bastiones de la antigua prisión de Siglo XX, que revierta la tendencia de deterioro comercial que produce la profusión de mercadillos y de comercio informal en la zona. Este proyecto se potencializa con la proximidad de la Plaza España, Plazoleta 15 de Agosto, Palacio de Justicia y el Hospital Goyeneche; y actúa como propulsor de la renovación urbana del eje San Pedro-San Antonio.
8. *Recuperación del Circuito Cívico Cultural.* Este circuito está conformado por el anillo semipeatonal de San Francisco-Santa Catalina y su prosecución por las calles La Merced y Álvarez Thomas, que

articula la Plaza de Armas a la Plaza San Francisco, enlazando sedes de gobierno local, centros culturales, instalaciones turísticas y monumentos de primer orden.

El Plan fue concebido como un plan abierto, de insumo-producto-insumo, que partía del nivel macro hasta el predio independizado. Por tanto, luego de la zonificación en doce zonas de tratamiento y de la estructuración, se determinaron prioridades en planes sectoriales territoriales y funcionales, así como trece programas de viabilidad inmediata y cada programa con su banco de proyectos.

Plano 3. Estructuración urbana del centro histórico



Infografía: Jorge Luis Chávez.

Los proyectos piloto

La visión estratégica del Plan Maestro, definida como un plan concertado de realizaciones inmediatas para lograr metas de mediano y largo plazo, suponía que desde la formulación del Plan de Gestión, a inicios de 2000, se abordaran acciones de salvamento del patrimonio en situación de emergencia, sobre todo, a raíz del terremoto de junio de 2001. Sin embargo, esto no implicó caer en un improvisado voluntarismo, sino que cada proyecto estaba enmarcado en los lineamientos del Plan, definidos previamente. Por ello, desde el inicio de sus actividades, la Oficina Técnica del Centro Histórico de Arequipa (OTCHA) emprendió intervenciones de conservación de monumentos. Las principales fueron:

Iglesia de La Compañía de Jesús. El primer proyecto piloto iniciado en 2000 fue la conservación del templo de la Compañía de Jesús, considerado el monumento más representativo del arte barroco mestizo por su riqueza ornamental que fusiona e integra elementos europeos y autóctonos. Esta iglesia, concluida en 1698, se destaca por la calidad y tallado de piedra de sus portadas y, en especial, por sus retablos y ornamentación interior. La portada principal es una obra maestra de muralismo escultórico, donde resaltan la flora y fauna nativas, combinadas con alegorías virreinales y evangelizadoras. En el interior, contrastan la sobriedad de muros, pilastras y bóvedas, con los retablos barrocos en pan de oro de los altares. Su mayor obra de arte es la pintura mural de la Capilla de San Ignacio, que tiene una exuberancia naturalista de flores y aves tropicales, resultado de las misiones que partían de Arequipa a la Amazonía peruana, boliviana y paraguaya. La restauración del templo en 2000, y de la pintura mural de la Capilla de 2003 a 2006, permitió salvar la portada y la mayor obra de arte mural de la ciudad.

Fotografía 6. Iglesia de La Compañía de Jesús



Autor: Félix Solís.

Monasterio de Santa Catalina. El Monasterio de Santa Catalina, fundado en 1579, es el monumento más bello de la arquitectura vernácula de Arequipa. Es una ciudadela amurallada de veinte mil metros cuadrados, conformada por solares de varios ambientes, tres claustros entrelazados por callejas, placitas, patios, lavandería y huertos, y poseedora de una espléndida colección de obras de arte. Cuando fue restaurado y abierto al público en 1970, dentro de la actual zona de clausura quedaron tres antiguos solares en ruinas que estaban en total abandono. En el marco del convenio entre la Municipalidad de Arequipa y la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), la OTCHA elaboró un proyecto de emergencia destinado a recuperar esta área. La intervención, iniciada en febrero de 2001, tuvo como objetivo recuperar las construcciones originales y adecuarlas para uso recreativo.

Iglesia y Plaza de San Antonio. El tradicional barrio de San Antonio, en el distrito de Miraflores, es una extensión del centro histórico. Con antigüedad colonial, mantiene valores urbanos que lo asemejan a San Lázaro. Desde el siglo XVIII, existía en este lugar la capilla de San Antonio Abad, que fue destruida por el devastador terremoto del 13 de agosto de 1868. A partir de 1872, se inició su reconstrucción de acuerdo con el proyecto del maestro Lucas Poblete, autor de la Catedral de

Arequipa, culminándose la obra en 1875. El terremoto del 23 de junio de 2001 ocasionó serios daños a esta iglesia, y afectó sus muros y bóvedas. En febrero de 2002, se iniciaron los trabajos que consistieron en la consolidación estructural de muros y bóvedas de la iglesia, reconstrucción de los retablos, reforzamiento de sus torres y puesta en valor de su fachada. Una vez recuperado el templo, la comuna de Miraflores decidió rehabilitar, en 2005, la plaza con todo el entorno que estaba en un estado degradado física y socialmente. Con la intervención integral, todo el barrio se recuperó, siendo hoy, nuevamente, un lugar de encuentro sano.

Fotografía 7. Iglesia de San Antonio



Autor: Julio Aspilcueta.

Fotografía 8. Plaza de San Antonio



Autor: Julio Aspilcueta.

Claustro Alcantarino y Pinacoteca del Convento de la Recoleta. El Convento de La Recoleta, monumento de 1648, constituye una expresión singular de la arquitectura de la ciudad por su emplazamiento, el carácter austero de sus volúmenes, la calidad de sus espacios y claustros y en especial por el claustro Alcantarino que ha mantenido la originalidad del siglo XVII. Con el terremoto del 23 de junio de 2001, el Convento quedó seriamente afectado, siendo el Claustro Alcantarino el más dañado. Este Claustro está constituido por arcos de medio punto, soportados por esbeltos pilares de sillar, conformando galerías que sostienen los techos inclinados en madera, carrizo y tejas, y que dan acceso a antiguas celdas. La restauración, realizada en varias etapas desde 2002 hasta 2004, ha permitido salvar antiguas celdas, galerías y la pinacoteca.

Complejo de San Francisco, templos, convento, Tercera Orden y plaza. El complejo de San Francisco es, después de Santa Catalina, el mayor conjunto monumental de Arequipa. Las iglesias de San Francisco y la Tercera Orden, con sus atrios y contrafuertes, conjuntamente con el Fundo El Fierro, el pasaje del Manguillo y con la secuencia de casas de la calle Zela enmarcan la plazoleta más bella de la ciudad. El templo de la Tercera Orden quedó al borde del colapso con el terremoto de 2001. La geometría de sus arcos fajones quedó deformada con un descenso de 40 cm, aparecieron numerosas fisuras atravesando muros y contrafuertes y todas las bóvedas quedaron agrietadas; en suma, el monumento estaba gravemente arruinado y a punto de perderse. El rescate llegó en 2002, de la mano de la Municipalidad de París que apoyó su reconstrucción con un nuevo uso para sala de conciertos de la ciudad. La Orden Terciaria acogió la propuesta y la Municipalidad Provincial de Arequipa compartió el financiamiento de la obra. La intervención permitió reconstruir, consolidar e impermeabilizar íntegramente las bóvedas de la nave, del transepto, de la sacristía y del discretorio, así como estabilizar muros y contrafuertes, además de la reposición de las piezas talladas de la portada. También se consolidó la cúpula principal del templo de San Francisco y en 2006 se rehabilitó la plazoleta, mejorando jardines y paseos.

Renovación urbana y vivienda

El centro histórico de Arequipa está sujeto a presiones de carácter especulativo, a la sobresaturación de funciones y al abandono de sectores y zonas “poco rentables”. Estas áreas son, en muchos casos, lugares de residencia popular o antiguas maestranzas industriales o portuarias, y no pocas veces, casonas próximas a lugares de comercio intensivo que por su ubicación terminan convirtiéndose en mercadillos o campos feriales.

Detener este proceso de degradación es uno de los grandes retos en la gestión de conservación de los sitios históricos. Por otra parte, una premisa fundamental en la conservación de los centros históricos es consolidar sus barrios como lugares de residencia, con la finalidad de obtener una dinámica permanente y cotidiana de conservación. Por ello, en el centro histórico de Arequipa, la recuperación del patrimonio marcha junto con la rehabilitación de la vivienda en todas sus categorías.

El Plan Maestro plantea la renovación urbana del Área de Tratamiento del Solar como uno de los ocho proyectos estratégicos de revitalización integral. En este lugar se ubican los antiguos tambos, que actualmente constituyen predios de vivienda precaria y que, a su vez, son monumentos declarados. Desde inicios del siglo XVII, el ingreso a la ciudad era por el viejo Puente Real, hoy Puente Bolognesi, y fue justamente a lo largo de esta ruta donde se localizaron los tambos, que eran lugares de descanso e intercambio de los arrieros. Con el transcurso del tiempo, estos predios han devenido en lugares de residencia permanente y, dada su ubicación marginal en la llamada “barranca del río”, donde también se localizaron las primeras industrias de la ciudad, a partir de la segunda mitad del siglo XX, entraron en un proceso de deterioro.

Reafirmando como principal objetivo de la recuperación del centro histórico, mejorar la calidad de vida de la población, particularmente de sus residentes, la Municipalidad Provincial de Arequipa y la AECI han iniciado, desde 2002, esfuerzos por la rehabilitación de los tambos del Solar. Como experiencia exitosa, ya existe la recuperación

de los servicios y espacios comunes del Tambo de Bronce, concluida en 2002, y el Tambo del Matadero, terminado en 2004. El objetivo es continuar con este programa en otros tambos y en los espacios públicos: intervenir las calles y callejas, renovando la precaria red de agua y desagüe que produce filtraciones en las viviendas colindantes, dotándolas de servicios básicos y condiciones mínimas de habitabilidad. En 2006 se inició la rehabilitación del Tambo de La Cabezona, el mismo que está terminado. De este modo, se propone generar un proceso gradual, permanente y acumulativo de regeneración del barrio, promover el empleo, consolidar la presencia del gobierno local y fortalecer la participación e integración social de sus habitantes.

Con las acciones de renovación urbana se busca:

- Revitalizar la antigua calle Real, hoy Puente Bolognesi, mediante acciones de renovación de redes y pavimentos, recuperando el patrimonio cultural y convirtiendo este sector en un lugar atractivo para vivir y para los pequeños negocios y artesanos.
- Salvaguardar la calidad de vida y dotar de las condiciones mínimas de salubridad a los residentes de los tambos, restaurar las viejas estructuras, dotar de servicios sanitarios a las viviendas, rehabilitar los espacios comunes y erradicar los factores de contaminación y de delincuencia.
- Consolidar el rol de la mujer en la gestión de la renovación urbana para fines de vivienda, a través de los cargos directivos de las organizaciones de base, e incorporar la población local a las acciones de restauración mediante la participación vecinal.
- Capacitar mano de obra especializada en restauración.
- Fortalecer la presencia institucional del gobierno local en la comunidad, orientando sus acciones hacia los sectores deprimidos del centro histórico.
- Lograr el saneamiento legal de los predios.
- Elevar la autoestima de la población de los barrios degradados, demostrando que el principal beneficiario de la recuperación del centro histórico es el poblador local.

- Demostrar que las edificaciones históricas de habitación popular son tan importantes como los grandes monumentos religiosos.

Tambo de Bronce. Ubicado en la calle Puente Bolognesi del barrio El Solar, es probablemente el tambo más antiguo de la ciudad. Como todos los tambos, fue construido en el siglo XVIII para ser lugar de transacciones y de descanso de los arrieros. Fue edificado inicialmente como un conjunto de bóvedas que sirvieron de contención del relleno hecho para construir el Puente Real en el siglo XVII. Al interior, se construyeron ambientes, también de sillar, alrededor de tres patios, de los cuales se conservan dos, intercomunicados por zaguanes. Actualmente 21 familias son propietarias de este monumento, que lo usan para vivienda y, en algunos casos, como negocio.

Al sobrevenir el terremoto del 23 de junio de 2001, resultaron sumamente dañados los predios de este sector, y el Tambo de Bronce fue de los más afectados, con el derrumbe de las bóvedas del zaguán de ingreso y de dos tiendas adyacentes, y el colapso parcial de sus muros. Los trabajos realizados con la participación de AECI, la Municipalidad de Arequipa y los vecinos, consistieron, además de la reconstrucción y consolidación de sus estructuras, en la recuperación y puesta en valor de los espacios comunes como patios, zaguanes, escalinatas, con renovación de redes y pavimentos, liberando los patios y zaguanes de elementos extraños como cocinas de calamina, tendales, habitaciones precarias, y dotándolos de jardines y bancas.

Fotografías 9 / 10. Tambo de Bronce (antes y después)



Fuente: Oficina Técnica del Centro Histórico (OTCHA).

Tambo del Matadero. Situado en el callejón del Solar, con ingreso desde la calle Puente Bolognesi, aparece en los anales de la ciudad en 1647. Era un tugurio ocupado por 43 familias, 28 de ellas con graves problemas sanitarios y de hacinamiento. El conjunto arquitectónico presenta un desarrollo lineal, paralelo a la antigua calle Real o calle del puente viejo. Los ambientes se han sumado tanto horizontalmente como verticalmente sobre tres niveles, configuración que lo singulariza de las demás edificaciones del entorno.

En el primer nivel se ubican las estructuras más antiguas; por lo general, se componen de bóvedas contiguas perpendiculares al pasaje que llega hasta la avenida La Marina; en su recorrido y en el patio aparecieron impostaciones precarias que se han acondicionado a las habitaciones, como cocinas y pequeños patios, que anulaban los espacios comunes. En el segundo nivel, a lo largo de un pasillo exterior, a mane-

ra de balcón corrido, se ubican ocho ambientes o viviendas con techos de bóveda. Se accedía al pasillo por una escalera con balaustrada de concreto, que en algún tiempo debió haber sustituido a la original. Los servicios higiénicos para todas estas viviendas, excepto una, eran comunes. La energía era propia en solo cinco viviendas. En el tercer nivel se ubican tiendas con acceso directo a la calle Puente Bolognesi. La mayoría de ellas construidas durante el siglo XIX, de techos de bóveda y rieles; la variedad de fachadas se debe a adecuaciones realizadas durante la segunda mitad del siglo XX a consecuencia de los terremotos de 1958 y 1960 que derivaron en nuevas construcciones de concreto armado, ampliaciones y aberturas de nuevas puertas y pisos adicionales.

Si este monumento, desde hace décadas, estaba en una situación bastante precaria; con el sismo de 2001 quedó al borde del colapso total. La bóveda del zaguán de ingreso estaba a punto del derrumbe; los muros del pasaje interior, debido al peso de las construcciones de concreto sobrepuestas, se desplomaron hasta en 15 cm agrietando las bóvedas interiores. Todo ello representaba un grado de vulnerabilidad extrema, poniendo en riesgo la vida de sus ocupantes.

La recuperación del Tambo del Matadero, debido al estado de deterioro físico y social en que se encontraba, ha significado la ejecución de radicales intervenciones. De manera similar al Tambo de Bronce, en el Tambo del Matadero se han recuperado los espacios comunes, liberándolos de las construcciones precarias. Pero también ha sido necesario proceder a la demolición de construcciones de concreto y ladrillo en el segundo y tercer nivel, que estaban al borde del colapso; y para reponer los antiguos balcones, se han consolidado los muros y las bóvedas; se ha dotado de conexiones de agua, desagüe, luz y tubería de teléfono a cada vivienda; se han renovado los pavimentos del callejón del Solar y del conjunto interior; se han construido ambientes de acuerdo con la arquitectura local, sobre las coberturas de dos viviendas que ocupaban el patio; se han consolidado y reforzado los pasillos del segundo nivel, sustituyendo los precarios barandales de concreto por nuevos de metal y madera; y, finalmente, se ha puesto en valor la imagen del conjunto con color, jardinería y mobiliario.

Fotografías 11 / 12. Tambo del Matadero (antes y después)

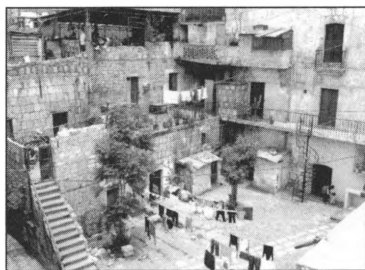


Fuente: Oficina Técnica del Centro Histórico (OTCHA).

Tambo de La Cabezona. La recuperación de los tambos de Bronce y del Matadero ha producido un gran impacto y un efecto multiplicador dentro del centro histórico, algunos de cuyos vecinos han comenzado a intervenir los tambos alledaños, como el caso de La Cabezona, el más bello tambo de la ciudad, pintado y fotografiado por insignes artistas, que por iniciativa de sus propietarios, se inició con su recuperación en 2006. Este tambo, localizado a un costado del Puente Bolognesi, frente al Tambo del Matadero, se estableció en el siglo XVII y ha tenido un largo proceso de crecimiento; albergaba numerosas funciones además de vivienda: molino, capilla, cuartel y hasta cabaret a finales del siglo XIX. Pertenece a 11 familias, pero la mayoría son inquilinos; la ocupan 25 familias. Tiene cuatro zaguanes de ingreso en diferentes niveles que se articulan con amplios espacios colectivos con dos grandes patios.

Numerosos terremotos y el último de 2001 afectaron gravemente sus estructuras; la escasez y precariedad de sus instalaciones hacían de éste un lugar insalubre para vivir. Su rehabilitación ha permitido recuperar ambientes en total deterioro, se han consolidado y reforzado los muros y coberturas, tiene nuevas redes y pavimentos, los espacios comunes han sido mejorados y el conjunto se ha puesto en valor. Su rehabilitación total permitirá un uso mixto de vivienda, turismo y cultura, pues la capilla será una galería de arte.

Fotografías 13 / 14. Tambo La Cabezona (antes y después)



Fuente: Oficina Técnica del Centro Histórico (OTCHA).

Espacios públicos

La primera obra del Municipio de Arequipa en la tarea de revitalizar el centro histórico fue la remodelación del circuito San Francisco-Santa Catalina, renovando redes y ampliando y mejorando las veredas. Lamentablemente, la urgencia de las acciones de salvamento por causa del sismo de 2001, que obligó a replantear las prioridades, hizo que las intervenciones en espacios públicos se postergaran. Sin embargo, desde 2005 se ejecuta un vasto programa de remodelación de calles y plazas. Cabe señalar que la Plaza de Armas fue rehabilitada en 2002, restaurando los portales, la fuente y las galerías; como también los puentes Grau, Bolognesi y Bolívar, que resultaron dañados con el sismo. A las intervenciones de las plazas San Francisco y Luna Pizarro en San Antonio, se suman los siguientes espacios urbanos monumentales:

- *Calle Zela*. Es una calle que transcurre desde Jerusalén hasta Villalba, pasando frente al complejo de San Francisco y a un costado del Monasterio de Santa Catalina. Su remodelación fue importante por ser el remate del circuito Santa Catalina-San Francisco. Este lugar recuperado está destinado para descanso y estacionamiento de los buses de turismo que sirven al monasterio, que actualmente estacionan en Santa Catalina y Ugarte, produciendo atascos.
- *Plazoleta Colón*. Conocida también como Santa Teresa por estar ubicada frente al templo y convento de las Carmelitas Descalzas. Es un recinto pequeño en la esquina de las actuales calles de Peral y Melgar, y ya fue intervenido en 1988 con una diseño poco feliz. La intervención recupera el carácter original y pone en valor los árboles y el área verde.

Fotografía 15. Plazoleta Colón



Autor: Juan Manuel Martínez.

- *San Lázaro*. Proyecto que se inició en 2007 con la plazoleta y calle Campo Redondo, y que ha proseguido con todas las callejuelas de este emblemático barrio, rehabilitando el sitio de mayor antigüedad y uno de los ocho proyectos estratégicos. La segunda etapa se

concluyó en 2008 y debe iniciarse la tercera etapa recuperando la alameda y tratando la torrentera, para proseguir hasta Selva Alegre.

Fotografía 16. Callejones del Barrio de San Lázaro



Autor: Julio Aspilueta.

- *Tercera cuadra de la calle Puente Bolognesi.* Permite erradicar las filtraciones hacia los predios colindantes, principalmente a los tambos, y mejora la imagen urbana donde están emplazados.
- *Pasaje 28 de Julio.* Proyecto concluido en 2006 para revertir la situación de deterioro moral en la vecindad y de profilaxis social, mejorando el acceso al barrio del Vallecito.
- *Ejes Álvarez Thomas y La Merced.* Abarcan tres cuadras en cada calle, que con las transversales de Palacio Viejo, Consuelo y Tristán, dan continuidad al circuito San Francisco-Santa Catalina. La obra se terminó en 2008.
- *Eje Mercaderes Plazoleta 15 de Agosto.* Tiene enorme relevancia por ser uno de los ejes estructurales del centro histórico, además de mejorar la principal arteria comercial de la ciudad y restringir el flujo vehicular con la peatonalización de la calle. El proceso se inició en 2008 y concluirá en 2009.

Otros monumentos

Además de las intervenciones señaladas, se han restaurado otros monumentos bajo la modalidad de Asistencia Técnica, donde la OTCHA realiza el proyecto al nivel de expediente técnico, aporta el equipo de obra, y dirige y administra la ejecución, mientras que los propietarios aportan los materiales y la mano de obra. De este modo se ha conseguido recuperar con calidad varios monumentos y a bajo coste. Entre estos podemos señalar:

La Casa Cornejo. Casa del siglo XIX en la calle Santo Domingo. El sismo de 2001 ocasionó fisuras en los muros y grietas en las bóvedas. La intervención, ejecutada en 2002, consistió en la reposición de piezas y consolidación de las bóvedas.

Capilla de los Sagrados Corazones. Monumento neogótico de inicios del siglo XX (1913). El sismo de 2001 resquebrajó el arranque de las ojivas superiores y hubo agrietamiento de muros con desprendimiento de la ornamentación. La intervención consistió en reforzamiento estructural, consolidación de los muros de sillar y restauración de ornamentos.

Casa Refugio Niña María. Cuya intervención consistió en la consolidación de muros y reconstrucción de dos bóvedas, perdidos por anteriores terremotos.

Casa Meneses. Con el sismo de 2001 cayó la baranda del balcón de esquinilla ubicado sobre una gran cornisa, y se agrietaron tres bóvedas. La intervención de emergencia consistió en consolidar y reforzar bóvedas y muros, estabilizar el balcón y poner en valor el patio.

Conclusión

La orientación dada al proceso de rehabilitación del centro histórico de Arequipa es la correcta, pues, a diferencia de otros sitios históricos en América Latina, no se ha privilegiado el monumentalismo o el carácter museográfico, menos el acento excluyente del turismo comercial; se ha tratado, fundamentalmente, de mejorar las condiciones de permanencia de los habitantes, de recuperar los espacios públicos, de renovar su equipamiento cultural y, sobre todo, de rehabilitar la vivienda. En suma, las intervenciones han estado dirigidas a buscar una respuesta social.

Una década de trabajo para conservar y revitalizar el patrimonio edificado en 468 años es un tiempo muy breve; sin embargo, existen situaciones y tiempos históricos favorables que permiten afrontar tareas que no se dieron antes, y que tal vez no se den después, para lograr avances con este propósito. Consideramos también que, pese a algunas condiciones adversas, se ha obtenido relativo éxito en la preservación del patrimonio, hoy universal, de Arequipa.

Bibliografía

- Córdova, Adolfo (2001). "Arequipa, Patrimonio de la Humanidad". *Medio de Construcción*, 165, marzo-abril.
- De la Serna, Juan y Luis Maldonado (2004). "Plan Maestro del Centro Histórico de Arequipa: el patrimonio como instrumento para la recuperación y el desarrollo social y económico de la ciudad", en: Ramón Gutierrez (coord.). *El centro histórico de Arequipa. Patrimonio y respuesta social*. Madrid: Ediciones El Viso.
- Instituto Metropolitano de Planificación (1998). *Renovación urbana de barrios altos*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Maldonado Valz, Luis (2003). "Arequipa responde a la adversidad. Del sismo a la reconstrucción, restauración y desarrollo". *Medio de Construcción*, 172, noviembre-diciembre.

- Maldonado Valz, Luis (2003). "Renovar para conservar". *Presentación en el Simposio iberoamericano de patrimonio y conservación organizado por la Universidad Mayor de San Marcos*. Lima.
- Oficina Técnica del Centro Histórico de Arequipa (OTCHA) (2002). *Plan Maestro del Centro Histórico de Arequipa*. Perú: Convenio Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) y Municipalidad Provincial de Arequipa (MPA).
- Oficina Técnica del Centro Histórico de Arequipa (OTCHA) (2007). *Memorias anuales de la OTCHA*. Perú: Convenio AECID-MPA.
- Oficina Técnica del Centro Histórico de Arequipa (OTCHA) (2008). *Planes operativos anuales*. Perú: Convenio AECID-MPA.
- Proyecto de Reactivación del Sur del Perú INFRASUR (1999). Convenio PROSUR-UNSA-CAF.

Colección Centralidades

Perú: la construcción sociocultural del espacio territorial y sus centralidades

Manuel Dammert Ego Aguirre,
coordinador

México: centralidades históricas y proyectos de ciudad

René Coulomb, coordinador

Argentina: persistencia y diversificación, contrastes e imaginarios en las centralidades urbanas

Margarita Gutman, coordinadora

Uruguay: la centralidad montevideana

Mariano Arana, coordinador

Cuba: las centralidades urbanas son los lugares de la memoria

Patricia Rodríguez A., coordinadora

Paraguay: una perspectiva. Las centralidades actuales y las posibles

Ana Raquel Flores, coordinadora

Europa: la ciudad central en el sistema urbano

Marcello Balbo, coordinador

Colombia: Centralidades históricas en transformación

Alice Beuf y María Eugenia Martínez,
coordinadoras



Esta publicación reúne siete estudios que con diversas ópticas y distintos objetos específicos, analizan desde un enfoque multidimensional, los desafíos de las nuevas centralidades históricas en el Perú y sus principales espacios territoriales regionales y urbanos, como Lima, Arequipa y Cusco.

Las centralidades históricas, se estudian desde una renovada apreciación epistemológica de la relación entre territorios y práctica social. Los territorios se pueden definir como los espacios producidos socialmente en la reproducción de la especie humana. Los lugares, pueden conceptualizarse como nodos de centralidades y nodos de sentido, donde relaciones de fuerza entre objetos socio-técnicos y prácticas sociales, disponen el hacer, los recursos y las significaciones de la vida social. Algunos de los lugares, se asumen como centralidades históricas, en una evidente secularización del significado ritual de los antiguos espacios sagrados, ahora sustentados por la pugna temporal de racionalidades en torno al sentido ordenador de los espacios. Algunos lugares, también se califican como patrimonios, por ser/tener bienes culturales de carácter icónico y autenticidad para una sociedad determinada y/o la humanidad en general.

Esta compleja y conflictiva relación entre territorios y lugares, es la sede de enunciaciones de nuestro saber, desde la cual se agitan los debates sobre las centralidades históricas, sea antiguas o nuevas. Las centralidades históricas se disputan y estudian en cuanto tales, no como esencias a-históricas. Este cambio, es un lugar de enunciación, la sede de conocimientos actual, marcada por su territorialidad. Las nuevas centralidades corresponden a nuevas urbes. La disputa social tiene uno de sus ejes en las operaciones de control y gestión de los territorios ante las nuevas localizaciones globales. La segmentación reformula viejas y nuevas centralidades en espacios global-locales urbanos, con centros y márgenes heterogéneos, en territorios discontinuos.

ISBN 978-997837005-6



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos